

JOSÉ ALEJANDRO
GODOY

**PELIGRO:
ORDEN DE
DISPARAR**

DEMOCRACIA Y VIOLENCIA
EN EL PERÚ 1980 - 1986



DEBATE

PELIGRO: ORDEN DE DISPARAR

JOSÉ ALEJANDRO GODOY

DEBATE



JOSÉ ALEJANDRO GODOY

Politólogo. Docente en la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Universidad del Pacífico, la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas y ESAN Graduate School of Business. Consultor en análisis y comunicación política. Ha sido columnista y colaborador para diversos diarios y revistas en el Perú. Autor de *El Comercio y la política peruana del siglo XXI* (2019), *El último dictador. Vida y gobierno de Alberto Fujimori* (2021) y *Los herederos de Fujimori. El legado de El último dictador* (2022).

PELIGRO: ORDEN DE DISPARAR

Democracia y violencia en el Perú
1980-1986

PELIGRO: ORDEN DE DISPARAR

Democracia y violencia en el Perú
1980-1986

JOSÉ ALEJANDRO GODOY

DEBATE



Penguin
Random House
Grupo Editorial

PELIGRO: ORDEN DE DISPARAR
Democracia y violencia en el Perú
1980-1986

© 2023, José Alejandro Godoy
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Debate es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN: 978-612-5068-20-0
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2023-04213
Registro de Proyecto Editorial N.º 31501222300139
Primera edición: junio de 2023
Tiraje: 1500 ejemplares

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

Impreso en el Perú - Printed in Perú
Se terminó de imprimir en junio del 2023 en Quad Graphics Perú S.R.L.
Av. Los frutales 344, Ate, Lima, Perú

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Presentación	13
1980	21
1981	49
1982	69
1983	99
1984	127
1985	149
1986	169
Colofón	191
Bibliografía	197
Agradecimientos	205
Notas	207

Para Simone y Feng, la mejor compañía canina para la vida y la escritura

*Los ministros se reúnen, los terrucos también
y yo me quedo en casa, ya no sé qué voy a hacer.*

*Bombas por un lado, muertos, enterrados
y yo me quedo en casa hasta que venga la razón.*

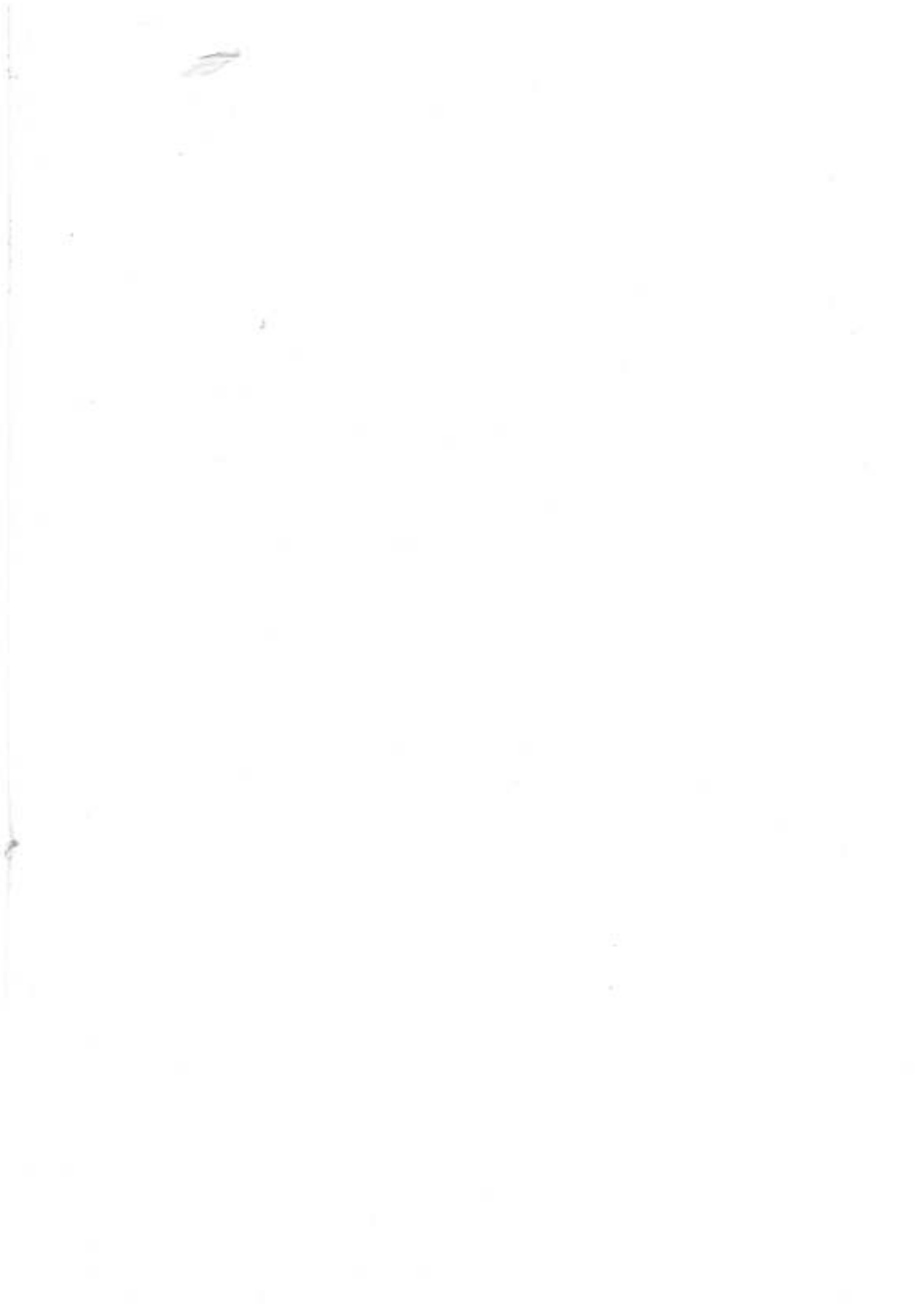
Peligro, no se acerque.

Peligro, hay orden de disparar.

Peligro, no se acerque.

Peligro, hay orden de disparar.

Miki González, *Peligro*



PRESENTACIÓN

La década de 1980 estuvo llena de recuerdos imborrables. Fue el decenio en el que se cimentaron las carreras musicales de cantantes y grupos como Michael Jackson —quien luego terminaría sumido en la controversia—, Madonna, Cyndi Lauper, The Police, Depeche Mode, The Cure, Soda Stereo, Charly García, Hombres G, Rubén Blades, Héctor Lavoe, Frankie Ruiz, Eddie Santiago y muchos otros que, a veces con un solo hit, consiguieron hacerse de un lugar en las listas de éxito y en ese permanente homenaje a aquella época que sigue siendo la FM limeña. Películas como *Volver al futuro*, *Los cazafantasmas*, *E. T., el extraterrestre*, *The Breakfast Club*, *Indiana Jones y los cazadores del arca perdida*, *El Imperio contraataca*, *Karate Kid*, *La historia sin fin*, *Caracortada*, *Blade Runner* o *Pesadilla en Elm Street*, entre tantas otras, se convirtieron en íconos de la cultura popular, que serían añoradas, remasterizadas e, incluso, tendrían inesperadas secuelas y precuelas en las décadas siguientes. Fue el tiempo de esplendor de Diego Armando Maradona, Carl Lewis, Michel Platini, Earvin «Magic» Johnson, Martina Navratilova, Gabriela Sabatini, Mike Tyson y muchas otras leyendas deportivas. Por otro lado, personajes políticos como Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Mijail Gorbachov, Deng Xiaoping, Juan Pablo II, Raúl Alfonsín, Helmut Kohl o Felipe González fueron los responsables de marcar el ritmo del mundo.

Fueron años inolvidables por razones entrañables, pero también por otras que generaron mucho dolor.

Para el Perú, la llegada de 1980 representó un momento de gran optimismo. El país volvía a la democracia tras doce años de un gobierno militar que, para bien y para mal, lo había transformado por completo. Contábamos nuevamente con un sistema de partidos que representaba,

como nunca y sin prohibiciones, a todo el espectro político: desde las agrupaciones de la izquierda más radical hasta los grupos vinculados a la derecha. Las ciudades reflejaban nuestra mezcla de culturas y, al mismo tiempo, mostraban la lucha por la sobrevivencia que caracteriza el devenir cotidiano en la periferia de los centros urbanos. Luego de seis años de permanecer en poder del Estado, los medios de comunicación serían devueltos a sus propietarios. La televisión iniciaba su tránsito del blanco y negro al color. En aquellos días, el país reía con los chistes costumbristas y políticos —y también, por momentos, machistas, racistas y homofóbicos— de *Risas y salsa* y los programas de Tulio Loza. En la radio, dependiendo de cada sector social, la salsa, el rock, la música criolla y la cumbia se alternaban en el gusto popular. Y, paulatinamente, se empezaban a construir nuevos espacios comerciales.

Sin embargo, el destino nos depararía una realidad distinta.

En el Perú, entre 1980 y 1986, la esperanza convivió con el terror y la frustración. Como no ocurría en décadas, dos presidentes fueron elegidos constitucionalmente y se produjo un traspaso de poder pacífico y democrático. Ambos, Fernando Belaúnde y Alan García, representaron en su momento las ilusiones del país y distintos tipos de reivindicaciones: el primero volvía a Palacio de Gobierno doce años después de ser depuesto y el segundo lideraba un partido que había estado vetado por mucho tiempo.

Sin embargo, el mismo día en el que Belaúnde fue electo, un grupo de inspiración maoísta y fundamentalista, Sendero Luminoso, decidió iniciar una guerra contra el país que tenía como objetivo la instauración de un proyecto totalitario. Al mismo tiempo, la crisis económica que venía de años anteriores comenzó a agudizarse progresivamente como consecuencia de factores externos —la deuda latinoamericana— e internos —la pobre implementación de programas económicos eficientes—. Todo esto ocasionó que, año a año, el costo de la vida no dejara de aumentar. Por otro lado, el narcotráfico también fue ganando cada vez más espacio. Finalmente, no faltaron los desastres naturales provocados por los fenómenos climáticos, como El Niño de 1982–1983.

A partir de la revisión de estudios pasados y recientes, *Peligro: orden de disparar* aborda los principales hechos ocurridos en el país entre 1980 y 1986. ¿Por qué contar esta historia?

A diferencia de otros periodos de nuestra historia, el segundo mandato de Belaúnde no ha sido estudiado de manera adecuada.¹ Habitualmente, los textos que se remontan al periodo 1980–1985 se han centrado en los problemas económicos y en lo que el gobierno de Acción Popular hizo (o dejó de hacer) en materia de lucha contrasubversiva.

La imagen dejada por el arquitecto-mandatario es bastante benigna: en el imaginario político ha pesado más el hecho de que haya sido, en términos generales, un gobernante que respetó las reglas democráticas de juego, además de una persona honesta, virtud que no compartiría la mayoría de sus sucesores. Los textos publicados sobre Belaúnde en los años posteriores a su presidencia se concentran en aspectos muy puntuales o son demasiado generales como para profundizar en una mirada de conjunto. Otros han derivado en la hagiografía. Este libro busca salir de ese esquema y presentar al personaje en toda su complejidad. Como lo que fue: un político que cometió errores serios.

Por otro lado, es probable que muchos hayan preferido olvidar el segundo quinquenio de Belaúnde al mando del país por todo lo que vino después.

Más que enumerar los gravísimos errores de Alan García en su paso por Palacio de Gobierno, hemos procurado concentrarnos en dos momentos claves de la trayectoria política de un personaje que, cuatro años después de su muerte por mano propia, no ha dejado de alimentar odios y simpatías. Nos detenemos, para empezar, en su formación como líder. En 1980, luego de ser un constituyente de mediano perfil, fue elegido diputado, pero entonces nada hacía suponer que tendría una carrera fulgurante en la política. Factores como la investigación a Carlos Langberg, el primer gran caso de narcotráfico en el país, que involucró a algunos de los viejos líderes apristas; y la crisis de sucesión tras la muerte de Víctor Raúl Haya de la Torre, condujeron a un joven de poco más de treinta años a la cúspide del partido más antiguo y sólido del país.

La etapa formativa de García también estuvo marcada por la coyuntura. Con la llegada del régimen militar encabezado por Juan Velasco Alvarado, Haya de la Torre decidió volver a las raíces aurales del aprismo. Por un lado, buscaba reivindicar la paternidad de las reformas planteadas por el autodenominado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Por otro, consideraba que las mismas debieron hacerse en democracia.

Cuando retornó el derecho de sufragio al país en forma plena, el APRA defendió su raíz de izquierda democrática. Sin embargo, con la competencia de Izquierda Unida, lejos de apostar por una identidad cercana a la socialdemocracia, el líder aprista se inclinó por una visión más bien populista. Ello implicaría la apuesta por medidas heterodoxas en lo económico y el empleo de un lenguaje confrontacional con las élites —con las que, por cierto, negociaba bajo la mesa—. García, de esta manera, empezó a verse a sí mismo como un representante mesiánico de la voluntad aprista (y popular). Ello explica, pero no justifica, su visión política y las medidas aplicadas por su gobierno en materia económica, que llevarían al país al descalabro en los años siguientes.

Por las siguientes páginas desfilarán muchos otros personajes claves en la historia política contemporánea de nuestro país que, sin embargo, no son tan conocidos por las generaciones más recientes. Entre ellos, por ejemplo, estará Manuel Ulloa Elías, el hombre que intentó aplicar una reforma económica liberal en el Perú, pero que solo lo hizo a medias, entre inconductas personales que recién se conocerían en toda su dimensión algunas décadas más tarde. También Luis Bedoya Reyes, líder del Partido Popular Cristiano, empeñado en difundir sus ideas cercanas a la derecha y aliado del gobierno de Belaúnde: por razones de carisma (o falta de él) y la propia composición social de su partido fue un eterno perdedor de elecciones presidenciales. Mario Vargas Llosa, que ya era reconocido como un escritor de talla universal, comenzaba entonces a tener sus primeros coqueteos serios con la política activa tras su breve paso por el Partido Comunista en la década de 1950, pero esta vez desde una perspectiva liberal. Y también recordaremos a Alfonso Barrantes Lingán, primer alcalde de Lima de izquierda y líder de un frente que congregaba desde simpatizantes de Mao hasta católicos influidos por la Teología de la Liberación.

Sin duda alguna, el principal acontecimiento de la década fue el conflicto armado interno que vivió el país entre 1980 y 2000. De hecho, en las siguientes páginas se mostrará la responsabilidad de Sendero Luminoso y su cúpula, encabezada por Abimael Guzmán, por la incontenible escalada de violencia que sufrió el país en aquellos años. Además de la descripción de crímenes francamente atroces perpetrados por las huestes terroristas, este libro busca explicar a las nuevas generaciones cuáles fueron los factores ideológicos que llevaron a Guzmán a

desencadenar un baño de sangre en nuestro país, tras adoptar los rasgos más fundamentalistas y vesánicos de la «Revolución Cultural» china. Lo mismo haremos con el otro grupo subversivo que surgió en aquellos años, el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

También nos detendremos a analizar la errática respuesta del Estado frente a los embates de la subversión. El gobierno de Fernando Belaúnde osciló entre la perplejidad, el desconocimiento y una visión ideologizada de lo que acontecía en la sierra sur del país y algunas partes de Lima. Primero apostó por una ineficiente estrategia policial para luego permitir el ingreso de las Fuerzas Armadas al conflicto, pero sin una verdadera comprensión del enemigo y la aplicación de medidas que fueran más allá de lo meramente represivo. Belaúnde empoderó a los militares y menospreció las advertencias nacionales e internacionales sobre las graves violaciones a los derechos humanos que se estaban produciendo en la zona de emergencia. Alan García, por su parte, fue al principio mucho más drástico en su condena a los posibles excesos y los patrones criminales al interior de las fuerzas del orden. Estaba convencido de que un conjunto de programas sociales podría quitarle la base social a Sendero Luminoso. No se tenía claro entonces que la pobreza y la exclusión no eran las causas de la violencia terrorista, sino su telón de fondo. Aquella visión, por cierto, acabó con la cruenta matanza de los penales en junio de 1986.

Hace veinte años, la Comisión de la Verdad y Reconciliación presentó al país su Informe Final, que resumió sus investigaciones en torno a las dos décadas finales del siglo XX en el Perú y la violencia que padecemos en aquel periodo. Lejos de fomentar una discusión constructiva y colocar a las víctimas al centro de las preocupaciones públicas —y de las políticas vinculadas a la reconciliación—, el debate sobre los hallazgos de la CVR se concentró en las responsabilidades políticas, sociales y, en muchos casos, penales, de los actores que participaron en el conflicto. En parte, eso se debió al espíritu de lucha contra la impunidad política que marcó el inicio del trabajo de la Comisión en plena transición democrática. Por otro lado, también era cierto que muy pocos de estos actores políticos estaban indemnes de algún tipo de responsabilidad.

Aquella fue la base de la ofensiva emprendida por los sectores conservadores (y sus escuderos mediáticos) contra la Comisión, su informe, sus integrantes y defensores. Y eso provocó una reacción lógica: que

quienes defienden el Informe Final lo hagan en bloque, sin leerlo críticamente, olvidando que el mismo documento, en su introducción, ratificaba su carácter de relato perfectible en el tiempo por nuevas investigaciones. Esta visión conservadora, básicamente, se concentra en minimizar o negar las graves vulneraciones a los derechos fundamentales perpetradas por las fuerzas del orden durante la lucha por la pacificación del país. En la actualidad, aparecen cada vez más personajes que, envalentonados, son capaces de aplaudir atrocidades y siempre están al acecho de alguna mácula de sospecha sobre las víctimas de los crímenes para cuestionar sus testimonios. Muchos de ellos, incluso, son entusiastas promotores de la salida del Perú del sistema interamericano de derechos humanos que, más allá de sus imperfecciones, ha sido clave para evitar que determinados casos terminen en el olvido y la impunidad. Todo esto explica el reciente cierre temporal del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social, el museo oficial del Estado peruano sobre el conflicto armado interno.²

Lamentablemente, estos grupos vienen siendo empoderados por el actual gobierno debido a sus conexiones económicas, mediáticas y sociales. Que, en pleno 2023, se repitan imágenes de civiles siendo asesinados extrajudicialmente por miembros de las fuerzas del orden en Ayacucho, Juliaca y otras ciudades del sur andino, es entera responsabilidad —al menos en lo político— del régimen encabezado por la señora Dina Boluarte, quien, a semejanza de Fernando Belaúnde, no ha sabido ofrecer disculpas sinceras a las víctimas y ha menospreciado los informes de importantes organizaciones foráneas como Amnistía Internacional.

Es cierto que nuestras élites económicas y sociales son víctimas de un trauma que fue generado por la década de 1980. Hay razones fundadas para ello, que tienen que ver con las medidas equívocas de los dos gobiernos de aquel decenio, así como con los insoportables niveles de violencia a los que nos sometió Sendero Luminoso. Y también existen sectores de izquierda que no han hecho una reflexión más profunda sobre lo ocurrido en ese periodo. El lenguaje confrontacional del régimen de Pedro Castillo y, sobre todo, el nombramiento de ministros que en su momento habían lanzado vivas a la senderista Edith Lagos o mantuvieron algún tipo de cercanía con la subversión, animaron los fantasmas de un retorno del terrorismo. Hay que decir, sin embargo, que en nuestro país pesa mucho una visión macartista³ y autoritaria, en la que toda idea de izquierda

—incluso las más moderadas— debe ser anatemizada y, de ser posible, proscrita. En esa línea, los actos de corrupción y las violaciones a los derechos humanos cometidos por personajes cercanos a la derecha han sido minimizados, ignorados o, en el peor de los casos, justificados.

El paralelo entre el presente y los primeros años de la década de 1980 no se queda en lo mencionado líneas arriba. En 2023, la pobre respuesta del Estado frente al fenómeno climático conocido como El Niño se parece mucho a lo que ocurrió en 1982 y 1983. No solo es resultado de la proverbial debilidad estatal para afrontar catástrofes o epidemias⁴, sino también de las deficiencias de un gobierno mediocre, con una retórica nacionalista-populista y una severa tendencia a copar los puestos del Estado sobre la base de la lealtad antes que el mérito, como el de Pedro Castillo. Sucedió lo mismo en la segunda mitad de la década de 1980 (y, parcialmente, también en la primera), en la que primó la búsqueda de representación por encima del buen gobierno.⁵ La presidencia de Boluarte, caracterizada también por una irremediable mediocridad, ha estado marcada por sus escasos reflejos y su tozudez para culminar el mandato constitucional, pese a las voces que han insistido en un adelanto de elecciones. Todos son rasgos muy similares a los de la administración que condujo el país entre 1980 y 1985. Por ello, para poder entender ciertos comportamientos del presente, resulta imprescindible reflexionar sobre lo que nos tocó vivir hace cuatro décadas.

Este libro privilegia los eventos políticos, económicos y sociales, aunque en algunos pasajes aludiremos a ciertos hechos vinculados a la cultura popular. A diferencia de *El último dictador* y *Los herederos de Fujimori*, la narración es cronológica, sin mayores saltos temporales, salvo por aquellos que puedan ayudarnos a situar y comprender mejor a determinados personajes y situaciones. Para la reconstrucción de lo ocurrido, recurrimos a textos en español y en inglés, antiguos y recientes, con la idea de desarrollar una mirada que fuera lo más completa posible. Además de publicaciones académicas, también hemos explorado el archivo periodístico.

Bienvenidos a una época en la que el idealismo y la ideología se mezclaron con la decepción y la desesperanza. En ciertos aspectos, aquel país se parecía mucho al que tenemos hoy. Compruébenlo en las siguientes páginas.

1980

Desde este momento quedan restablecidos el régimen constitucional, los derechos humanos y la libertad de prensa¹, por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende.

Fernando Belaúnde Terry inició así su mensaje presidencial, en tono gallardo y señorial, con palabras que recordaban la proclama de la Independencia del Perú pronunciada por José de San Martín 159 años antes. Era la segunda vez que asumía el cargo más alto del país, luego de doce años de dictadura militar. A diferencia de otros gobernantes civiles en América Latina que llegaron al poder tras prolongados periodos de facto durante la década de 1980, el único que lo hizo gracias al mandato popular después de ser derrocado fue Belaúnde.

He cumplido, con honda satisfacción cívica, el honroso deber de jurar fidelidad a la Constitución que hoy entra en plena vigencia, promulgada por el eminente y recordado patricio Víctor Raúl Haya de la Torre.

El retorno de Belaúnde a la Presidencia de la República suponía el final de un periodo de transición que se había iniciado el 28 de julio de 1977, cuando el dictador Francisco Morales Bermúdez anunció al país un cronograma de traspaso de poder a los civiles, el mismo que comprendía la instalación de una Asamblea Constituyente, que operó entre 1978 y 1979 y fue presidida, como lo evocaba el mandatario entrante en su discurso, por el veterano líder del Partido Aprista Peruano. El producto de esta, un nuevo texto constitucional, fue firmado el mismo 28 de julio de 1980. Aquella noche, en un acto simbólico, el fundador de Acción

Popular entregó el lapicero con el que suscribió el «cúmplase» de la novísima carta magna a Luis Alberto Sánchez, tótem intelectual aprista y vicepresidente de la referida Asamblea.

Al júbilo del país se une la enaltecedora presencia de emisarios de las naciones amigas, entre quienes destacan no solo altos dignatarios de sus Gobiernos y Parlamentos sino, sobrepasando esas jerarquías, las de los propios jefes de Estado, que han querido exaltar con su presencia este acto solemne, uno de los cuales ha tenido la gentileza de acreditar a su dignísima esposa.

El acto de asunción de mando del arquitecto Belaúnde tenía un significado especial, incluso más allá de nuestras fronteras, dado que entonces el Perú era uno de los primeros países de América Latina que lograba completar con éxito una transición democrática. Por ello, casi todos los invitados foráneos fueron de primera línea. La delegación de Estados Unidos, por ejemplo, estuvo encabezada por Rosalynn Carter, esposa de Jimmy, un mandatario que impulsó que la política exterior de su país tuviera un compromiso expreso con la democracia y los derechos humanos. Desde España arribó Adolfo Suárez, presidente del gobierno que había conseguido demoler las estructuras del franquismo —al que había pertenecido por varios años— para dar paso a una monarquía constitucional. En representación de Nicaragua estuvo el reconocido narrador Sergio Ramírez, quien para entonces había dejado la máquina de escribir para ejercer labores de gobierno en el régimen encabezado por los sandinistas.² También estuvieron presentes los mandatarios de Colombia, Costa Rica y Venezuela, todos elegidos democráticamente. Ecuador envió al expresidente Galo Plaza.

Debo la más profunda gratitud a mis correligionarios de Acción Popular que han batallado por nuestra victoria y, especialmente, a los jóvenes que cayeron con gallardía en la lucha. A los ciudadanos independientes que nos han honrado con su apoyo nos sentimos también obligados, como lo estamos al Partido Popular Cristiano por haber acudido, después de la contienda, a nuestro llamado a la colaboración.

A diferencia de lo ocurrido en su primer gobierno, en el que la ausencia de una mayoría parlamentaria condujo a la parálisis, Belaúnde consiguió rápidamente la estabilidad que necesitaba en el Congreso de la República. Un acuerdo con Luis Bedoya Reyes, quien había postulado sin éxito a la Presidencia con su partido de centroderecha, le brindó los escaños suficientes para no pasar por la tortura de tener una oposición contraria y, sobre todo, obstruccionista, como había sucedido en el periodo que transcurrió entre 1963 y 1968. A cambio, el Partido Popular Cristiano controló dos ministerios —los de Justicia e Industria— durante buena parte del segundo mandato acciopopulista. El primer gabinete sería encabezado por Manuel Ulloa Elías, empresario, exministro de Economía en 1968 y uno de los políticos más cosmopolitas del país.

Para soportar el peso de nuestras grandes responsabilidades, débiles serían nuestros hombros si una pléyade de peruanos de buena voluntad no acercase los suyos para aligerar la carga y permitirnos conducir rectamente al país por el cauce de la ley. Por ese luminoso sendero, con la ilustrada orientación del Congreso Nacional, podemos alcanzar el alto destino que la historia reserva a los pueblos donde reina la fraternidad e impera el patriotismo.

Fue una ceremonia tumultuosa. Contraviniendo cualquier prevención de Defensa Civil y seguridad del Estado, el flamante presidente salió del hemiciclo de la Cámara de Diputados para reunirse con sus correligionarios quienes, rodeados de unos pocos efectivos policiales, coreaban «¡Belaúnde juventud!», una arenga ciertamente irónica si tomamos en cuenta que estaba dedicada a un político de 68 años. La sede en la que funciona el actual Congreso unicameral se encontraba entonces abarrotada con unas setecientas personas. El mandatario subió luego a un auto descapotable para emprender el corto camino que separa el edificio del Poder Legislativo de Palacio de Gobierno. El público lo ovacionó durante todo el recorrido.

Permítaseme ahora un breve mensaje a los pueblos del Perú, porque en este hemiciclo todos sentimos el calor del sol serrano, el aroma de la selva, la belleza del arenal. A los pueblos que nos han traído al Parlamento y

*al Gobierno, yo quiero dar un breve mensaje que ustedes me han de perdonar si algo tiene de jactancioso. Yo digo a todos los pueblos del Perú, en síntesis, al pueblo hidalgo del Perú: ¡este pecho es tu pecho! ¡Esta banda es tu banda!*⁸

Hasta enero de 1980, muy pocos pensaban que Belaúnde podría ganar las elecciones. Y en julio de ese año, en Lima aún no se sabía que buena parte del rumbo del país se había comenzado a decidir en Ayacucho el mismo día de las elecciones. En la capital reinaba el optimismo, la esperanza y la expectativa en torno a la forma en que el flamante gobierno lidiaría con el legado del docenio castrense que le precedía. Aquel había sido un periodo que, como después ocurriría con la vuelta al poder del arquitecto o el inicio de la violencia armada, también constituyó una sorpresa para los peruanos.

En la madrugada del 3 de octubre de 1968, desde Chorrillos y mediante llamadas telefónicas, el general Juan Velasco Alvarado dirigió un golpe de Estado contra Fernando Belaúnde Terry, el mandatario en funciones del país, quien apenas el día anterior había juramentado un nuevo gabinete encabezado por Miguel Mujica Gallo. El mandatario depuesto, quien fue despertado por los tanques a las dos de la mañana, fue colocado en un avión con rumbo a Buenos Aires. Esa misma tarde, la Fuerza Aérea y la Marina de Guerra se adhirieron a lo que fue denominado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (GRFA).

Como había sucedido en Brasil en 1964 y, más tarde, durante la década de 1970, en Chile y Argentina, se trató de un golpe institucional castrense. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en aquellos países y, sobre todo, de la trayectoria previa del estamento militar en el Perú, aquí se instaló una dictadura distinta, que no sería la celosa guardiana de los intereses de las personas más adineradas del país. ¿Cómo tomó la clase alta peruana la llegada de este nuevo gobierno autoritario? El dramaturgo Eduardo Adriansén lo resumió así para un documental:

No es que la pesca de sorpresa el golpe de Estado. Lo que la pesca de sorpresa es la ideología que trae este señor Velasco, porque trae una forma de pensar que no suena a militar, sino a revolucionario de los tiempos. Eso desconcierta.

A decir verdad, lo que los científicos sociales en su momento bautizaron como «oligarquía» no tendría por qué haber estado tan sorprendida con la trayectoria ideológica del nuevo régimen. Por lo menos, si hubieran leído uno de los párrafos iniciales del Manifiesto del Gobierno Revolucionario:

Poderosas fuerzas económicas, nacionales y extranjeras, en complicidad con peruanos indignos, detentan el poder político y económico inspiradas en lucrar desenfrenadamente, frustrando el anhelo popular en orden a la realización de las básicas reformas estructurales, para continuar manteniendo el injusto orden social y económico existente, que permite que el usufructo de las riquezas nacionales esté al alcance de solo los privilegiados, en tanto que las mayorías sufren las consecuencias de su marginación, lesiva a la dignidad de la persona humana.

Los militares estaban convencidos de que debían hacer las reformas planteadas en la década de 1930 por el APRA y en la de 1960 por Acción Popular que no habían podido concretarse. En el primer caso, porque nunca llegaron al poder, en buena cuenta, por veto de la propia institución castrense. En el segundo, fue una combinación de las limitaciones de Belaúnde y el obstruccionismo parlamentario que debió padecer durante su primer mandato. Desde las Fuerzas Armadas se pensaba que, si dichas reformas no se cristalizaban, guerrillas de inspiración cubana —como las que combatieron en 1965⁴— podrían terminar llegando al poder por medio de las armas. A ello abonaba el hecho de que Velasco y los militares que lo acompañaron provenían originalmente de sectores medios bajos o bajos, por lo que conocían de cerca la pobreza.

Por ello, desde el inicio, Velasco marcó diferencias con los gobiernos anteriores. Tan solo seis días después de asumir el mando, expropió los yacimientos petroleros de La Brea y Pariñas, ubicados en la localidad norteña de Talara (Piura), que se encontraban en manos de la International Petroleum Company. Dado que esta nacionalización era un reclamo amparado por todo el espectro político⁵, el gobierno de facto pudo legitimarse rápidamente.

El científico social neerlandés Dirk Kruijt caracterizó a la «primera fase» del GRFA como una «revolución por decreto». El tiempo le dio la razón. Aquella definición no solo tenía que ver con la gran cantidad de

decretos ley emitidos durante el gobierno de facto, sino también con el tipo de visión que tenían los militares para ejercer el poder: cambios desde arriba, que conectaban simbólicamente con demandas sociales embalsadas, pero que tenían los defectos propios de un «burocratismo» que confiaba en la norma como única fuente de transformación.

Esto fue lo que pasó con la reforma agraria, la transformación más ambiciosa y discutida del periodo (incluso hasta hoy). Existía un claro consenso en la sociedad peruana sobre la necesidad de su aplicación, sobre todo en los latifundios de la sierra —donde abundaban las denuncias por explotación del campesinado—, pero también había discrepancias en torno a si debía ser extendida a las haciendas de la costa, más productivas y modernas. Como una cuestión simbólica, Velasco optaría por lo segundo. Si bien es cierto que la reforma fue importante para la democratización social peruana al liquidar un régimen oligárquico, la misma no estuvo acompañada de ingredientes técnicos que sirvieran para mejorar la productividad, lo que finalmente tendría un fuerte impacto en la calidad de la economía rural. El mismo derrotero fue seguido por las demás reformas implementadas por Velasco y su equipo, todas concentradas en elevar la presencia del Estado en la economía y marcadas por un signo claramente nacionalista, tanto en lo que concierne a las relaciones exteriores como —con ciertos límites— en materia cultural.⁶

Velasco sería depuesto en agosto de 1975. Su delicado estado de salud, las discrepancias al interior de las Fuerzas Armadas por el rumbo del proceso y el paulatino deterioro de las condiciones económicas del país fueron algunas de las razones del abrupto final de su gestión. Al asumir el mando, Francisco Morales Bermúdez emplearía un lenguaje «revolucionario»⁷, pero, apenas un año después, prescindió de los sectores de izquierda del Ejército y se enrumbo hacia una dictadura ubicada más hacia la derecha del espectro ideológico.

Una vez que la crisis económica y el declive de las reformas hicieron efecto, las movilizaciones sociales se multiplicaron, hasta llegar al multitudinario paro nacional de julio de 1977, que fuera convocado por los sindicatos en el apogeo de su poder e influencia. Pocos días después, Morales Bermúdez anunció el ya mencionado cronograma de salida de los militares del poder. Los especialistas debaten hasta hoy si la transición llegó como consecuencia de las protestas por razones estructurales o si

fue por la voluntad del dictador y varios de sus compañeros de armas. O ambas. Lo cierto es que, en 1977, el Perú era muy distinto al del 3 de octubre de 1968.⁸

Si había un grupo político favorito para ganar las elecciones de 1980, ese era el Partido Aprista Peruano. El APRA tenía a su favor que ya había sido la organización más votada para la Asamblea Constituyente, además de poder reivindicar —en democracia— la paternidad de algunas de las reformas efectuadas por el gobierno militar. Por otro lado, la posibilidad de veto en su contra era menor, tanto por una evidente reducción de las tensiones entre militares y apristas durante la transición como por la propia desaparición física de su líder histórico, Víctor Raúl Haya de la Torre.⁹

Algunos científicos sociales han sostenido que, en realidad, la relativa cercanía entre los apristas y el saliente gobierno, más que un elemento a favor, pudo llevar a que el partido más importante del país recibiera parte del pasivo del régimen castrense. De hecho, durante la Asamblea Constituyente, los líderes del viejo partido y del gobierno de facto sostuvieron constantes reuniones.

Probablemente, el factor crucial para la derrota aprista estuvo en casa. Desde que, en marzo de 1979, Haya de la Torre entró en la fase terminal de un cáncer —que lo terminaría llevando a la tumba en agosto de ese mismo año—, ya se vislumbraba una crisis de sucesión en un partido que entonces no tenía reglas para determinar quién debía reemplazar a su conductor.

El sector que se encontraba más hacia la izquierda del APRA agrupó sus filas en torno a Armando Villanueva del Campo, veterano líder de modales broncos, cultivados en la clandestinidad, quien incluso buscaba tender puentes con los marxistas, entendiendo que su alta votación daba una señal de alerta al partido. El ala derecha, por su parte, era encabezada por Andrés Townsend Ezcurra, otro miembro histórico, pero con formas más diplomáticas e intelectuales, cercanas al socialcristianismo, quien sentía una creciente animadversión por el comunismo. Algunos lo veían como una figura importante porque pensaban que podía recibir votos fuera del aprismo más férreo.

La militancia aprista optó mayoritariamente por Villanueva como candidato presidencial. Para ello, un factor importante fue el hecho de que el líder aprista, a diferencia de varios de sus compañeros, no había sido miembro de la Asamblea Constituyente y, por tanto, pudo concentrarse más en el control del aparato partidario. También fue clave el secretario nacional de movilización del partido, un joven llamado Alan García Pérez, quien manifestó de esta manera su sentir a sus compañeros:

Armando es de izquierda y expresa mejor al partido. Es zambo, popular y, en mangas de camisa, atraerá más al pueblo.

Townsend mantuvo el apoyo de la dirigencia, sobre todo, de la generación mayor, formada por Luis Alberto Sánchez y Ramiro Priale, entre otros. Para evitar cualquier imagen de disidencia interna, Townsend terminaría siendo colocado como candidato a la primera vicepresidencia.¹⁰

Sin embargo, las tensiones entre los mensajes de los compañeros de fórmula —Villanueva más cercano a los sindicatos y Townsend a los empresarios— disuadirían a los electores: el voto de los empresarios y de buena parte de la izquierda acabó siendo para Belaúnde. En una entrevista con César Hildebrandt, Luis Alberto Sánchez se refirió así sobre los problemas internos en el APRA:

Las guerras civiles no son como las internacionales. Pueden ser muy violentas, pero las heridas cicatrizan con más rapidez. Lo que ocurrió en el partido fue una guerra familiar, no una guerra internacional.

El propio Villanueva y su equipo de campaña también complotaron contra la candidatura aprista. El lema escogido para la campaña —«Armando tiene fuerza»— evocaba los viejos tiempos sectarios del partido y resultaba ciertamente contraproducente tras más de un decenio de dictadura militar. Y su *spot* más llamativo iba en la misma línea: en él, aparecía un grupo de jóvenes de clase media alta cantando, en medio del Parque de la Reserva, un tema llamado «El APRA es el camino». Conectaba bien con la militancia, pero, fuera de ella, la pieza publicitaria hacía recordar, involuntariamente, a *Cabaret*, un musical ambientado en los

años iniciales del nazismo en Alemania. No fue una sorpresa que Villanueva, finalmente, quedara segundo en la elección presidencial.

La izquierda también sufrió un duro golpe en aquel proceso electoral. Para ello confluyeron diversos factores. El primero fue la actuación de ese sector en la Asamblea Constituyente, para la que el lado zurdo del espectro político consiguió por primera vez una votación importante, que giró en torno al 30 % de los sufragios, repartidos entre varias agrupaciones políticas. Sin embargo, la prioridad para la izquierda no fue la elaboración de un nuevo texto constitucional. Como refiere la politóloga estadounidense afincada en el Perú Cynthia Sanborn, la izquierda no se tomó en serio la tarea y tampoco pudo representar adecuadamente las demandas de los sectores populares. Sus labores se concentraron más en la representación de los conflictos laborales vinculados a sindicatos cercanos, así como en la denuncia de los abusos del régimen militar. De hecho, la izquierda se negó a firmar el texto final de la Constitución de 1979 que, paradójicamente, reivindicaría años más tarde.

En segundo lugar, las propias divisiones al interior de la izquierda —que reflejaban, a su vez, las diferencias de matiz ideológico y las disputas personales entre sus integrantes— hicieron difícil cualquier ejercicio de confluencia programática o alrededor de algún liderazgo. Eso ocurrió en la Constituyente, por ejemplo, con Hugo Blanco, el congresista más votado del sector y conocido trotskista, quien solía chocar con los movimientos de inspiración soviética, cubana o de un socialismo más criollo. Y volvería a pasar durante los comicios de 1980.

La izquierda intentó consolidar una confluencia denominada Alianza Revolucionaria de Izquierda (ARI, que también quiere decir «sí» en quechua) y Blanco trató de ser el líder de dicho bloque para alcanzar la candidatura presidencial. Inicialmente, se sumaron el Partido Comunista del Perú (cercano a Moscú), Patria Roja (el más importante partido maoísta del país, que no había participado en las elecciones de 1978) y Vanguardia Revolucionaria, entre otros grupos. Por su parte, los no trotskistas colocaron como candidato a la vicepresidencia al abogado laboralista Alfonso Barrantes Lingán, quien había sido aprista en su juventud y que era reconocido por su moderación y apertura al consenso. Pese a todo, la ruptura terminó consumándose y la izquierda compitió con siete candidaturas distintas. Entre todas, obtuvieron un 15 %. Era cierto,

como luego estimaría Alan García, que Belaúnde había robado parte del voto a este conjunto de partidos. Pero también cometieron muchos errores. La entonces militante de base, maestra y música —y, tres décadas más tarde, efímera ministra— Aída García Naranjo ensayó esta lectura:

Al igual que en el congreso de IU, son rupturas que se han producido en cuartos cerrados y en desencuentros de cúpulas.

Sin adelantarnos a lo que ocurrirá con Izquierda Unida, entre 1978 y 1980, al menos de modo formal, la mayor parte de dicho sector compitió en las elecciones, aunque nunca tuvo un discurso favorable a la democracia, a la que todavía consideraba una mera formalidad, un instrumento para la revolución o un simple procedimiento que, agotado, podía ser reemplazado por la vía armada. Como veremos, aquel discurso irá variando con el tiempo, aunque no sin resistencias.¹¹

El distrito de Chaclacayo se encuentra ubicado al este de Lima. Se trata de una de las localidades preferidas por los ciudadanos de clase media de la capital que buscan refugio en su clima seco y pasar unos días de sol cuando llega el frío del invierno. Es un lugar que ayuda a relajar tensiones y que se encuentra ubicado a una altura relativamente baja, lo suficiente para no suscitar cuadros agudos de policitemia, una enfermedad que hace que la cantidad de glóbulos rojos de quien la padece se eleve si se encuentra a una cantidad determinada de metros por encima del nivel del mar. En abril de 1980, Manuel Rubén Abimael Guzmán Reinoso, un paciente de policitemia, estuvo de paso en Chaclacayo, pero no necesariamente para descansar. Todo lo contrario. Allí, en una casa de campo, se reunió con un grupo de militantes de su pequeño grupo político de inspiración maoísta, el autodenominado Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso. Además de la discusión política e ideológica, tan habitual en los grupos de izquierda, en esa vivienda también se realizaron prácticas de tiro y de activación de explosivos, así como de tácticas de guerrilla. La lejanía del centro de la ciudad, a unos veintisiete kilómetros, hizo que estas operaciones pudieran pasar desapercibidas para el ojo público y, sobre todo, para los cuerpos policiales.

Desde 1976, Guzmán había ido dejando las actividades públicas de manera paulatina. Renunció, primero, a su cátedra en la Universidad San Cristóbal de Huamanga, en la que enseñaba Filosofía y que solía ser su lugar predilecto para captar a los seguidores de su futura organización. Su esposa, Augusta La Torre, número dos de la agrupación, le fue comunicando gradualmente a su familia —perteneciente a sectores más bien acomodados en Ayacucho— que la decisión del matrimonio era seguir el camino que el resto de la izquierda entonces se negaba a emprender, más allá de los discursos: el de la lucha armada. Por esos mismos años, una docente escolar, Elena Iparraguirre, empezó a asumir funciones cada vez más importantes al interior de la agrupación. Por ello, abandonó a su esposo y a sus hijos, con quienes vivía en la residencial Santa Cruz, un complejo de viviendas de clase media ubicado en San Isidro.

En 1978, el Comité Central de Sendero Luminoso, encabezado por Guzmán y La Torre, había sostenido otra reunión en las afueras de Lima. A ella fueron invitados algunos miembros de rango medio de la organización, entre los que ya se encontraba Iparraguirre. En dicha cita, que se prolongó por varias semanas, se definió partidariamente el paso a las acciones armadas. La decisión no fue unánime y, como ocurría en muchos otros grupos de izquierda —aunque jamás en las dimensiones de fanatismo de Sendero— la acusación de «revisionistas» a los opositores a empuñar los fusiles decantó en expulsiones y autocríticas descarnadas en torno al poco celo revolucionario de los afectados. Allí también se tomó la decisión de incorporar al Comité Central a Iparraguirre y a otro militante que años más tarde se haría célebre por su ferocidad: Óscar Ramírez Durand.

La fotografía más reciente que entonces se conocía de Guzmán databa de su último arresto, ocurrido en enero de 1979. La Dirección de Seguridad del Estado aprovechó una serie de detenciones vinculadas a un paro nacional llevado a cabo en esos días para capturarlo e interrogarlo sobre sus preparativos para alzarse en armas. El líder senderista se negó a hablar y, pocos días más tarde, fue liberado luego de que varios oficiales de los institutos armados «se interesaran en su situación», un eufemismo para exigir que fuera puesto nuevamente en las calles. La familia de su esposa tenía los suficientes contactos para proceder de esa manera, tan propia de las clases acomodadas peruanas.

Dentro del Comité Central senderista se formó, a la usanza de la época, un Comité Permanente, instancia que permitía centralizar las decisiones en un círculo más reducido de personas. En este caso, La Torre e Iparraguirre. Fue esa suerte de troika la que determinó, por un lado, que las acciones senderistas se concentrarían inicialmente en Ayacucho, un lugar que conocían bien y en el que habían realizado trabajo de base, en una estrategia similar a la seguida en su momento por Mao Tse-Tung: empezar en el campo y luego pasar a la ciudad. A la par, se plantearon diversas acciones en Lima que estarían dedicadas, sobre todo, al sabotaje. La capital sería, además, el punto desde el cual se dirigirían las acciones armadas.

Durante la segunda quincena de marzo de 1980, mientras el país seguía pendiente de la campaña electoral presidencial y parlamentaria, los miembros del Comité Central volvieron a reunirse. En aquella cita, entre referencias a Mao, Shakespeare, Washington Irving y Andrés Bello, Guzmán consiguió reafirmar su liderazgo, escuchar nuevamente las autocríticas de los aún reticentes a tomar las armas —quienes insistían en la poca experiencia en combate de los senderistas— y, finalmente, anunciar que el camino que vendría sería muy sangriento. El ya mencionado encuentro realizado en abril, en Chacabayo, representó el paso final. En él, el necesario entrenamiento en armas, explosivos y evasión del enemigo —en este caso, las fuerzas del orden— se mezcló y, en muchos casos, estuvo subordinado, a una intensa preparación ideológica. La llamada «Escuela Militar» culminó con un discurso, entre flamígero y dogmático, del propio Guzmán:

Somos los iniciadores (...) Camaradas, la hora llegó, no hay nada que discutir, el debate se ha agotado. Es tiempo de actuar, es momento de la ruptura. No la haremos en larga y tardía meditación, ni en pasillos ni en cuartos silenciosos, la haremos en el fragor de las acciones bélicas.

Faltaba un mes para las elecciones generales, pero el destino del país se estaba decidiendo en una casa de campo.¹²

El toro era de Belaúnde en esa elección del 80. ¿Usted sintió que tenía opciones de ganar cuando fue a esa contienda?

No.

Con franqueza, Luis Bedoya Reyes le respondió así a Harold Forsyth, diplomático y político, cuando le preguntó acerca de su participación en las elecciones generales de 1980. En la evaluación de Bedoya, Belaúnde era el favorito, básicamente, por dos razones: tras la enfermedad y posterior fallecimiento de Haya de la Torre, los militares habían empezado a tener acercamientos con el arquitecto. En segundo lugar, el expresidente había asumido una estrategia bastante clara al respaldar que su partido, Acción Popular, no participara en la Asamblea Constituyente, pues ello hubiera obligado a una competencia más directa con Haya y con el líder del Partido Popular Cristiano. Para diversos analistas, dicha abstención fue clave para que el caudillo accio-populista no se terminara «contaminando» con la discusión política de aquellos años. Así, paradójicamente, consiguió marcar distancia de los militares en la percepción pública.

Pero estas no fueron las únicas razones que explicaron la derrota de Bedoya. Era notorio que su grupo político, el Partido Popular Cristiano, se había hecho fama de «derechista», no solo por su firme oposición a las reformas emprendidas por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, sino que, dada la ausencia de otras organizaciones afines, los sectores más ideologizados —conservadores y liberales— de la derecha siempre terminaban votando, por *default*, por ellos.¹³ Al mismo tiempo, esta agrupación había sido más cauta que las otras en el proceso constituyente para la incorporación al voto de las personas analfabetas: según el PPC, este solo debía ser contemplado en el caso de las elecciones municipales.

El núcleo de votantes más cercanos a lo que defendía el PPC se concentraba en Lima, especialmente en los sectores acomodados. Era allí donde dicha agrupación política solía obtener sus mayores votaciones. Para la Asamblea Constituyente de 1978, el partido liderado por Bedoya consiguió el 24 % a nivel nacional, cifra que creció en Lima al 32.4 % y, en los niveles socioeconómicos más altos, al 42 %. En los comicios generales de 1980, Bedoya obtuvo un 10 % nacional, 16 % en la capital del país y 22 % en los sectores con mayores ingresos económicos.

La percepción de ser una candidatura «de los ricos» —fenotípica o programáticamente— fue una «falla de origen» del voto pepecista que nunca pudieron superar. De hecho, tampoco lo harían décadas

más tarde, con Lourdes Flores Nano, quien incluso obtendría mejores votaciones que el patriarca de su partido en los primeros años del siglo XXI.

Un elemento final que puso en jaque las aspiraciones presidenciales de Bedoya fue su paso por la alcaldía de Lima. Más allá de su experiencia de gobierno, lo cierto es que el recuerdo de aquel cargo lo terminó alejando aún más de quienes lo veían como alguien distante de la problemática de las regiones. Para los votantes más acomodados de Lima, Bedoya era un «candidato de lujo». No obstante, fuera de la capital, la percepción era muy distinta.

De cualquier manera, Bedoya saldría ganando. Tras su elección, Belaúnde convocó a todos los partidos políticos para hacer un gobierno de unidad nacional, pero solo el PPC aceptó la propuesta. Las negociaciones estuvieron a cargo de Óscar Trelles, por Acción Popular, y Ernesto Alayza Grundy, por los socialcristianos. Aquel pacto implicó, como ya vimos, una alianza parlamentaria y la concesión de dos ministerios, los de Justicia e Industria (originalmente serían tres, pero Manuel Ulloa, el hombre fuerte del primer gabinete ministerial, anexó la cartera de Comercio a la de Economía y Finanzas, que él encabezó).

Bedoya creía que así se ganaría suficiente experiencia de gobierno para volver a tentar la posibilidad de acceder a la Presidencia de la República a través de las urnas en 1985. ¿Acaso sería suficiente?¹⁴

A 3141 metros sobre el nivel del mar, en la provincia de Cangallo, región de Ayacucho, se encuentra el distrito de Chuschi, un lugar que nunca había estado bajo el dominio de una hacienda y que solía ser un importante centro para el trueque y el comercio rural. En la década de 1970, confluyeron en la zona diversos fenómenos: la formación de una efímera cooperativa nacida al calor de la reforma agraria, la llegada de evangélicos pentecostales provenientes de otras localidades y una minoritaria pero aun así notoria presencia de maestros rurales ligados a Sendero Luminoso, quienes allí habían logrado sumar menos adeptos que en los pueblos vecinos. Dada su relativa prosperidad, Chuschi fue elegido para almacenar material y mesas que serían destinadas a varias localidades cercanas en las elecciones generales de 1980. Justamente, en dichos comicios, Chuschi

saltaría a la fama de forma inesperada: Sendero Luminoso perpetró su primera acción violenta en ese distrito y, de esta manera, inició el conflicto armado que lo enfrentaría contra el Estado peruano.

La versión oficial sobre lo ocurrido en la madrugada del sábado 17 de mayo de 1980 —víspera de las elecciones— fue que cinco personas encapuchadas ingresaron a la casa de Florencio Conde Núñez, registrador electoral de Chuschi, lo amarraron e inmovilizaron. Acto seguido, quemaron el material electoral y huyeron. Conde reconoció las voces de sus captores: entre ellas, las de unos jóvenes que lo habían amenazado dos días antes. Cuatro de los miembros de la célula pudieron ser capturados para luego ser conducidos a Cangallo, mientras que el líder de los senderistas, un maestro, sí consiguió escapar de las fuerzas del orden.

Treinta años más tarde, cuando Sendero Luminoso se había convertido ya en un mal recuerdo, Conde Núñez y sus familiares contaron toda la verdad sobre lo ocurrido aquella mañana. Según explicaron al periodista Ricardo León, del diario *El Comercio*, el registrador electoral estuvo bebiendo con un primo, que aparentemente tenía vínculos con los senderistas. Para evitar que el material quedara desguarnecido, Conde Núñez envió a sus hijos —entonces menores de edad— para que lo custodiaran. En ese momento, los senderistas entraron en acción. El registrador, recién recuperado de la borrachera, solo alcanzó a ver el material cuando ya había sido quemado. La captura de los jóvenes senderistas y la huida de su líder sí se pudo corroborar con esta nueva versión de los hechos.

Tras aquel episodio, Chuschi no dejó de ser un escenario del conflicto. Como registró la Comisión de la Verdad y Reconciliación, la localidad fue un lugar de patrullaje intensivo durante el periodo de violencia. El 14 de marzo de 1991, por ejemplo, las fuerzas combinadas del Ejército y la Policía detuvieron allí a Manuel Pacotaype Chaupin (alcalde), Martín Cayllahua Galindo (secretario del Consejo), Marcelo Cabana Tucno (teniente gobernador) y a un menor de siglas I.H.V., quienes serían trasladados a la base militar de Pampa Cangallo. Desde entonces, se desconoce el paradero de estas cuatro personas. El responsable principal de los hechos, el militar Collins Collantes, fue sentenciado a catorce años de prisión, pero solo pasaría ocho tras las rejas. Collantes es uno de los pocos efectivos del Ejército que ha pedido perdón por

desapariciones forzadas ocurridas durante el periodo de violencia, aunque nunca llegó a indicar a los familiares de las víctimas dónde se hallan sus restos.

En cada aniversario del inicio de la violencia, Chuschi es recordado como el lugar escogido por Sendero Luminoso para empezar el conflicto armado interno. ¿Por qué comenzó todo allí? Una hipótesis planteada por el periodista Gustavo Gorriti parece ser la más acertada: se trataba de una localidad en la que estaba concentrada una gran cantidad de material electoral y, dado que no tenía una presencia senderista tan fuerte, era un escenario propicio para un ataque sorpresivo. Fue así como nos declararon la guerra.¹⁵

El 26 de noviembre de 1975, en la Academia de Guerra de Chile, se juntaron los jefes de inteligencia de Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay y, por el país anfitrión, el tristemente célebre Manuel Contreras, uno de los mayores perpetradores de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura de Augusto Pinochet.

En aquella cita se pactó el nacimiento de un esquema de coordinación trasnacional entre estos países para, supuestamente, compartir información en torno a potenciales amenazas subversivas y crear una base de datos centralizada y un sistema de comunicaciones común para sus gobiernos, casi todos de facto en aquel momento. En realidad, aquello fue un pretexto para la comisión de asesinatos, desapariciones forzadas y torturas, tanto al interior de los territorios de estas naciones como en Europa y Estados Unidos. Esta operación llevaría el nombre de un ave emblemática que aparece en el escudo chileno y tiene por hábitat los Andes sudamericanos: el cóndor.

El Perú no participó de manera integral en este plan. Sin embargo, en nuestro país ocurrieron hasta tres casos vinculados con la Operación Cóndor. En la mañana del 12 de abril de 1977, en la esquina de las avenidas Javier Prado y Petit Thouars, en pleno corazón de San Isidro, el ciudadano argentino Carlos Alberto Maguid fue detenido por dos agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército y un miembro de la Policía mientras esperaba un bus. Maguid había llegado al país dos años antes y trabajaba en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en Perú Cine.

No registraba actividades políticas. Aquella fue su segunda detención. Nunca más volvió a ser visto.

Maguid, quien en su país se desempeñaba como fotógrafo y redactor de Canal 11, era miembro fundador de Montoneros, un grupo que se había alzado en armas bajo la modalidad de una guerrilla urbana. Su primera acción armada fue el secuestro y posterior asesinato del exdictador Pedro Eugenio Aramburú en 1970. Maguid, de hecho, fue condenado a dieciocho años de prisión por su participación en este hecho, pero sería amnistiado durante el gobierno de Héctor Cámpora. Distintas fuentes periodísticas argentinas y peruanas refieren que este personaje, tras su detención en Lima, fue enviado a Buenos Aires y, finalmente, torturado y asesinado en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), uno de los principales centros clandestinos de violaciones a los derechos humanos de la dictadura argentina.

El 25 de mayo de 1978, semanas antes de la elección de la Asamblea Constituyente, un grupo de políticos de izquierda, sindicalistas y periodistas fue trasladado a dos instalaciones castrenses ubicadas en Argentina —primero, en Jujuy; y, luego, en Buenos Aires—. Los organismos internacionales fueron puestos en alerta sobre estas detenciones, lo que provocó que todos fueran liberados. Años más tarde, muchos de los capturados atribuyeron esta acción a un supuesto acuerdo entre las dictaduras de Morales Bermúdez y Jorge Rafael Videla, como una suerte de retribución por el apoyo recibido en el Perú para la captura de Maguid.

La acción más célebre de la Operación Cóndor en nuestro país se produjo en las postrimerías del gobierno militar. El 9 de junio de 1980, cuando faltaban pocas semanas para la transmisión de mando a los civiles, agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército Peruano fueron convocados a una reunión con un coronel argentino en el Cuartel General del Ejército, una sede castrense ubicada en San Borja a la que, no sin sorna, se le conoce como «Pentagonito». El militar argentino indicó que existía un plan de Montoneros para asesinar a Videla cuando este asistiera a la ceremonia de transmisión de mando en Lima. Tres décadas más tarde, el periodista Ricardo Uceda recogería la versión de Montoneros. La agrupación argentina aceptó que había pactado una reunión en Lima para el intercambio de información y dinero, pero que nunca se planeó una acción armada.

El 12 de junio de 1980, fuerzas combinadas de agentes de inteligencia peruanos y argentinos capturaron a los ciudadanos argentinos María Inés Raverta, Noemí Esther Gianetti de Molfino y Julio César Ramírez. Otros dos integrantes de Montoneros, Roberto Perdía y Gustavo Molfino, lograron escapar. Este último informaría sobre los secuestros al militar en retiro Antonio Meza Cuadra, dirigente del Partido Socialista Revolucionario, integrado por simpatizantes de Juan Velasco Alvarado. Meza Cuadra compartió la información con los medios de prensa de izquierda y se produjo una conmoción en la opinión pública. Por ello, Videla se vio forzado a cancelar su visita a Lima.

Durante su retención ilegal en el Perú, Raverta, Gianetti y Ramírez fueron reclusos en una instalación militar en Ancón, un balneario ubicado al norte de Lima, donde fueron torturados. Finalmente, los tres serían asesinados. En el caso de Gianetti, su cadáver apareció en Madrid semanas después de su captura en Lima. Los otros dos serían ultimados en Bolivia.

Para el estadounidense John Dinges, uno de los expertos que más ha investigado los pormenores de la Operación Cóndor, el secuestro de los argentinos en Lima fue uno de los pocos casos en los que la diplomacia de su país se movilizó para evitar la muerte de los secuestrados, pero sin éxito. ¿Y qué dijo Morales Bermúdez sobre estos casos? Según la versión del propio dictador:

Si me hubieran consultado, yo les habría sugerido que los enviaran a México, donde recibían a montoneros argentinos, pero que entendía que había cumplido con la ley de extranjería, estaba respaldado por la ley.

De acuerdo con Morales Bermúdez, Raverta pretendía instalar en Lima una base latinoamericana de comunicaciones de Montoneros y era necesario «evitar la infiltración comunista en el Perú». Sobre la deportación de los políticos y periodistas en 1978, ha asegurado que fue una medida para «facilitar el cumplimiento de metas para asegurar el retorno a la democracia». Pese a ello, existen varias hipótesis que contradicen las afirmaciones del penúltimo dictador.

El escritor y periodista Renato Cisneros desliza en una «novela de no ficción» que su padre, Luis Cisneros Vizquerra —ministro del Interior entre 1977 y 1979—, habría participado en la detención de Maguid.

Cisneros Vizquerra, conocido como «El Gaucho» por sus años de formación castrense en Buenos Aires, tenía varios amigos en la junta militar argentina. Algunos de ellos, de hecho, serían condenados años más tarde a duras penas de prisión por violaciones a los derechos humanos. El propio Morales Bermúdez siguió estudios de Estado Mayor en Argentina, país con el que siempre mantuvo buenas relaciones.

Una segunda hipótesis parte de la colaboración institucional entre los ejércitos sudamericanos que existía en la época. John Dinges y el exmagistrado español Baltazar Garzón coinciden en señalar la existencia de un documento de inteligencia chilena que prueba una conexión entre Lima y Santiago, pero las operaciones de Cóndor en realidad siempre estuvieron vinculadas con Buenos Aires. Una indagación del periodista Edmundo Cruz aporta mayores luces: el Perú se incorporó con intermitencia y en forma tardía a las acciones del Plan Cóndor debido a la línea de izquierda del gobierno militar durante la era Velasco y nuestras proverbiales diferencias con Chile. Cuando el nexo fue con Argentina, la colaboración se hizo más notoria y puntual. En esa misma línea, la investigadora Francesca Lessa refiere que las operaciones peruanas ligadas a Cóndor fueron coordinadas con Argentina, cuando Chile y Brasil dejaron el mecanismo por diferencias con la dictadura de Videla.

Ya en pleno siglo XXI, esta fue la versión aceptada por la justicia italiana para condenar a Morales Bermúdez a cadena perpetua por delitos de lesa humanidad, una pena que nunca fue cumplida por la avanzada edad del exdictador y porque el Estado peruano nunca tramitó una posible extradición.¹⁶

*Belaúnde es la experiencia, experiencia para todos, más trabajo sin derroche,
Belaúnde es libertad.*

Durante la campaña, Acción Popular divulgó un *spot* televisivo¹⁷ en el que su candidato presidencial y líder histórico, al ritmo de un afable *fox-trot*, era presentado como un político capaz de transmitir, a la vez, confianza, honradez, conocimiento del país y, sobre todo, experiencia de gobierno. Entre imágenes de progreso, con su rostro de abuelo sabio apenas entrado en años, Belaúnde aparecía junto con su segunda esposa —y confidente

en asuntos de política—Violeta Correa Miller y era descrito como alguien que «trabajaba y dejaba trabajar». Se trató de una estrategia claramente dirigida al votante independiente que quería mejoras económicas luego de los años de crisis al final del gobierno militar, así como a los simpatizantes de la izquierda y el PPC que sabían que sus candidatos no tenían chances de ganar. Y dio resultado: el arquitecto capturó votos de ambos lados y, por ello, venció en la elección presidencial por un largo trecho.

No dejé de apreciar su respeto por las maneras políticas y las formas sociales; y, mientras hablaba, comencé a pensar lo que constituye una cuarta regla esencial: más que de uno mismo, uno debe aprender de su adversario y mejor si este ha triunfado.

Así recordaba Alan García su primer encuentro en Palacio de Gobierno con el flamante mandatario en setiembre de 1980.¹⁸ Más allá de ser amigos y rivales políticos, el líder aprista siempre destacó las buenas maneras de Belaúnde, quien jamás tenía en público reacciones que salieran de las formas que caracterizan lo que Lima, la conservadora, suele llamar «un señor»¹⁹. Aquella palabra no solo denotaba cierto grado de presencia económica, sino también estatus y un lenguaje alambicado. De hecho, Bedoya lo tenía muy presente y era consciente de que, cada vez que debía sostener un diálogo con su aliado, ambos se concentrarían en otros temas antes de tratar el asunto que el mandatario realmente quería discutir.²⁰

Como arquitecto y urbanista, Belaúnde tenía claro que su horizonte debía ser la construcción de infraestructura. Y así lo hizo en sus dos gobiernos. En su primera administración, dedicó la Residencial San Felipe a la clase media y, en la segunda, las Torres de Limatambo y de San Borja. También se obsesionó con las carreteras de penetración. Como hombre de su tiempo, su visión de la modernidad estaba encarnada en la circulación de automóviles y camiones para integrar al país y tener, así, un Perú sin fisuras. Por eso, planificó obras grandes, como la Carretera Marginal de la Selva —que actualmente lleva su nombre—; y también pequeñas pistas de conexión, que solía subrayar de manera casi obsesiva en sus mensajes presidenciales, al punto que los humoristas de la época solían imitarlo mencionando nombres imaginarios, cada uno más divertido que el otro, frente a un mapa del Perú. Ramón Alfaro se convirtió en el

«imitador oficial» de un Belaúnde que, de hecho, apreciaba las chanzas de un cómico que proyectaba una imagen tan señorial como la suya, pese a las bromas que solía gastarle sobre sus viajes internacionales.²¹

Fue un político de antaño, honesto y consecuente, que expresó el ideal clasemediero nacional, democrático y moderadamente reformista.

¿Por qué Belaúnde tuvo tanto éxito electoral entre 1956 y 1980? Probablemente la clave se encuentre en la frase del historiador Antonio Zapata citada líneas arriba.²² El arquitecto encarnaba una mezcla curiosa: provenía de sectores acomodados y refinados, pero tenía una gran afinidad con la clase media moderna, la misma que surgió luego de la Segunda Guerra Mundial y estaba alejada de la vieja oligarquía. Su discurso, adornado por los modales de un catedrático universitario²³, proponía una modernidad sin sobresaltos. Por ello, los más conservadores lo veían como un cuasi comunista; y los más zurdos, como un típico representante de la derecha. No obstante, su ubicación en el centro —a lo que contribuía la ausencia de ideología en su partido— era su principal atractivo para la mayoría de los votantes. Por otro lado, a diferencia de Haya de la Torre, Belaúnde empataba muy bien con la televisión, cuya importancia no dejaba de crecer para el ejercicio de la política.

Belaúnde es uno de los personajes más frustrantes de la República peruana porque nunca supo qué quería hacer. Nunca supo qué propósitos lo acometían, qué destino vislumbraba para él, para el partido, para el país. Se limitó a decir que el Perú era su doctrina y su libro, su ideario programático, se llama "El Perú como doctrina". Es como si Adenauer²⁴ hubiera escrito "Alemania como doctrina". ¿Cuál Alemania? ¿La nazi? ¿La prusiana? ¿La previa a la unificación? ¿Cuál Perú? ¿Qué Perú? ¿El andino? ¿El costeño? ¿El oligárquico? ¿El plutocrático? ¿El selvático? Esto te da una idea de la pobreza intelectual de Acción Popular. Por eso Acción Popular no tiene marco ideológico. Ninguno. Es un partido donde todo está borroso.

Sin embargo, la indefinición ideológica de Belaúnde que César Hildebrandt menciona en sus memorias tenía un correlato.²⁵ El mandatario solía hablar del Perú como doctrina, aunque eso, en el fondo, no significara

nada. Su mensaje podía ayudar a ganar una campaña electoral, pero no necesariamente servía para ejercer un buen gobierno. Como veremos más adelante, en Acción Popular convivían desde políticos vinculados con las regiones que reclamaban un aumento del gasto público hasta economistas proclives al recorte del mismo. En sus dos gobiernos, Belaúnde navegó siempre entre esas dos aguas. Y, en la mayoría de casos, nunca terminó de resolver su orientación. Por ello, durante su segundo mandato, los caricaturistas lo plasmaban como una persona débil de carácter²⁶ o despistada²⁷, ajena a los pleitos más mundanos al interior de su partido y su propia administración. A Belaúnde se le reconocía como honesto y demócrata —aunque también podía enfurecerse con las entrevistas incómodas: Hildebrandt le planteó un duro diálogo en la revista *Caretas* durante la campaña de 1980 y, por eso, nunca más le aceptó otra conversación—, pero ello no quitaba que, en efecto, no tomara decisiones firmes. Y cuando lo hacía, como veremos, no necesariamente eran las más certeras.

La derrota del Partido Aprista Peruano en las elecciones presidenciales de 1980 agravó el conflicto entre las facciones lideradas por Armando Villanueva y Andrés Townsend. En agosto de aquel año se desarrolló en Trujillo un congreso partidario al que asistieron mil delegados, un número inusual hasta para la organización política más importante del país. El resultado del cónclave fue previsible: Villanueva logró controlar a la mayoría de las bases con un mensaje de discusión ideológica en el que su línea de «izquierda democrática» empató mejor con el sentir de los delegados. Desde entonces, algunos de los jóvenes apadrinados por Villanueva —Carlos Roca, Wilder Bendezú e Ilda Urizar, entre ellos— comenzaron a adoptar posiciones cada vez más relevantes en la dirigencia. En aquel momento, además, Alan García decidió abandonar la Secretaría de Organización del partido, pero recibió a cambio la comisión de Ideología y Doctrina. Por su parte, Townsend y otros líderes, como Luis Alberto Sánchez y Ramiro Prialé, se retiraron del congreso aprista bajo el pretexto de que se perpetraría un fraude en la elección del nuevo secretario general.

Para evitar una división mayor, Villanueva aceptó no ser el secretario general y cedió el cargo a otro veterano líder del partido, el abogado Fernando León de Vivero. Sánchez y Prialé terminarían conciliando con

la nueva dirigencia, pero Townsend empezó a reclamar una reorganización general de la agrupación. De esta manera, se fue quedando solo, pese a contar con un reducido núcleo de simpatizantes. A inicios de 1981 se consumiría la escisión: Townsend fue expulsado del APRA y fundó el llamado Movimiento de Bases Hayistas, con el que pretendió tener una mayor presencia en el escenario político. Al final, sobreestimó sus propias fuerzas, aunque continuaría siendo un político de renombre.

Estas disputas internas tuvieron una repercusión en el desempeño aprista en las elecciones municipales de 1980. En Lima, el candidato del APRA Justo Debarbieri, rector de la Universidad Nacional Federico Villarreal, tradicional bastión educativo del partido, terminó en cuarto lugar. Fuera de la capital, la mayor cantidad de triunfos apristas se produjo en el norte del país, con la excepción de Piura y Tumbes.

Al Partido Popular Cristiano tampoco le fue bien en aquel proceso electoral. Ricardo Amiel, su candidato, quedó tercero, con un 20 % de los sufragios. Su votación se concentró, sobre todo, en los distritos más pudientes de la capital. Fuera de Lima, los resultados fueron previsibles —escasas victorias—, lo que afianzaría la imagen del PPC como socio menor de Acción Popular.

La izquierda logró un mejor desempeño que apristas y pepecistas. Y es que en este sector se había producido un cambio importante. Luego del fiasco en la formación de la Alianza Revolucionaria de Izquierda, en setiembre de 1980 surgió Izquierda Unida, un frente que agrupaba organizaciones de distinto tipo: el Partido Comunista Peruano, de inspiración soviética (PCP); la Unión de Izquierda Revolucionaria (UNIR), que reunía a los grupos maoístas legales; el Partido Socialista Revolucionario (PSR), formado por exmilitares y exfuncionarios del gobierno de Juan Velasco Alvarado; el Partido Comunista Revolucionario (PCR), integrado por personajes que paulatinamente adoptarían posiciones más cercanas a la centroizquierda; el Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular (FOCEP), que congregaba grupos que profesaban simpatía por los regímenes de Corea del Norte y Albania; y la Unión Democrática Popular, formada por la denominada «nueva izquierda» forjada en las décadas de 1960 y 1970, que además se proclamaba «heredera» de José Carlos Mariátegui. También se irían incorporando, en calidad de independientes, personalidades provenientes de organizaciones

no gubernamentales, sociales, campesinas y feministas, además de otras más próximos al «ala izquierda» de la Iglesia Católica, inspirados en la Teología de la Liberación²⁸. Los trotskistas, más cercanos al liderazgo de Hugo Blanco, no ingresaron a la alianza inicial, pero lo harían en los años siguientes.

En torno a la formación de Izquierda Unida existía una idea consensual. La noción básica de sus integrantes era que, a partir de las experiencias de 1978 y 1980, la unidad era necesaria para obtener mejores resultados electorales, contar con una mayor coordinación parlamentaria y, por supuesto, acumular fuerzas en el campo popular para llegar a ser hegemónicos a corto plazo y, con ello, alcanzar el poder. Y tenían en Lima al candidato perfecto para representarlos.

Alfonso Barrantes tenía numerosas virtudes a su favor. Aunque mantenía cierta cercanía con la UDP, en realidad se trataba de un político que no tenía partido y, por tanto, podía colocarse por encima de los intereses de los distintos caudillos y tendencias que convivían al interior del frente. Al mismo tiempo, su lenguaje era sencillo, coloquial y bastante más moderado que el de sus pares, lo que además lo convertía en un atractivo vocero para el bloque. Todo esto rindió frutos: Barrantes quedó segundo en la elección en Lima, con cerca del 29 %; e Izquierda Unida obtuvo el 23 % de los votos a nivel nacional.

Sin embargo, en IU existían serios problemas de fondo. Su participación municipal todavía seguía la lógica de copar espacios para la movilización de las masas contra el «Estado burgués». Los partidos que integraban el frente mantenían las disputas por el liderazgo, mientras que la discusión se concentraba en las cúpulas. La tensión entre lo electoral y la conquista de espacios sociales era evidente. Y los liderazgos femeninos y los temas de género no eran relevantes en un grupo que privilegiaba las variables económicas y el machismo-leninismo.

El gran vencedor de aquellas elecciones municipales volvió a ser Acción Popular, aunque con un porcentaje de votos menor al de las elecciones presidenciales. En Lima, la agrupación oficialista ganó la mayor cantidad de alcaldías distritales, además de obtener el sillón metropolitano. El nuevo burgomaestre de la capital fue otro arquitecto, Eduardo Orrego, quien formaba parte del núcleo de jóvenes profesionales que fundaron Acción Popular a mediados de la década de 1950. Había sido nombrado

ministro de Transportes y Comunicaciones por el nuevo gobierno, pero tuvo que dejar el cargo para asumir la alcaldía limeña.

La gestión de Orrego no fue exitosa. Según cuenta Mario Vargas Llosa en su libro de memorias, su propio partido le escatimó los recursos que precisaba para tener un buen desempeño como alcalde de Lima. Esta escasez ha sido confirmada por el historiador Jesús Cosamalón, quien refiere que, para ese entonces, la mayor cantidad de gasto en el municipio estaba concentrada en el pago de los sueldos del personal administrativo. De hecho, solo se recuerdan tres cosas de su paso por la alcaldía. En primer lugar, la formación de un campo ferial denominado Polvos Azules²⁹, ubicado apenas a cien metros de Palacio de Gobierno, que fue el primer intento de ordenar el creciente comercio ambulatorio en el centro de la capital³⁰. Segundo, la peatonalización del Jirón de la Unión, una de las zonas comerciales más importantes del Cercado de Lima. Y, finalmente, escuchó lo que entonces era un clamor popular y formó el Complejo Municipal de Asistencia Infantil (COMAIN), para atender a niños en abandono. Esta decisión se tomó luego de que un menor de edad que trabajaba como lustrabotas, conocido como «Petiso», falleciera al interior de una caja de electricidad en la céntrica Plaza San Martín. Orrego presenció, casi pasivamente, el crecimiento desordenado de la ciudad, sin que pudiera hacer mucho por resolver lo que, años más tarde, el antropólogo José Matos Mar denominaría «desborde popular»³¹.

¿Se pudo prever que Sendero Luminoso iniciaría una guerra contra el Estado y la sociedad peruana? En su bien documentado texto sobre los dos primeros años del conflicto, Gustavo Gorriti señala que el gobierno militar de Francisco Morales Bermúdez no hizo entrega a su sucesor de documentos claves sobre las acciones del grupo subversivo y terrorista. En junio de 1980, Héctor López Martínez, historiador, director de *El Comercio*³² y encargado de la transición en el sector Interior por Acción Popular, alertó al propio Belaúnde sobre la desaparición de buena parte de los archivos de inteligencia. Sin embargo, temeroso de un retroceso en la transición, el mandatario electo decidió no efectuar reclamo alguno por ello. Según Gorriti, la información perdida contenía conocimientos básicos sobre Sendero, pero los militares no consideraban que las

intenciones armadas del entonces minúsculo grupo maoísta representarían una amenaza. De hecho, documentos fechados en 1977 ya advertían sobre la existencia de discursos favorables a la lucha armada, además de dar cuenta de la formación de comités y del entrenamiento militar seguido por los senderistas, sobre todo en las zonas rurales ayacuchanas. De acuerdo con Gorriti, si bien había evidencias, las notas de inteligencia no hacían referencia a una amenaza. Peor aún, se indicaba que los operativos debían concentrarse en grupos similares a los que iniciaron las guerrillas de 1965, inspirados en la Revolución Cubana. No tomaron en cuenta que Sendero poseía una lógica parecida a la de Mao: antes que portar uniformes, parte de su estrategia militar consistía en mimetizarse con la población.

De acuerdo con la Comisión de la Verdad y Reconciliación, el gobierno militar no reconoció la amenaza que suponía Sendero Luminoso, en parte porque estuvo concentrado en la transición y, además, porque nunca supo distinguir entre los distintos grupos de izquierda que entonces empleaban un lenguaje reivindicativo de una revolución armada. Al mismo tiempo, muchos militares pensaban que, gracias a sus reformas —en particular, la agraria— el riesgo de una aventura subversiva era casi inexistente. En su libro de memorias, Morales Bermúdez llega a decir que:

Mi gobierno dejó el país en paz. Apenas habían sucedido unas acciones de carácter propagandístico de Sendero Luminoso cuando la Fuerza Armada dejaba el poder político.

No obstante, aquellas acciones a las que hace referencia el penúltimo dictador no fueron pocas ni dejaron de ser violentas. El 13 de junio de 1980, por ejemplo, una célula de un organismo de fachada de Sendero denominado Movimiento de Obreros y Trabajadores Clasistas lanzó bombas molotov contra la Municipalidad de San Martín de Porres. Dos días más tarde, Sendero voló con cartuchos de dinamita la tumba de Juan Velasco Alvarado, ubicada en el cementerio El Ángel, en pleno centro de Lima. Entre junio y julio, Sendero perpetró sus primeros atentados con explosivos en Ayacucho, teniendo como objetivos locales de Acción Popular, un colegio y la vía que conectaba Huamanga con la mina Canarias. En las Fiestas Patrias, mientras en Lima todos los ojos estaban concentrados en la ceremonia de transmisión de mando al gobierno

electo de Belaúnde —que incluía la juramentación del gabinete Ulloa, de noche, en el Patio de Honor de Palacio de Gobierno—, la situación en Ayacucho era muy distinta. El desfile militar en la zona fue interrumpido por cinco petardos que simulaban ser cartuchos de dinamita. Explosivos de verdad sí fueron detonados en los locales de los municipios provinciales de Cangallo y Huancapi.

Entre agosto y setiembre hubo una suerte de paréntesis en las operaciones senderistas. Esto se debió a la realización de una serie de reuniones de evaluación al interior de la agrupación terrorista. En ellas, se decidió que los comités de Ayacucho (Regional Principal) y Lima (Metropolitano), que eran los más fuertes, comenzaran a realizar acciones armadas más intensas, mientras que los demás grupos de la organización debían concentrarse en actividades de agitación y sabotaje.

Así, hacia octubre de 1980, la actividad de Sendero se reinició con acciones armadas en toda la región de Ayacucho, atentados a instalaciones policiales, asaltos a estaciones de radio para difundir arengas senderistas y ataques a locales del partido de gobierno. Entre octubre y diciembre, las maniobras subversivas se extendieron a Apurímac, Huancavelica y Junín. En esa época, el grupo terrorista empezó a poner en práctica una táctica que afectaría, sobre todo, a los centros urbanos: la voladura de torres de alta tensión para generar cortes de energía eléctrica, que en América Latina conocemos como apagones.

Lima no fue ajena al accionar subversivo. En octubre, la sede del municipio de Comas fue atacada. Y en la quincena de diciembre se detonaron explosivos en siete agencias bancarias y en la embajada de la República Popular China, odiada por motivos que abordaremos más adelante.

En la víspera de la Navidad de 1980, los atentados de Sendero Luminoso cobraron su primera víctima mortal conocida, cuando un ataque al fundo San Agustín de Ayzarca, que ya había sido blanco de los terroristas a mediados de ese mismo año, produjo la muerte de su dueño, Benigno Medina, quien fue torturado y luego asesinado a golpes. Corrió la misma suerte uno de sus empleados, Ricardo Lizarbe.

La acción más impactante para los limeños ocurrió dos días más tarde, el 26 de diciembre. A propósito del aniversario del nacimiento de Mao Tse-Tung, los senderistas ejecutaron un acto macabro: en plena avenida Tacna, una de las vías principales del centro de la capital, apareció un

conjunto de perros muertos colgados en los postes. Cada uno de los animales portaba un cartel con la frase: «Teng Hsiao Ping hijo de perra». La alusión a Deng Xiaoping era inequívoca, pero poco comprensible para quien no estuviera al tanto de las disputas ideológicas en China. Se trataba del líder del Partido Comunista Chino quien, tras haber sido relegado durante la cruenta Revolución Cultural, había vuelto a la primera línea del régimen luego de la muerte de Mao. Xiaoping emprendió un conjunto de reformas que incluían el paulatino ingreso a una lógica de mercado en materia económica. Por tanto, Guzmán y sus huestes lo consideraban un traidor.

Pese a todo, el gobierno no entendía nada. El presidente de la Cámara de Diputados —y hermano del presidente de la República— Francisco Belaúnde achacó las acciones subversivas a exfuncionarios de la dictadura de Velasco. Jorge Balaguer, director de la Guardia Civil, cuerpo policial inicialmente destinado a combatir la subversión, aseguró que existía una conexión directa entre dichos actos y la izquierda legal, declaración que le costó el puesto. Mientras tanto, el ministro de Relaciones Exteriores Javier Arias Stella afirmaba, sin pruebas, que había existido una «intervención foránea» en lo que calificó como «actos de sabotaje».

En realidad, nadie terminaba de comprender qué estaba pasando en el Perú.³³

Uno de los principales atractivos turísticos de la ciudad de Nueva York es su Museo de Arte Moderno, más conocido por sus siglas en inglés: MoMA. Sin embargo, muy pocos saben que un conocido político peruano mantuvo un estrecho nexo con dicha institución.

En 1967, el abogado Manuel Ulloa Elías, un empresario con conexiones en Lima y Estados Unidos, se encargó de traer a Lima una exposición itinerante proveniente del MoMA: *Cézanne a Miró: maestros de la pintura moderna*. Al año siguiente, en mayo, el consejo internacional del museo neoyorquino —al que Ulloa pertenecía— sesionó en Lima y, entre las actividades artísticas y sociales de rigor, sus miembros sostuvieron una reunión con el entonces presidente Fernando Belaúnde Terry. Ulloa era militante de Acción Popular. Pocos días después de aquella cita, Belaúnde lo designó ministro de Hacienda, cargo en el que permanecería hasta el 2 de octubre, cuando el mandatario decidió recomponer su gabinete. Escasas horas después de aquellos cambios, el presidente fue depuesto por Juan Velasco Alvarado. Tanto el arquitecto como el abogado partieron rumbo a Argentina, primero; y luego a Estados Unidos. En los años siguientes, Ulloa alternaría su residencia entre Nueva York y España. Uno de sus negocios, la empresa que editaba los diarios *Expreso* y *Extra*, sería uno de los primeros afectados por las expropiaciones del gobierno militar¹.

En tierras europeas, el exministro conoció a su nueva pareja, Isabel Zorraquín, una dama argentina que durante varios años había mantenido una relación sentimental con Vicente Sartorius, miembro de la nobleza española. En 1978, Ulloa retornó a Lima con Zorraquín y con los hijos de quien, ese mismo año, se convertiría en su tercera esposa.

Los contactos internacionales de Ulloa no se limitaban al mundo cultural o a lo que, en Madrid, se conoce como «asuntos del corazón». Durante la década de 1960, Ulloa había sido directivo de Deltec, una empresa de banca de inversión que financiaba negocios y, sobre todo, ofrecía préstamos a corto y mediano plazo para diversos gobiernos de América Latina, siempre con tasas de interés bastante altas. Como reconoce Pedro Pablo Kuczynski —quien fue funcionario del Banco Central de Reserva durante el primer gobierno de Belaúnde—, el vínculo entre Ulloa y dicha compañía fue lo que disuadió inicialmente al mandatario para darle el cargo de ministro. De hecho, parte de la deuda generada por la crisis a fines de aquel gobierno fue contraída, precisamente, con Deltec. Todo ello, sin embargo, no fue óbice para que PPK se convirtiera en un discípulo de Ulloa en el breve paso que ambos compartieron por el Estado.

Desde su regreso a Lima, Ulloa se convirtió en uno de los principales impulsores de la reconstitución del aparato partidario de Acción Popular. Por ello, a nadie sorprendió que en su segundo gobierno Belaúnde lo nombrara presidente del Consejo de Ministros y ministro de Economía, Finanzas y Comercio. De acuerdo con una versión periodística, el nuevo hombre fuerte del acciopopulismo convocó a su departamento de Park Avenue, en Nueva York, a algunos exfuncionarios que habían trabajado en el Banco Central de Reserva durante su breve experiencia ministerial previa. Dos de ellos aceptaron volver a trabajar en el Perú: Richard Webb, quien sería nombrado presidente de la entidad encargada de la política monetaria; y el ya mencionado Kuczynski, quien se convertiría en ministro de Energía y Minas.

Lejos de las cámaras, Ulloa vivía una serie de dramas personales en aquellos años. Uno de sus hijos, Fernando Ulloa van Peborgh, falleció en un accidente de tránsito en 1978. Según la hijastra de Ulloa, Isabel Sartorius², desde ese momento el carácter del político se empezaría a agriar. Sartorius también fue quien habló por primera vez de manera abierta de lo que entonces era un secreto a voces en torno a la vida privada del ministro: su adicción a la cocaína. El desgarrador relato da cuenta de que Ulloa inició en aquel vicio a su entonces esposa y que, además, los adolescentes Sartorius fueron testigos de múltiples escenas de violencia familiar y del rápido deterioro de las relaciones entre su madre y su padrastro, quien además le habría sido infiel en muchas

oportunidades. La tóxica relación entre Ulloa y Zorraquín tuvo diversas idas y venidas, hasta su divorcio a mediados de la década de 1980.

Públicamente, no obstante, Ulloa proyectaba una imagen de político cosmopolita, que estaba plenamente convencido de la necesidad de aplicar reformas de mercado en el Perú. El repuesto dueño de *Expreso* y líder de una de las facciones de Acción Popular era entonces el segundo hombre más poderoso del país.³

La frontera entre Perú y Ecuador representó un problema prácticamente desde que ambos países surgieron a la vida independiente, en 1821 y 1830, respectivamente. El área en disputa era bastante amplia: unos trescientos mil kilómetros. Las posiciones se podrían resumir de la siguiente manera: Ecuador reivindicaba la tenencia de las provincias peruanas de Tumbes, Jaén y Maynas, así como una salida directa hacia el río Amazonas, el más caudaloso del mundo y uno de los más extensos del planeta, vía natural del comercio en la región selvática sudamericana. Perú, por su parte, no solo subrayaba que estos territorios le pertenecían, sino que, en su máxima aspiración, podía dejar incluso sin selva a su vecino del norte. Durante el siglo XIX y las primeras tres décadas del siglo XX, no hubo solución para el conflicto. De hecho, en julio de 1941 estalló un conflicto bélico entre ambos países. Mientras en Europa se libraba la Segunda Guerra Mundial y Estados Unidos estaba a pocos meses de verse involucrado en la conflagración, Perú y Ecuador se enfrascaron en una contienda que, con intervalos, duró diez días. Finalmente, Ecuador sería derrotado por la superior fuerza militar de los peruanos. La pugna culminaría gracias a los buenos oficios de Argentina, Brasil y Estados Unidos, que fueron convocados para alcanzar una salida negociada. La victoria peruana colocó al país en una mejor posición durante el proceso de negociaciones.

En enero de 1942, Perú y Ecuador firmaron el Protocolo de Río de Janeiro, tratado que fijó de manera definitiva la frontera entre ambos países⁴. El vecino del norte no obtendría ninguna de sus reivindicaciones, pero Perú tampoco consiguió más territorio. Los tres países mencionados, a los que se sumó Chile, se convertirían en garantes de dicha salida negociada. Para el entonces canciller Alfredo Solf y Muro, se trató del punto final de un largo conflicto.

No obstante, la demarcación fronteriza volvería a traer problemas años más tarde, cuando se descubrió la existencia del río Cenepa en la zona conocida como Cordillera del Cóndor. Las reclamaciones ecuatorianas se concentraron en esa región y, cada cierto tiempo, se producían escaramuzas entre las tropas fronterizas de ambos países. El 22 de enero de 1981, estas refriegas darían paso a un conflicto mayor. Aquel día, el presidente Fernando Belaúnde comunicó que, luego de un ataque a una aeronave peruana, se habían detectado tres puestos militares ecuatorianos dentro del territorio peruano. El más célebre fue bautizado inmediatamente como «Falso Paquisha», para distinguirlo de la base ecuatoriana real.

Según los ecuatorianos, Perú había sido el país agresor. Sin embargo, el historiador ecuatoriano Claudio Mena sostiene que, en efecto, sí existieron bases falsas en territorio peruano, que el entonces mandatario de ese país, Jaime Roldós, pretendía reivindicar.

El conflicto duró pocos días. Las fuentes imparciales hablan de unas doscientas bajas en ambos bandos. «Falso Paquisha» fue la última base en ser recuperada. Cuando ello ocurrió, el propio Belaúnde acudió a la zona para izar la bandera nacional. En términos militares, se trató de un rotundo triunfo peruano. El mandatario pidió a los militares que no se excedieran en las acciones defensivas, cuestión que las Fuerzas Armadas peruanas cumplieron. En la zona de frontera, Belaúnde afirmó:

¡Qué diría el mundo si Francia publicara un mapa oficial poniendo a la ciudad de Sevilla en España, como ciudad francesa! Todos dirían: ese país está demente. Pues bien, eso es lo que hacen nuestros vecinos poniendo a nuestra peruanísima Iquitos dentro de su territorio.

Pese a todo, desde Torre Tagle, sede de la cancillería peruana, se criticó mucho que la negociación de cese al fuego no comprendiera la obligación ecuatoriana de reconocer el Protocolo de Río de Janeiro como el acuerdo que había fijado la línea de frontera entre ambas naciones. Sin embargo, en la práctica, fue el mecanismo de los garantes el que dio lugar al cese de hostilidades y al acuerdo para fijar los puestos fronterizos sobre la base de coordenadas geográficas y no de nombres, que podían ser confusos.

Dos de los principales protagonistas del conflicto armado perecieron trágicamente. En mayo de 1981, el presidente Roldós falleció en lo que

se presume fue un accidente aéreo, aunque sus hijos señalaron en su momento que se habría tratado de un atentado. Al mes siguiente, el comandante general del Ejército peruano, Rafael Hoyos Rubio, perdió la vida en un accidente de helicóptero mientras realizaba una visita a la zona de frontera.

El conflicto de 1981 supondría una victoria para Belaúnde, pero también impondría en las Fuerzas Armadas la convicción de que las mayores preocupaciones para la seguridad nacional se encontraban en la frontera norte. Estas, además, adquirirían una mayor independencia para tomar decisiones en temas de defensa, a cambio de que los mandos castrenses no se involucraran directamente en la política. En 1983, Ecuador volvería a desconocer el Protocolo de Río de Janeiro. Hasta 1998, ambos países no mantuvieron relaciones normales.⁵

La gestión de Manuel Ulloa Elías como presidente del Consejo de Ministros y ministro de Economía, Finanzas y Comercio trajo consigo expectativas en los sectores más acomodados. La principal: el desmontaje del estado empresario que había crecido sostenidamente durante el denominado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Muchos esperaban que el país siguiera el camino del vecino del sur, Chile, que empezó a emprender reformas de mercado durante la dictadura de Augusto Pinochet.

El entusiasmo en torno a Ulloa era tan gran que, poco antes de las elecciones generales de 1980, el economista Roberto Abusada —proclive a seguir una línea marcadamente liberal en lo económico— llegaría a escribir que: «No hay razón para que el Perú no pueda crecer al 10 % o más por año».

Ulloa formó un equipo económico al que se denominó «Dynamo»⁶ que, además de los ya mencionados Kuczynski (Ministerio de Economía y Finanzas) y Webb (Banco Central de Reserva), también estuvo integrado por el propio Abusada, quien fue convocado inicialmente⁷ como viceministro de Comercio y en 1981 pasó a ser viceministro de Economía. Otros miembros fueron Alejandro Arrieta, María Jesús Hume, Jorge González Izquierdo y Brian Jensen.

El equipo de Ulloa tenía sus prioridades claras: concretar reformas liberales en materia tributaria, financiera y comercial. Se buscaba, inicialmente, una mejora en las condiciones de endeudamiento exterior, la

privatización de empresas públicas, reducción de subsidios y dar un impulso a la inversión privada en agricultura y minería. Sin embargo, el equipo económico también se topó con obstáculos. El principal fue el propio Belaúnde: si bien estaba convencido de que el programa liberal daría mejores condiciones para negociar préstamos con los organismos financieros multilaterales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, también quería que el gasto público fuera mayor, aun a costa del déficit fiscal. El arquitecto había abandonado parcialmente la mirada desarrollista de su primer gobierno, basada en la industrialización, pero esperaba realizar inversiones muy importantes en infraestructura pública, en particular, en carreteras y programas de vivienda.

De hecho, Belaúnde le indicó a Ulloa que era necesario detener algunas medidas vinculadas a la liberalización económica hasta después de las elecciones municipales de noviembre de 1980, para evitar que estas eventualmente afectaran la performance del partido en aquellos comicios. Por ello, recién a partir de esa fecha comenzaron a implementarse algunas tímidas políticas de liberalización: por ejemplo, se culminó el proceso de devolución de los medios de comunicación a sus propietarios y también volvieron a manos privadas las empresas pesqueras y cementeras. Además, se redujeron los aranceles a las importaciones, se autorizó la tenencia de dólares y, en medio de una gran controversia por posibles conflictos de intereses, Kuczynski logró que se promulgara una norma de promoción de la inversión privada en el sector petrolero (sobre la que profundizaremos en el próximo capítulo).

El segundo freno al proceso de liberalización económica llegó del partido de gobierno, Acción Popular, en el que, desde la primera gestión de Belaúnde, confluían personalidades de distintas tendencias en lo económico y social. Durante su segunda administración, al interior de la organización convivían —muchas veces, inamistosamente— los liberales, encabezados por Ulloa, con un grupo de parlamentarios provenientes de las clases medias urbanas y provincianas, menos cercanos a la ortodoxia económica y más proclives a la aplicación de medidas redistributivas, que además no tenían reparos en aceptar puestos en el aparato estatal. Este último grupo era liderado por Javier Alva Orlandini, senador de origen cajamarquino y, más importante aún, segundo vicepresidente de la República.

Dirigente partidario de mucho ascendiente entre sus pares, sobre todo los que no provenían de Lima, Alva fue muy crítico con las medidas de Ulloa. Tanto que en 1981 encargó a un grupo de economistas que preparara un informe que evaluara las políticas públicas implementadas por el equipo «Dynamo», que él mismo compartiría con Belaúnde en mayo de ese año. Alva tampoco era el único crítico del gobierno: tanto la Sociedad Nacional de Industrias como la Asociación de Exportadores fueron muy duros con Ulloa, debido a que sus medidas liberalizadoras afectaron sus negocios, todavía amparados por el proteccionismo de los años previos.

Décadas más tarde, cuando ya era un político cercano al retiro e, incluso, había tenido un paso por el Tribunal Constitucional, Alva Orlandini le diría a Dargent que las versiones sobre su oposición a Ulloa eran «exageradas», aunque reconoció que, efectivamente, había encargado el informe sobre las medidas desarrolladas por su equipo.

Para el historiador Carlos Contreras, otros dos factores tuvieron una importante incidencia en las idas y vueltas del gobierno de Belaúnde en materia económica. Por un lado, el temor a un golpe militar en caso se pretendiera desmontar las reformas emprendidas entre 1968 y 1980 —sobre todo, en el periodo de Velasco—; por otro, la creencia en el rol empresarial del Estado como vehículo de progreso económico, que en aquella época era muy común en la sociedad peruana.

Acción Popular, con esto en mente, impidió que Ulloa concretara muchas de sus iniciativas. Belaúnde, por su parte, nunca quiso pronunciarse a favor de ninguno de los bandos. En medio de las indecisiones, el gobierno se seguía endeudando.

Sin embargo, la atmósfera de optimismo se mantenía. En pleno proceso de clasificación para la Copa Mundial de Fútbol que se realizaría en España en 1982, América Televisión, uno de los canales más importantes del país, lanzó una promoción sobre la transmisión de dichos partidos utilizando imágenes de los jugadores nacionales junto con diversos símbolos de nuestra cultura. En el *spot*, diseñado por el publicista Jorge Salmón⁸, aparecía también una imagen de Belaúnde como símbolo de la «fe de hoy» que se le tenía al seleccionado. Y también al país.⁹

El terrorismo tiene su origen en un portaviones anclado en el Caribe.
(Celso Sotomarino, diputado del Partido Popular Cristiano).

Desplegar una guerra de guerrillas fue el plan militar que Sendero Luminoso ya había adoptado para inicios de 1981. Su objetivo era incrementar las acciones armadas y conquistar pequeñas poblaciones para así, paulatinamente, disputar al Estado el control del territorio y el monopolio del uso de la fuerza.

El foco principal de sus actividades estuvo en Ayacucho, Apurímac y Huancavelica, zona que correspondía al llamado Comité Regional Central. Las pequeñas maniobras de sabotaje cedieron paso a los ataques a puestos policiales y la voladura de torres de alta tensión en la zona central, lo que ocasionaría cortes de energía eléctrica en diversas ciudades del país, incluida Lima.

En la capital, la actividad de Sendero Luminoso se incrementó hacia el mes de mayo, con ataques a comisarías, un atentado contra el local central de Acción Popular y acciones de sabotaje contra centros de esparcimiento. En simultáneo, buscaban nuevos adeptos en las universidades públicas y los espacios marginales de la ciudad.

La derecha, hay que estar ciego para no verlo, utiliza operativos mucho más complicados. La última oleada de acciones tiene un nítido sello de derecha.
(Javier Diez Canseco, senador de Izquierda Unida).

En marzo de 1981, gracias a una delegación de facultades especiales para la promulgación de normas penales, el Poder Ejecutivo finalmente pudo tipificar por primera vez el delito de terrorismo. La ley, que fue revisada por los catedráticos Luis Roy Freire y Luis Bramont Arias, también comprendía medidas para el procesamiento de estos casos. Tanto la izquierda como el APRA se opusieron a la misma, porque pensaban que podría fomentar excesos contra la libertad de expresión o la posibilidad de persecuciones políticas, pero no presentaron ninguna alternativa. Y a Sendero tampoco le gustó la norma: la casa de Roy Freire fue objeto de un atentado de pequeña escala.

Lo cierto es que la clase política no sabía realmente cómo combatir a la subversión. De hecho, tampoco sabía cómo caracterizarla. Ni el presidente de la República, ni sus parlamentarios más cercanos o sus aliados del Partido Popular Cristiano, tenían idea de lo que representaba Sendero Luminoso dentro de la izquierda y tendían a confundir a la

organización terrorista con sus propios demonios: Cuba, el movimiento sindical o, como pensaba Belaúnde, las guerrillas colombianas. Mientras tanto, la izquierda especulaba inicialmente con que las acciones de Sendero Luminoso en realidad estaban siendo perpetradas por miembros de la derecha o las Fuerzas Armadas con el objetivo de desatar una persecución en su contra. Solo el APRA guardó cierta cautela en la interpretación y calificación del fenómeno terrorista.

Hemos podido comprobar, en investigaciones llevadas a cabo en un país hermano, que las características del terrorismo son exactamente iguales a las que experimenta esa nación. De allí deducimos que se trata de un plan armado en el exterior, dirigido y financiado en el exterior. (Fernando Belaúnde Terry).

En una sesión del Comité Central de Sendero Luminoso realizada en mayo se tomó una decisión clave para el posterior desarrollo del conflicto armado interno. En dicha cita se habló explícitamente de la «cuota» que debían cumplir los integrantes de la organización para alcanzar su sueño revolucionario. Con ello, se trataba de inculcar en la militancia senderista la necesidad de ejecutar sus actos de la manera más sanguinaria posible. No era algo extraño para un fanático de Stalin y Mao, como Guzmán, pero sí para el comunismo occidental de aquellos años, sobre todo en América Latina. De acuerdo con la estrategia del líder senderista, era preciso provocar la mayor destrucción posible para crear un nuevo Estado (totalitario). Por ello, buena parte de la militancia subversiva firmó cartas de sujeción a Guzmán.

La «cuota» también buscaba generar reacciones desmedidas por parte del Estado. A fines de mayo de 1981, la policía capturó en Sicuani a tres sospechosos de pertenecer a Sendero Luminoso. Uno de ellos se llamaba Edmundo Cox Beuzeville. Los tres confesarían ser miembros de la organización terrorista, pero se sospechaba que aquella declaración había sido obtenida bajo tortura. Dado que Cox era sobrino de un obispo, los cuerpos eclesiales de asistencia social protestaron inmediatamente por los excesos cometidos por las fuerzas del orden. No obstante, más adelante se comprobaría que Cox, en efecto, no solo era militante, sino también un encumbrado dirigente de Sendero. Tras ello, la Comisión Episcopal de Acción Social

sería mucho más cautelosa en sus pronunciamientos, aunque las acusaciones de tortura a los efectivos policiales se volvieron moneda común en diversas partes del país. Cox sería detenido de manera definitiva en 1993 y hoy cumple una sentencia a cadena perpetua que fue ratificada en 2022.

En diciembre de 1981 se daría a conocer una denuncia más grave: en Vilcashuamán, una joven de quince años, llamada Giorgina Gamboa, fue detenida por la policía durante cuatro meses, tras ser acusada falsamente de terrorismo. Durante su cautiverio fue víctima de tortura y abuso sexual. De hecho, tendría una hija como resultado de las violaciones. Como recuerda la poeta, periodista y excongresista Rocío Silva Santisteban, el caso fue acogido por el parlamentario Javier Diez Canseco, quien escuchó al entonces flamante ministro del Interior José Gagliardi decir lo siguiente a la afectada:

Dime, hija, ¿qué nombre le vas a poner a tu hijo? Si es hombre le pondrás Sinchi y si es mujer, ¿Sincha?

Décadas más tarde, al lado de su hija Rebeca, Gamboa contaría lo ocurrido ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

A los actos de terrorismo desatados en la sierra central se aúna la agitación en los centros laborales y en el campo. (Javier Alva Orlandini, senador de Acción Popular).

El 11 de octubre se produjo la acción senderista más importante de aquel año. El hecho tuvo lugar en Tambo, una pequeña ciudad ubicada en Huanta, que resultaba clave para el acceso a la provincia de La Mar y a parte de la zona selvática de la región de Ayacucho. Aquel día, la comisaría del lugar solo era custodiada por tres efectivos policiales. Mientras estos investigaban un robo menor, una célula senderista integrada por veinte personas ingresó a la instalación y, entre disparos de revólver y metralleta, logró controlarla. El ataque ocasionó tres víctimas, entre ellas un niño de apenas un año. Otras dos personas resultaron heridas de gravedad.

Al día siguiente, el presidente Belaúnde sostuvo una reunión en Palacio de Gobierno con el ministro del Interior José María de la Jara y el viceministro Héctor López Martínez. El titular del sector llegó a dicha

cita con una convicción: era necesario que se declarara el estado de emergencia en la zona del atentado. Fue la primera vez en que se planteó una medida de restricción de derechos de esta naturaleza en la naciente democracia. Belaúnde estuvo de acuerdo. El estado de emergencia finalmente comprendería cinco provincias de Ayacucho: Huanta, La Mar, Huamanga, Cangallo y Víctor Fajardo.

Muchos atentados eran dirigidos por el Ejército o la Policía. A veces los mismos policías, por robar, se disfrazaban de subversivos. (Gustavo Espinoza, senador de Izquierda Unida).

En 1982, el terror escalaría con mucha más fuerza en el país.¹⁰

Cuando un siglo está por terminar, un grupo de fanáticos se alza en armas contra un Estado que acaba de cambiar de régimen político. ¿La descripción del Perú de 1981? Pues no. En realidad, es un resumen del argumento de una obra publicada aquel año por el novelista más importante del país, quien en aquel libro se alejaba por primera vez del territorio nacional como centro de sus preocupaciones literarias.

Originalmente, *La guerra del fin del mundo* nació de un encargo del cineasta Ruy Guerra a Mario Vargas Llosa. En 1972, el realizador le pidió que escribiera el guion para una película —nunca filmada— sobre una rebelión ocurrida en las postrimerías del siglo XIX en Brasil, cuando la esclavitud acababa de ser abolida en el país y, desde 1889, la monarquía —instalada en 1822— había dado paso a la república. Se le conocía como la guerra de Canudos.

En aquel conflicto, el líder rebelde fue un «santón», Antonio Mendes Maciel, «El Consejero», quien encabezaba un movimiento armado en una zona deprimida del nordeste brasileño. En la otra orilla, muchos de los encargados de conjurar el alzamiento estaban convencidos de que, lejos de una convicción religiosa, los rebeldes —cuyos jefes militares eran bandidos legendarios— estaban siendo manipulados por una conspiración liderada por los nostálgicos de la monarquía y los terratenientes de la zona, que además era apoyada por Inglaterra con armas y dinero. Luego de tres intentos fallidos, la rebelión terminaría siendo aplastada por el

ejército brasileño. Los alzados en armas fueron exterminados y Canudos fue borrada de la faz de la tierra.

Para armar el proyecto cinematográfico que luego se transformaría en la novela, Vargas Llosa tuvo como primer insumo a *Os Sertões*, una novela de no ficción escrita en 1902 por el periodista Euclides da Cunha quien, luego del sangriento develamiento de la rebelión, decidió alejarse de sus dogmas republicanos y positivistas para tratar de entender lo ocurrido. El resultado: un texto en el que acude a las ciencias sociales para dar cuenta del desencuentro entre el Estado y los rebeldes.¹¹

Entre la investigación, el guion cinematográfico frustrado, los viajes a Brasil y el proceso mismo de escritura y corrección, el libro le tomaría nueve años de trabajo al futuro Nobel de Literatura. Cuando apareció, la crítica fue unánime: se trataba de una de sus obras mayores, quizás la más lograda de su bibliografía, aquella que se acercaba al ideal de «novela total» que él mismo había analizado en varios ensayos literarios. Fue un éxito absoluto.

En Lima, la editorial Seix Barral —que entonces publicaba los libros de Vargas Llosa— organizó una presentación por todo lo alto, que se llevó a cabo en el céntrico Hotel Bolívar. Los discursos estuvieron a cargo del presidente Fernando Belaúnde y del escritor, crítico literario y senador aprista Luis Alberto Sánchez, quien había sido profesor de Vargas Llosa en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Sin embargo, el evento no dejó contentos a todos. El también escritor Carlos Eduardo Zavaleta —otro exmaestro del novelista—, además de cuestionar el nivel de las ponencias de los presentadores, opinaría que «los anfitriones pensaron más en la legión de damas burguesas que en el público culto».

Lo cierto es que Vargas Llosa estaba ingresando entonces a lo que él mismo catalogaría, años después, como «la civilización del espectáculo». Durante el segundo semestre de 1981, por ejemplo, condujo un ciclo de programas para Panamericana Televisión denominado *La Torre de Babel*. En aquel espacio, el escritor entrevistaría a colegas, como el brasileño Jorge Amado o la reina del folletín rosa Corín Tellado, además de presentar especiales dedicados a Chile o a la salsa como fenómeno musical (en este último caso, de la mano del experto peruano Luis Delgado Aparicio). El accionista mayoritario de la televisora, Genaro Delgado Parker, ya había sido empleador de Vargas Llosa cuando este

se desempeñó como director periodístico en una estación radial durante la década de 1950.¹²

En los meses siguientes, muchos encontraron cierto parecido entre el grupo rebelde liderado por «El Consejero» y Sendero Luminoso, pese a que la novela había sido terminada a fines de 1980. Cuando se lo preguntaron, Vargas Llosa respondió:

Es la misma visión utópica, la misma pretendida pureza ideológica. Sendero Luminoso es un movimiento cuasi religioso y mesiánico, que enlaza con todas esas rebeliones de iluminados, tan frecuentes en América Latina.

Como veremos, el escritor no estaba equivocado. No obstante, su próximo contacto con el terror sería mucho más controvertido.¹³

1981 también fue un año muy agitado para el gobierno en el aspecto social. Durante la etapa final de la dictadura de Francisco Morales Bermúdez, los movimientos sociales habían tenido una gran actividad al mezclar los reclamos económicos y laborales con los pedidos de una apertura democrática. La recién ganada libertad generó enormes expectativas con respecto a la atención de diversas demandas sociales, pero ello tenía una barrera en las crecientes tensiones en torno al rumbo que debía adoptar el gobierno.

Ya hemos visto que existían dos importantes facciones al interior de Acción Popular: por un lado, los liberales, encabezados por Manuel Ulloa, que estaban inclinados a mejorar las cifras macroeconómicas, pero sin prestar mucha atención a las demandas sociales. Por otro, los «hombres del partido», que estaban más interesados en generar gasto social para mejorar las posibilidades electorales de la agrupación. Javier Alva Orlandini lideraba este segundo grupo, que incluso se atrevía a presentar alternativas a las políticas planteadas por Ulloa y su equipo.

No obstante, aquellas no eran las únicas facciones. Algunos funcionarios del gobierno se concentraron en torno a la figura de la esposa del presidente de la República, Violeta Correa Miller, militante de AP y una mujer con una gran visión e influencia política. Los «violeteros» configuraron una tercera fuerza en la agrupación, equidistante de las perspectivas

económicas de las otras dos. Finalmente, no faltaron los «agentes libres», a quienes Belaúnde daba rienda suelta para que aplicaran sus propias ideas. Entre estos últimos se encontraba Alfonso Grados Bertorini, abogado y periodista, quien fue nombrado ministro de Trabajo. A inicios de 1981, como respuesta a un paro nacional convocado por varios gremios laborales, Grados Bertorini instaló la denominada Comisión Nacional Tripartita, un espacio de negociación entre el Estado, los empresarios y los sindicatos. Esto le daría una gran notoriedad al ministro, quien empezó a ser visto como una persona conciliadora al interior del gobierno, sobre todo en un año tan complejo en términos de huelgas y conflictos laborales como ese. En una ceremonia académica realizada en la Universidad del Pacífico, Grados Bertorini compartiría su perspectiva:

Ha sido de veras gratificante la experiencia de comprobar cómo trabajadores y empleadores, sentados frente a frente, han ido superando día a día sus desconfianzas tradicionales y avanzando paulatinamente en el camino de resolver sus puntos de discrepancia y conciliarlos en una resultante positiva, a pesar de la incitación a unos a abandonar el empeño y pese también a los pronósticos desalentadores para desanimar a los otros.

Grados llegaría a ser considerado el cuarto hombre más poderoso del país en la primera edición de la Encuesta del Poder, un ejercicio del Grupo Apoyo que inicialmente estuvo dirigido a las élites con el objeto de medir la percepción que tenían sobre ellas mismas¹⁴. El ministro de Trabajo, incluso, comenzó a ser imitado en los programas cómicos¹⁵, que caricaturizaban su voz ronca y sus esfuerzos concertadores.

Pese a todo, las huelgas continuarían. En la primera mitad del año, los empleados de SIDERPERÚ —la empresa siderúrgica estatal— y trabajadores mineros y bancarios iniciaron paros indefinidos. Agosto sería un mes particularmente complicado, pues confluyeron paralizaciones del gremio médico¹⁶, los bancos y demás sindicatos. Una controversial ley de regulación al derecho de huelga hizo que la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP), cuya dirigencia era entonces controlada por la izquierda, abandonara temporalmente la Comisión Tripartita de Grados Bertorini.

El 23 de octubre, en medio de este clima de tensión, se organizó en Cusco una manifestación por el alza en el precio de los pasajes. En ella,

la policía detuvo al estudiante y militante aprista Antonio Ayerbe. Los miembros de las fuerzas del orden lo golpearon tanto que le provocaron la muerte. El ministro del Interior José María de la Jara y Ureta ordenaría la baja inmediata de los responsables directos del crimen, pero eso no lo libró de que se le pidiera rendir cuentas internas en Acción Popular. La facción liderada por Javier Alva Orlandini nunca estuvo de acuerdo con el nombramiento del abogado —un tipo correcto y apegado a las normas, pero poco hábil para las declaraciones públicas— y el bando liderado por Manuel Ulloa consideraba que un relevo en el sector Interior era clave. Aunque inicialmente no quiso dimitir, el más cosmopolita de los colaboradores de Belaúnde le indicó a De la Jara, frente a un plato de comida italiana, que su tiempo en el ministerio había concluido. Finalmente, presentaría una carta de renuncia en la que aseguraba que había decidido dejar el cargo porque la muerte de Ayerbe era un hecho que repugnaba su «conciencia democrática».

Los triunfadores en esta pugna serían, finalmente, los militares. José Gagliardi Schiaffino, el nuevo ministro del Interior, quien provenía de la Fuerza Aérea, había sido ministro de Aeronáutica en el último año del primer gobierno de Belaúnde y, desde 1980, ocupaba nuevamente ese puesto por encargo del líder de Acción Popular. Gagliardi había tenido un gesto audaz el 3 de octubre de 1968, cuando pidió su pase a retiro y renunció a cualquier tipo de vínculo con Juan Velasco Alvarado. De acuerdo con Gustavo Gorriti, el aviador no había terminado de decidirse cuando Ulloa anunció a los medios su nombramiento en reemplazo de De la Jara. Con ese cambio, Belaúnde pretendía proyectar una imagen de fortaleza, además de aprovechar las dotes diplomáticas de Gagliardi.

El presidente ordenaría relevos en todos los ministerios ligados a los sectores castrenses. En aquel momento no solo existía el ministerio de Defensa, sino que cada institución armada tenía su propio feudo en el gabinete. En esa línea, el cambio más importante —y sorpresivo— se produjo en el despacho de Guerra, ligado al Ejército, al que llegó un viejo conocido del público. Se trataba de Luis Cisneros Vizquerri quien, como ya vimos, fue un polémico ministro del Interior durante la gestión de Morales Bermúdez, entre 1976 y 1978. Al momento de su designación, a fines de octubre de 1981, era el número dos de su institución. A contramano de lo que se especulaba inicialmente, no fue nombrado

comandante general, sino ministro. «El Gaucho» —apodo que se debía tanto a su nacimiento en Buenos Aires como a las buenas relaciones que solía mantener con sus pares argentinos, algunos de los cuales gobernaban en ese momento al país del sur— era visto como un hombre bronco y muy cercano a las posiciones más extremas en el lado diestro del espectro político. Como para dar la razón a sus críticos, en su primera conferencia como ministro, «El Gaucho» disparó:

Si creo en la democracia, pero en una democracia fuerte, presidencialista, casi autoritaria. No hay que suponer que debemos vivir en democracia, hay que aprender a vivir en ella y no confundirla con el libertinaje.

Estos nombramientos traerían consecuencias muy importantes.¹⁷

Las personas que siguen pensando el país en términos propios de la Guerra Fría —basta ver el Congreso peruano de 2023 para ubicar a algunas de ellas— simplifican mucho lo ocurrido en ese periodo de la historia. Al escuchar sus declaraciones, pareciera que su único contacto con aquella época fue *Rocky IV*, la película dirigida, escrita y estelarizada por Sylvester Stallone, en la que el legendario campeón de boxeo se enfrentaba con un rival soviético, Iván Drago, quien era entrenado como si fuera una máquina de matar y representaba al «nuevo hombre socialista». Pero aquel conflicto indirecto fue bastante más complejo. De hecho, el bando comunista terminó dividido, lo que traería consecuencias imprevistas para el Perú.

En realidad, todo comenzó en febrero de 1956, en Moscú, durante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el primero tras la muerte de Stalin, el hombre que había dirigido a la potencia mundial, con mano de hierro, entre 1924 y 1953. Nikita Jruschov, secretario general de la organización, se alejaría de las políticas represivas instaladas por su antecesor. En esa misma cita se adoptaría la tesis de la «coexistencia pacífica» con el capitalismo.

Mao, no obstante, tenía sus propias ideas: además de considerar que Stalin era un ejemplo a imitar, creía que seguir la línea soviética ocasionaría que no lograra profundizar los cambios económicos y sociales colectivistas que ansiaba. No obstante, también temía que la Unión Soviética pudiera

reaccionar contra aquellos que se alejaban de la ortodoxia, como había ocurrido con Hungría en 1956. En esa línea, el juego para el líder comunista chino era claro: debía aparentar tener una mayor dureza que su par soviético.

En noviembre de 1957, Mao asistió a una cita de partidos comunistas en Moscú en la que empezó a desafiar públicamente a Jruschov. Al año siguiente, el líder chino lo humilló en Beijing: lo convocó para un diálogo político en una piscina, sabiendo que el soviético solo podría estar en ella con flotadores. Meses después, los jerarcas chinos recriminarían a Jruschov su apoyo a India en las disputas que mantenían con la República Popular China. De hecho, en 1962, cuando estalló un conflicto armado entre ambos países, la URSS apoyó con armamento a India. Previamente, en 1960, los rusos habían retirado a sus asesores de China.

En 1964 se consumó una ruptura a nivel global de los partidos comunistas que incluiría al peruano. Así, en enero de ese año se fundó el Partido Comunista Bandera Roja, de filiación maoísta, tras escindirse del viejo Partido Comunista del Perú, cercano a Moscú. Al año siguiente, un profesor de filosofía de la Universidad San Cristóbal de Huamanga llamado Abimael Guzmán, militante de dicha agrupación, viajó a Beijing para participar en una escuela de cuadros, un programa del Partido Comunista Chino que combinaba la formación ideológica con la militar. Aquella visita marcó tanto al futuro líder terrorista que, años más tarde, ya en la cárcel, aseguraría lo siguiente:

Fue una de las experiencias más trascendentales e inolvidables de mi vida.

En 1967, Guzmán volvería a China. Fue un viaje aún más importante para él, a pesar de ser más corto y de que, en realidad, quien siguió la escuela de cuadros en aquella segunda oportunidad fue su esposa, Augusta La Torre. Ocurre que el matrimonio Guzmán-La Torre llegó a China en pleno inicio de la denominada Revolución Cultural.

Esta etapa supuso el giro final de Mao en su estrategia de enfrentar lo que se conocía como «línea reaccionaria». Hacia 1966, el líder chino consideraba que su régimen se había burocratizado en exceso y que era necesaria una «Revolución Cultural» que acabara con cualquier tipo de disidencia. Esto trajo consigo el apartamiento de dirigentes que entonces

se encontraban en la cúspide, pero también desató, en el llano, un conjunto de venganzas privadas entre vecinos y compañeros de trabajo o de estudios. Los enfrentamientos, de carácter generacional, en el mejor de los casos llevaron a degradaciones y, en el peor, a la muerte de miles de personas.

Guzmán vio en la Revolución Cultural «el mayor movimiento de masas de la historia» y tomó de ella diversos elementos: la violencia permanente, la destrucción de los rivales políticos y la creación de un grupo político con jóvenes fanatizados dispuestos a dar la vida con tal de plasmar el modelo que pretendía imponer su líder.

Desde entonces, estuvo convencido de que la revolución solo se podía gestar partiendo del campo a la ciudad. No era el único que pensaba así. De hecho, el nuestro fue uno de los pocos países de América Latina donde «prendió» el maoísmo como corriente ideológica importante, en parte por la comparación entre dos sociedades que, de acuerdo con la lectura de los seguidores de Mao en el Perú, reunían las mismas condiciones revolucionarias y gracias, también, a los manuales de transmisión ideológica marxista. Estos últimos ya eran utilizados por la mayoría de grupos de izquierda para transmitir sus ideas de manera sencilla a los estudiantes universitarios que pretendían captar, pero se volvieron claves para un grupo, como Sendero Luminoso, que aprovechaba los espacios educativos para generar más adeptos.

Fue así como Guzmán se inspiró para iniciar su trabajo político, tanto en Ayacucho como en Lima. Por ello, cuando uno de los funcionarios que habían sido degradados durante la Revolución Cultural —Deng Xiaoping— tomó las riendas del país y comenzó a desandar lo hecho por Mao en aquella etapa, las huestes senderistas asesinaron a los perros y los colgaron en los postes del centro de Lima con los carteles que atacaban al nuevo Líder Supremo de la República Popular China.¹⁸

En 1945, el Perú fue uno de los cincuenta y un países que fundaron la Organización de las Naciones Unidas, una entidad surgida tras el fin de la Segunda Guerra Mundial con el objetivo de preservar la paz, la seguridad y la cooperación entre las naciones del planeta. Sigue siendo el mayor esfuerzo humano para el desarrollo de reglas de convivencia internacional, aunque desde un inicio fue objeto de críticas por su burocratismo.

Javier Pérez de Cuéllar ingresó un año antes al Servicio Diplomático del Perú. Una de sus primeras misiones en el exterior consistió, precisamente, en participar en la Comisión Preparatoria de la ONU. Tras varios años de carrera diplomática, que lo llevarían a ser el primer embajador peruano en la Unión Soviética, Pérez de Cuéllar fue nombrado representante permanente del país en las Organización de las Naciones Unidas, cargo que desempeñó entre 1971 y 1975, cuando decidió retirarse de la diplomacia internacional por motivos personales.

No obstante, el entonces secretario general de la entidad, el austriaco Kurt Waldheim, le propuso ser representante especial en Chipre, país europeo que había sido ocupado parcialmente por Turquía en 1974. Luego de tres años de trabajo en dicha nación, pasó a ser embajador peruano en Caracas.

En 1981, la atención de Pérez de Cuéllar estaba puesta en Brasil. Fernando Belaúnde Terry, de hecho, ya lo había presentado como embajador en ese país a su entonces gobernante, el general João Baptista Figueiredo. De acuerdo con la Constitución de 1979, el Senado debía ratificar los nombramientos de los representantes peruanos de mayor relieve en el exterior. Y allí se produjo una sorpresa: el diplomático no recibió los votos suficientes.

En sus memorias, Pérez de Cuéllar culpó por esta afrenta a un «congresista de la mayoría gubernamental» que tramó «una cobarde maniobra» al provocar la ausencia de varios senadores oficialistas. Según el periodista Fernando Vivas, «el senador Sandro Mariátegui lideró una corriente en contra de su nombramiento que también contagió a Javier Alva Orlandini, el segundo del partido». Ninguno fue aludido directamente por el diplomático, quien ya contemplaba un futuro fuera de la diplomacia. Sin embargo, la Organización de las Naciones Unidas se volvería a cruzar inesperadamente en su camino.

A fines de 1981 se debía definir al nuevo secretario general de la institución. Waldheim pretendía postular a un tercer periodo y su principal competidor era el ministro de Relaciones Exteriores de Tanzania, Salim Salim, pero ninguno pudo superar un escollo: el veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU¹⁹.

Fue entonces cuando el nombre de Pérez de Cuéllar comenzó a sonar en el seno de la institución como una posibilidad de consenso para

la secretaría general. En ese momento, el embajador se encontraba en Ancón, tratando de tomar una decisión sobre su futuro. Una vez que el diplomático nacional surgió como una opción fundada para ocupar tan alto puesto, el gobierno de Belaúnde lo apoyó decididamente. El mandatario envió a Nueva York a un diplomático muy cercano a su entorno, Celso Pastor de la Torre, para que respaldara la candidatura del peruano. Manuel Ulloa también realizó algunas gestiones, según confesó Pérez de Cuéllar, quien siempre se negó a hacer campaña presencial por su postulación. En el Consejo de Seguridad, solo Túnez —un miembro no permanente— votaría en contra del abogado peruano. Finalmente, el 15 de diciembre de 1981, Javier Pérez de Cuéllar se convirtió en el quinto secretario general de la Organización de las Naciones Unidas. Es, hasta ahora, el único americano que ha ocupado dicho puesto.

La década de Pérez de Cuéllar en la secretaría general de la ONU fue una de las más complicadas para la humanidad: en ella se produjo el fin de la Guerra Fría, además de conflictos armados en distintas partes del mundo, como Afganistán, Líbano, Palestina y las Malvinas. También debió enfrentar distintos retos económicos y sociales y los últimos pasos del proceso de descolonización. En general, el balance de su gestión al frente de la entidad fue positivo. Y su nombramiento, como ocurriría con otros peruanos que también fueron maltratados por la clase política de su país en las décadas siguientes, fue una reivindicación muy justa y oportuna.²⁰

1982

Era un hombre directo en una sociedad acostumbrada a las evasivas y las digresiones. Era frontal, firme, valiente, lúcido, a veces hasta profético, pero también crudo, irresponsable, porfiado, negligente y bocón.

Así ha descrito el escritor y periodista Renato Cisneros a su padre, el general de división Luis Cisneros Vizquerra, uno de los militares con mayor presencia en la vida política nacional durante las últimas décadas. Y, hay que decirlo, también uno de los más polémicos.

Tanto en los ambientes militares como en la prensa, Cisneros Vizquerra era conocido como «El Gaucho». Nacido en Buenos Aires, capital de Argentina, hizo los primeros años de su carrera militar en ese país, al que su padre, el escritor y periodista Luis Fernán Cisneros, llegó exiliado durante la dictadura de Augusto B. Leguía. La familia regresaría al Perú a lo largo de la segunda mitad de la década de 1940.

En el Ejército peruano, «El Gaucho» perteneció al arma de caballería. Como cualquier oficial de su tiempo, Cisneros empezó a intervenir en política desde los grados más bajos de su carrera castrense. Participó en el golpe de Estado contra José Luis Bustamante y Rivero, la conspiración del general Zenón Noriega contra el dictador Manuel Odría y el derrocamiento de Fernando Belaúnde por parte de Juan Velasco Alvarado. En la dictadura de este último, se desempeñó como funcionario del Ministerio de Economía, cuando dicha cartera estaba ocupada por el general Francisco Morales Bermúdez, quien se convertiría en gobernante de facto del país a fines de agosto de 1975.

Cisneros participó en la conjura contra Velasco por sus convicciones políticas, que siempre estuvieron inclinadas hacia el flanco

derecho del espectro político. Su recompensa llegaría de manera inmediata: en setiembre de 1975 fue designado presidente del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), un organismo que, durante la «primera fase» de la «Revolución Peruana», se había transformado en el brazo de transmisión entre un gobierno que hacía reformas por decreto y una sociedad civil que se movilizaba y formulaba reclamos que iban más allá de lo que los propios militares estaban dispuestos a conceder.

Pocos meses después, en febrero de 1976, Cisneros Vizquerra fue nombrado ministro del Interior. Desde el ministerio, se encargó de ordenar la censura a los medios de comunicación y la represión a las movilizaciones sociales de cualquier tipo, en años en los que los sindicatos, los gremios estudiantiles y los partidos de izquierda empleaban la calle como un escenario de constante disputa política. Sus declaraciones ante los medios de comunicación eran tan explosivas que, cuando ya se había puesto en marcha el cronograma para la transición democrática, Morales Bermúdez le tuvo que pedir que ya no concediera tantas entrevistas. En mayo de 1978, el dictador lo mandó a París como agregado militar, en medio de rumores sobre celos políticos y temores ante una posible interrupción del proceso de transición.

Apenas regresó al país, en 1979, Cisneros Vizquerra volvió a viajar, esta vez a Buenos Aires, con la intención de estrechar vínculos con la dictadura que gobernaba Argentina en aquel entonces. «El Gaucho» tenía muchos amigos en la cúpula de la junta militar y, además, compartía su visión sobre la izquierda y el combate a la subversión. Todo ello ayudó a incrementar su fama de hombre rudo y poco proclive al respeto de los derechos humanos.¹

La democracia naciente lo encontró en puestos de alto nivel en el Ejército. Para 1981, muchos creían que sería el nuevo comandante general del Ejército, pero el presidente Belaúnde lo nombró ministro de Guerra, para pavor absoluto de la izquierda, que recordaba cómo había sido su actuación durante el gobierno militar. Desde el inicio de su gestión, tuvo una posición clara sobre el combate a Sendero Luminoso:

Las Fuerzas Armadas deben intervenir en Ayacucho antes de que sea demasiado tarde.

Por razones que abordaremos más adelante, Belaúnde dudó inicialmente en hacerle caso a su ministro. Pero la subversión no fue el único reto que tendría que enfrentar «El Gaucho» durante 1982.²

La madre, nacida en Ucrania, era judía y llegó a estas tierras huyendo de la persecución nazi en los albores de la Segunda Guerra Mundial. El padre fue periodista, diputado y agricultor en el desierto arequipeño. Ambos habían sido comunistas y sabían de la importancia de la educación. Por ello, en medio de su chacra en Acarí había una biblioteca en la que se mezclaban las aventuras de Sandokán escritas por Emilio Salgari con los textos sobre marxismo.

El único hijo varón del matrimonio optó por seguir estudios de Filosofía en Israel. Allí se convirtió en padre soltero y luego volvió al Perú donde, junto con la crianza de su hija, se dedicaría a la agricultura en la parcela familiar, la práctica del judo —llegó a ser campeón nacional— y la escritura. Su novia —y más tarde esposa— Esther Delgado lo animaría a radicar en Lima para cumplir el sueño de ser novelista. Sin embargo, las premuras económicas lo forzaron a buscar trabajo en el periodismo.

Fue así como Gustavo Gorriti Ellenbogen llegó a la redacción de *Caretas* en la segunda mitad de 1981. En aquel tiempo, el semanario dirigido por Enrique Zileri —un comunicador que había abandonado el mundo de la publicidad para encabezar la revista fundada por su madre— era sinónimo de buen periodismo. Durante los doce años de dictadura militar, el medio había enfrentado sucesivas clausuras; y sus periodistas, persecuciones y deportaciones.³

En aquella redacción, en la que César Hildebrandt fue adquiriendo fama de innominado fiscal de la nación gracias a sus entrevistas —con un estilo que luego replicaría en sus programas de televisión— y Zileri alternaba bonhomía con alaridos que habrían sido la envidia de cualquier cantante de ópera, Gorriti fue a parar a la sección conocida como «policiales», la que entonces estaba dedicada, básicamente, a la cobertura de las acciones de un incipiente grupo subversivo llamado Sendero Luminoso.

Entre enero y febrero de 1982, Gorriti llegó al caso que realmente lo terminaría de convertir en periodista, que involucró al excéntrico propietario de un periódico pequeño en tamaño, pero de amplia

circulación, llamado *PM*, cuyo primer director fue Guido Monteverde, un hombre de prensa cuyas inquietudes habían estado siempre más cerca del espectáculo y la farándula⁴. Monteverde se mantuvo durante un tiempo más bien corto al frente del medio por diferencias insalvables con su dueño, el empresario Carlos Langberg. La línea de *PM* era de notoria oposición al gobierno de Fernando Belaúnde, en términos que lindaban con la coprolalia y de evidente simpatía con un sector del Partido Aprista Peruano.

Previamente, dejamos al APRA bajo la secretaría general de Fernando León de Vivero, luego de las broncas entre Armando Villanueva y Andrés Townsend que habían culminado con la salida de este último para formar el Movimiento de Bases Hayistas. En el Día de la Fraternidad de 1981, de hecho, se realizaron manifestaciones paralelas. León de Vivero era el dirigente aprista que solía recibir más elogios en las páginas de *PM*, mientras ocurría exactamente lo contrario con Townsend. Más adelante se conocería que Langberg había sido el principal financista de la campaña de Villanueva en 1980.

El 8 de febrero de 1982, Gorriti detonó una verdadera bomba política en las páginas de *Caretas* y reveló que Langberg era algo más que un empresario de amplia y generosa billetera cuando se trataba de defender los intereses apristas. El 29 de setiembre de 1980, el empresario había sido detenido en Acapulco, el balneario mexicano de moda, en medio de una redada por un caso de narcotráfico. En ese momento solo le encontraron quince gramos de cocaína, que el dueño de *PM* aseguró que estaban destinados a su «consumo personal». Junto con Langberg fue apresado nada menos que Jorge Idiáquez, quien durante años fue secretario personal del fundador del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, así como líder de la fuerza de choque del partido, los llamados «búfalos».

La pista mexicana conduciría a otra redada, que se llevó a cabo en Chosica en enero de 1980. En ella, se detectó un cargamento de 475 kilos de cocaína proveniente de Pucallpa, lo que trajo consigo una breve detención de Langberg en las instalaciones de la aún incipiente división antidrogas de la Policía de Investigaciones del Perú. Pese a las evidencias en su contra, el empresario terminaría limpio de polvo y paja. El artículo de Gorriti también puso en manifiesto los primeros vínculos entre el financista del APRA y el exministro del Interior Fernando Velit.⁵

Durante las siguientes semanas, los destapes del novato periodista continuarían: además de financiar la estancia de Haya de la Torre en Houston durante el tramo final de su tratamiento contra el cáncer, Langberg había adquirido Villa Mercedes, la mítica casa de campo en la que luego moriría el fundador del partido⁶. Fue así como se hicieron públicas las andanzas del empresario, quien acostumbraba a lanzar disparos al aire cada vez que se enojaba.

El 26 de febrero de 1982, tras una acción conjunta de la Policía de Investigaciones y el naciente Ministerio Público, Langberg fue detenido finalmente. Dos años después, en diciembre de 1984, fue condenado a quince años de prisión, de los que solo cumpliría la mitad gracias a su buena conducta en el penal. Velit, por su parte, fue el primer ministro en ser acusado constitucionalmente en democracia. Sus cómplices también serían condenados a penas de entre diez y quince años de cárcel. Así concluiría el primer caso grave de narcotráfico en el país, que traería consecuencias políticas todavía mayores.

Aunque no fueron comprendidos en la trama penal, León de Vivero e Idiáquez entendieron que su tiempo en la primera línea del Partido Aprista Peruano había concluido. Por ello, se convocó a un Congreso Nacional para octubre de 1982, en el que se buscaría elegir a una nueva directiva con vocación de permanencia. En aquel momento, la oposición más fuerte a León de Vivero al interior del partido era liderada por el diputado Jorge Torres Vallejo. En la otra orilla, los leales a Villanueva reunieron sus fuerzas en torno a Carlos Enrique Melgar.

Alan García apoyó inicialmente a Melgar, a quien veía como una persona de la «generación intermedia». Sin embargo, para cualquier observador imparcial era evidente que, en realidad, el objetivo de García era alcanzar el poder dentro del partido. En 1981 había promovido —sin éxito— una posición «unitaria» en el APRA que defendía el regreso de Townsend al partido y, a la par, reivindicaba una postura de izquierda democrática en términos ideológicos. Alan estuvo en la comisión de la Cámara de Diputados que veía la acusación contra el exministro Velit, en la que mantuvo una posición más bien zigzagueante: primero renunció, luego dijo que no adelantaría ninguna opinión, más tarde emitió un informe en minoría y, finalmente, se terminó adhiriendo a la posición mayoritaria para acusar al veterano militar.

García llegó al Congreso Nacional del APRA buscando proyectar la imagen de un hombre de consenso. Torres Vallejo, en su intervención final, tras ser sumamente duro con León de Vivero por sus vínculos con Langberg, declinó a su postulación a la secretaría general a favor del joven líder aprista. Mientras tanto, Luis Alva Castro, contemporáneo de Alan, quien le prometió ser la cabeza de su plan de gobierno en 1985, negociaba con las bases partidarias. De esta manera, el 12 de octubre de 1982, Alan García se convirtió en el secretario general del Partido Aprista Peruano. Se trató de un inesperado recambio generacional: el flamante dirigente tenía entonces tan solo 33 años y logró aglutinar a todas las fuerzas del partido, con excepción de Townsend —quien nunca regresó— y León de Vivero, que terminó relegado a su puesto como diputado. El reinado de Alan había comenzado.⁷

De acuerdo con los planes de Sendero Luminoso, 1982 debía ser un año de campaña incesante en el mundo rural. Aquella estrategia era conocida como «batir el campo», que consistía en acciones como la expulsión y amedrentamiento de autoridades y la instalación de bases propias para el control de ciertos territorios. Inicialmente, el método rindió resultados, porque muchos personajes que eran odiados por «inmorales» (alcaldes abusivos, comerciantes con fama de usureros, ebrios habituales o drogadictos) fueron castigados por los senderistas. Sin embargo, como se verá en el siguiente capítulo, conforme estas acciones avanzaban, la población rural fue entendiendo que el supuesto orden que traía Sendero había cobrado rasgos claramente abusivos.

En las zonas urbanas de Ayacucho, Sendero Luminoso también obtuvo triunfos resonantes. En particular, la agrupación terrorista dio dos golpes que produjeron un gran impacto: el 2 de marzo, 38 senderistas atacaron por sorpresa el establecimiento penal de Ayacucho. Su objetivo era liberar a 78 de sus camaradas, quienes habían sido capturados en los meses previos por la Policía. La fuga dejó en ridículo al gobierno. Para complicar aún más las cosas, tres miembros de Sendero Luminoso que se encontraban internados en el hospital público de Huamanga fueron ejecutados extrajudicialmente por las fuerzas del orden en las afueras del centro de salud como un acto de venganza.⁸ El ministro del Interior José

Gagliardi estuvo a punto de renunciar por este hecho, pero finalmente se mantuvo en el cargo.

En realidad, ese fue el segundo intento senderista por tomar la cárcel ayacuchana. Antes, el 27 de febrero, Abimael Guzmán ordenó desde Lima un primer rescate. La operación, que se llevaría a cabo al día siguiente, terminó frustrándose porque nunca llegó el camión que trasladaría a los miembros liberados de la organización.⁹

Todavía más chocante fue lo que ocurrió en Vilcashuamán, una localidad ayacuchana muy preciada para Belaúnde, a la que había visitado en sus dos campañas presidenciales debido a su valor simbólico como antiguo centro administrativo del Tahuantinsuyo, una etapa de la historia que el imaginario de Acción Popular consideraba un fundamento de la peruanidad. El 31 de marzo, la comisaría del lugar fue asaltada y un miembro de la Policía fue herido. Tras el atentado, Belaúnde decidió acudir a la zona para izar la bandera nacional. Meses después, Sendero contraatacaría: el 22 de agosto, un destacamento de ochenta senderistas tomó el pueblo y volvió a asaltar la guarnición policial, para luego dinamitar el local municipal y perpetrar una serie de saqueos. Siete policías fueron asesinados y treinta senderistas perdieron la vida en el ataque. Pese a todo, Belaúnde no emitió ningún pronunciamiento. De hecho, en ese momento fue archivado un primer intento de intervención militar en Ayacucho. Una fotografía captada después de los eventos en Vilcashuamán adquiriría un gran simbolismo: en ella, en medio del local municipal derruido, aparecía un campesino enrollando una foto del mandatario.

Desde entonces, Abimael Guzmán desarrollaría aún más lo que es, a todas luces, un rasgo característico de muchos líderes comunistas: el culto a la personalidad. En mayo de ese año se realizó en Lima la Segunda Conferencia Nacional de Sendero Luminoso. La primera tarea de Guzmán en aquella cita fue ajustar cuentas con Óscar Vera, alias «camarada César», a quien se responsabilizó por el fiasco del primer intento de toma de la cárcel de Ayacucho. El líder senderista acusó a Vera de revisionista y de no seguir a pie juntillas sus órdenes. Lo mismo hizo con otro líder, «Alberto», quien no había obedecido la orden de tomar la cárcel de Jaén.

El segundo gran propósito de Guzmán en aquella reunión fue quizás más importante. A partir de ese cónclave fue rebautizado como «camarada

Gonzalo» y su ideología llevaría el nombre de «marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo». Es decir, se dio un paso más allá en la entronización de Abimael. Ya no solo sería el líder indiscutido de la agrupación: sus huestes ahora lo consideraban el único dirigente auténticamente revolucionario del mundo, debido a los giros «revisionistas» de la Unión Soviética, China y Albania. A partir de ese momento, a la usanza maoísta, se comenzó a generar un conjunto de piezas iconográficas en las que Guzmán, representado como un docente relativamente joven, siempre con un libro en la mano, se encargaba de liderar el cambio social en el planeta, comenzando por el Perú. Se trataba de una visión absolutamente fanática, pero aquellos eran tiempos en los que la ideología y la respuesta tanática se daban la mano con fundamentalismos dignos de una secta religiosa.

Mientras esto ocurría, el Perú oficial prestaba atención a eventos más gratos. En vísperas de las Fiestas Patrias, se realizó por primera y única vez en el país la final de Miss Universo, el certamen de belleza más importante del planeta, lo que generó abundantes críticas de los grupos feministas y ciertos sectores eclesiales. En setiembre de ese mismo año se llevó a cabo en Lima el Campeonato Mundial de Vóley Femenino, en el que nuestra selección ocupó el segundo lugar, en el inicio de lo que sería una década dorada para este deporte. Ambos eventos se realizaron en el Coliseo Amauta, que le pertenecía a Panamericana Televisión.¹⁰

Si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla.

Después de que el dictador argentino Leopoldo Fortunato Galtieri pronunciara esta frase desde el balcón de la Casa Rosada, la sede de gobierno del país, la multitud agrupada en la Plaza de Mayo aplaudió y gritó enfervorizada. En ella, no solo había simpatizantes de los militares, sino también de los dos principales partidos democráticos: el peronismo y la Unión Cívica Radical. Era el 10 de abril de 1982. Apenas ocho días antes, las fuerzas armadas del país sudamericano habían invadido las Islas Malvinas, un pequeño y remoto archipiélago que desde 1833 se encontraba en poder del Reino Unido y cuya recuperación era una vieja demanda argentina. Para la mayoría de naciones latinoamericana también

se trataba de una de las pocas reivindicaciones de solidaridad regional que derribaba cualquier barrera ideológica. No obstante, muchos se preguntaban entonces cuál era la necesidad de iniciar un conflicto en abril de 1982. Según destacados historiadores argentinos, uno de los factores que desencadenaron aquella conflagración fue la urgencia de contar con una bandera de unidad nacional que ayudara a sostener un gobierno de facto desgastado. Sin embargo, la junta militar argentina no tomaría en cuenta dos elementos muy importantes. Por un lado, que la invasión podría ser interpretada internacionalmente como una acción ilegítima, lo que restaría apoyo para una causa que intentaba venderse como una respuesta al colonialismo. Por otro, que la respuesta del Reino Unido sería durísima. En sus memorias, Margaret Thatcher describió así el origen de sus decisiones sobre el conflicto:

Había mucho en juego: a pesar de su importancia, no solo estábamos luchando por el territorio y los habitantes de las Malvinas, en el Atlántico Sur, a ocho mil millas de distancia. También estábamos defendiendo nuestro honor como nación y unos principios de importancia fundamental para el mundo entero: por encima de todos ellos, el principio de que los agresores jamás deberían salirse con la suya y que el derecho internacional ha de prevalecer sobre el empleo de la fuerza.

Los argentinos subestimarían una tercera variable: el rol de Estados Unidos. No consideraron que, frente a una agresión contra un antiguo aliado, la principal potencia mundial no podría mantenerse neutral. Y eso fue lo que ocurrió: luego de varias semanas de negociaciones para reducir la escala del conflicto que fueron encabezadas por el secretario de Estado Alexander Haig, el gobierno de Ronald Reagan terminó considerando a Argentina un país agresor y le impuso sanciones militares.¹¹

La guerra involucraría de diversas maneras al Perú. El Senado y la Cámara de Diputados aprobaron de forma unánime mociones que respaldaban la posición argentina. Diez días después de la invasión, el propio Fernando Belaúnde propuso a las partes en conflicto una tregua de 72 horas, pero esta no fue acatada por ninguna de ellas. Más adelante, el 2 de mayo, el presidente peruano le transmitió a Galtieri una propuesta de paz planteada por Haig, que implicaba el cese de las hostilidades, el retiro

simultáneo de las tropas, la instalación de un gobierno temporal en las islas que fuera ajeno a los intereses argentinos y británicos y la necesidad de iniciar una negociación que, además, tomara en cuenta los puntos de vista de los habitantes del archipiélago.

La salida planteada no dio resultado. Galtieri dijo que debía consultarlo con «su Senado», es decir, con el resto de la junta militar. Y los británicos respondieron con la fuerza: hundieron el buque General Belgrano, lo que acabaría inclinando el rumbo del conflicto a favor del Reino Unido. Según Thatcher, en ese momento aún no tenía noticia de las iniciativas de paz peruanas, pero cuando las conoció tampoco le agradaron mucho.

Por otro lado, el sector más duro del gobierno peruano planteó que se brindara a Argentina un apoyo más abierto en términos militares. El más interesado en ello era el ministro de Guerra Luis Cisneros Vizquerra, de evidentes simpatías por ese país y los militares que lo gobernaban. En público, «El Gaucho» se pronunciaba a favor de demostrar «con hechos» la solidaridad peruana con los argentinos. Según Renato Cisneros, el embajador de Estados Unidos en el Perú habría presionado al gobierno de Belaúnde para remover a su padre del puesto, lo que incluso habría llevado a un duro intercambio de palabras entre el presidente y «El Gaucho». En sus memorias, el embajador estadounidense Frank Ortiz omite cualquier alusión al militar peruano, pero sí refiere que buscó en Lima hacer un control de daños para mejorar la imagen de su país durante el conflicto.

Una vez que todos los esfuerzos de paz se agotaron, Belaúnde y Cisneros terminaron alineándose. El 3 de mayo, Belaúnde recibió en Palacio de Gobierno al general Héctor Iglesias —secretario general de la Presidencia argentina— y al contralmirante Benito Moya —jefe de la casa militar—. También asistieron a la cita Manuel Ulloa, el canciller peruano Javier Arias Stella y el embajador de Argentina Luis Sánchez Moreno. Posteriormente, los enviados de Galtieri también se entrevistarían con Cisneros y con el ministro de Marina José Carbajal Pareja.

Aunque las reuniones fueron de carácter reservado, en aquel momento trascendió que el Perú había acordado brindarle apoyo militar a Argentina. Víctor Andrés García Belaúnde, sobrino del mandatario, futuro parlamentario y entonces secretario general de la Presidencia de la República, ha reconocido en un libro reciente que, en efecto, la Fuerza Aérea Peruana

donó diez aviones Mirage al país del sur, así como elementos militares de ataque y defensa aérea. Nuestro país también intervino como intermediario en una compra de armamento israelí realizada por los argentinos. El gobierno peruano buscó infructuosamente mantener en secreto el apoyo, pero la prensa internacional se encargaría de revelarlo.

El 14 de junio, cuando el planeta empezaba a prestarle más atención a la Copa Mundial de Fútbol que se realizaba en España¹², se produjo la rendición argentina. Poco tiempo después, Galtieri fue obligado a dimitir y se inició el proceso de transición a la democracia, que culminó en las elecciones que llevaron a Raúl Alfonsín al poder. En el Reino Unido, la guerra catapultó la popularidad de Thatcher, quien obtuvo sin problemas la reelección en 1983. Al final, en el conflicto murieron 649 soldados argentinos y 255 militares británicos.

Para Belaúnde, el problema con Estados Unidos terminó siendo un asunto más complicado de lo pensado, tratándose de un país con el que guardaba estrechas relaciones personales. Las prioridades de la administración Reagan chocaban con la visión latinoamericanista del mandatario y la cancillería peruana. En 1983, por ejemplo, nuestro país protestó por la invasión estadounidense a Granada, una pequeña isla del Caribe.¹³ Y a los estadounidenses tampoco les gustó que el Perú respaldara al Grupo de Contadora, una iniciativa de Colombia, México, Panamá y Venezuela que buscaba llegar a una salida para los conflictos armados en El Salvador y Guatemala; y la violencia en Nicaragua. Como se conocería años después, la principal potencia mundial patrocinó a la Contra en este último país, un movimiento armado que pretendía derrocar al gobierno sandinista.¹⁴ De esta manera, Belaúnde tuvo un frente externo mucho más complejo de lo que él mismo imaginaba. Como veremos, aquellas no serían las únicas razones por las que las relaciones con la administración Reagan nunca llegaron a ser óptimas.¹⁵

El 3 de agosto de 1982, Pedro Pablo Kuczynski abandonó por última vez la sede del Ministerio de Energía y Minas. El economista representaba entonces a los sectores liberales amparados por Manuel Ulloa Elías y, como su jefe, tenía severas dificultades para delimitar la línea que separa los intereses públicos de los privados. Como su apellido era difícil de

pronunciar, en la prensa y los programas humorísticos empezó a ser conocido por las siglas de su nombre: PPK.

Kuczynski tenía claro cuál era el horizonte de su estadía en el Estado: mejorar la presencia del sector privado en la minería y la energía del país. No en vano había sido presidente de Halco, un consorcio destinado a hacer negocios en Guinea, un país africano gobernado con mano de hierro, pero que resultaba muy atractivo por sus reservas de bauxita, una roca con un alto contenido de aluminio. El presidente Fernando Belaúnde estaba de acuerdo con su visión de estimular la inversión privada. Ya fuera del poder, en 1987, opinó lo siguiente de la norma más controvertida que fue impulsada por PPK, una ley que brindaba facilidades a las empresas que pretendían invertir en el negocio petrolero:

En cuanto a la nueva ley del petróleo de 1981, llamada también Ley Kuczynski, ha sido y es motivo de varios ataques. Dios tarda, pero no olvida. Es motivo de orgullo y esperanza del actual gobierno, proclamado el promisorio hallazgo de gas en la selva, a lo largo del propuesto trazo de la Marginal, por la compañía Shell (...) El Perú se lo debe en parte a la vilipendiada ley.¹⁶

La norma estuvo envuelta en una gran polémica. El principal detractor de la llamada Ley Kuczynski fue un viejo conocido de Belaúnde: Javier Silva Ruete, un abogado especializado en temas económicos que había sido ministro de Agricultura durante la primera administración de Acción Popular y que ocupó la cartera de Economía en los años del régimen militar, donde consiguió mejorar los indicadores macroeconómicos del país, lo que le trajo fama de ser un funcionario muy eficiente.

Cuando Belaúnde asumió el poder por segunda vez, Silva Ruete se convirtió en uno de sus opositores más tenaces. Y Kuczynski se volvió el principal blanco de sus críticas. Directamente, afirmó que la norma sobre el petróleo, que implicaba una reducción de 40 % en los impuestos para las empresas del rubro, ocasionaría una pérdida de tres mil millones de dólares. Y también aludió a un supuesto conflicto de interés: de acuerdo con el exministro, el abogado de la compañía Belco, Francisco Moreyra García Sayán, había sido el verdadero responsable de la redacción de la

ley, que fue tramitada rápidamente en el Consejo de Ministros y aprobada con gran celeridad en el Congreso.

A fines de 1980, uno de los programas televisivos más influyentes era *Testimonio*, dirigido y conducido por César Hildebrandt en América Televisión. Silva Rueté tocó su puerta para que dirigiera un debate público sobre la Ley Kuczynski. El periodista aceptó, pero, entre maniobras dilatorias del gobierno y la posterior cancelación de su espacio¹⁷, la polémica terminaría trasladándose al canal del Estado. Hildebrandt —a quien se intentó vetar hasta el final—¹⁸ intervino como panelista, junto con sus colegas Fernando Flores Araoz y Alfonso Tealdo, en la discusión televisiva entre Silva Rueté y Kuczynski. En ella, pese a todo, PPK fue muy didáctico y logró convencer a la opinión pública sobre el punto central de la norma: los beneficios tributarios, supuestamente, se traducirían en una mayor reinversión en el sector petrolero.¹⁹

No fue la única polémica de PPK en su paso por el Ministerio de Energía y Minas. En 1981, fue acusado de colaborar con Ulloa para la rápida publicación de un conjunto de decretos legislativos que liberalizaban ciertos sectores económicos, antes de que los abogados de los distintos ministerios pudieran reducir parte de su filo. Kuczynski sabía que, por el contexto de la época, no podía ir mucho más allá, por lo que fue claro en señalar que Minero Perú, la empresa estatal encargada de la explotación de los yacimientos, no sería privatizada.

En 1982, antes de abandonar el gabinete, Kuczynski fue el principal impulsor de otra medida controversial: la creación del Fondo de Compensación Minera (FOCOMI), destinado a financiar con préstamos del Banco Minero a las pequeñas y medianas compañías del rubro. Semanas después de que PPK dejara el Ministerio de Energía y Minas se permitió a las empresas favorecidas por FOCOMI que utilizaran estos préstamos para pagar sus deudas con terceros. El principal beneficiario fue el Banco Wiese, un importante acreedor del sector minero. Cuando salió el decreto, un accionista y directivo de la entidad, Gonzalo de la Puente, se desempeñaba como ministro de Industria.

En su momento, PPK aseguró que abandonaba el gobierno de Belaúnde para volver a la banca internacional. Y así fue: para setiembre de 1982, ya era director del First Boston Corporation en Nueva York y, a la distancia, también formaba parte del directorio del Banco Wiese. Su

reemplazante en el ministerio fue Fernando Montero, uno de sus primeros protegidos. Años más tarde, en 1995, formaría con él Latin American Enterprise Fund Managers, empresa que le haría ganar una gran fortuna y que, más adelante, cuando llegó la Presidencia de la República, lo metería en graves problemas.²⁰

1982 representó el inicio de lo que, en términos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de la Organización de las Naciones Unidas, se conoció como «la década perdida». De ella no se salvaron los países que mantenían un modelo económico heterodoxo —la mayoría— ni aquellos que ya habían comenzado a implementar reformas de mercado, como Chile. ¿Qué ocurrió y cómo repercutió esto en el Perú?

Dos tipos de factores tuvieron un impacto importante en la crisis que se desató a partir de aquel año. Comencemos por los externos. Durante la década de 1970, los bancos privados internacionales se convirtieron en una de las principales fuentes de créditos para los países que pretendían conseguir nuevos préstamos. La supuesta ventaja de estos créditos era que su otorgamiento no tenía tantos requisitos como en el caso de los organismos multilaterales —Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y, para la región, el Banco Interamericano de Desarrollo—, lo que generó un flujo importante de dinero hacia América Latina.

Sin embargo, en 1973 y 1979, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), el cartel económico que manejaba el precio de este recurso, incrementó el precio del barril, lo que produjo un fuerte impacto en la economía mundial, que atravesaría una recesión durante buena parte de aquella década. En América Latina, los países productores de este hidrocarburo se fueron endeudando cada vez más sobre la base de las ganancias obtenidas —como ocurrió con Venezuela— y las naciones fundamentalmente importadoras, como el Perú, cuyos yacimientos no lograban cubrir la demanda interna, hicieron lo propio para poder comprar petróleo.

En 1979, la recesión global generó el aumento de las tasas de interés —léase, los costos de los créditos—. Para las economías dependientes de los precios internacionales y la demanda de las grandes potencias, como las latinoamericanas, esto fue abono para una crisis todavía mayor, sobre

todo en tiempos en que los países de la región no podían colocar con facilidad sus exportaciones y, por tanto, obtener recursos.

Los factores internos también fueron claves. Los países latinoamericanos, sin importar su signo ideológico, se endeudaron en exceso para sostener sus tasas de crecimiento. La mayoría incrementó su gasto público. De hecho, el Perú fue el país que más lo hizo en la región. Hubo otra variable decisiva: el modelo de desarrollo que entonces predominaba en esta parte del mundo. Desde fines de la década de 1940, América Latina se embarcó en lo que sería conocido como «modelo de industrialización por sustitución de importaciones» (ISI, por sus siglas en inglés). Entonces existía una gran preocupación —académica y práctica— sobre la forma en que se podía alcanzar el desarrollo, y la respuesta mayoritaria apuntaba a la industria como su motor principal. Siguiendo las ideas del economista argentino Raúl Prébisch, la CEPAL se concentró en la promoción de la ISI como un mecanismo para no depender tanto de los vaivenes en los precios de las materias primas. Así, se buscó que las grandes transnacionales colocaran fábricas en los países latinoamericanos para el ensamblaje de sus productos finales. Sin embargo, esto no cortaría la dependencia importadora, dado que los insumos seguían proviniendo del exterior. Y, para mantener ese ritmo, los estados de la región tuvieron que seguir endeudándose.

Todo reventaría en agosto de 1982, cuando el secretario (ministro) de Hacienda de México Jesús Silva-Herzog informó que su país no cumpliría con el pago de la deuda externa. En las semanas siguientes, Argentina, Brasil y Venezuela, tres de las economías más importantes de Latinoamérica, realizaron anuncios en la misma línea. Esto trajo dos consecuencias cruciales: la banca privada internacional dejó de prestarle dinero a la región y empezaron a hacerse ajustes en el gasto público.

Si bien el porcentaje de deuda con instituciones privadas del Perú era mucho menor al promedio de la región —debido a que muchos de los créditos contraídos tuvieron como acreedores a países socialistas—, el gobierno de Belaúnde también debió postergar el pago de las obligaciones internacionales.

Entre 1981 y 1982, en medio del escándalo, dos bancos quebraron por la misma razón: préstamos impagos a empresas de sus mismos grupos económicos. Fue lo que sucedió con el Banco de la Industria de la Construcción (BIC), que formaba parte del grupo Vulcano, liderado por

el empresario Luis León Rupp²¹; y con el Banco Comercial del Perú (BANCOPER), que era encabezado por la familia Bertello. En este último caso, la situación fue más complicada porque el propio Estado intentó realizar un rescate financiero con fondos públicos, lo que implicaría que años más tarde se siguieran investigaciones parlamentarias. En ese panorama, la economía peruana tuvo que navegar en aguas cada vez más complicadas.²²

¿Las acciones previas al oprobio de un personaje repudiado pueden dar indicios sobre su futura conducta indigna? Esa es, probablemente, una de las preguntas que más obsesiona a los biógrafos y estudiosos de los grandes criminales y violadores de los derechos humanos. Curiosamente, en el caso de Abimael Guzmán, pocos trabajos se han concentrado en los años anteriores a su surgimiento como líder del grupo más sanguinario de la historia republicana peruana.

Como otros peruanos que marcaron el siglo XX²³, Manuel Rubén Abimael Guzmán Reinoso nació en la ciudad de Arequipa (1934). Y como muchos de sus contemporáneos, tuvo una infancia azarosa: fue hijo extramatrimonial de un comerciante y solo pudo ver a su madre durante sus primeros años, antes de quedar en manos de un tío. Finalmente, su madrastra y su familia paterna fueron los que se hicieron cargo de su formación. Fue un estudiante destacado del colegio La Salle y durante su infancia y adolescencia estuvo bastante apegado a la religión. Se discute si aquella época fue realmente feliz o no para el futuro líder subversivo. En todo caso, todos sus biógrafos coinciden en que desde joven fue una persona muy reservada.

La identidad de Guzmán empezaría a forjarse cuando inició sus estudios de Filosofía y Derecho en la Universidad Nacional San Agustín de su ciudad natal. En la UNSA conoció a Miguel Ángel Rodríguez Rivas, quien fue uno de sus profesores de filosofía. Ambos compartían el interés por Immanuel Kant²⁴ y la afición por la discusión política acompañada de unas botellas de licor. Eran tiempos en los que, según Gustavo Gorriti, existía en la Ciudad Blanca un clima político proclive a las revoluciones²⁵. Otro personaje clave en la vida de Guzmán en aquellos años fue el pintor Carlos de la Riva, miembro del Partido Comunista del Perú,

quien viajó a China en 1961 y desde entonces mostró simpatías por el régimen de Mao Tse-Tung. Guzmán se había inscrito en el PCP en 1956.

En paralelo, en 1959, el gobierno de Manuel Prado Ugarteche decidió reabrir la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, inaugurada en 1776 y que había dejado de funcionar luego de la guerra del Pacífico. En los primeros años de la nueva era, la UNSCH recibió apoyo externo para mejorar sus facultades. La casa de estudios empezó a atraer docentes de prestigio procedentes de Lima —como Oswaldo Reynoso, Julio Ramón Ribeyro, Víctor Delfín o Antonio Cisneros— y profesores provenientes de distintas partes del país. Para estos últimos, como lo ha descrito Carlos Iván Degregori, San Cristóbal de Huamanga supuso un nuevo proyecto de vida y la proyección de mayores lazos con la comunidad local.

En 1962, Guzmán obtuvo una plaza como profesor de Filosofía en la UNSCH y, meses más tarde, el decano de Artes y Letras que lo había contratado, Efraín Morote Best, un antropólogo cercano a la izquierda, se convirtió en el nuevo rector de dicha casa de estudios. Para lo último fue decisivo el apoyo del Frente Estudiantil Revolucionario, entonces controlado por el Partido Comunista del Perú. Tras su llegada, Guzmán se convirtió en miembro del Comité Regional «José Carlos Mariátegui» que, con la ruptura de los partidos comunistas a nivel global en 1964, se alineó con las posturas maoístas del PC Bandera Roja, liderado entonces por el abogado Saturnino Paredes.

Guzmán fue un profesor que gozó de cierta popularidad entre los estudiantes. Era ateo en una ciudad notoriamente conservadora y religiosa. Mantenía relaciones cordiales con sus colegas, con quienes persistió en la bohemia costumbre de sostener discusiones académicas entre copas de licor. Al mismo tiempo, se hizo amigo de uno de los principales dirigentes comunistas de Ayacucho: Carlos La Torre. Abimael iniciaría una relación sentimental con la hija de La Torre, Augusta, quien entonces estudiaba en un instituto pedagógico y estaba plenamente convencida de la necesidad de los cambios revolucionarios.

El 3 de febrero de 1964, Guzmán y Augusta La Torre contrajeron matrimonio. Luego vendrían los viajes a China y más años de labor docente para Guzmán —con un rápido ascenso para acceder a puestos administrativos y realizar viajes a Lima para dictar algunos cursos en la Universidad Nacional de Educación de La Cantuta—. ²⁶

La llegada al poder de Juan Velasco Alvarado supuso una complicación adicional para la izquierda. Los comunistas pro-Moscú decidieron dar su «apoyo crítico» a un gobierno que creían revolucionario, pero los maoístas caracterizaron como fascista al régimen de las Fuerzas Armadas. No obstante, al interior del maoísmo también se producirían distintas divisiones. La facción de Saturnino Paredes devino en admiradora del régimen comunista de Albania²⁷ y apoyó la reforma agraria de Velasco, transformándose en el PC Marxista-Leninista. Las bases más jóvenes y magisteriales de Bandera Roja rompieron con Paredes y formaron un nuevo partido, Patria Roja, que cuajaría en 1970.²⁸

¿Y Guzmán? En 1969 se vio involucrado en un importante conflicto regional. El gobierno militar había emitido un decreto de interpretación de la gratuidad de la enseñanza que enfrentó un fuerte rechazo en Ayacucho y, sobre todo, en Huanta. El régimen envió tropas policiales y militares a la zona para mantener el orden y encarceló a algunos dirigentes de las protestas —entre ellos, a Guzmán; de hecho, la única fotografía suya que circuló por años en los medios de comunicación corresponde a esa detención—. Ante la fuerza del movimiento y el fallecimiento de estudiantes y campesinos, la norma en cuestión terminaría siendo derogada.

Con los sucesos de Huanta, Guzmán decidió establecer a la UNSCH como su base natural, debido a la importancia de la educación como motor y motivo de la economía y las aspiraciones de cientos de ayacuchanos. De esta manera, en 1970 se dio una suerte de paradoja: Guzmán inició un movimiento maoísta sin bases agrarias —que estaban bajo el control de Paredes— ni grandes masas en el estudiantado y el magisterio, que se habían ido con Patria Roja. Mezclando las ideas de la Revolución Cultural china con su propia interpretación de los conceptos de José Carlos Mariátegui, el padre del socialismo peruano y latinoamericano, fallecido en 1930, bautizaría a su nuevo partido como Sendero Luminoso,

¿Qué hizo Sendero durante la primera mitad de la década de 1970? Por un lado, un persistente trabajo de base en la UNSCH, en la que algunos de sus dirigentes ocupaban importantes puestos administrativos. De hecho, el propio Guzmán llegó a ser director de Personal en dicha casa de estudios. Por otro, obstaculizaron la formación de las bases del Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) en el campo ayacuchano. En simultáneo, Sendero mantenía pugnas —que en muchos

casos implicaban actos de violencia— con otros movimientos de izquierda de diversos orígenes y reivindicaciones²⁹.

En 1974, Sendero parecía estar en retirada en San Cristóbal de Huamanga. Los demás grupos de izquierda le habían quitado el control de puestos claves en el Consejo Ejecutivo de la universidad, los gremios estudiantiles y las organizaciones docentes. A inicios de 1976, Guzmán pidió su cese en la casa de estudios y fue pasando paulatinamente a la clandestinidad. Al mismo tiempo, comenzó a pasar más tiempo en Lima. En esa época se crearon los denominados «organismos generados» de Sendero Luminoso, es decir, los grupos que orbitaban alrededor de la agrupación. Otra razón para radicar en la capital fue que Guzmán padecía de policitemia, una enfermedad sanguínea que le impedía estar en la altura.³⁰ Fue por ello que la Escuela Militar que se organizó poco antes del inicio de las acciones armadas de SL se realizó en Chacacayo. Augusta La Torre y otros miembros del Comité Central eran quienes se desplazaban a Ayacucho y otras zonas del país para transmitir las órdenes dadas por el líder senderista desde la comodidad de su base capitalina.

Para Guzmán, La Torre y sus militantes más cercanos, los años finales de la década de 1970 fueron la etapa preparatoria para la lucha armada. Mientras el resto de la izquierda que mantenía un lenguaje revolucionario se incorporaba paulatinamente a los mecanismos democráticos, Sendero Luminoso seguía siendo visto al interior de este sector como un grupo «infantil», excesivamente dogmático, minúsculo y de preocupaciones demasiado localistas.

Sin embargo, como bien señala el historiador Iván Hinojosa, dichas características eran lo que hacía atractivo a SL entre, por ejemplo, los universitarios provincianos de primera generación, quienes buscaban una identidad que definiera su posición ante el mundo y un país al que consideraban demasiado hostil. En esa línea, un colectivo que le daba a este grupo de jóvenes la esperanza de ser «la vanguardia», algo muy común en la época³¹, constituía también una suerte de «tabla de salvación», dado que estos ya no se sentían como sus padres de origen rural ni tampoco habían sido integrados plenamente a la academia nacional (léase, limeña).

Buena parte de toda esta información estaba entonces al alcance de la Policía o de quien quisiera indagar. Pero, como refiere Gorriti, muchos de los cuerpos de seguridad y los políticos de la época —como ya vimos

en el capítulo anterior— seguían pensando en Sendero como algo parecido a las guerrillas de inspiración cubana que se activaron durante las décadas de 1960 y 1970 en América Latina. Tampoco se adoptaron pasos obvios, como revisar el legajo personal y profesional que Guzmán había dejado en la Universidad San Cristóbal de Huamanga.

De hecho, en abril de 1982, el jefe de Seguridad del Estado, el general Guillermo Rivarola, le dijo a Héctor López Martínez, quien seguía siendo viceministro del Interior, que Guzmán aparentemente estaba muy mal de salud y se encontraba oculto en la casa de sus suegros en Jesús María. López Martínez y el ministro José Gagliardi se lo comunicaron a Belaúnde para que este diera la orden de aprehenderlo. Sin embargo, el mandatario respondió que, si Guzmán estaba en tan malas condiciones, lo mejor era no detenerlo, para no generar un mártir. Todo indica, según Gorriti, que la información transmitida por Rivarola no era cierta. Probablemente, Guzmán solo se había puesto mal luego de uno de sus raros viajes a la sierra. A los pocos meses, la familia La Torre partiría a Suecia en condición de «refugiada política»³². No sería sino hasta años más recientes que tendríamos una imagen más certera de quién fue realmente Abimael Guzmán³³.

En el principio era el verbo. Hablado y escrito. Víctor Raúl Haya de la Torre, para sus seguidores y detractores, fue el más importante orador en una plaza pública que haya tenido el Perú. Para poder justificar cada una de sus posiciones políticas, Haya empleaba la palabra escrita. *El antimperialismo y el APRA* era el libro de cabecera de las posiciones de izquierda del partido y *Treinta años de aprismo*, el texto que justificaba el giro a la derecha de la organización. Eso sí, Haya nunca fue un animal televisivo. Sus apariciones en ese medio fueron escasas, poco felices —salvo un documental hagiográfico que protagonizó hacia el final de su vida— y nada memorables.

Poco a poco, el país empezaría a conocer las dotes oratorias de Alan García. Alejado de los rostros adustos que formaban parte de la gerontocracia que había quedado a cargo del partido, el nuevo líder aprista combinaba la destreza oral que Haya de la Torre solía desplegar en las plazas públicas con una telegenia que para entonces ya se había transformado en todo un requisito para los políticos con aspiraciones electorales.

Como veremos más adelante, el joven secretario general del APRA sabía aprovechar muy bien todas las oportunidades que le brindaba la televisión. En ello —y solo en ello— se parecía a los líderes socialdemócratas europeos que destacaban en aquellos años. En particular, se le asoció con la renovada imagen de Felipe González en el Partido Socialista Obrero Español.

Como ocurría con Haya, también era importante que Alan firmara publicaciones que lo proyectaran como un estadista. *El futuro diferente. La tarea histórica del APRA*, lanzado en 1982, buscó llenar ese vacío. Se trató de un texto redactado durante los años en los que García se desempeñó como secretario de Ideología del partido. Hacia dentro, el volumen buscaba cumplir dos objetivos adicionales: recuperar cierta aura intelectual que la añeja agrupación había perdido en el camino —los intelectuales más reconocidos de entonces se encontraban más próximos a la izquierda o al mundo liberal— y tratar de actualizar las ideas de Haya, siempre inspirado por la estancia académica del autor en España y Francia durante la década de 1970.

El futuro diferente reveló a un político lúcido en su diagnóstico de la realidad, pero poco preciso en sus planteamientos y soluciones. Era evidente que García tenía más talento como orador que como escritor. El libro, por otro lado, anticipaba la visión que el autor seguiría años más tarde, en el quinquenio que comenzó en 1985. La primera publicación de García aborda y pone en tela de juicio los dos paradigmas prevalecientes en la disputa que entonces sostenían Estados Unidos y la Unión Soviética: capitalismo versus comunismo. Como antes lo había hecho Haya, el autor calificará a ambos de imperfectos.

A diferencia de líderes europeos como Felipe González o François Mitterrand —con quienes llegaría mantener cordiales relaciones—, García no pretendía alcanzar una especie de síntesis entre una economía de mercado y los aspectos sociales de un estado de bienestar. Por el contrario, García fustigó al capitalismo en el país, al que caracterizó como dependiente de los circuitos financieros de «grupos hegemónicos». De hecho, su propuesta era más cercana a otro tipo de modelo, muy distinto al planteado por la socialdemocracia europea: el cooperativismo.

Por aquellos años, las cooperativas eran vistas en el Perú como un mecanismo de generación de capital que mezclaba lo mejor de dos mundos. Eran empresas que buscaban obtener ganancias para sus socios,

pero con una gestión más democrática que en las sociedades anónimas. En ellas, además, había un gran interés por la capacitación de los asociados y el lucro no era visto como un fin general. Haya de la Torre sentía predilección por este modelo, que se masificó inicialmente en países como Yugoslavia y se multiplicaría en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. De hecho, esta fue la forma empresarial preferida por los nuevos propietarios de las tierras expropiadas en el proceso de reforma agraria impulsado por Juan Velasco Alvarado.

Reparando en la trayectoria posterior de García, sus propuestas en *El futuro diferente* no deberían extrañarnos. Siempre se sintió lejano de la Unión Soviética, pero tampoco tenía simpatías por el gobierno de Ronald Reagan. De hecho, en la década de 1980 nunca visitó Washington. Durante la segunda mitad de aquel decenio, el líder aprista buscó tener un rol activo en el denominado Movimiento No Alineado, un grupo de países que no estaban dispuestos a alinearse con ninguno de los bandos de la Guerra Fría. En él, Yugoslavia desempeñaba un rol fundamental. Junto con una vuelta al aprismo auroral, Alan planteó en su primer libro una visión de la política internacional. Y una profecía de lo que, en buena cuenta, podría llegar a ser un gobierno suyo.³⁴

Para Manuel Ulloa, la cuenta regresiva como presidente del Consejo de Ministros y ministro de Economía y Finanzas empezó el 25 de agosto de 1982. Aquel día, los miembros de la Célula Parlamentaria Aprista presentaron una moción de interpelación en contra suya. Ulloa debía responder preguntas centradas en los dos temas más preocupantes en aquel momento para el país: la situación de la economía y la violencia provocada por Sendero Luminoso. Se daba por descontado que el APRA y el bloque de izquierda votarían a favor de la moción. Sin embargo, lo que nadie sabía entonces es que algunos miembros de Acción Popular también lo harían. Las tensiones al interior del partido de gobierno entre la facción liderada por Javier Alva Orlandini y los liberales de Ulloa eran mucho más que evidentes.

Para entonces, Alan García ya era el encargado de liderar el trabajo de los diputados apristas. Desde el año anterior, ya devenido en un afilado crítico de la política económica del gobierno de Belaúnde, las apariciones

del joven político aprista en los medios de comunicación se habían incrementado notoriamente. En agosto de 1982, poco antes de la interpelación a Ulloa, dijo lo siguiente:

Nosotros ya habíamos advertido que la política de apertura a las importaciones tendría un efecto muy grave sobre la economía nacional: va a acelerar la devaluación, agotar las reservas que el Perú tenía y complicar la situación que la crisis internacional hace repercutir en la economía.

Hacia mediados de 1982, diversos analistas consideraban que las propuestas económicas de Ulloa ya estaban agotadas. De acuerdo con John Crabtree, historiador británico especialista en América Latina, la liberalización de las importaciones decretada por el MEF coincidió con problemas en la balanza de pagos debido a una disminución en los precios de materias primas como el cobre, la plata, el plomo y el café. Al mismo tiempo, el país se sometió a un programa de ajuste recomendado por el Fondo Monetario Internacional para reducir el déficit fiscal, que entonces era considerado la principal causa de la inflación, que ya comenzaba a crecer.

Como apunta el historiador Antonio Zapata, la inflación no disminuyó —aunque Ulloa solo fue un eslabón más en una cadena que había empezado en la década de 1970 y alcanzaría su pico máximo años después del final del gobierno de Acción Popular—; y la actividad económica también terminaría contrayéndose.

El día de la interpelación, el 16 de setiembre, los roles ya estaban más o menos establecidos. La izquierda condenó las violaciones a los derechos humanos que ya se venían produciendo en el marco de la lucha contrasubversiva. Javier Diez Canseco fue el parlamentario que fustigó con más dureza a Ulloa. El APRA, por su parte, se concentró en los temas económicos. García y el presidente del Consejo de Ministros intercambiaron pullas, ante la atenta mirada del presidente de la Cámara de Diputados, Valentín Paniagua.

La nota más saltante del intercambio llegó cuando García quiso replicar otra alusión de Ulloa, pero Paniagua no le dio la palabra. En aquel momento, el espigado político decidió bajar desde su escaño hacia el estrado en el que Ulloa pronunciaba su alocución. Y aquí dejamos que el propio Alan continúe con el relato:

En medio de un gran escándalo y griterío, llegué hasta donde el ministro de alta estatura y le sonreí. En un gesto al borde del exceso, extendí el dedo índice y toqué su corbata. Estaba lívido, la campanilla eléctrica sonaba atro-nadoramente, los fotógrafos corrían. Fue el discurso que el país esperaba.

Pese a que Ulloa controló sus gestos y palabras ante la reacción del político aprista, lo cierto es que el ministro perdió peso político frente a la opinión pública. Y con el novel parlamentario comenzó a ocurrir lo opuesto. De hecho, este gesto fue clave para que al mes siguiente los partidarios del APRA encumbraran a García como su secretario general.

Por esos mismos días, en un congreso extraordinario de AP, Alva Orlandini también fustigó la política económica del gobierno. Desde ese momento, Belaúnde comenzaría a entender que las horas de Ulloa en el ministerio estaban contadas. García y el presidente sostuvieron diversas reuniones como parte de la serie de diálogos que el propio mandatario había iniciado con las demás fuerzas políticas. El líder aprista le dijo en una de esas citas que exigiría la salida de Ulloa en una gira que estaba a punto de realizar por el país. Belaúnde le respondió:

Usted tendrá noticias antes de su retorno.

Mientras se producían estas movidas políticas, otros dos escándalos complicarían aún más la situación del gobierno. El exministro de Justicia, Enrique Elías Laroza, abogado y dirigente del Partido Popular Cristiano, fue cuestionado severamente por la firma de un contrato con la empresa española Guvarte para el equipamiento de las cárceles. Elías fue señalado por una supuesta sobrevaloración y malversación de fondos, pero este se defendió asegurando que todas las acusaciones tenían un trasfondo político. Por otro lado, Ulloa también sería cuestionado cuando el grupo empresarial venezolano Vollmer, del que había sido accionista y miembro del directorio, se adjudicó la propiedad de Irrigadora Chimbote, una empresa estatal que se encargaba de las obras del proyecto de riego Chincas, en Áncash. Esto motivó una indagación parlamentaria que terminaría siendo archivada.

El 9 de diciembre, finalmente, Ulloa Elías renunció a sus cargos públicos. Su reemplazante en la presidencia del Consejo de Ministros fue Fernando Schwalb, primer vicepresidente de la República, abogado y

exdiplomático, quien ya había sido ministro de Relaciones Exteriores durante el primer gobierno de Belaúnde y se había desempeñado como embajador del Perú en Estados Unidos durante los dos primeros años del segundo. Para el Ministerio de Economía y Finanzas fue llamado el abogado Carlos Rodríguez Pastor Mendoza, abogado y exfuncionario del Banco Central de Reserva, quien había tenido que huir del país cuando el régimen militar inició una persecución legal en su contra. En Estados Unidos hizo carrera en el banco Wells Fargo, uno de los más importantes de ese país.

La llegada de Schwalb trajo consigo otros relevos que se consumarían a inicios del año siguiente: Nils Ericsson, por ejemplo, dejó el despacho de Agricultura luego de recibir durísimas críticas por el caso Vollmer.³⁵ Belaúnde pretendió disminuir el volumen de los reproches de Alva Orlandini al entregar la cabeza de su canciller, Javier Arias Stella. El nuevo presidente del Consejo de Ministros también se haría cargo de esa cartera. Por último, Luis Pércovich Roca, otro reputado acciopopulista, se convirtió en ministro de Pesquería. Sin embargo, los cambios más importantes al interior del gobierno se darían en otro frente: el de la violencia.³⁶

Una victoria preliminar del gobierno contra el terrorismo terminó transformándose en una incuestionable derrota simbólica. El 3 de setiembre de 1982, una patrulla de la Guardia Republicana que buscaba a un prófugo del penal local cerca de Andahuaylas, fue atacada por un hombre y una mujer que se encontraban agazapados en la carretera. En el enfrentamiento, los policías abatieron a la segunda, de apenas diecinueve años. Los atacantes en realidad querían robar el auto en el que se desplazaban los policías, pero no se trataba de delincuentes comunes: ambos eran integrantes de Sendero Luminoso.

Al día siguiente, llegaron a la morgue de Andahuaylas los ministros del Interior y de Guerra, José Gagliardi y Luis Cisneros Vizquerra. El primero reconoció a la mujer como Edith Lagos, una temida militante senderista. El segundo, por su parte, negó las acusaciones de la familia de la terrorista, que sindicaban a las fuerzas del orden de haberla torturado. ¿Por qué era tan importante esa joven?

Nacida en Ayacucho en 1962, Lagos se trasladó a Lima en 1979 para seguir estudios de Derecho en la Universidad San Martín de Porres.

Pocos meses después, dejó las aulas para convertirse en militante de Sendero Luminoso, llegando a ser parte del Comité Regional Principal, el mismo que inició las acciones armadas en Ayacucho. Aunque la prensa de la época la trató como una «comandante», en realidad solo fue un mando medio dentro de la organización subversiva.

Lagos había sido detenida por primera vez a fines de 1980. Por entonces ya se conocía acerca de su participación en diversos atentados. Luego de ser sometida a algunos interrogatorios en Lima, fue recluida en la prisión de Huamanga, donde se dedicó a escribir poemas. Quizás por ello, la prensa de la época le empezó a conferir cierta aura mistificadora a su supuesta rebeldía juvenil. Lagos sería una de las integrantes de Sendero Luminoso que fue liberada tras la operación subversiva en el penal de Ayacucho de marzo de 1982. Desde entonces, no se supo más de ella, hasta el enfrentamiento con la policía de setiembre.

La muerte de Lagos desataría una genuina cadena de equívocos. Algunos mandos policiales creyeron, erróneamente, que había caído una importante líder de la organización terrorista. Por otro lado, Belaúnde autorizó que recibiera cristiana sepultura, pero no imaginó que el entierro de la joven sería multitudinario y que, en él, incluso, el conservador arzobispo de Ayacucho, Federico Richter Prada, pronunciaría un responso. La prensa de la época, de hecho, daría cabida a las versiones sobre las supuestas torturas que habría sufrido antes de su muerte, que resultaron siendo falsas. Como ha indicado Gustavo Gorriti, Sendero Luminoso fomentó por unos meses el supuesto «mito» de Edith Lagos, pero luego la personalidad de Guzmán desplazaría cualquier tipo de culto alterno en la organización terrorista.³⁷

Gorriti, precisamente, llegó en octubre de 1982 a un lugar que se había convertido, rápidamente, en otro centro de expansión y control de Sendero Luminoso. Se trataba de la isla El Frontón, cercana al puerto del Callao, que no solo servía para que las aves guaneras produjeran el material que les daba su nombre, sino que también albergaba un establecimiento penal al que, antiguamente, las dictaduras de distinto calibre solían enviar a sus opositores. De hecho, Fernando Belaúnde y Armando Villanueva fueron en su momento dos de sus «inquilinos». Paradójicamente, fue el líder de Acción Popular quien decidió reabrir la cárcel en 1982, luego del ataque senderista a la prisión de Ayacucho, para evitar nuevas acciones de fuga, por lo que la

mayor parte de su población carcelaria estaba compuesta por senderistas. Originalmente, Gorriti había previsto entrevistar a un dirigente social que había sido declarado «preso de conciencia» por Amnistía Internacional, pero terminó saliendo del lugar con un reportaje muy distinto.

En El Frontón, el periodista encontró a un disciplinado conjunto de reos consagrados a los cánticos que exaltaban a Abimael Guzmán y el senderismo, quienes mantenían su dogmatismo ideológico e, incluso, lo habían exacerbado, además de tener argumentos para justificar las acciones violentas de la organización subversiva, así como para atacar a la izquierda legal y tildarla de «revisionista». El reportaje causó conmoción porque se trató de la primera vez en que la prensa fue testigo de cómo Sendero Luminoso podía convertir una prisión en lo que llamaban «luminosa trinchera de combate», es decir, un centro de adoctrinamiento para sus huestes.

Fuera de los establecimientos penales, las acciones subversivas no dejaron de incrementarse. En noviembre de 1982, Sendero atacó los fundos experimentales de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. En las zonas rurales, la organización terrorista empezó a forzar a los campesinos a la autarquía y les prohibió cualquier forma de intercambio con las ferias y mercados de la ciudad. Y los asesinatos tampoco cesaron durante todo el mes.

A inicios de diciembre, el crecimiento de la violencia obligó al gobierno a tomar decisiones muy importantes. Para empezar, la salida de varios ministros. Cuando Gagliardi anunció la posibilidad de iniciar un diálogo con los dirigentes senderistas, fue desautorizado por Manuel Ulloa casi en el acto. Tras el intercambio, el ministro del Interior presentaría su renuncia, pero esta fue denegada por Belaúnde. No obstante, para el presidente ya estaba claro que la permanencia en el gabinete del aviador en retiro tenía fecha de caducidad. Para entonces también era vox pópuli que Ulloa pretendía ser ministro del Interior, para coordinar con Cisneros las acciones conjuntas entre la Policía y las Fuerzas Armadas contra la subversión. Sin embargo, el mandatario ya había tomado la decisión de retirarlo del gabinete. A las razones ya señaladas se sumaban otras: su poca disciplina personal —su frivolidad había sido notada por personajes tan disímiles como Alan García y Mario Vargas Llosa— y, sobre todo, su notoria ambición de llegar a la presidencia en 1985. Para un partido político en el que Belaúnde era el

líder indiscutido, esa pretensión sonaba a motín. Por eso nadie se sorprendió cuando finalmente se produjo el anuncio de la salida de Manuel Ulloa.

Mientras tanto, las acciones de Sendero Luminoso crecían en intensidad. El 3 de diciembre, el cumpleaños de Guzmán fue «celebrado» con sendos apagones en Lima y Ayacucho. Aquella noche, apareció en los cerros cercanos a ambas ciudades la figura de la hoz y el martillo en llamas. El 11 de diciembre, el alcalde de Huamanga, Víctor Jáuregui Mejía, fue herido desde una motocicleta con dos disparos en la cabeza. Sobrevivió, pero el hecho determinó que decidiera retirarse de toda actividad pública. Tres días antes de la Nochebuena, Walter Wong, director regional del Instituto Nacional de Cultura en Ayacucho, fue atacado a balazos por dos senderistas en su oficina. Lamentablemente, el funcionario murió antes de que pudiera ser evacuado a Lima.

Ese mismo día, Belaúnde le pidió a Héctor López Martínez que preparara el decreto supremo que ordenaría el ingreso de las Fuerzas Armadas a Ayacucho. El mandatario se resistió a dar este paso hasta el final por el temor de que pudiera fortalecer demasiado a los militares para tentar la recuperación del poder político. Sin embargo, en Acción Popular había consenso, pues Alva Orlandini, Ulloa y Schwalb estaban de acuerdo con la decisión.

A la mañana siguiente, el 22 de diciembre de 1982, apareció en los quioscos de todo el país un nuevo ejemplar de la revista *Quehacer*, una publicación dirigida por Henry Pease que tenía una línea de izquierda moderada, que llevaba en la portada una fotografía del ministro de Guerra bajo el titular «Sendero, Fuerza Armada y Cisneros». Raúl González, sociólogo de profesión y una de las primeras personas que buscó entender a Sendero Luminoso, fue el encargado de entrevistar a «El Gaucho» para la revista. Aquel diálogo se había producido días antes de que Belaúnde tomara la decisión de incluir a los militares en la lucha contrasubversiva. Las declaraciones de Cisneros Vizquerra causaron un gran impacto. Aquí un botón de muestra:

Las fuerzas policiales actúan, dentro de sus limitaciones, en forma eficaz...

¿Cuáles son esas limitaciones?

La primera, la falta de un equipamiento adecuado. La segunda, la inferioridad de condiciones en la que tienen que enfrentar a Sendero: mientras los senderistas saben dónde están las torres, dónde están ubicados

los puestos policiales, cuántos hombres hay en cada puesto, cuál es el movimiento de este —porque todo eso puede conocerse con observar y observar—, las fuerzas policiales no saben dónde están los senderistas ni cuántos son, no saben cuándo van a atacar... Para que las fuerzas policiales puedan tener éxito tendrían que comenzar a matar a senderistas y no senderistas, porque esa es la única forma en que podrían asegurarse el éxito. Matan sesenta personas y a lo mejor ahí hay tres senderistas... y seguramente la policía dirá que los sesenta eran senderistas...

¿Qué le parece esa alternativa? ¿Le gusta?

Creo que sería la peor alternativa y por eso es que me opongo, hasta que no sea estrictamente necesario, a que la Fuerza Armada ingrese a esta lucha...

¿Cuándo sería ese momento? ¿Qué tiene que pasar para que sea «estrictamente necesario» el ingreso de la Fuerza Armada?

Lo que tiene que pasar es muy difícil que se lo diga... Además, en cuanto se lo diga y usted lo publique, tenga la seguridad de que no va a pasar...

Los acontecimientos terminarían precipitándose. El mismo día en que la entrevista salió publicada en *Quehacer*, Cisneros declaró ante el Congreso que consideraba que Sendero sería derrotado con rapidez, repitiendo lo que había dicho previamente en el Consejo de Ministros.

Luego de la Navidad, Belaúnde dio un ultimátum para que los senderistas se rindieran. Finalmente, el 29 de diciembre de 1982, las Fuerzas Armadas fueron autorizadas para ingresar a Ayacucho. La salida de Gagliardi se concretaría días después, el 3 de enero, junto con la del propio Cisneros Vizquerra. Las declaraciones de «El Gaucho», en adelante, exaltarían una línea de combate a la subversión cada vez más dura. Empezaba así una nueva fase del conflicto.³⁸

El terrorismo sería erradicado antes de fin de año.

En enero de 1983, con optimismo rebosante, el general EP Oscar Brush Noel, sucesor de Luis «El Gaucho» Cisneros en el Ministerio de Guerra, se expresaba así ante la prensa, pocas semanas después de que el gobierno de Fernando Belaúnde autorizara la participación de las Fuerzas Armadas en el combate a Sendero Luminoso. A decir verdad, aquel era el estado de ánimo imperante entre los estamentos castrenses. Apenas asumió sus funciones como primer jefe del comando político-militar de Ayacucho, Clemente Noel Moral declaró lo siguiente al diario *El Comercio*:

Este es un bloque guerrillero focalizado que, en mi evaluación, puede ser erradicado en dos meses.¹

No obstante, la realidad no daba, precisamente, para tanto optimismo. Las instituciones castrenses —en particular, el Ejército y la Marina de Guerra—² no estaban preparadas para enfrentar adecuadamente a la subversión. Como refieren tanto el historiador Antonio Zapata como el propio Ejército, a través del informe *En honor a la verdad*, la hipótesis sobre lo que ocurría en el Perú estaba centrada en vincular el estallido de violencia con otros conflictos armados internacionales. Para entonces, los temas de mayor preocupación en la Comandancia General del Ejército seguían siendo el breve enfrentamiento que sostuvimos con Ecuador en 1981, así como el todavía cercano centenario de la guerra del Pacífico. Pese a los daños ocasionados por Sendero Luminoso durante los dos primeros años del conflicto, el Ejército nunca actualizó los manuales de

«guerra no convencional» que se habían generado a partir de la experiencia de combatir a las guerrillas de 1965.³ Como ya hemos visto, la organización terrorista que venía azotando al país desde mayo de 1980 tenía métodos muy distintos a los de aquellos grupos.

Las instancias de inteligencia militar no fueron capaces de producir información de utilidad. De acuerdo con el periodista Ricardo Uceda, el primer manual que se publicó sobre Sendero Luminoso no fue otra cosa que la transcripción de un libro del periodista y activista de izquierda Roger Mercado.⁴

Sin embargo, no todo era responsabilidad del Ejército. El gobierno de Belandé jamás fue preciso en sus indicaciones, pero depositó sus esperanzas en que una acción enteramente militar pudiera liquidar a la subversión en 1983. Los comandos políticos-militares que en aquel año iniciaron sus funciones en Ayacucho (y luego se extendieron a otras partes del país), no tenían del todo claro el alcance de su actuación. Por otro lado, el control civil sobre posibles vulneraciones a los derechos humanos fue bastante débil durante todo el periodo de violencia. Y a todo ello se sumaría el hecho de que la administración de Acción Popular nunca quiso establecer programas de desarrollo complementario para las acciones estrictamente castrenses. Así, la estrategia militar solo se limitó, por un lado, al patrullaje intensivo y al establecimiento de bases militares en lugares que se veían como claves para cortar los circuitos militares senderistas y reducir su apoyo; y, por otro, para iniciar una política de «tierra arrasada» en la que, para eliminar a los miembros de Sendero Luminoso que pasaban desapercibidos en sus comunidades, se asesinaba o desaparecía a personas inocentes. Todos estos factores le permitirían complicando la existencia al general Brush Noel y a sus sucesores y, por supuesto, a un Estado que nunca entendió, sobre todo entre 1983 y 1985, que antes que matar a gente inocente debía establecer una suerte de alianza estratégica con los ciudadanos. Al principio, cuando ingresó a Ayacucho, parecía que el Ejército seguiría esa línea, pero uno de los principales eventos del conflicto terminaría cambiando por completo el escenario.⁵

En el capítulo anterior señalamos que, luego de un primer periodo de adhesión acrítica, en el tramo final de 1982 diversas localidades en las que Sendero Luminoso había establecido bases de apoyo decidieron rebelarse

contra los subversivos, luego de que la organización terrorista intentara cambiar costumbres, perpetrara asesinatos injustificables y creciera la sensación de desagrado frente a una entidad evidentemente totalitaria.

A inicios de 1983, esos casos empezaban a incrementarse sostenidamente. El 21 de enero, apenas tres semanas después del ingreso de las Fuerzas Armadas a Ayacucho, miembros de las comunidades de Huaychao y Macabamba, ubicadas en la provincia de Huanta, asesinaron a golpes a siete integrantes de Sendero Luminoso, luego de engañarlos haciéndose pasar como simpatizantes de la organización subversiva. Al día siguiente, en otra comunidad huantina cercana llamada Uchuraccay, fueron liquidados otros cinco subversivos. Meses atrás, esa misma comunidad, en la que SL había intentado establecer una base de apoyo a través de un militante apodado «Martín», logró que este y otros simpatizantes senderistas fueran expulsados.

Por su parte, lo ocurrido en Huaychao cayó como una bendición para el comando político militar de Ayacucho. El general Noel dijo entonces que «con esta acción, los hombres y mujeres están demostrando coraje y virilidad para no ser manci llados por un grupo con ideas descabelladas». En Lima se pensaba lo mismo. El propio presidente Belaúnde aseguró que esperaba un rápido restablecimiento de la tranquilidad y que con «la presencia y el valor de esos pueblos» sería suficiente. El 23 de marzo, Noel envió hacia Uchuraccay un helicóptero con víveres y un destacamento al que solo brindó una instrucción: continuar con este tipo de respuestas frente a todo extraño que llegara a pie.

No obstante, la prensa opositora, sobre todo la de izquierda, cuestionó la veracidad de las declaraciones del general. De hecho, algunos medios denunciaron que las Fuerzas Armadas estaban empezando a recurrir a prácticas de «guerra sucia» en la zona de conflicto. Fue por esa razón que ocho periodistas de Lima y Ayacucho decidieron viajar al lugar para indagar sobre lo ocurrido. El grupo de hombres de prensa estuvo compuesto por Eduardo de la Pinella, Pedro Sánchez y Félix Gavilán, de *El Diario de Marka*⁶; Jorge Luis Mendivil y Willy Retto, de *El Observador*; Jorge Sedano, de *La República*; Amador García, de la revista *Oiga*⁷; y Octavio Infante, director del diario ayacuchoano *Noticias*. Según el periodista Ricardo Uceda, quien entonces se desempeñaba como jefe de redacción de *El Diario de Marka*, hubo otro motivo para el viaje: Infante

había prometido a algunos de los miembros de la comitiva una entrevista exclusiva con integrantes de Sendero Luminoso. Sin embargo, este nunca estableció contacto con «Juan», el dirigente senderista de la zona.

El 26 de enero, los periodistas salieron de la ciudad de Huamanga. Luego, hicieron una parada en la localidad de Chacabamba, donde fueron atendidos por los Argumedo, la familia materna de Infante. Juan, medio hermano del periodista ayacucho, fue animado a acompañarlos como guía, pese a que su familia no quería que se acercara a Uchuraccay.¹¹ Por ello, acordaron que Argumedo, quien luego fue sindicado de tener vínculos con Sendero, solo llegaría hasta un punto determinado y luego retornaría a su pueblo.

Aquel día, entre las tres y cuatro de la tarde, uno de los habitantes de Uchuraccay lanzó una alarma: «Están viniendo terroristas». En ese momento, los dirigentes de la comunidad se encontraban en la casa del teniente gobernador Fortunato Gavilán, donde discutían, precisamente, sobre posibles represalias de Sendero Luminoso por los hechos ocurridos días antes. Provisos con sus armas de trabajo, salieron a acorralar a los periodistas. Pese a que algunos de los hombres de prensa eran quechua-hablantes, el diálogo fue imposible. La secuencia de fotos captada por Oscar Retto en los instantes previos a su muerte —el rollo fue hallado meses después— demuestra que no hubo posibilidad de contacto pacífico entre ambos bandos. Los periodistas fueron ultimados con palos, piedras y hachas. Por la noche, Argumedo y Severino Huáscar Morales, acusado de ser uno de los principales enlaces de Sendero Luminoso en la zona, también fueron asesinados. Los cadáveres de los periodistas serían enterrados cerca de la plaza, a poca profundidad. Los cuerpos del guía y de Morales terminaron en una fosa clandestina.

Al día siguiente, el 27 de enero, los periodistas Gustavo Gortti y Oscar Medrano llegaron a Huaychao para ser testigos de la rebelión campesina contra Sendero Luminoso. Allí se enteraron de que algunos dirigentes de la comunidad habían acudido a Uchuraccay, donde «ocurría una guerra». El 28 de enero, las tropas militares salieron en busca de los periodistas que habían partido hacia Uchuraccay. Un día después, las autoridades de la comunidad les entregaron los cuerpos de los hombres de prensa, así como sus prendas de ropa y rollos de fotografías. Además, les indicaron que los periodistas habían estado portando una bandera roja. Cuarenta años después, eso sigue siendo un misterio. A las siete de la noche del 29

de enero se confirmó en Ayacucho que habían sido asesinados por comuneros. Al día siguiente, el general Noel tuvo que responder las preguntas de los periodistas por la muerte de sus colegas, mientras la televisión difundía las imágenes de los cuerpos de las víctimas, lo que generó un impacto todavía mayor en la opinión pública nacional.

El 1 de febrero, un nutrido cortejo fúnebre acompañó los restos de algunos de los periodistas, quienes fueron enterrados en el cementerio El Ángel de Lima, donde se levantó un conjunto escultórico abstracto en señal de homenaje.⁹ Los demás serían sepultados en Ayacucho.

Desde el inicio de su segunda administración, Fernando Belaúnde Terry tenía en la mira al escritor Mario Vargas Llosa para algún puesto político. De acuerdo con los archivos del escritor que se encuentran bajo custodia en la Universidad de Princeton, en julio de 1981 este declinó al ofrecimiento presidencial de asumir la embajada del Perú en el Reino Unido. A inicios de 1983, Belaúnde volvería a convocarlo, pero para proponerle un cargo mucho más delicado.

Como ya dijimos, el caso Uchuraccay generó una gran conmoción en la opinión pública. Por ello, el mandatario tenía muy claro que su gobierno debía dar una respuesta política contundente para el esclarecimiento de los acontecimientos y se comprometió a ello. Una semana después de la masacre, el 2 de febrero de 1983, se constituyó la Comisión Investigadora de los sucesos de Uchuraccay, integrada por el abogado Abraham Guzmán Figueroa, el periodista Mario Castro Arenas y Vargas Llosa, quien además fue su presidente. El escritor asumió el encargo con la convicción de estar contribuyendo a evitar que la democracia peruana corriera el riesgo de desaparecer. Tras su formación, los integrantes de la comisión convocaron a un equipo de profesionales en los campos jurídicos, antropológicos, psicológicos y lingüísticos, para contribuir con su tarea.¹⁰

Vargas Llosa y los demás miembros del equipo de trabajo viajaron a Ayacucho el 8 de febrero. Se hospedaron en un vacío Hotel de Turistas, ubicado muy cerca de la Plaza de Armas. El ambiente en la ciudad, ya atrapada entre dos fuegos, era desolador. Cuatro días más tarde, llegaron en helicópteros a Uchuraccay, donde se entrevistarían con los miembros de la comunidad.

Como bien señala el historiador Ponciano del Pino, la cita entre los ciudadanos de Uchuraccay y los integrantes del grupo de trabajo tuvo varios puntos de coincidencia, pero también otros de desencuentro. Vargas Llosa decidió iniciar el cabildo abierto con un pago simbólico a la tierra, algo que no se acostumbraba hacer en esa época del año en la localidad. Muy rápidamente, los uchuraccaínos reconocieron su responsabilidad en la muerte de los periodistas y señalaron el contexto general de violencia que estaban padeciendo como explicación para la confusión que había generado la masacre, aunque al parecer decidieron prescindir de ciertos detalles. A diferencia de lo que interpretaría la comisión, que vio a los miembros de la comunidad como ajenos a la legislación estatal peruana, ellos mencionaron al grupo de trabajo que sus mecanismos de autodefensa frente a Sendero Luminoso eran creados «en nombre del gobierno» para defenderlo de la amenaza subversiva. Sin embargo, los miembros de la comunidad omitieron cualquier alusión a Juan Argumedo, el guía de los periodistas, a quien dijeron desconocer. Aquello fue intencional: como ya indicamos, Argumedo era sospechoso de tener vínculos con Sendero Luminoso. El hecho de reconocer su asesinato, así como el del uchuraccaíno Severino Morales Ccente, hubiera chocado con el discurso que aseguraba que la agrupación senderista era entonces totalmente ajena a la comunidad. Esa fue la razón por la que los cuerpos de Argumedo y Morales habían sido enterrados clandestinamente.

La historia real de lo ocurrido en Uchuraccay sintonizaba con una célebre tesis planteada por la antropóloga estadounidense Kimberly Theidon: que en el Perú se produjo un conflicto «entre prójimos», en el que los miembros de una misma comunidad muchas veces terminaron en bandos distintos, lo que debilitó parte del tejido social de las zonas rurales que fueron azotadas por la violencia.

Luego de un mes de labor, el grupo de trabajo entregó a Belaúnde, en Palacio de Gobierno, el documento final con sus hallazgos y conclusiones. Estaba dividido en dos partes: *Cómo fue*, sobre los hechos en sí; y *Por qué fue*, en la que se trataba de brindar una explicación a los mismos.

El informe Vargas Llosa concluyó que los ocho periodistas habían sido asesinados por miembros de la comunidad de Uchuraccay, quienes los confundieron con senderistas. Sin embargo, este hallazgo —que sería confirmado por la Comisión de la Verdad y Reconciliación dos décadas

después— todavía no es aceptado por ciertos sectores de izquierda y algunos de los familiares de las víctimas. Para ellos, el hecho de que los periodistas pertenecieran a medios identificados con la izquierda hacía mucho más factible que estos hubieran sido ultimados por miembros de las Fuerzas Armadas. Nunca existió una prueba que corroborara dicha hipótesis, aunque el comando político militar de Ayacucho en su momento no fue precisamente colaborador con la acción de la justicia, lo que haría que las suspicacias sobre su participación real en la masacre se mantengan hasta hoy. Pese a todo, el informe consigna que los miembros de la comisión también escucharon denuncias de atropellos cometidos por miembros de las fuerzas del orden, en especial, del grupo policial conocido como Los Sinchis.

La visión que presentaba el informe sobre la comunidad de Uchuraccay recibió muchas críticas. Si bien es cierto que algunos de los miembros de la comisión tenían la tendencia de observar desde una perspectiva «exotizante» a los uchuraccainos, también hubo un desencuentro clave: durante el cabildo abierto, muchos de los residentes se declararon «ajenos a la modernidad», una sensación que se acrecentó por el laconismo de sus respuestas a las interrogantes de la comisión. Por ello, el grupo de trabajo concluyó que algunas de las causas de lo ocurrido fueron el atraso en el que estaba sumida la comunidad, su poco contacto con la legalidad occidental y el supuesto aislamiento de las localidades cercanas a Uchuraccay. La CVR fue bastante crítica con esa parte del informe, aunque también explicó con claridad los motivos de esta interpretación.¹¹

En sus memorias, Vargas Llosa confesaría que el encargo de presidir la comisión Uchuraccay le trajo pesadillas, tanto a él como a su familia. Durante buena parte de 1983, se dedicó a difundir el informe final en formato periodístico —para lo cual escribió la crónica *Historia de una matanza*, que apareció en diversos medios internacionales— y a defender la actuación del grupo de trabajo que encabezó. De hecho, el juez encargado de investigar el caso, Hermenegildo Ventura Huayhua, preocupado por demostrar que fueron miembros de las fuerzas del orden quienes mataron a los periodistas, sometió al escritor a un interrogatorio de catorce horas. La discutible labor del magistrado provocó que el juicio por la matanza, en el que se imputaba por el crimen a diecisiete campesinos, fuera trasladado a Lima. En 1987, finalmente, tres de los comuneros serían condenados a penas de entre seis y diez años de prisión.

El drama sería aún mayor para la comunidad de Uchuraccay. Después de la matanza, en los meses siguientes, miembros de Sendero Luminoso incursionaron en la localidad para asesinar a los supuestos involucrados en el crimen de los periodistas. Según los testimonios de la CVR, los senderistas aprovecharon las festividades religiosas para camuflarse y ultimar a varios campesinos. También se multiplicaron las denuncias de abusos por parte de los militares. Para agosto de 1984, la situación era terminal: habían fallecido 135 personas en una comunidad que solo tenía, según el censo de 1981, 470 habitantes. Los sobrevivientes huyeron a donde pudieron. Recién en 1993 pudieron retornar a sus tierras. Esta parte de la historia de Uchuraccay es la más sobrecogedora, pero también la menos conocida.¹²

Temperaturas inusualmente elevadas en la costa peruana. Lluvias torrenciales en las zonas altas. Deslizamientos, huaicos e inundaciones. Destrucción de infraestructura vial, viviendas y establecimientos públicos y privados. Muerte y desamparo. No, no se trata de una descripción del largo verano de 2023, sino de lo ocurrido en el país durante los últimos meses de 1982 y los primeros de 1983.

Como todos sabemos gracias a las clases de Geografía escolar, por el Perú pasan dos corrientes marinas: El Niño, de aguas cálidas, que normalmente comprende el sector ubicado entre Piura y Tumbes; y la de Humboldt, de aguas frías, que va desde Lambayeque hasta la frontera con Chile. Cuando la primera «desciende» y llega a lugares por los que no suele circular, genera los efectos que hemos descrito anteriormente y que conocemos como Fenómeno El Niño. En realidad, como señala el historiador Lizardo Seiner, este evento climático no solo afecta a las costas peruanas, sino también a las de otras regiones del continente americano, Australia, Indonesia, Filipinas y la India. Asimismo, los estudios revelan que ha tenido una larga ocurrencia. Hasta fines del siglo XX, se habían presentado ochenta eventos de ese tipo desde la llegada de los españoles a tierras americanas.

No obstante, el Fenómeno El Niño de 1982 y 1983 fue particularmente devastador, solo comparable, de acuerdo con los registros históricos, con el de 1925, que se produjo durante el gobierno de Augusto B. Leguía; o con los de la década de 1870, que contribuyeron en parte a la reducción

de la producción y exportación del guano, nuestro producto de bandera durante buena parte del siglo XIX.

Sin duda, el gobierno de Belaúnde fue responsable por la lenta atención a la emergencia, pero en el enorme impacto de esta crisis climática también estuvieron presentes otros problemas consuetudinarios del país: el crecimiento no planificado de las ciudades, sobre todo en quebradas por las que siempre cayeron deslizamientos y huaicos; y la pobre capacidad del Estado peruano para reubicar poblaciones y realizar una eficiente planificación urbana.

De acuerdo con los registros, El Niño de 1982–1983 generó el fallecimiento de 512 personas y más de un millón de peruanos resultaron damnificados. No solo provocó las habituales fuertes lluvias en el norte, sino también una creciente sequía en el sur¹³, razón por la cual Piura y Puno terminaron siendo las zonas del país más golpeadas por la crisis climática.

El impacto económico también fue muy grave. La actividad agrícola cayó en un 12 %, siendo los cultivos de algodón, papa y azúcar los más afectados por el evento. Además, se perdieron unas 120 000 hectáreas rurales y murieron aproximadamente dos millones seiscientos mil cabezas de ganado. La actividad que más decreció fue la pesca, que redujo su producción en un 40 %, debido a que muchas especies migraron a aguas más frías¹⁴. Todo ello, naturalmente, contribuyó a que la inflación se disparara.

A fines de 1983, el producto bruto interno había retrocedido en un 12 %. De acuerdo con el economista Carlos Parodi, la disminución de, al menos, cuatro puntos porcentuales, estuvo directamente vinculada con el fenómeno climático.

Hubo un último damnificado con El Niño: el presidente de la República. Como indican Antonio Zapata y Juan Carlos Sueiro, «la imagen de Belaúnde fue la de un presidente paralizado y dubitativo, mientras las lluvias arrasaban la costa norte peruana». En efecto, el Estado peruano pudo haber contrarrestado con más eficiencia el efecto de las lluvias, pero no lo hizo. Ello llevó, como veremos, a que la aprobación del gobierno sufriera una aparatosa caída, de la que Belaúnde solo se recuperaría, aunque ligeramente, en el tramo final de su mandato. Desde entonces, cada vez que el Fenómeno El Niño reapareció, los presidentes siempre trataron de proyectar la imagen de incansables hacedores de obras, ensuciándose los zapatos en el terreno, para de esta manera subir

puntos en las encuestas o evitar que su imagen pública se viera perjudicada. Belaúnde intentó hacerlo, pero no fue suficiente.¹⁵

¿Cuál fue la reacción de Sendero Luminoso tras al ingreso de las Fuerzas Armadas al conflicto y el inicio de la rebelión de los campesinos contra el fundamentalismo de la organización terrorista? De acuerdo con la versión de Elena Iparraguirre, número tres de la entidad, se tomaron dos tipos de decisiones importantes. La primera, para enfrentar a los militares, fue la creación, en marzo de 1983, del denominado Ejército Guerrillero Popular, que no era otra cosa que la unión en un solo cuerpo de todos los brazos armados senderistas. Esta decisión no estuvo exenta de tensiones, dado que Abimael Guzmán e Iparraguirre pensaban que, inicialmente, lo mejor era hacer un momentáneo repliegue frente al avance de las Fuerzas Armadas. Fue Augusta La Torre quien inclinó la balanza, al indicar que, en realidad, la mayoría de la población rural los respaldaba —lo cual no era cierto— y que eso les permitiría ganar tiempo antes de un enfrentamiento directo con el Ejército. Guzmán respaldó los argumentos de su esposa.

Esta lectura de la realidad, en la que Sendero Luminoso sobrestimaba sus propias fuerzas, condujo a otro tipo de decisiones. Guzmán, por ejemplo, ordenó la formación de comités populares con miras a construir lo que él denominaba «República Popular de Nueva Democracia», es decir, el régimen totalitario que buscaba implantar en el Perú. Con ello buscaba desplazar a las autoridades elegidas legalmente para generar nuevas bases de apoyo que permitieran que sus militantes pasaran desapercibidos. A partir de ese momento, además, Guzmán dejó de ser «camarada» para convertirse en «presidente Gonzalo». Esto, además, trajo consigo una reorganización al interior de Sendero, que le concedió todavía más poder a su líder.

La segunda nueva línea de acción senderista estuvo vinculada con la forma en que la organización subversiva enfrentaría a los campesinos que empezaban a desafiar el control que habían impuesto en algunas localidades. De acuerdo con el diagnóstico senderista, eran los propios militares quienes organizaban la resistencia de los ciudadanos, lo cual era parcialmente cierto: si bien es verdad que el Ejército comenzó a convocar a los licenciados del servicio militar —aún obligatorio— para que apoyaran su labor en las

comunidades y formarían parte de los cuerpos de seguridad informales en las zonas rurales, las rondas campesinas —a las que, con desprecio, Sendero llamaba «mesnadas»— recién recibirían apoyo genuino de las Fuerzas Armadas y el Estado en las postrimerías del primer gobierno de Alan García.

Tras los sucesos de Uchuraccay y un intenso debate interno, los senderistas tomaron la decisión de «golpear» a las rondas campesinas. La primera acción —que terminó siendo la más emblemática— se produjo en Santiago de Lucanamarca, una localidad perteneciente a la provincia de Huancasancos.¹⁶ En 1982, la organización subversiva había montado allí una de sus bases de apoyo, pero los lucanamarquinos se rebelaron contra la coacción política y las restricciones comerciales impuestas por los senderistas.

El 22 de marzo de 1983, la ronda campesina del lugar capturó a un integrante de Sendero Luminoso, Olegario Curitomay, y lo mató utilizando palos y piedras, para posteriormente incinerar su cadáver. Enterados del ajusticiamiento en Chacacayo, Guzmán y el Comité Central de Sendero Luminoso acordaron ejercer una represalia «ejemplar» contra los lucanamarquinos o, en lenguaje senderista, una acción de «contra-restablecimiento».

Así, el domingo 3 de abril, una columna de Sendero Luminoso ingresó a Lucanamarca. De acuerdo con el Informe Final de la CVR, esta era liderada por Hildebrando Pérez Huaranca, un escritor que se había unido a las huestes de Sendero Luminoso.¹⁷ Otro de los integrantes de aquella célula senderista también se haría célebre años más tarde: Víctor Quispe Palomino, quien décadas después se convirtió en el líder del Militarizado Partido Comunista del Perú, la facción senderista que aún se mantiene alzada en armas.¹⁸

Los integrantes de la organización subversiva, quienes portaban hachas, machetes, armas de fuego y cuchillos, reunieron en distintas zonas del distrito a hombres, mujeres y niños. Posteriormente, los asesinaron a sangre fría, para luego incinerar sus cadáveres. Fue una escena que se repitió durante todo el día, hasta que la falsa alarma de un menor, quien alertó acerca de la supuesta llegada de las fuerzas del orden, provocó la huida de los subversivos. La masacre costó la vida de 69 personas.

Tiempo después, en 1988, en la llamada «entrevista del siglo», la única que Guzmán concedió hasta su captura¹⁹, el líder senderista reconocería su responsabilidad sobre los hechos:

Frente al uso de mesnadas y la acción militar reaccionaria respondimos contundentemente con una acción: Lucanamarca, ni ellos ni nosotros la olvidamos, claro, porque ahí vieron una respuesta que no se imaginaron, ahí fueron aniquilados más de ochenta, eso es lo real. Y lo decimos, ahí hubo exceso.

La misma palabra, «exceso», es la que luego emplearían Elena Iparraguirre y otros líderes senderistas para referirse a esa acción criminal. A las pocas horas de los hechos, Gustavo Gorriti y Óscar Medrano —reportero y fotógrafo de *Caretas*, respectivamente— llegaron a Ayacucho. El general Clemente Noel, quien estaba a punto de viajar a Lucanamarca, les explicó que solo había cupo para una persona. Por ello, Medrano se tuvo que encargar de realizar las fotos y grabar los testimonios de los miembros de la comunidad. Al día siguiente, Gorriti, Medrano y el corresponsal de la revista, Hugo Ned Alarcón, se dirigieron al hospital de Huamanga, donde habían sido trasladados algunos de los sobrevivientes de la masacre. Allí, el fotógrafo captó una de las imágenes más icónicas de la época de violencia: un retrato del ciudadano Edmundo Camana con la cabeza cubierta por una venda que impide observar las heridas ocasionadas por un machete.²⁰ Dos décadas más tarde, la imagen sería seleccionada por la Comisión de la Verdad y Reconciliación para la exposición fotográfica *Yuyanapaq. Para recordar*.

Pese al impacto generado por el caso en algunos círculos, la matanza de Lucanamarca no sería esclarecida en toda su magnitud sino hasta el presente siglo. En 2002, el Ministerio Público finalmente cumplió con realizar las pericias forenses a los restos de los fallecidos y, un año después, la CVR organizó la entrega formal de los restos y se dio sepultura a las víctimas, en una ceremonia que contó con la presencia del entonces mandatario Alejandro Toledo. La masacre fue uno de los casos emblemáticos que permitieron demostrar la responsabilidad penal de Abimael Guzmán y la cúpula senderista en los crímenes perpetrados por la organización terrorista que llevaron a su condena a cadena perpetua.

Aunque Ayacucho se mantenía como el centro principal del conflicto, el 27 de mayo Lima fue víctima de un recordado conjunto de atentados terroristas durante una nueva interrupción del fluido eléctrico por la voladura de torres de alta tensión. En aquella jornada, integrantes de Sendero Luminoso arrojaron dinamita —que había sido robada a campamentos mineros de la

sierra— a agencias bancarias, la sede de la empresa farmacéutica Bayer —que terminaría en llamas— y algunas sedes policiales. En otro acto de provocación, los senderistas iluminaron el cerro San Cristóbal, el más emblemático de la capital, con una figura que representaba la hoz y el martillo. Semanas después, en julio, Sendero Luminoso atentó nuevamente contra el local central de Acción Popular. Aquel ataque dejaría un saldo de dos fallecidos.²¹

No obstante, las acciones más potentes de la organización terrorista en Lima no serían tan visibles. Sendero Luminoso, en esa etapa, se concentró en constituir bases de apoyo en fábricas, estamentos sindicales descontentos con sus dirigencias —controladas mayormente por la izquierda legal o el APRA— y organizaciones barriales y de asentamientos humanos. Ese era el primer paso para lo que, en el futuro, sería la ofensiva final que venían planificando sobre la capital y, sobre todo, sus distritos más céntricos.²²

Al cerrar el tercer año de nuestras actividades gubernativas reiteramos nuestro llamado a la concordia y a la colaboración. Respetuosos de todos los partidos, fieles obedientes del veredicto ciudadano, esperamos que este año electoral lo sea de reafirmación y fortalecimiento del orden constitucional.

Esta frase, pronunciada casi final del mensaje de Fiestas Patrias de Fernando Belaúnde, sonaba casi a resignación. Aunque aquel discurso se prodigó en destacar las principales obras realizadas por el gobierno²³, era notorio que no había demasiados logros por exhibir. De hecho, el único momento de tranquilidad que tuvo Belaúnde en aquel año fue un viaje a Venezuela con motivo del bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar.

La situación económica tampoco era buena. El ministro del sector, Carlos Rodríguez Pastor Mendoza, buscó no tanto continuar, sino más bien afianzar la línea ortodoxa en el manejo de las finanzas públicas que había iniciado su predecesor, Manuel Ulloa Elías. Las políticas de Rodríguez Pastor tenían como paraguas un acuerdo suscrito entre el Perú y el Fondo Monetario Internacional cuyo principal objetivo era la obtención de nuevos préstamos.

De esta manera, el Ministerio de Economía y Finanzas comenzó a retirar algunos subsidios y, con ello, se elevaron los precios que, en una economía que no se regía plenamente por la ley de la oferta y demanda, seguían siendo controlados por el gobierno. También subieron los precios

de la gasolina y de algunos productos de primera necesidad, así como las tarifas de servicios públicos como la telefonía y la energía eléctrica. La inflación alcanzaría el 125.1 % anual. Pese a sus esfuerzos, Rodríguez Pastor no logró reducir el déficit fiscal y, como consecuencia de la retracción económica, los ingresos tributarios disminuyeron sustancialmente. En simultáneo, el Estado debió reprogramar sus compromisos internacionales, como la deuda con el Club de París²⁴.

Las medidas tomadas por Rodríguez Pastor serían el caldo de cultivo de protestas sociales. La Central General de Trabajadores del Perú (CGTP), por ejemplo, convocó a un paro nacional para el 10 de marzo que tuvo éxito en términos de convocatoria, pero que no logró ningún viraje o matiz en la línea trazada por el MEF. Estas tensiones laborales explicaron, en parte, la renuncia del ministro de Trabajo, Alfonso Grados Bertorini. Para complicar más las cosas, Javier Alva Orlandini continuaría siendo un crítico feroz de la política económica del gobierno de su propio partido.

La situación política tampoco era la mejor. Fernando Schwalb, el presidente del Consejo de Ministros, tenía menos muñeca que Ulloa y, por tanto, su rol de vocería no lograba contrarrestar la creciente impopularidad del gobierno. Todo ello tendría un importante impacto en la campaña de las elecciones municipales de 1983.²⁵

Soldados asesinan ayacuchanos. Esa es una frase que todavía nos estremece cuando la empleamos para referimos a la época de la violencia (o, en tiempos más recientes, para las protestas sociales de fines de 2022 e inicios de 2023).²⁶ Y no solo tiene que ver con el principio elemental de que ningún agente del orden debería ultimar a un inocente o una persona que, sin serlo, se encuentre bajo su custodia. Lo cierto es que en Ayacucho se realizaron ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas, además de instalarse centros de tortura semejantes a las de otras partes del subcontinente, como Villa Grimaldi en Santiago de Chile o el local de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) en Buenos Aires. El primero de ellos fue el cuartel Domingo Ayarza Carrasco, también conocido como «Los Cabitos»²⁷, una instalación militar ubicada al costado del aeropuerto de Huamanga. No era cualquier lugar, pues no tardaría en convertirse en el centro de operaciones del comando político militar

de Ayacucho, dirigido por el general Noel en 1983, a quien sucederían Adrián Huamán Centeno (entre enero y agosto de 1984) y Wilfredo Mori Orzo (agosto 1984 – agosto 1985).

La Comisión de la Verdad y Reconciliación obtuvo información sobre 138 casos de personas secuestradas, torturadas o asesinadas en «Los Cabitos» durante los periodos en los que los tres militares antes mencionados estuvieron a cargo del comando político militar ayacuchano.²⁸ Pero la cifra, en realidad, fue mucho mayor: según el suboficial Jesús Sosa Saavedra, quien sirvió en Huamanga entre 1983 y 1987, se estima que por lo menos trescientas personas fueron enterradas en dicha instalación militar²⁹, a las que debe añadirse las que fueron abandonadas en la quebrada del Infiernillo y el abismo de Huatatas, cercanos a la ciudad.

Según la CVR, todos estos casos siguieron un mismo patrón: detención arbitraria de personas por parte de agentes del Estado que no se identificaban, conducción al cuartel «Los Cabitos» u otra instalación militar, prácticas sistemáticas de tortura bajo distintas modalidades³⁰ con el objetivo de obtener confesiones o nombres de posibles terroristas, liberación selectiva de aquellos cuya vinculación con Sendero Luminoso no contaba con ninguna evidencia y, para quienes quedaban detenidos, ejecuciones extrajudiciales y, posteriormente, la desaparición de sus restos y la negativa de informar sobre el paradero de los mismos a los familiares. Entre los ejecutados hubo muchos inocentes, como Arquímedes Mendoza Azcarza, un estudiante de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga cuyos restos aún no han sido entregados a sus familiares. Su madre, Angélica Mendoza, fue la legendaria fundadora de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP). Entre los desaparecidos también estuvieron mandos medios de la organización subversiva que asolaron Ayacucho entre 1980 y 1984, como Elvira Ramírez Aranda y Carlota Tello Cuti, que nunca pudieron ser procesados y condenados por el sistema de justicia.

Un segundo lugar donde se practicaron detenciones arbitrarias, torturas y ejecuciones extrajudiciales en Ayacucho era conocido como «La Casa Rosada». Se trataba de una vivienda de dos pisos pintada de ese color que servía como sede del destacamento de inteligencia del Ejército en dicha ciudad. En realidad, fue la segunda sede que tuvo el cuerpo de espías militares en Ayacucho.³¹ La primera estuvo ubicada en la urbanización Mariscal

Cáceres. El jefe de inteligencia en Ayacucho durante 1983 fue Édgar Paz Avendaño. Según Sosa Saavedra, este militar le encargó realizar operaciones de ejecuciones extrajudiciales y encubrimiento de restos humanos.

«La Casa Rosada» se transformó en un lugar muy temido para los ayacuchanos.³²

Fuera de la ciudad de Huamanga, otro centro importante en el que se desarrollaron estas prácticas fue la base militar contrasubversiva de Totos, en la provincia de Cangallo, un lugar estratégico para el patrullaje y la consecuente captura de subversivos o sospechosos de pertenecer a Sendero Luminoso. El comandante de dicha instalación era Santiago Picón Pesantes, quien se hacía llamar «Chacal». De acuerdo con el Informe Final de la CVR y la investigación de Ricardo Uceda contenida en su libro *Muerte en el Pentagonito*, durante el periodo de Picón, la base de Totos también fue transformada en un centro de torturas. Desde allí, además, se dirigieron operaciones de ejecuciones extrajudiciales en otras localidades, como Sillaccasa y Ccapaccasa. Sosa ha reconocido que participó en algunas de estas acciones.

En 2017, Paz Avendaño y Humberto Orbegoza Talavera, excomandante de la base «Los Cabitos», fueron condenados a veintitrés y treinta años de prisión, respectivamente, por los hechos ocurridos en el cuartel principal de Huamanga y «La Casa Rosada». Noel y Huamán murieron sin recibir castigo alguno. Sosa, por su parte, fue condenado por los crímenes del Destacamento Colina durante el gobierno de Alberto Fujimori, pero también viene siendo procesado por los casos ya mencionados. Luego de pasar varios años en la clandestinidad, Picón Pesantes fue capturado en la ciudad de Trujillo en abril de 2022. El Estado peruano, como una suerte de compensación a las víctimas, viene construyendo un santuario de la memoria en La Hoyada, una zona anexa al cuartel «Los Cabitos», porque allí todavía habría restos —óseos y calcinados— de desaparecidos en la época de violencia.³³

Las cartas de Amnistía Internacional van al tacho de la basura, no las acepto.

Así se expresó el habitualmente ponderado Fernando Belaúnde Terry el 19 de agosto de 1983. ¿A qué se debía tanta rabia? Por aquellos días, la institución aludida, una organización no gubernamental con sede en Londres

cuya principal preocupación siempre ha sido la defensa de los derechos fundamentales de las personas, le había enviado una misiva en la que señalaba que tenían información de la existencia de serias denuncias sobre ejecuciones extrajudiciales y torturas perpetradas por agentes del Estado.

Aquella fue la primera vez que un organismo internacional se pronunció sobre la actuación de las Fuerzas Armadas peruanas en el marco de la lucha contrasubversiva. Belaúnde se resistió a investigar estos hechos y sus actitudes frente a Amnistía Internacional, como señaló en su momento la CVR, terminaron dando legitimidad política al comportamiento militar en la zona de emergencia. El mandatario, de hecho, estaba siendo coherente con declaraciones anteriores. En el mensaje de Fiestas Patrias de 1983, por ejemplo, Belaúnde había sugerido al Congreso la discusión de la reimplantación de la pena de muerte, que había quedado restringida exclusivamente para casos de guerra exterior desde la Constitución de 1979 y la firma de la Convención Americana de Derechos Humanos.

Tanta repercusión tuvo aquella declaración de Belaúnde que, en su columna *Piedra de Toque*, Mario Vargas Llosa llegó a afirmar que: «En boca de un Pinochet o de un Fidel Castro semejante declaración tendría lógica; no tiene ninguna en la de un mandatario elegido democráticamente y que preside un Estado de Derecho». En dicho texto, aunque reconoce la existencia de algunas imprecisiones en el informe de la organización internacional³⁴, Vargas Llosa también asegura que la mayor parte de los casos presentados por Amnistía Internacional estaban adecuadamente documentados y concluye que, por más aborrecibles que fueran los actos terroristas, la democracia debía defenderse con las armas de la legalidad y sin incurrir en abusos.

No fueron las únicas tensiones con el movimiento a favor de los derechos humanos o la prensa que comenzaba a denunciar excesos y violaciones a la dignidad humana. Desde ciertos estamentos castrenses se creía que los medios de comunicación eran los principales responsables de la mala imagen del primer jefe del comando político militar. El general Noel, por otro lado, consideraba que existían vasos comunicantes entre la izquierda legal y Sendero Luminoso. En las Fuerzas Armadas caían muy mal las indagaciones de los parlamentarios de izquierda, como Javier Diez Canseco, en torno a los abusos cometidos por los agentes del orden.

En aquellos tiempos se formarían algunas emblemáticas organizaciones no gubernamentales dedicadas a la defensa de la legalidad y los derechos

humanos. En 1982, por ejemplo, se creó la Comisión Andina de Juristas, una entidad dedicada a la capacitación de magistrados y la observación del estado de la democracia y los derechos humanos, con peso a nivel internacional. Ese mismo año, un conjunto de activistas de izquierda que habían trabajado con Diez Canseco en sus indagaciones decidieron formar la Asociación Pro Derechos Humanos (APRODEH). En 1983, un grupo de abogados fundó el Instituto de Defensa Legal (IDL), que originalmente estuvo concentrado en temas laborales, pero que rápidamente viró su atención a la defensa de los derechos humanos. Todas ellas, junto con otras organizaciones que se formaron fuera de Lima, serían claves para alertar y condenar las acciones de violencia cometidas por los grupos subversivos y los miembros de las Fuerzas Armadas. En 1983 también surgió la primera organización que agrupó a las víctimas: la histórica Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP), liderada por madres, esposas y hermanas de ayacuchanos que sufrieron abusos o fueron asesinados por militares.

A pesar de las declaraciones de Belaúnde, Amnistía Internacional y otras ONG, como Human Rights Watch, decidieron poner al Perú como nuevo foco de atención y emitieron informes incómodos para un gobierno que no sabía —o no quería— colocar límites a la lucha contrasubversiva.³⁵

Carlos Saavedra, fotógrafo, estaba en su Volkswagen Escarabajo, un clásico del entonces pobre parque automotor limeño. Su objetivo, que se encontraba en un automóvil Dodge, una marca muy popular en la década de 1970, era un hombre que había formado parte del Ejército peruano. Quizás por ello pudo darse cuenta de inmediato de que alguien intentaba conseguir un registro de su imagen. Todo ocurrió en el límite entre la zona industrial de Lima y la Provincia Constitucional del Callao.

Dejemos ahora que el propio Saavedra cuente lo que sucedería después:

La persecución fue como una serie de la época, «Las calles de San Francisco»³⁶, los chirridos, los frenazos, su carro de ocho cilindros y el mío de cuatro. Me quedaron en la mente los golpes de timón y las calles pequeñas aledañas a la avenida Colonial. En vista de que no podía alejarme, me metí a calles

desconocidas para mí en el Callao. Fui a la comisaría para buscar un resguardo y mientras escondía los rollos de color, se adelantó y me dijo que me detuviera. Le sorprendió que vaya a la comisaría. Lo bueno es que después de la gran carrera vino la gran foto.

El hombre que lo persiguió hasta la comisaría tenía una calvicie incipiente, vestía camisa y corbata y, aunque entonces el gran público aún no lo sabía, se encontraba detrás de una trama que involucraba abogados, militares, periodistas y espías. Un relato que el país recién conocería algunos días después.

Nacido el 20 de mayo de 1945, Vladimiro Montesinos Torres provenía de una distinguida —aunque algo venida a menos— familia arequipeña. Francisco, su padre, era un escribano —un secretario judicial— que tenía problemas con el alcohol. Este se hizo amigo de militares y obligó a su hijo a optar por el mundo castrense, pese a que su vocación se inclinaba hacia las Ciencias Sociales y el Derecho. En 1961, finalmente, ingresó a la Escuela Militar de Chorrillos. Allí, como había ocurrido en su etapa escolar, nunca llegó a destacar, para bien o para mal. En 1966 se graduó como alférez de artillería y ese mismo año fue destacado a su tierra natal, aunque luego desarrollaría su carrera militar en Lima, donde también siguió estudios de Derecho y cursos libres de Ciencias Sociales en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Su destino cambiaría en el verano de 1973, poco después de haber ascendido a capitán. A fines de enero, el general Edgardo Mercado Jarrín, excanciller del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas³⁷, pasó a ser presidente del Consejo de Ministros y ministro de Guerra. Pocos días después, Montesinos se apareció en la casa de playa de Mercado, ubicada en Punta Hermosa. Allí, compartiría sus intereses en geopolítica³⁸ y derecho, lo que impresionó al general, al punto de convertirlo en uno de sus asistentes. Durante dos años, el joven capitán viajó por el mundo, estableció contactos en el ámbito de las ciencias sociales y se desempeñó como informante de los servicios de inteligencia estadounidenses.³⁹

Cuando Mercado Jarrín cesó en sus funciones, Montesinos pasó a trabajar con el general Enrique Gallegos Venero en el Ministerio de Agricultura, clave en los años de la reforma agraria. Gallegos permanecería en su puesto luego del golpe de Francisco Morales Bermúdez contra

Velasco, pero, en julio de 1976, tras un frustrado levantamiento militar, toda el ala izquierda del gobierno, incluyéndolo, fue forzada a pasar al retiro. Montesinos, como correspondía a un militar de su rango y su mediocre foja de servicios, fue destinado a un cuartel en la calurosa ciudad de Sullana, en Piura, al norte del Perú.

En ese momento, el joven capitán decidió activar una invitación de la Embajada de Estados Unidos en Lima para participar en uno de los tantos programas de intercambio para profesionales que suele ofrecer esa dependencia diplomática. Sin el correspondiente permiso de sus superiores, viajó a visitar diversas oficinas del gobierno y la CIA. Todas las versiones apuntan a que el general Miguel Ángel de la Flor —excanciller establecido en Washington como miembro de la Junta Interamericana de Defensa—⁴⁰ informó a sus colegas sobre la presencia inusual de Montesinos en la ciudad. Cuando este volvió a Lima, fue inmediatamente puesto bajo arresto. En un inicio, se le acusó de «traición a la patria» por la supuesta sustracción de documentos vinculados a la compra de armas a la Unión Soviética en la época en la que fue asistente de Mercado Jarrín. Sin embargo, el robo nunca se pudo comprobar. En realidad, tampoco se quiso comprometer el buen nombre de su exjefe, un militar reputado. Por ello, Montesinos solo sería condenado a un año de prisión por un tribunal castrense. Además, fue expulsado del Ejército.

Cuando salió de la cárcel, el único capital que tenía Montesinos era su título de abogado. Su primo Sergio Cardenal, quien había ejercido su defensa en el proceso ante el fuero militar, le cedió entonces un puesto en su estudio jurídico.⁴¹ Las actividades del flamante hombre de leyes tenían como punto neurálgico la Corte Superior de Justicia del Callao, donde estableció múltiples contactos. Al mismo tiempo, empezó a hacerse conocido como abogado defensor de procesados por narcotráfico. Sus «servicios» llegarían a incluir facilidades para las fugas de connotados capos colombianos.

Hasta aquí, la historia de Montesinos ya hubiera dado para un buen artículo periodístico, pero el caso por el que fue fotografiado por Carlos Saavedra comenzó, en realidad, un par de años antes, en los inicios de la década. Para entonces, Montesinos se había convertido en una de las fuentes de *Kausachum*, una revista dirigida por Augusto Zimmermann, un primo lejano suyo que en el pasado había sido secretario de prensa

de Velasco. Zimmermann tenía en la mira a los militares que habían ocupado cargos públicos durante la gestión de Morales Bermúdez. Gracias a información proporcionada por el abogado, *Kausachum* logró dos impactantes primicias en 1980: la historia del secuestro en Lima de miembros de Montoneros a manos de fuerzas combinadas peruano-argentinas y la revelación de la existencia de una central clandestina de interceptación telefónica. En 1982, Montesinos y su amigo, el exmilitar Jorge Whitembury, ya eran las fuentes más importantes de «Servicio de Inteligencia», una sección de la revista en la que se publicaban trascendidos castrenses.

Sin embargo, todo se complicaría en abril de 1983, cuando Montesinos le presentó a Zimmermann un expediente con los documentos secretos de la propuesta efectuada por la dictadura de Morales Bermúdez al gobierno de facto de Augusto Pinochet para concederle a Bolivia una salida al mar, un plan que había quedado inconcluso años antes, en 1976. *Kausachum* publicó dichos documentos, que se convirtieron en una bomba periodística justo cuando se cumplía el centenario del fin de la guerra del Pacífico, conflicto que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia y que aún generaba una suerte de trauma nacional en los dos últimos países. Zimmermann comenzó a recibir amenazas telefónicas y una bomba estalló en el auto de Whitembury. Por su parte, la reacción del Ejército fue bastante torpe: el comandante general Carlos Briceño pronunció un incendiario discurso en el que vinculó a las fuentes de la revista con la CIA y Sendero Luminoso. La respuesta de Zimmermann ante las declaraciones del militar fue furibunda. Por su parte, Montesinos comenzaría a fabricar bombas artesanales para amedrentar a su primo lejano. ¿Cuál era su temor? Precisamente, el mismo que lo hizo perseguir a Saavedra aquella tarde de setiembre de 1983. El fotógrafo trabajaba entonces en *Caretas*, revista en la que Gustavo Gorriti publicaría un completo informe sobre el exmilitar devenido en abogado. La hipótesis que manejó Gorriti en su artículo fue que las filtraciones a *Kausachum* tenían que ver con negocios de ventas de armas manejados por Montesinos y Whitembury. La foto de Saavedra con Montesinos al volante de su Dodge terminaría ocupando la portada de la revista.

El reportaje causó muchísimo revuelo. En represalia por la revelación de *Caretas*, el Ejército decidió reabrir el caso contra Montesinos por «traición a la patria» en el fuero militar. Finalmente, este huiría del Perú

el 13 de octubre de 1983, primero con dirección a Ecuador —donde supuestamente sería víctima de torturas— y luego a Argentina. Recién volvería al país en 1985, cuando el proceso en su contra fue sobreseído, dado que este había sido iniciado irregularmente, cuando ya no era militar en activo. Como sabemos, aquella tan solo sería su presentación en sociedad, pues no tardaría en reaparecer con fuerza en la historia de nuestro país.⁴²

Queridos Camaradas: Expreso mi saludo y sujeción plena e incondicional al más grande marxista-leninista-maoísta viviente sobre la Tierra, nuestro querido y respetado Presidente Gonzalo, jefe y guía de la revolución peruana y de la revolución proletaria mundial, maestro de comunistas y centro de unificación partidaria. Expreso mi saludo y sujeción plena e incondicional a la ideología científica del proletariado, el Marxismo-Leninismo-Maoísmo, Pensamiento Gonzalo, principalmente Pensamiento Gonzalo, concepción todopoderosa e inmarcesible que alumbra nuestro camino y nos arma la mente.

Este extracto de un informe presentado en una reunión senderista ilustra, claramente, el nivel de sujeción y fanatismo que existía al interior de Sendero Luminoso. Aunque una retórica similar también estaba presente en otras organizaciones peruanas que tuvieron su mayor periodo de crecimiento durante la época de violencia⁴³, los niveles de fanatismo de los integrantes de la organización subversiva ayudan a explicar los extremos de violencia a los que fue sometida la sociedad peruana a partir de 1980. ¿Cuáles son los factores que contribuyeron a ello?

Como ya vimos, Abimael Guzmán tuvo dos estancias en China en los tiempos de la sanguinaria «Revolución Cultural» liderada por Mao Tse-Tung en sus últimos años de vida. Este periodo estuvo caracterizado por una constante discusión ideológica que aprovechaba la idea de establecer dos líneas —la revolucionaria y la contrarrevolucionaria— para forjar una lucha interna contra el posible revisionismo. El futuro líder senderista volvería al Perú con una concepción maniquea del mundo. En ella, todo aquel que no estuviera de acuerdo con sus ideas debía hacer autocrítica —si es que formaba parte de su organización— o, directamente, ser víctima de acciones violentas, si es que era ajeno a su partido. Sendero

se quedó con dos conceptos surgidos en aquella etapa del comunismo chino: la violencia permanente y la radicalización de sus militantes sobre la base de ideas muy fáciles de adoptar. Fue por ello que, paulatinamente, Sendero se fue aislando del resto de la izquierda peruana e, incluso, de los movimientos internacionales más importantes, con excepción del denominado Movimiento Internacionalista Revolucionario, que agrupaba partidos cercanos a la «Revolución Cultural», entre ellos grupos de Nepal y Turquía que también habían tomado las armas.

A todo lo dicho se sumaba el culto a la personalidad, que ya estaba presente en otros grupos comunistas, pero que en Sendero alcanzó extremos cuasi religiosos.⁴⁴ Como ya vimos en el capítulo anterior, la iconografía de la organización presentaba a Guzmán como un joven profesor con gafas de carey, que conducía a las masas hacia la Revolución y enarbolaba un libro en lugar de un fusil. Y aunque Guzmán era abiertamente ateo desde temprana edad, como señala la historiadora Julia Lovell, muchos de sus escritos tenían una evidente impronta religiosa. Tampoco era de extrañar: el 75 % de los senderistas entrevistados por la Comisión de la Verdad y Reconciliación se declaró como católico.⁴⁵

Como ya hemos señalado, durante los años de reclutamiento senderista en los espacios educativos —sobre todo, en las universidades públicas—, se habían puesto de moda los llamados manuales, un conjunto de textos destinados a divulgar la ideología marxista. Según el antropólogo Carlos Iván Degregori, este tipo de explicaciones simplificadas tenían mucha cabida entre los jóvenes que ya no querían vivir en el mundo rural de sus padres, pero que no estaban en condiciones de pertenecer a la clase académica limeña con proyección nacional. Por tanto, para ellos era muy importante tener una explicación del mundo que transmitiera seguridad e identidad. Formar parte de una supuesta vanguardia revolucionaria —que era lo que Sendero ofrecía— era algo significativo para jóvenes que precisaban de «verdades universales», que además eran transmitidas en forma autoritaria y rígida, en un ecosistema educativo en el que la palabra del docente no solo era inapelable, sino, a la usanza católica, prácticamente catequizadora. Más aún en una ciudad, como Ayacucho, donde la modernidad no llegó por carretera, sino en forma de reapertura universitaria. En este caso, la ciencia devino en «culto a la razón» y, por ello, adquirió los tintes mesiánicos y religiosos que hemos mencionado.

Culminamos con una atingencia: estas nociones sobre la militancia senderista provienen de la primera parte de la década de 1980. Como ha concluido el antropólogo Dynnik Asencios a partir de un estudio a los militantes senderistas que se incorporaron entre 1989 y 1992 a la organización, las motivaciones para ingresar a Sendero en ese periodo tenían que ver más con la necesidad de pertenecer a espacios parecidos a los familiares, eclesiales o comunitarios, además de realizar acciones concretas para, supuestamente, favorecer a los más pobres. Como destaca este estudioso —y lo ha reconocido la propia Elena Iparraguirre, actual número uno de SL—, en dichos años la formación ideológica tuvo una importancia menor. Los nuevos cuadros que se incorporaban eran rápidamente llevados a la acción violenta, debido a las capturas y bajas que sufrían cada vez con más intensidad.⁴⁶

Las elecciones municipales de 1983 se presentaron como una suerte de sondeo del estado real de las fuerzas políticas antes de los comicios generales de 1985. En la práctica, se convirtieron en un plebiscito para un gobierno que, notoriamente, había sufrido una acelerada caída en sus índices de aprobación. Para julio de 1983, solo el 20.9 % de los ciudadanos tenía una percepción positiva del gobierno de Fernando Belaúnde.⁴⁷

En Acción Popular, hubo mucha vacilación sobre la elección del candidato para suceder a Eduardo Orrego en la alcaldía de Lima. Los partidarios cercanos a Violeta Correa tenían como principal carta a Enrique Paredes, jefe de Cooperación Popular, uno de los programas sociales bandera del régimen. Para los liberales liderados por Manuel Ulloa, el postulante predilecto fue inicialmente Mario Vargas Llosa, pero el escritor declinó la oferta. Luego, ese mismo sector buscó acercarse a Ricardo Belmont Cassinelli, empresario mediático, conductor de radio y televisión e impulsor de iniciativas de caridad⁴⁸, pero el comunicador tampoco aceptó.⁴⁹

Fue así como surgió la postulación de Alfonso Grados Bertorini quien, como ya vimos, había dejado el Ministerio de Trabajo por discrepancias con Carlos Rodríguez Pastor Mendoza. Antes de aceptar la candidatura, el exministro puso dos condiciones: tener el control absoluto de la campaña y que un 50 % de los regidores fueran colocados

directamente por él.⁵⁰ Grados hizo una campaña decorosa, en la que buscó proyectar un perfil más técnico, pero su derrota estaba sentenciada, tanto por la irregular gestión de Orrego como por el «voto de castigo» al gobierno. Al final, solo obtendría el 12 % de los votos y su partido ganaría apenas dos alcaldías en distritos pequeños de la capital.

En el caso del Partido Popular Cristiano, las cartas estuvieron jugadas desde muy temprano. Ricardo Amiel, quien ya había postulado a la alcaldía de Lima en 1980, volvió a tentar suerte. Aunque en el PPC se produjo un debate interno para decidir si competían en alianza con AP, prevaleció la tendencia que apuntaba a captar los votos del oficialismo, pero sin parecer demasiado cercanos a Belaúnde. En los debates previos a los comicios, Amiel se mostró como un candidato técnico, dispuesto a dar soluciones concretas a los problemas de los ciudadanos. Sin embargo, este tipo de perfil ya se asociaba a los votantes de los sectores altos y medios, donde tradicionalmente el PPC solía obtener sus mejores resultados, lo que al final se tradujo en una buena cantidad de alcaldías distritales (11), especialmente en los distritos más acomodados.

En el APRA, por su parte, se realizaron elecciones internas en las que participaron Abel Salinas (entonces regidor metropolitano), Miguel Ángel del Pomar⁵¹ (abogado) y un rostro que ya era bastante conocido por el público: Alfredo Barnechea. Este último terminaría siendo elegido por la militancia. Antes, en 1977, Barnechea había sido convocado por la productora Telecentro⁵² para que condujera el programa periodístico *Contacto Directo* en América Televisión, uno de los primeros signos de apertura del régimen. De hecho, en una de sus emisiones más recordadas se propaló la última entrevista televisiva de Víctor Raúl Haya de la Torre. Restaurada la democracia, el espacio continuaría, con Barnechea como conductor de debates políticos y eventual productor de reportajes que lo sacaban del set de grabación. *Contacto Directo* dejó de emitirse en 1983. A los pocos días, el conductor hizo públicas sus simpatías por el APRA.

Inicialmente, Barnechea partió como favorito para ganar las elecciones en Lima. Sin embargo, una serie de acontecimientos terminarían desencadenando su inapelable derrota. Uno de ellos ocurrió en setiembre, cuando Armando Villanueva brindó una larga entrevista a *El Diario de Marka*, un periódico cercano a la izquierda, en la que rechazaba la estrategia del candidato de su partido, que había dejado de lado los himnos y

simbología aprista más tradicional para dar una imagen más cosmopolita y moderada, cercana a la socialdemocracia europea. Aquella fue una primera clarinada de alerta sobre la disonancia entre el candidato y cierto sector de la militancia aprista.

Los siguientes errores en la campaña fueron responsabilidad absoluta del propio candidato. Barnechea ya exhibía, para aquel entonces, un rasgo que le costaría muy caro en todas sus aventuras políticas: una predilección por aparecer en la televisión antes que mantener contacto directo con los ciudadanos, sobre todo, con los más pobres.⁵³ Como para alimentar aún más esa imagen, en plena campaña se casó en el Convento de los Descalzos con Claudia Ganoza, perteneciente a una distinguida familia trujillana, en una lujosa ceremonia a la que no asistieron algunos de los principales dirigentes apristas.

No obstante, el mayor traspie para el candidato aprista sería su pobre performance en los debates electorales. Inicialmente, Barnechea no quiso participar en ninguna polémica y trató con desdén a sus contrincantes. Al final, cuando se decidió a acudir al debate municipal organizado por la Universidad del Pacífico y moderado por César Hildebrandt, acabó concentrándose en propuestas técnicas y evitó caer en controversias. Ni siquiera la presencia de Alan García en el mitin de cierre campaña lo ayudó a sumar votos. Aunque quedó segundo, la performance distrital del APRA en Lima fue muy modesta: solo obtuvo seis alcaldías.

En Lima, el grupo que supo aprovechar la oportunidad en los comicios municipales fue Izquierda Unida. El frente que agrupaba a distintos partidos de ese sector superó toda discrepancia interna para respaldar la candidatura de Alfonso Barrantes, quien de esta manera tentaba por segunda ocasión consecutiva la alcaldía de la capital.⁵⁴

¿Por qué la figura de Barrantes resultaba tan atractiva para Izquierda Unida? El politólogo Brandon Van Dyck ha ensayado dos hipótesis que no se contraponen. Por un lado, hacia dentro, Barrantes no representaba una amenaza, ya que no pertenecía a ninguna de las agrupaciones políticas que conformaban la coalición, lo que lo colocaba por encima de las disputas ideológicas (y de egos) que caracterizaron a IU en muchos momentos. Hacia fuera, el abogado laboralista sumaba atributos que sus camaradas no tenían: origen provinciano, una comunicación fácil con los ciudadanos y la posibilidad de atraer a los electores menos ideologizados.

Al mismo tiempo, era una persona premiada con un gran sentido del humor, que vivía en una casa sin mayores pretensiones en el distrito de Surco y manejaba un Volkswagen Escarabajo, típico de la época. Era el principal líder de la izquierda peruana, pero también el «Tío Frejolito» que motivaba hilarantes imitaciones en los programas cómicos.⁵⁵

La estrategia de Barrantes e Izquierda Unida fue la de presentarse como una alternativa de gobierno seria e inclusiva, bajo el lema de campaña «por una Lima para todos». En simultáneo, representaba una suerte de voto de protesta contra la administración de Acción Popular. Esta combinación se vio reflejada en su *spot* electoral para la televisión, en el que se podía apreciar cómo los afiches de campaña con el rostro de Barrantes eran colocados en medio de una protesta social en una calle de Lima.

Izquierda Unida tenía un reto adicional: deslindar claramente de Sendero Luminoso. Para hacerlo, no solo había razones de principio —los senderistas ya habían comenzado a asesinar o atentar contra miembros de los partidos de la izquierda legal—, sino también un evidente interés electoral. Cuando comenzó a ser notorio que Barrantes tenía serias opciones de ganar, el gobierno y los medios cercanos a la derecha —en particular, el diario *Expreso*— iniciaron una agresiva campaña para vincular a IU con Sendero o las dictaduras de izquierda. Sin embargo, Barrantes supo calar en el electorado con su promesa de mejores servicios para los ciudadanos menos favorecidos de la capital. Su oferta más popular fue un programa de desayunos escolares que sería conocido como el «Vaso de Leche».

El 13 de noviembre, Barrantes se convirtió en el primer alcalde socialista elegido por voto popular en América Latina. En aquella elección, Izquierda Unida ganó diecinueve alcaldías en la capital, sobre todo en los distritos que se habían formado en las décadas previas por las migraciones del campo a la ciudad.

En términos nacionales, el APRA fue el partido que redondeó la mejor performance. No solo obtuvo el 33 % del voto nacional, sino que también consiguió triunfos resonantes en el norte del país, en ciudades como Tumbes, Piura, Chiclayo, Trujillo, Chimbote y Cajamarca, al igual que Arequipa en el sur. Esto, más las lecciones aprendidas en la campaña de Barnechea en Lima, los colocaría en una posición

inmejorable para la elección nacional de 1985. Para Izquierda Unida, en tanto, obtener el 29 % de los votos también fue un rotundo triunfo. No solo vencieron en la capital del país, sino también en Tacna, Cusco, Huancavelica, Junín, Moquegua y Puno. El principal derrotado en aquel proceso sería Acción Popular.

¿Barrantes fue un buen alcalde de la ciudad? Sin duda, sus principales logros estuvieron en el ámbito social: el programa del «Vaso de Leche» fue tan exitoso que en las décadas siguientes alcanzaría dimensión nacional. Además, incentivó la creación de comedores populares como paliativo para la crisis económica, implementó mecanismos de participación ciudadana y fue uno de los impulsores de la Comunidad Urbana Autogestionaria de Huaycán en Ate Vitarte, uno de los pocos intentos de ordenamiento de la migración en aquellos años. Sin embargo, también es cierto que el líder de Izquierda Unida no pudo hacer frente a los principales problemas de la ciudad en aquellos años, como el caos en el transporte, el sistema de limpieza pública y el creciente comercio ambulatorio en el centro de la ciudad. Tampoco fomentó una coordinación adecuada con los alcaldes distritales, incluyendo a los de su propio partido. Aunque, a decir verdad, ese fue un defecto compartido con Eduardo Orrego y sus sucesores inmediatos.⁵⁶

1984

En la zona de emergencia hay un vacío no solo político, sino también en lo que se refiere al abastecimiento.

En marzo de 1984, el general Adrián Huamán Centeno se expresó así frente a la prensa, en lo que representaba un evidente cambio de tono con respecto a su antecesor, Clemente Noel Moral, a quien había reemplazado en Año Nuevo.

En un inicio, Huamán buscó ganarse a la ciudadanía de Ayacucho a través de gestos. Uno de ellos fue el reparto de víveres entre las comunidades. En ese contexto, precisamente, pronunció las declaraciones citadas líneas arriba. Para conseguirlo, sin embargo, resultaba urgente que solicitara un presupuesto mucho mayor. En términos generales, Huamán estaba convencido de que una salida estrictamente castrense no sería suficiente para derrotar a la subversión. Tenía razones para ello: era aya-cuchano y hablaba quechua. Para el general, era imprescindible que el país destinara más recursos a buscar salidas políticas y económicas para la violencia.

En aquel momento, se solía aludir a la pobreza como la principal causa estructural del conflicto armado interno. La izquierda empezó a repetir entonces un lema: «No matarás con hambre ni con balas». Por su parte, Alan García pensaba que existían razones estructurales para la violencia y, por ello, planteaba que las acciones de inteligencia militar debían ser complementadas con el desarrollo económico y social.

Pero Huamán fue un poco más allá. En abril, el jefe del comando político militar consideró que se debía reorientar el presupuesto de inversión pública de la Corporación Departamental de Desarrollo (CORDE)¹

de Ayacucho para priorizar las actividades de desarrollo agrario con el objetivo de contrarrestar el impacto de las acciones subversivas. Sin embargo, sus planes solo se aplicarían a ciertos casos puntuales.

Los primeros anuncios del general Huamán, en enero de ese año, ya habían dejado de lado el tono rudo y áspero de Noel Moral para abrir momentáneas esperanzas de que un cambio era inminente. Entre ellos, estuvo la prohibición del consumo de alcohol para prevenir abusos de la tropa, las investigaciones policiales para todos los casos de detenidos y desaparecidos y la intención de generar una colaboración con el Ministerio Público para atender las denuncias de violaciones a los derechos humanos.

Pese a todo, las cosas continuarían como en los tiempos de su predecesor. Como ya señalamos en el capítulo anterior, los centros de detención masiva, como «Los Cabitos» y «La Casa Rosada», siguieron operando; y en las mismas condiciones de siempre. De acuerdo con la versión del suboficial de inteligencia Jesús Sosa Saavedra, se solía consumir alcohol en los actos violatorios de derechos humanos, como las ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas y los crímenes de violencia sexual contra mujeres. Además, la bebida se transformó en una especie de catalizador para las demandas contra los jefes militares que eran considerados abusivos por sus subordinados. En ciertos casos, las borracheras acababan con la macabra exhibición de partes de cadáveres que habían sido conservadas en frascos. 1984, de hecho, fue el año en que se produjo la mayor cantidad de muertes durante el conflicto. También hubo un notorio incremento de las denuncias de desapariciones forzadas y masacres perpetradas por agentes del Estado. Normalmente, no existió ningún tipo de colaboración por parte del Ejército para procesar estas denuncias.

Huamán, finalmente, solo permanecería durante ocho meses en el cargo. Sin embargo, no lo dejó como resultado de alguna denuncia grave vinculada a las violaciones de los derechos humanos, sino por una disputa con el gobierno. El 26 de agosto, el programa periodístico dominical *Panorama*, de Panamericana Televisión, difundió unas declaraciones brindadas por Huamán en las que el militar se mostraba bastante crítico con relación a las prioridades de gasto en Ayacucho. Además, dijo lo siguiente:

La solución no es militar, porque si fuera militar yo la resuelvo en minutos [...] si se tratara de matar, Ayacucho no existiría en media hora y Huancavelica tampoco [...] lo que pasa es que estamos hablando de seres humanos, de pueblos olvidados que han reclamado ciento sesenta años y nadie les ha hecho caso y ahora estamos cosechando ese resultado [...] la solución para mí es corregir la situación que existe, por decir, que la cárcel no esté llena de inocentes sin juicio, que los jueces no cobren coimas. [...] Situación política significa que usted encuentra una injusticia y puede cambiar de inmediato a las autoridades.

Para el gobierno de Belaúnde fue intolerable que Huamán no solo cuestionara el gasto social, sino también que hablara de corrupción y que insinuara que los militares debían recibir facultades para realizar cambios en las autoridades políticas. Dos días después, sería relevado por Wilfredo Mori Orzo. El entonces ministro del Interior, Luis Pércovich, expresó así el sentir del gobierno en torno al incómodo militar:

Quiere manejar él solo las cosas de acuerdo con su criterio. Incluso, en un momento llega a hacer apreciaciones orientadas a desprestigiar al gobierno civil.

Solo el APRA protestó por el cambio del general Huamán, porque coincidían con su visión para enfrentar a la subversión.²

En 1961, el reconocido escritor José María Arguedas publicó *El Sexto*, una novela que, con los añadidos de la ficción, estuvo basada en el tiempo que pasó en la prisión limeña del mismo nombre, construida originalmente en 1904 y que, desde la década de 1930, también albergaba a presos políticos. Arguedas estuvo recluido en ese lugar entre 1937 y 1938, tras haber sido capturado junto con otros estudiantes en una protesta por la llegada a Lima de un funcionario del gobierno fascista italiano. En aquellos años, la mayor parte de la población penitenciaria del país estaba compuesta por miembros del Partido Aprista Peruano y el Partido Comunista del Perú. Y así seguiría por décadas.

Veintitrés años después de la publicación de aquella novela³, la viuda de Arguedas, Sybila Arredondo, se había convertido en un personaje

cercano a Sendero Luminoso⁴ y El Sexto ya no albergaba presos políticos, pero seguía siendo una cárcel temida. Junto con asaltantes y asesinos, por aquellos años su «inquilino» más célebre era Guillermo Cárdenas Dávila, un narcotraficante conocido como «Mosca Loca», quien alguna vez dijo que, si lo dejaban dedicarse a su lucrativo e ilegal negocio, podría resolver el problema de la deuda externa peruana. Por entonces, purgaba una pena de veinte años de prisión.

El 27 de marzo de 1984, El Sexto se haría famoso por última vez. Aquella mañana, luego de la entrega de alimentos a los reclusos, diez de los internos más avezados iniciaron un motín y tomaron como rehenes a un grupo de trabajadores penitenciarios y a tres presos: el propio «Mosca Loca», Eduardo Núñez Baráybar —quien había estado involucrado en el ya reseñado caso Langberg— y el senderista Antonio Díaz Martínez.⁵ Los líderes de la revuelta eran José Luis García Mendoza «Pilatos», Eduardo Centenaro Fernández «Lalo», José Luis Sakoda Larrea «Chino» y Víctor Ayala «Carioco». La situación empeoraría cuando, desde los edificios contiguos, los equipos de los canales de televisión comenzaron a transmitir en vivo las imágenes de lo que venía aconteciendo al interior de la cárcel. La presencia de las cámaras hizo que los reos amotinados, sobre todo los líderes, se sintieran más incentivados para transmitir sus demandas y hacer pedidos al gobierno. Además, empezaron ensañarse con los rehenes. A algunos les hicieron heridas con armas punzocortantes, mientras que a otros les arrojaron kerosene para quemarlos o fueron asesinados con armas de fuego. Y casi todo fue transmitido en vivo en cadena nacional. El comportamiento sensacionalista de los medios sería materia de debate durante largos años.⁶

Esa misma noche, un contingente de miembros de la Guardia Republicana —estamento policial que tenía una de sus instalaciones a un costado de la prisión— se encargó de develar el motín, entre gases lacrimógenos y balazos. Al final, murieron veinte reclusos —entre ellos, los cuatro líderes de la asonada, incluyendo a «Pilatos», quien se suicidó— y dos rehenes —uno de ellos fue «Mosca Loca», quien sería ultimado por los propios reos—. Además, hubo diez heridos. El Sexto no volvió a ser utilizado como cárcel y todos los reos serían trasladados a otros penales de la ciudad. El subversivo Díaz Martínez tuvo como destino Lurigancho.

El cierre definitivo de El Sexto se produjo dos años después del motín, en marzo de 1986. El propio Alan García, ya presidente, fue quien

se encargó de presidir la ceremonia de clausura, en la que estuvo presente su padre, Carlos García Ronceros, que en el pasado permaneció durante cinco años recluido en ese mismo lugar.⁷

Una tarde del verano de 1984, el presidente de la República se encontraba en la playa junto con su sobrino Miguel Cruchaga Belaúnde. Arquitecto como él, Cruchaga para entonces ya sentía un creciente desencanto por Acción Popular, partido al que también pertenecía⁸. Luego del almuerzo, en una caminata, Fernando Belaúnde le hizo una propuesta:

Con respecto a una idea que me dijiste alguna vez, sobre la posibilidad de que Mario Vargas Llosa sea candidato presidencial, ¿por qué no trabajamos para que se concrete en 1985?

En efecto, años antes, en 1978, Cruchaga le había expresado a su tío, luego de un vibrante discurso del escritor en el Congreso Judío de América Latina, que Vargas Llosa —quien además era su amigo— podía ser una buena carta presidencial para 1980. Sin embargo, en ese momento Belaúnde ya tenía muy claro que sería el candidato de Acción Popular.

La situación, no obstante, era muy distinta en 1984. De acuerdo con las reglas constitucionales, el presidente no podía postular a una reelección inmediata. Por ello, el líder de Acción Popular pensaba que Vargas Llosa podría ser el candidato de una coalición que incluyera a su agrupación política, al Partido Popular Cristiano y a movimientos independientes cercanos a la centroderecha. Sabía que un candidato acciopopulista, sin que importara su bando, estaría condenado al fracaso.

Convencer al escritor no sería una empresa fácil. Luego de su participación en la investigación del caso Uchuraccay, Vargas Llosa había declinado la oferta de ocupar dos cargos ministeriales —Educación y Relaciones Exteriores— y todavía no daba muestras de querer dedicarse a la política activa. Las versiones sobre lo que vino inmediatamente después difieren dependiendo del responsable del relato. De acuerdo con Cruchaga, Belaúnde le manifestó lo siguiente en marzo de 1984:

Nuestra embajada en Washington está libre. Quisiera que le propongas a Vargas Llosa que ocupe ese puesto.

Aquel era un año electoral en Estados Unidos, por lo que Vargas Llosa podría observar y empaparse de los detalles de una campaña.⁹ Además, según el razonamiento del mandatario, no sería un paso tan traumático para iniciar una carrera política y el flamante embajador podría aprovechar para establecer nexos con los organismos multilaterales que tienen sede en Washington para mejorar la posición económica del país. De acuerdo con Cruchaga, cuando le transmitió el mensaje presidencial, el escritor le respondió:

Dile a Belaúnde que, si desea mi ingreso a la política, en lugar de mandarme a Washington, debería hacerme primer ministro. Sería más claro.

Aquí es donde empiezan las discrepancias. Según el propio Vargas Llosa, fue Belaúnde quien le propuso el cargo de presidente del Consejo de Ministros, cuando ya había trascendido que Fernando Schwalb tenía toda la intención de renunciar por los obstáculos que se le habían presentado al ministro de Economía y Finanzas Carlos Rodríguez Pastor Mendoza en el proceso de pagos de la deuda externa. Rodríguez Pastor mantenía severas divergencias con el presidente por la escasa vocación del gobierno para reducir el aparato estatal. Nuevamente, Javier Alva Orlandini jugó un rol clave al sumarse —en público y privado— a las críticas contra el titular de Economía y Finanzas.

Vargas Llosa asegura que llegó a sostener tres reuniones con Belaúnde. Según ha trascendido, inicialmente el escritor aceptó el cargo e incluso comenzó a llamar a personalidades cercanas a su entorno para que ocuparan los demás puestos en el gabinete. De acuerdo con la revista *Caretas*, entre ellas se encontraba Hernando de Soto, economista que había pasado de ser un experto en minerales a convertirse en animador de la discusión ideológica a través del Instituto Libertad y Democracia¹⁰. Sin embargo, De Soto declinó la oferta para más adelante ocupar la cartera de Industria. Al final, Vargas Llosa saldría con una conclusión de su última cita con el presidente en Palacio:

No soy la solución que más conviene al país en las actuales circunstancias.

Aquella negociación tuvo un efecto directo en la conformación del gabinete. El Partido Popular Cristiano, que no había intervenido en las gestiones de Belaúnde, decidió salir del equipo ministerial y dejó la cartera de Justicia, la única que conservaba.¹¹ Esa fue también una manera de posicionarse frente a un gobierno que, según todos los indicios, tendría una performance más bien pobre en las siguientes elecciones. Acción Popular, por su parte, fue la organización que terminaría mejor parada tras las negociaciones. La salida de Schwalb y Rodríguez Pastor se concretó en abril de 1984. En tanto, el militante de la agrupación Sandro Mariátegui Chiappe —hijo de José Carlos Mariátegui, mítico forjador ideológico de la izquierda en el Perú— ocuparía la Presidencia del Consejo de Ministros y el Ministerio de Relaciones Exteriores. Cualquier vestigio de reforma liberal en lo económico fue liquidado con la llegada del reemplazante de Rodríguez Pastor, José Benavides Muñoz, otro militante del partido de la lampa que previamente había sido ministro de Educación y de Energía y Minas.¹²

Otro crítico de la visión liberal en lo económico, Valentín Paniagua, pasó a ser ministro de Educación. Durante su mandato se produjo un evento histórico: los acuerdos alcanzados luego de una huelga magisterial dieron lugar al reconocimiento oficial del Sindicato Unitario de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP)¹³ —cuya dirigencia fue controlada, casi desde sus inicios, por el partido maoísta Patria Roja—¹⁴, además de conseguir un aumento de sueldos para los maestros del sector público. El gremio recibiría otra concesión: la entrega de la Derrama Magisterial, un fondo de pensiones previsto para los maestros de escuelas públicas. En las siguientes décadas, Patria Roja manejaría la Derrama con la misma escrupulosidad de los banqueros a los que siempre denostaron.

Pese a la negativa del escritor, aquella no sería la última vez en que Vargas Llosa fue convocado por Belaúnde para sostener negociaciones políticas.¹⁵

Víctor Polay Campos provenía de una familia chalaca y aprista. Su padre había sido secretario general del APRA en el Callao, pasó por la cárcel e incluso tuvo que refugiarse en la selva para evitar nuevamente la prisión. El joven Víctor, a los catorce años, dudoso entre optar por un seminario para

seguir una vida religiosa o inscribirse en el partido de la estrella, finalmente se inclinaría por lo segundo, aunque lo hizo a escondidas de su familia. Más adelante, Polay cursó estudios de Ingeniería Mecánica y fue dirigente estudiantil en la Universidad Nacional del Callao. Hacia fines de la década de 1960, fue llamado por el mítico Víctor Raúl Haya de la Torre para integrar el Buró de Conjunciones, un conjunto de cuadros jóvenes formados directamente por el jefe de la agrupación política. Allí coincidió, por primera vez, con un estudiante de Derecho llamado Alan García Pérez. Sus caminos, no obstante, no eran los mismos: Polay prefería la acción, incluso violenta, para marcar distancia de la dictadura de Velasco, mientras que García siempre se concentró en trabajar su manejo del lenguaje, sobre todo el oral. Luego de una estadía en la cárcel, Polay fue enviado por su familia a España para estudiar Sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

En Europa, el destino lo llevaría a cruzarse nuevamente con García. Se hicieron amigos cuando este también estuvo matriculado en la Complutense, pero en su caso para seguir estudios de posgrado en Derecho. Luego volverían a coincidir en París, pero para entonces ya existía una creciente distancia entre ambos. Allí, Polay comenzó a sentir fascinación por la revolución armada. Por ello, a su retorno al Perú decidió romper con el APRA y se vinculó con grupos guerrilleros latinoamericanos. Además, empezó a militar en una de las tantas facciones que se consideraban sucedáneas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), uno de los grupos guerrilleros que se había alzado en armas en 1965.

La corriente del MIR a la que pertenecía Polay, también denominada *El Militante* por el nombre de su gaceta, se juntó con una escisión del Partido Socialista Revolucionario (en la que originalmente militaron varios exministros y funcionarios de la época de Velasco) con el objetivo de iniciar la lucha armada, pero al estilo de las guerrillas latinoamericanas. Una de sus grandes inspiraciones fue el triunfo de la revolución sandinista en 1979 y la aparición de agrupaciones similares en otras partes de la región.¹⁶

Para la facción liderada por Polay, que se integró por dos años a la izquierda legal, el Perú estaba en vísperas de un proceso revolucionario que debía ser impulsado por medio de las armas. De acuerdo con esta lectura, además de lo que ocurría en el resto de la región, las acciones de Sendero Luminoso habían acelerado la posibilidad de un desenlace que contemplara el uso de la violencia. Sin embargo, su grupo mantenía

diferencias ideológicas de fondo con el liderado por Guzmán: los primeros reivindicaban la corriente guerrillera latinoamericana mientras que los senderistas seguían una visión sectaria y fanática de la Revolución Cultural maoísta. El 1 de marzo de 1982, finalmente, la flamante organización adoptaría su nombre definitivo: Movimiento Revolucionario Túpac Amaru¹⁷.

Como eran pocos y aún requerían de entrenamiento militar, no quisieron llamar la atención de la Policía, por lo que el MRTA no reivindicó las acciones armadas perpetradas en sus dos primeros años de existencia. La primera se produjo a fines de marzo, cuando Polay y otros cuatro subversivos asaltaron una oficina del Banco de Crédito del Perú en La Victoria. Obtuvieron un importante botín, pero uno de ellos, Jorge Talledo, falleció al recibir el impacto de una bala policial. Otra acción importante en los inicios del MRTA, en noviembre de 1983, fue un ataque con explosivos contra una casa ubicada en el distrito de San Borja donde vivía un grupo de *marines* estadounidenses, en protesta por la invasión de su país a Granada, una isla en el Caribe en la que estuvo a punto de instalarse un gobierno comunista. Junto con los objetivos estatales, la agrupación terrorista buscaba atacar intereses vinculados con el «imperialismo norteamericano». Ello explica que uno de sus blancos favoritos fuera la cadena de *fast food* Kentucky Fried Chicken, una de las primeras franquicias extranjeras que llegó al país.

De acuerdo con el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, en enero de 1984 el Primer Comité Central del MRTA decidió que empezarían a reivindicar sus acciones. A fines de ese mes, atacaron la comisaría de Villa El Salvador. El 26 de marzo, hicieron lo propio con la vivienda de Carlos Rodríguez Pastor, quien por entonces aún era ministro de Economía. Durante aquel año, en busca de notoriedad periodística, realizaron muchas otras acciones, como tomas de estaciones de radio y hostigamiento a locales policiales.

Fuera de Lima, en tanto, el MRTA comenzó a ganar adeptos en Junín —sobre todo, en la Universidad Nacional del Centro— y trató de armar una célula armada en Cusco. Sin embargo, buena parte de ese grupo sería capturado por la Policía en noviembre de 1984, aunque inicialmente no se informó a los medios sobre dicho operativo.

Buscando un nuevo golpe de efecto, el 8 de diciembre de ese año, Néstor Cerpa Cartolini, otro dirigente importante del MRTA¹⁸, estuvo

al frente del grupo de subversivos que secuestró a la periodista Vicky Peláez y al camarógrafo Percy Raborg, de *90 Segundos*, el noticiero emblema de Frecuencia 2 —hoy Latina—, canal televisivo que había sido fundado en enero de 1983¹⁹. En una vivienda ubicada en un barrio residencial de Lima, Cerpa obligó a que Peláez y Raborg prepararan un informe sobre él y otros miembros prominentes del MRTA —entre ellos, el mismísimo Polay, quien como los demás se encontraba encapuchado— en el que denunciaron que sus compañeros detenidos en Cusco venían siendo torturados por los agentes del orden. Los periodistas entregaron el video a una fuente del canal, pero permanecieron retenidos hasta la eventual difusión de la cinta, lo que finalmente nunca ocurrió porque las presiones del gobierno lo evitaron. Pese a ello, para diferenciarse de Sendero Luminoso, Polay y Cerpa ordenaron la liberación de los periodistas, aunque previamente grabaron otra entrevista con fines propagandísticos.²⁰

¿Por qué Sendero Luminoso alcanzó un nivel tan alto de crueldad? En los capítulos anteriores ya ensayamos algunas respuestas parciales a esta pregunta. El líder de la agrupación terrorista, Abimael Guzmán, volvió al país con una interpretación fundamentalista de lo que había observado en la Revolución Cultural china, como la necesidad de poner en práctica una dialéctica no solo argumentativa, sino también violenta que, en los casos más extremos, podía llegar a la eliminación de personas. Esta visión del mundo fue difundida en el sistema educativo a través de manuales, en tiempos en los que los docentes eran vistos como meros transmisores de la palabra y el conocimiento, en forma acrítica y sin interrogantes.

Pero estas no son las únicas explicaciones para la violencia desatada por Sendero. Como señala la Comisión de la Verdad y Reconciliación —y complementan otros textos—, las tomas de tierras que antecedieron o corrieron en paralelo con la reforma agraria no habían tenido mayores escenas de violencia. Esto cambiaría, básicamente, porque Sendero Luminoso se encargó de propalar una ideología en la que primaba la conciencia de clase y una visión «tanática» de las cosas.

Como ya vimos, la pertenencia a Sendero implicaba que sus miembros pagaran la llamada «cuota de sangre», que en la mayoría de los casos era ajena, pero que también podía ser propia. Esto trajo consigo un enorme

potencial genocida, que se manifestó en la sevicia de sus asesinatos —como, por ejemplo, en Lucanamarca y Soras—, el intento de eliminar a poblaciones enteras —como los asháninkas— o la destrucción de la infraestructura urbana y rural.

No obstante, la «guerra del campo a la ciudad» que Guzmán copió de la doctrina de Mao era sumamente difícil en el Perú de 1980. Las zonas rurales peruanas no estaban entonces tan pauperizadas y poco institucionalizadas como las de China en la década de 1930. Esta fortaleza del campo nacional provocó que Sendero Luminoso buscara destruirlo todo, sin atenuantes.

Al mismo tiempo, la escalada de violencia fue generando otro tipo de reacciones. El Estado —que poco y nada sabía sobre Sendero—, por ejemplo, sacó a relucir no solo sus enormes deficiencias en materia de inteligencia, sino también su racismo estructural, cuando las Fuerzas Armadas aplicaron la política de «tierra arrasada» en las zonas más pobres del país. En simultáneo, los senderistas convirtieron a las cárceles en «luminosas trincheras de combate» y no dejaron de buscar que los agentes del Estado reaccionaran de forma cada vez más vesánica y violenta. Por su parte, para hacerse notar, las acciones del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, que inicialmente había tratado de marcar distancia de los métodos de SL, se tornaron más violentas y sanguinarias. Y los conflictos al interior de las comunidades también fueron exacerbándose.

Por otro lado, no debemos olvidar que los líderes de Sendero Luminoso eran personajes que originalmente gozaban de una situación social privilegiada. Abimael Guzmán era hijo del administrador de una hacienda azucarera y Augusta La Torre pertenecía a una familia de hacendados. Sumemos a ello que la tercera persona en jerarquía del comité central permanente, Elena Iparraguirre, se desempeñaba como maestra en la clase media limeña. Todo esto se reflejaba en la toma de decisiones dentro la agrupación terrorista, así como en su visión del país.²¹

A diferencia de otras zonas de Ayacucho, en las que el Ejército combatió a Sendero Luminoso, en la provincia de Huanta fue la Infantería de la Marina de Guerra la que se encargó mayoritariamente de la lucha contrasubversiva, un escenario poco habitual para sus tropas.

De acuerdo con el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, la Marina fue comisionada al área que se extendía hasta el valle del río San Francisco, en plena zona de cultivo de hoja de coca, por su experiencia operativa en la lucha contra el narcotráfico en los años finales de la dictadura de Francisco Morales Bermúdez. En 1984, la institución decidió aumentar considerablemente el número de sus efectivos en la zona. Aunque hubo algunos intentos de colaboración con las rondas campesinas, los infantes en realidad continuaron con la política de «tierra arrasada» y el nulo trabajo de inteligencia que había caracterizado a sus pares del Ejército. Como refiere el historiador Antonio Zapata —citando a su colega y marino en retiro Jorge Ortiz Sotelo—, los miembros de la armada que debieron combatir a la subversión en Huanta, al igual que los soldados del Ejército, solían utilizar sobrenombres y eliminar galones y distintivos de sus uniformes para evitar ser identificados por los terroristas.

Desde 1983, la base central de la Marina en la zona de emergencia fue ubicada en el estadio de Huanta. El capitán de corbeta Álvaro Artaza Adrianzén, que se hizo conocido por un seudónimo temido en aquellos años —«Comandante Camión»—, fue quien estuvo al mando de la instalación en esos primeros años. De acuerdo con múltiples testimonios, esta terminó funcionando como centro de detención, tortura y ejecuciones extrajudiciales. Según la CVR, tres importantes vulneraciones a los derechos humanos fueron perpetradas durante la presencia del capitán Artaza en Huanta. El 1 de agosto de 1984, una patrulla de infantes de Marina ingresó al pueblo de Callqui e interrumpió una ceremonia religiosa que se llevaba a cabo en la Iglesia Evangélica Presbiteriana. Allí fueron detenidas seis personas —Paulino Cayo Ccoriñaupa, Florencio Huamanyalli Oré, Melquiades Quispe Rojas, José Yáñez Quispe, Constantino Yáñez Huincho y Máximo Huamanyalli Huanca—, quienes luego serían conducidas al exterior del templo. Mientras un grupo de los marinos obligaba al resto de los asistentes a continuar con los cánticos religiosos, otro asesinó a sangre fría a los seis hombres que habían sido separados del resto de feligreses. En su momento, la matanza no pudo ser investigada en el Poder Judicial, debido a una situación muy común en aquellos años: la justicia militar asumió el caso. Por contienda de competencia, normalmente se lograba que los jueces ordinarios no examinaran las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos. De

hecho, el mismo Artaza y otros miembros de la patrulla terminarían siendo sobreseídos por el fuero castrense.

Al día siguiente de los sucesos de Callqui, el periodista Jaime Ayala Sulca, corresponsal del diario *La República* y conductor de un conocido espacio radial en Huanta, acudió al estadio municipal para reclamar por el irregular allanamiento de la casa de su madre. Desde entonces, el hombre de prensa, que tenía apenas veintidós años, nunca más sería visto con vida. Algunos testigos indican que, si bien Ayala mantenía buenas relaciones con algunos miembros de la Marina, otros, como Artaza, lo tenían en la mira por sus denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos que ocurrían en su región.²² Al menos dos testigos confirmaron que Ayala fue sometido a graves torturas y, para evitar cualquier futura contingencia, ejecutado extrajudicialmente.

Apenas unas semanas más tarde, el 22 de agosto, en la localidad de Pucayacu (región Huancavelica) fue localizada una gran fosa común en la que se encontraron los restos de cincuenta personas: 49 hombres y una mujer. Todo indica que habían sido torturadas y ejecutadas en el mismo estadio de Huanta. Investigaciones recientes señalan que todos los cadáveres pertenecían a miembros de la comunidad de Culluchaca que habían sido detenidos días antes, el 10 de agosto. Pese a las evidencias en su contra, Artaza y otros oficiales también serían sobreseídos por el fuero militar.

Todas estas denuncias provocaron que «Comandante Camión» fuera removido de Huanta en setiembre de 1984. Dos años después, cuando Artaza finalmente se presentó ante la justicia por la desaparición forzada de Jaime Ayala, fue víctima de un extraño secuestro, a plena luz del día, a la salida de una panadería en el distrito limeño de Santiago de Surco. En 1989 se realizó un trámite para que fuera declarado legalmente muerto²³, pero en 2003 el diario *La República* reveló que el exmarino acababa de regresar al país desde Estados Unidos, utilizando el pasaporte de un familiar. No obstante, el paradero de Álvaro Artaza sigue siendo desconocido. Recién en marzo de 2022 se pudo iniciar el juicio oral por la desaparición forzada de Jaime Ayala.²⁴

Víctor Quispe Palomino nació en agosto de 1960 en la ciudad de Ayacucho. En 1977, se convirtió en alumno de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, donde inició la carrera de Antropología.

Para entonces, la UNSCH ya era uno de los principales centros para el reclutamiento de futuros miembros de Sendero Luminoso. A fines de 1979, cuando Abimael Guzmán pasó a la clandestinidad para concentrarse en los pasos previos al inicio de la lucha armada, decidió abandonar los estudios y se integró a las filas senderistas.

Tiempo después, como ya vimos, Quispe Palomino participó en uno de los mayores horrores perpetrados por Sendero Luminoso durante el conflicto armado interno: la matanza, con piedras y machetes, de 69 integrantes de la comunidad de Lucanamarca. Aquel no sería el único proceso de «contra-restablecimiento» en el que intervino.

A fines de 1983, algunas comunidades campesinas cercanas al río Chicha, en las provincias de Lucanas y Sucre, comenzaron a imitar a sus pares huanquinos y decidieron organizarse para enfrentar a Sendero Luminoso. Frente a ello, los terroristas planearon un golpe similar al de Lucanamarca. Mejor dicho, planearon y ejecutaron uno peor. El objetivo era el distrito de Soras, fundado durante el segundo gobierno de Ramón Castilla, pero con vestigios de haber sido habitado desde los tiempos prehispánicos y coloniales. Allí se había organizado la resistencia frente al terror en la provincia de Sucre.

En diciembre, Quispe Palomino lideró una incursión en Soras, en la que detuvieron a tres ciudadanos —Juan Miranda Gutiérrez, Jorge León Pacheco y Olimpo Mauricio Jáuregui De La Cruz— a quienes acusaron de «soplones», es decir, delatores. Luego, los sometieron a un «juicio popular», en el que serían condenados a muerte. Dos de ellos perdieron la vida en el acto. Este hecho generó que los habitantes de la localidad decidieran organizarse en rondas campesinas para repeler a los senderistas. En enero de 1984, las rondas de toda la provincia de Sucre sellaron un pacto para evitar el ingreso a la zona de los miembros de Sendero Luminoso. Dos meses más tarde, los terroristas pretendieron retornar a Soras, pero fueron repelidos, primero, por las rondas campesinas y, posteriormente, por las fuerzas del orden.

Meses después, el 16 de julio, Quispe Palomino encabezó otra columna senderista fuertemente armada que, a las afueras de Puquio (provincia de Lucanas, muy cerca de la frontera entre las regiones Ayacucho e Ica), capturó un bus de la empresa Expreso Cabanino. Los senderistas, que para pasar inadvertidos se habían disfrazado de miembros de la Policía, preguntaron a los pasajeros si provenían de Soras. Los que contestaron afirmativamente fueron bajados a la fuerza del vehículo y asesinados a

golpes. Lo mismo hicieron con el chofer. Luego, ya con un senderista en el timón, comenzaría una trayectoria macabra.

Durante todo el día, el bus de Expreso Cabanino recorrió diversos anexos cercanos a Soras. Los terroristas, quienes continuaban camuflados como policías, paraban en cada localidad y requerían la presencia de las principales autoridades comunales porque, según ellos, «necesitaban auxilio». Cuando las mismas se identificaban, sus nombres eran cotejados en una lista para, luego, ser ultimadas por los senderistas.

Esa misma noche, los habitantes de Soras vieron cómo el bus descendía por los cerros con las luces encendidas. Aquello era perfectamente normal, dado que los buses solían llegar a la localidad todos los lunes. Sin embargo, cuando los supuestos agentes del orden que bajaron del bus, tras un breve diálogo con las autoridades de las rondas, empezaron a insultarlas y lanzar amenazas, para todos fue claro que no habría escapatoria. Durante toda la noche, los senderistas ejecutaron a hombres, mujeres, ancianos y menores de edad, la mayoría a golpes o cuchilladas. En algunos casos, utilizaron bombas caseras. En total, en el trayecto de lo que más adelante se conocería como el «Expreso de la Muerte», fueron asesinadas 108 personas.²⁵

En julio de 1984, la atención del Perú estaba centrada en la promulgación del nuevo Código Civil, documento de avanzada para la época, que reconocía las uniones de hecho, dejaba de lado la estigmatizante categoría de «hijo natural» y modernizaba los sistemas contractuales en el país. En los últimos días de aquel mes, antes de escuchar el mensaje del presidente Belaúnde, que iniciaba su último año de mandato, los peruanos vibraban con las transmisiones de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984 gracias a las actuaciones de la selección femenina de vóley, que terminó en la cuarta posición²⁶, y a la medalla de plata obtenida por el tirador peruano Francisco Boza. Recién en el presente siglo, el caso Soras, la mayor masacre perpetrada por Sendero Luminoso, obtendría finalmente la atención periodística y judicial que merecía. Sin embargo, al cierre de este libro, Víctor Quispe Palomino sigue siendo prófugo de la justicia.²⁷

Las principales dudas para la competencia electoral de 1985 se concentraron en la derecha. Durante 1984, Fernando Belaúnde intentó encontrar una fórmula que permitiera presentar un candidato único a la presidencia. En

dichas conversaciones intervinieron representantes de Acción Popular y el Partido Popular Cristiano. En simultáneo, el PPC cerró un trato para formar una alianza con el Movimiento de Bases Hayistas, el grupo encabezado por Andrés Townsend, que para entonces había quedado reducido a la mínima expresión y se mostraba cada vez más cercano a las posiciones de centro-derecha. Originalmente, en la negociación también participó el Frente Democrático de Unidad Nacional, un partido político que se había formado con el objetivo de lograr una postulación del exdictador Francisco Morales Bermúdez, pero dicha agrupación no tardó en abandonar el diálogo.

La principal diferencia entre AP y el PPC estaba centrada en quién sería el candidato presidencial. En la agrupación de Belaúnde se encontraban en pugna las facciones de Manuel Ulloa Elías y Javier Alva Orlandini, quien entonces estaba mejor posicionado para imponerse en la interna acciopopulista. Para la alianza PPC – MBH, en tanto, no había duda de que Luis Bedoya Reyes debía ser el candidato presidencial por antonomasia. Pese a todo, el olfato político de Belaúnde lo llevó a entender que una eventual postulación de Alva Orlandini sería un rotundo fracaso y que Bedoya no podría superar el eterno obstáculo de su falta de arrastre electoral fuera de Lima. Por todo ello, consideró que una alternativa más viable podría ser competir con una fórmula encabezada por un independiente. De esta manera, decidió llamar nuevamente a Mario Vargas Llosa. De acuerdo con el escritor, en el diálogo que sostuvieron en Palacio de Gobierno, Belaúnde se quejó amargamente de los resultados económicos obtenidos por los técnicos que habían sido convocados por su agrupación política y le expresó lo que pensaba sobre las inminentes elecciones generales. El mandatario, en esa misma reunión, pronunció una frase lapidaria sobre Alan García:

El Perú no sabe de lo que es capaz ese muchacho si llega al poder.

Belaúnde le ofreció la posibilidad de postular como independiente, con el respaldo de AP y el PPC, pero Vargas Llosa no aceptó la fórmula ni la candidatura. Mientras se daban las negociaciones con el escritor, el mandatario planteó a Bedoya la posibilidad de una alianza con MVLL, pero el «Tucán» tenía claro que eso no le convenía. Para el exministro Ernesto Alayza Grundy, la propuesta del presidente era un veto a su líder:

Era una tontería jugar con una carta nueva. No sabíamos cómo era Vargas Llosa como político.

Finalmente, en la quincena de octubre de 1984, un tumultuoso congreso partidario realizado en el local de Paseo Colón confirmó a Alva Orlandini como candidato presidencial del oficialismo. Para evitar resquemores al interior de la organización, la fórmula incluyó a Ulloa como candidato a la primera vicepresidencia y al Senado. Sandro Mariátegui, en tanto, renunció a sus puestos en el gabinete para ocupar la segunda vicepresidencia y postular a la cámara alta.

El último equipo ministerial del segundo gobierno de Belaúnde estuvo encabezado por Luis Pércovich Roca, quien por año y medio se había desempeñado como ministro del Interior²⁸. Para reemplazar a José Benavides, quien nunca dio fuego en la cartera de Economía, se convocó a Guillermo Garrido Lecca Álvarez-Calderón, quien antes había sido viceministro de Hacienda. Con él se retomó la ortodoxia económica y las políticas destinadas a reducir el déficit fiscal y el gasto público.

Por su parte, Bedoya buscó una convocatoria que proyectara un mensaje de apertura. Para ello, colocó a Townsend como candidato a la primera vicepresidencia y al médico Esteban Rocca, sin filiación partidaria alguna, como postulante a la segunda vicepresidencia. Ambos también competirían por una curul en el Senado. La flamante alianza recibió el nombre de Coordinadora Democrática (CODE).

En la Izquierda Unida y en el APRA la situación fue menos complicada. Estaba claro que Alfonso Barrantes y Alan García serían los candidatos presidenciales para ambas agrupaciones. Pese a ello, no faltaron las controversias.

Barrantes fue proclamado oficialmente como candidato a la presidencia en octubre. Tras ello, se multiplicaron las disputas en torno a la identidad de sus acompañantes en la fórmula. Inicialmente, se propuso como candidatos a las vicepresidencias a Rolando Ames —sociólogo y politólogo que formaba parte del grupo de «católicos de izquierda», sin partido dentro del frente, quien además lideraba el equipo de plan de gobierno— y Luis Guillermo Lumbreras, un reconocido arqueólogo e historiador. Ninguno aceptó la oferta. Por otro lado, el sistema de vetos en la toma de decisiones al interior de Izquierda Unida impidió que

Gustavo Mohme Llona, propietario del diario *La República*²⁹, cercano a posiciones de centroizquierda, ocupara alguna de esas plazas.

Descartados estos primeros nombres, el politburó de Izquierda Unida definió que los candidatos a las vicepresidencias serían Jorge del Prado, veterano y mítico dirigente del Partido Comunista del Perú, muy cercano a Moscú, y el escritor Luis Nieto Degregori. Sin embargo, el primero también declinó la postulación.³⁰ Finalmente, el Comité Directivo Nacional decidió que el abogado constitucionalista Enrique Bernalles, que provenía del Partido Socialista Revolucionario —que agrupaba a exministros, exfuncionarios y simpatizantes del velasquismo—, y el sociólogo Agustín Haya de la Torre quedaran como compañeros de fórmula de Barrantes.³¹

En el caso del APRA, se había previsto originalmente que García tuviera competencia interna, pero el abogado constitucionalista y diputado Javier Valle Riestra abandonó la contienda apenas una semana antes de la elección partidaria. Tras ello, para contrarrestar cualquier asomo de disidencia, la dirigencia aprista optó por mezclar experiencia y juventud en la fórmula presidencial: Alan García sería acompañado por Luis Alberto Sánchez y Luis Alva Castro. Este último había sido designado por García para que se encargara de su plan de gobierno. Para evitar críticas internas similares a las de 1983, Alan decidió concederle a Armando Villanueva el primer lugar de la lista para el Senado.

Por otro lado, encargó a Hugo Otero y a Ricardo Ghibellini la parte publicitaria y comunicacional de su campaña. Con ellos a cargo, la propaganda aprista empezó a dejar de lado los símbolos tradicionales del partido y se concentró en proyectar una imagen de mayor apertura. El lema de la campaña, de hecho, fue «Mi compromiso es con todos los peruanos». En esa misma línea, el APRA convocó a dos partidos pequeños para que sus principales líderes se incorporaran a su lista para el Congreso de la República: se trataba de Solidaridad y Democracia, una agrupación de técnicos liderada por el exministro de Economía Javier Silva Ruete; y la Democracia Cristiana, que había quedado reducida a su mínima expresión luego de apoyar la dictadura de Velasco y entonces tenía como dirigente más importante al abogado Carlos Blancas Bustamante.

Los cuatro principales candidatos a la presidencia se presentaron en la Conferencia Anual de Ejecutivos de 1984, un foro empresarial

organizado por el Instituto Peruano de Administración de Empresas (IPAE). El discurso de Alva Orlandini fue el que recibió la peor valoración de los asistentes, incluso por detrás del de Barrantes quien, por razones ideológicas, había acudido al evento con pocas expectativas. Aunque Bedoya había llegado a la CADE con el membrete de «candidato de los empresarios», García fue quien recibió la mayor ovación de los asistentes, con su compromiso de trabajar en conjunto con la empresa privada. En una encuesta realizada en dicha edición de la CADE, solo un 8 % de los empresarios y gerentes asistentes estaban de acuerdo con una reactivación económica que implicara la liberalización del mercado, mientras que el 33 % se manifestó a favor de una moratoria en el pago de la deuda externa del país. Eran tiempos más heterodoxos, incluso entre los sectores que supuestamente debían ser los defensores de un modelo económico más liberal.

Años más tarde, en una entrevista televisiva, Dionisio Romero Seminario, banquero estrella y líder de uno de los grupos empresariales más importantes del país, reconoció que había contribuido económicamente con aquella campaña presidencial aprista, un dato que en su momento no trascendió.

De esta manera, Alan García galopaba hacia un inminente triunfo presidencial en 1985.³²

El 12 de noviembre de 1984, en un acto que contó con la presencia del presidente Fernando Belaúnde, un grupo de gremios empresariales³³ lanzó la Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas (CONFIEP), destinada a convertirse en un organismo cúpula para los grandes intereses del sector privado en el país.

No se trataba de la primera iniciativa de este tipo. En las décadas de 1930 y 1940 ya habían existido intentos frustrados de «gremios de gremios», como la Unión Social (1930) y el Comité Nacional del Comercio y la Producción (CNCP, 1945–1948). En la década de 1970, una época plagada de tensiones entre el Estado y los empresarios, surgieron el Frente de Defensa de la Propiedad Privada (1973), que se formó con el objetivo de evitar las expropiaciones en diversos sectores económicos; y la Unión de Empresarios Privados del Perú (UEPP, 1978), que buscó

hacer frente al movimiento sindical de la época. Ambas, sin embargo, serían bastante efímeras.

La CONFIEP nació con mejores auspicios. Para empezar, tuvo un importante impulso financiero por parte de la cooperación internacional estadounidense —conocida por sus siglas en inglés, USAID—. Además, consiguió agrupar con éxito a entidades que, incluso, podían llegar a tener intereses contrapuestos, como los gremios de exportación e industriales, que solían discrepar en temas como el precio de los aranceles. Hacia 1985, el gremio cúpula ya había expandido su membresía a asociaciones claves, como las de los bancos y las empresas aseguradoras, así como la entidad que agrupaba a buena parte de los medios privados de radio y televisión.

Julio Piccini Martín, quien también dirigía el gremio de los constructores, fue designado como primer presidente de la CONFIEP. Alan García mantenía una buena relación con sus hermanos, al punto que, como él mismo confesaría años más tarde, uno de ellos lo ayudó a conseguir los dólares para completar la adquisición de su vivienda en Chacarilla en 1985, cuando ya había sido elegido presidente³⁴.

Por aquellos meses, los empresarios también comenzaron a enfrentar de manera directa la zozobra que ya vivía buena parte del país como consecuencia de la violencia subversiva. En abril de 1984, por ejemplo, se conoció que José Antonio Onrubia, miembro del directorio de varias empresas del Grupo Romero —dirigido por Dionisio Romero Seminario— y criador de caballos de paso, había sido secuestrado en noviembre del año anterior por miembros del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Onrubia permaneció cautivo durante cinco meses en un ambiente claustrofóbico, semejante a una caja. Fue liberado después de que su familia entregó una cantidad hasta ahora no revelada de dinero. Se trató del primer rapto importante de empresarios perpetrado por el MRTA. Este tipo de acción cumplía una doble función: castigar a las cabezas visibles del mundo corporativo y obtener recursos para financiar sus actividades.

En junio de 1984 los Romero sufrieron un nuevo golpe, esta vez por parte de Sendero Luminoso, que atacó las instalaciones de Palma del Espino —la empresa de palma aceitera del conglomerado— en Tocache, localidad situada en la selva de San Martín.

Fue así como la clase empresarial peruana llegó al esperado cambio de gobierno.³⁵

A partir de noviembre de 1984, con el incremento de las actividades subversivas en la provincia de Huanta, a las tropas de la infantería de Marina instaladas en la ciudad se fueron sumando miembros del Ejército para el patrullaje de las zonas altas. Por ello, se instaló una base militar en la localidad, en la que ni siquiera se habían podido llevar a cabo las elecciones municipales del año anterior.

En 1983, Sendero Luminoso había cometido crímenes y lanzado amenazas contra las autoridades de Putis para evitar que allí, como en otros sectores de Ayacucho, se formaran rondas campesinas que terminaran rebelándose contra los terroristas. En ese lugar, la presión para no colaborar con los militares fue muy efectiva. Esto hizo que los miembros de las fuerzas del orden sintieran crecientes sospechas en torno a los habitantes de la localidad. Pocos días después de la instalación de la base militar, ya en diciembre —la fecha exacta se desconoce—, los miembros del Ejército solicitaron a los ciudadanos que vivían en las zonas altas cercanas a Putis que se congregaran en el pueblo. Tras ello, los varones fueron forzados a cavar una gran fosa que sería destinada, según los militares, a la implementación de una piscigranja para la crianza de truchas.

Sin embargo, una vez que la fosa terminó de ser cavada, se ordenó a hombres, mujeres y niños que se introdujeran en ella. Luego, los acribillaron con sus armas de fuego. De acuerdo con la CVR, en esa masacre fueron asesinadas 123 personas. En 2008, se recuperaron los restos de al menos 92 víctimas. La mitad de ellas eran menores de edad. El caso recién sería revelado al país por el periodista Edmundo Cruz, para el diario *La República*, en 2001. Se sospecha que otro de los móviles de la matanza fue apoderarse del ganado vacuno y ovino de los habitantes de Putis.

No sería el único crimen cometido por miembros del Ejército en 1984. A varios kilómetros de Putis, en la región de Huancavelica, se instalaron sendas bases militares en los distritos de Manta y Vilca. En principio, estos destacamentos fueron destinados al patrullaje en estas dos localidades, azotadas por la violencia desde el año anterior. Sin embargo, de acuerdo con lo señalado por la Comisión de la Verdad y Reconciliación,

en ambos lugares se realizaron prácticas sistemáticas de violencia sexual contra las mujeres de la zona, quienes también eran forzadas a realizar trabajos domésticos para los soldados.

Según las investigaciones, la violencia sexual fue aplicada como una forma de control sobre la población. La mayoría de mujeres de la zona eran pobres, campesinas, analfabetas y quechuahablantes, por lo que pertenecían a los sectores más vulnerables de la sociedad peruana. Las víctimas sufrirían importantes secuelas físicas y mentales. Muchas de ellas resultaron embarazadas —en Manta hubo, al menos, 32 casos— y otras serían objeto de estigmatización por parte de los miembros de sus propias comunidades³⁶. En la actualidad, los casos Putis³⁷ y Manta y Vilca se encuentran en etapa de juicio oral ante el Poder Judicial.³⁸

1985

El domingo 28 de julio de 1985, en medio de un gran operativo de seguridad, el mandatario electo Alan García Pérez realizó el tradicional trayecto entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Congreso de la República. Las precauciones policiales eran comprensibles: apenas tres días antes, Sendero Luminoso había colocado cargas de dinamita en un coche que terminaría explotando en el estacionamiento del Ministerio del Interior. Algunos autos acabaron destrozados, pero el atentado afortunadamente no produjo daños personales.

Cuando García ingresó al hemiciclo, no se escucharon los aplausos protocolares de rigor. En su lugar, empezaron a batirse las famosas palmas apristas, un signo partidario que hasta entonces solo se ponía en práctica en los mítines, lo que ya marcaba un contraste con una campaña electoral en la que había buscado proyectar una imagen de apertura. La escena era seguida con detenimiento por los invitados internacionales, como el secretario de Estado de Estados Unidos James Baker y los presidentes de Argentina (Raúl Alfonsín), Bolivia (Hernán Siles Suazo), Colombia (Belisario Betancur), Uruguay (Julio María Sanguinetti), República Dominicana (Jorge Blanco) y Panamá (Nicolás Ardito Barletta). Salvo por este último, todos eran mandatarios elegidos democráticamente¹. A pesar de que habían corrido rumores sobre su llegada a Lima para la transmisión de mando, no estuvieron presentes el presidente del gobierno español Felipe González ni el francés François Mitterrand.²

Según ha relatado el propio García, la noche anterior a la transmisión de mando cenó con Betancur y los políticos venezolanos Carlos Andrés Pérez —líder del partido de centroizquierda Acción Democrática, quien

ya había sido presidente de su país y más tarde se convertiría en compadre del flamante mantario peruano— y Teodoro Petkoff, exmiembro de una guerrilla que se había alzado en armas en la década de 1970. En esa reunión se debatió la posibilidad de una amnistía para miembros de los grupos terroristas —una cuestión planteada por Javier Valle Riestra, senador aprista, en los días previos al cambio de mando—, pero la discusión fue zanjada por Petkoff:

(La amnistía) Solo se brinda a un grupo armado ya derrotado.

En la sede del poder legislativo, García fue recibido por el primer vicepresidente, Luis Alberto Sánchez, quien también era presidente del Senado. Sánchez —en aquel momento, ya invidente— llevaba la banda presidencial, luego de que se la colocara el mandatario saliente, Fernando Belaúnde Terry. Minutos después, el nuevo presidente pronunció las siguientes palabras:

Yo, Alan García Pérez, juro por Dios y por estos Santos Evangelios, juro por el pueblo peruano, que desempeñaré el cargo de presidente de la República que me ha confiado la nación. Que, sin menoscabo de la libertad de culto, reconoceré el rol de la Iglesia Católica en la formación histórica, cultural y moral del Perú. Que conservaré la integridad, la independencia y la estabilidad de la República y que respetaré y haré guardar su Constitución y sus leyes.

Acto seguido, García se colocó, él mismo, la banda presidencial, que ya había sido adecuada a su tamaño y estatura³. Antes de empezar a entonar el Himno Nacional, saludó a la bancada aprista, que respondió, nuevamente, con las palmas tradicionales de su partido. Posteriormente, inició su mensaje con un guiño al momento histórico que estaba viviendo su organización política:

Saludo a la presencia de los jefes de Estado, las delegaciones extranjeras y la expectativa nacional, en esta hora en que nuestra democracia se consolida, pero en la que, además, por vez primera y tras sesenta años de camino, un representante aprista llega a asumir el alto destino de jefe de Estado.

En una de sus pocas autocríticas, aparecida en sus *Metamemorias*, Alan reconoce que no debió despertar tantas ilusiones entre sus correligionarios. El APRA volvía a creer que solo esa agrupación podría salvar el Perú —como reza la letra de su himno, buscaban reafirmar la fe en su doctrina—. De hecho, los miembros del partido consideraban que su líder, el flamante presidente, era una suerte de mesías. Como veremos más adelante, García también lo creía.

Por todo lo dicho, a nadie sorprendió que el primer gabinete de ministros estuviera integrado por una notoria mayoría de militantes apristas, con Luis Alva Castro a la cabeza. Al jefe de Plan de Gobierno se le confió la Presidencia del Consejo de Ministros y el Ministerio de Economía y Finanzas. Entre las pocas excepciones, además de las carteras militares, se encontraban el canciller Allan Wagner⁴, diplomático de carrera, y el titular del Ministerio de Trabajo, Carlos Blancas Bustamante, abogado que entonces lideraba la Democracia Cristiana.

En su primer mensaje como presidente, García anunció que su gobierno sería «nacionalista, democrático y popular». De hecho, muchas de las medidas que enumeró durante la hora que duró aquel discurso seguían esa línea. Por ejemplo, en materia de política exterior, propuso la formación de un frente de países latinoamericanos que respaldase al Grupo de Contadora, que entonces mediaba en los conflictos armados internos en Centroamérica, así como una iniciativa para reducir la compra de armamento de guerra en la región. Además, habló de antimperialismo en la cara del secretario de Estado estadounidense, quien aguantó con estoicismo una declaración que, claramente, buscaba marcar distancia del gobierno de Reagan.

Culminado el mensaje, García se dirigió a pie a Palacio de Gobierno y fue ovacionado por los vecinos del jirón Junín, ubicado entre el Congreso y la sede presidencial. Luego de juramentar a su gabinete, salió a uno de los balcones de Palacio e inició lo que no tardaría en convertirse en una tradición de su administración: un discurso improvisado y dirigido, sobre todo, al pueblo aprista, que luego sería bautizado como «balconazo». Aquella primera alocución terminaría con el presidente y los ministros entonando la Marsellesa Aprista al lado de un retrato de Haya de la Torre.⁵

Horas antes, Belaúnde había pronunciado su último discurso ante el Congreso de la República, en el que realizó un balance de su gestión⁶,

que estuvo centrado, básicamente, en los aspectos positivos, determinadas obras públicas y la defensa de las libertades civiles. El expresidente no puso demasiado énfasis en los retos a la seguridad que suponía el terrorismo y tampoco hizo ninguna alusión a las violaciones a los derechos humanos perpetradas por agentes del Estado. Aun así, no pudo eludir ciertos pasajes de autocrítica, como cuando mencionó el mal momento que entonces atravesaba la economía nacional. Y no era para menos. Según una encuesta de Apoyo realizada en marzo de 1985, el principal desacuerdo del gobierno de Belaúnde fue, precisamente, su política económica. Una frase, dicha al calor del momento, podría servir para sintetizar la forma en que quería ser recordado: «Os dejo intacta la libertad».

*Tú eres para siempre, esa roca fuerte, sede de la Iglesia que Cristo fundó.
El pueblo de Dios en camino con Juan Pablo Peregrino.*

Durante los primeros días de febrero de 1985, esta fue la canción más entonada en todo el país, más que *Rain, one hit wonder* de la banda Dragon que se convirtió en la «Más Más del Verano» en Radio Panamericana⁷, *La cura*, de Frankie Ruiz, que sonaba con fuerza en las radios salseras del país o *No me dejan salir*, uno de los temas de Charly García que formaba parte de la primera gran oleada de rock en castellano. Se trataba de una canción religiosa compuesta por el docente chiclayano José Modesto Rodríguez Puyén que se transformaría en el tema más cantado gracias a una presencia inusual en estas tierras: la del jefe de la Iglesia Católica, quien arribaría por primera vez a suelo peruano como parte de una gira que también incluía a Venezuela, Ecuador y Trinidad y Tobago.

Karol Wojtyła fue elegido sumo pontífice en 1978, luego del breve periodo del italiano Albino Luciani. Se trató del primer papa no italiano en cinco siglos, ya que provenía de Polonia, donde fue arzobispo de Cracovia. Desde esa posición, se manifestó siempre en contra del comunismo, que gobernó el país mediante un partido único durante los años en los que ejerció el cargo episcopal. Más tarde, ya como pontífice, fue un notorio líder en la lucha contra el socialismo que dominaba la Unión Soviética y otros países de Europa del Este.

Desde fines de la década de 1960, se comenzó a hacer popular en América Latina la Teología de la Liberación, una corriente al interior del catolicismo que buscaba expresar las necesidades teológico-sociales de la región. Inicialmente, este cuerpo doctrinario mezclaba elementos del estructuralismo y del marxismo para, junto con el propio Evangelio, construir una visión eclesial en la que se combinara la salvación espiritual con la necesidad de fomentar cambios de fondo en las sociedades latinoamericanas. De hecho, no faltaron los sacerdotes o monjas que, inspirados en una interpretación menos bíblica de la Teología de la Liberación, terminaron empuñando las armas. Ese, por ejemplo, fue el caso de Camilo Torres, sacerdote que se enroló en el Ejército de Liberación Nacional de Colombia y fue asesinado en 1966, en su primera acción armada.

En la región, el exponente académico más reputado de la Teología de la Liberación fue el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, quien en realidad seguía una visión menos dogmática de la misma, al punto que siempre estuvo llano a que se hicieran revisiones a su obra. En agosto de 1984, la Congregación para la Sagrada Doctrina de la Fe, presidida en aquel momento por el obispo Joseph Ratzinger, publicó una «Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación», que ponía en discusión la obra de Gutiérrez, aunque sin mencionarlo.⁸ Algunos sectores religiosos y laicos interpretaron esto como una llamada de atención al sacerdote. Tanto así que, en setiembre de ese mismo año, un grupo de académicos e intelectuales peruanos publicó un comunicado que defendía el valor de la obra de Gutiérrez.

Como ha señalado el historiador y sacerdote Jeffrey Klaiber, aquellos eran tiempos en los que los grupos conservadores tenían en la mira a la Teología de la Liberación, a la que veían como una suerte de «infiltración marxista» en la Iglesia Católica que debía ser erradicada. En el Perú, los dos grupos más poderosos eran el Opus Dei —entidad fundada por Josemaría Escrivá de Balaguer, muy empoderada en España durante la dictadura de Francisco Franco— y el Sodalicio de Vida Cristiana, una creación del laico peruano Luis Fernando Figari⁹. Ambas instituciones adquirieron mucho poder durante el pontificado de Juan Pablo II. De hecho, lograron tener una presencia importante en la comisión organizadora de la visita papal, presidida desde el Estado por Miguel Cruchaga, a quien ya conocimos en el capítulo anterior.

Por ello, cuando el papa habló de «evitar todo lo que hiciera pensar que existe en la Iglesia una doble jerarquía o doble magisterio» o de no permitir «cualquier intento de secularizar vuestra vida religiosa ni de embarcarla en proyectos sociopolíticos que le deben ser ajenos» en una de sus primeras intervenciones al llegar al país, muchos conservadores pensaron que se trataba de una alusión a Gutiérrez. Mientras tanto, el «ala izquierda» de la Iglesia Católica peruana destacaba que, en esa misma alocución, Wojtyła también dijo que «sé del rechazo que sacude vuestros corazones al ver entronizada en el mundo un ansia inmoderada y cruel de tener, de poder y de placer. Pero Cristo está con vosotros como amigo». Entre estas dos visiones contrapuestas tenía que navegar entonces el cardenal Juan Landázuri Ricketts, obispo de Lima desde 1955, quien era considerado un personaje moderado dentro de la Iglesia peruana.

En términos de organización, la visita de Juan Pablo II al Perú fue impecable. Cruchaga había sido designado por Belaúnde en mayo de 1984 para que se ocupara de todos los preparativos. Dado que 1985 era un año electoral, se tuvo el tino de reunir a todos los candidatos presidenciales con el sumo pontífice en Palacio de Gobierno y evitar las audiencias privadas. Por otro lado, se buscó que la visita fuera eminentemente pastoral, por lo que se incluyó una ceremonia de beatificación¹⁰ y un recorrido que contemplara la mayor cantidad posible de ciudades: Arequipa, Cusco, Trujillo, Ayacucho, Callao e Iquitos. En Lima, se organizaron ceremonias en la Plaza de Armas, la Catedral de Lima, el Hipódromo de Monterrico (una misa multitudinaria para los jóvenes) y Villa El Salvador. Para sus desplazamientos, se creó un vehículo especial, que fue bautizado como «papamóvil», para que todos los fieles congregados en las calles pudieran verlo.¹¹

En términos políticos, el discurso papal más intenso fue el que pronunció en el aeropuerto de Huamanga. Allí, Juan Pablo II fue muy enérgico en su condena al terrorismo:

¡El mal nunca es camino hacia el bien! No podéis destruir la vida de vuestros hermanos; no podéis seguir sembrando el pánico entre madres, esposas e hijas. (...) Os pido, pues, en nombre de Dios: ¡Cambiad de camino! ¡Convertíos a la causa de la reconciliación y de la paz! ¡Aún estáis a tiempo! Muchas lágrimas de víctimas inocentes esperan vuestra respuesta.

Cabe destacar que, durante la estadía del pontífice, no se registraron actos terroristas importantes por parte de Sendero Luminoso y del MRTA, con excepción de un apagón ocasionado por los senderistas en Lima durante algunas horas. No solo fueron días de tregua en el conflicto armado interno, sino que, en la práctica, la campaña electoral presidencial y parlamentaria también se mantuvo en pausa. Fernando Belaúnde aprovechó la oportunidad para cierto lucimiento personal, pero con bastante prudencia. Todas las fuerzas políticas estuvieron presentes en el acto oficial con el que se dio por inaugurada la visita papal.

Luego de cinco días y «sentirse charapa» en Iquitos, el papa abandonó el territorio nacional. Volvería algunos años después, en 1988, cuando Alan García ya era presidente, para la clausura del V Congreso Eucarístico Bolivariano. Aquella sería una visita mucho más breve y discreta que la anterior.¹²

Tengo el orgullo de ser peruano y soy feliz de haber nacido en esta hermosa tierra del Sol. Donde el indómito inca prefiriendo morir legó a su raza la gran herencia de su valor.

Mientras se escuchaba *Mi Perú*, el tema original de Manuel Raygada, entonado por una voz femenina, en la pantalla se alternaban imágenes de lugares turísticos del país y de personas trabajando o paseando. Con ellas, en mangas de camisa o con el saco al hombro, se encontraba un joven candidato, quien les preguntaba acerca de sus problemas. Al final de la escena, el postulante decía lo siguiente:

Soy el candidato del aprismo, pero mi compromiso es con todos los peruanos.

Aquel *spot*, elaborado por la dupla formada por Hugo Otero y Ricardo Ghibellini, tenía como remate la aparición de una paloma blanca que se fusionaba con una estrella roja para formar el símbolo del Partido Aprista Peruano. Uno de los objetivos de la campaña¹³ era presentar un partido mucho más moderno y menos sectario, más cercano a los símbolos de unidad nacional. En esa línea, José Escajadillo, cantante y compositor

de temas criollos e himnos deportivos¹⁴, elaboró un «Tema de Alan» cuya letra describía a García como el candidato que congregaba más sectores del país¹⁵; y la orquesta de cumbia Grupo Alegría lanzó una canción llamada *Mi compromiso*, dirigida a los colectivos urbanos migrantes que entonces no eran precisamente afines al aprismo¹⁶.

García alternó las giras por diversas partes del país con los mítines y las reuniones con trabajadores y empresarios. Asimismo, en ciertos momentos de la campaña optó por salir del país para sostener encuentros con líderes internacionales que le permitieran proyectar una imagen de estadista, sobre todo entre los electores más acomodados.

La campaña de García no tuvo mayores sobresaltos: nunca bajó del primer lugar y, desde inicios de 1985, siempre estuvo por encima del 35 % en las encuestas. Además, salvo por algunos contados foros, nunca debatió con sus rivales, por lo que consiguió evitar polémicas innecesarias. Al apoyo de la clase media más tradicional, muy cercana al APRA en aquellos años, Alan sumó el de independientes de distintas tendencias. Incluso se dio el lujo de recorrer durante varios días algunos lugares en los que a su partido siempre le había ido mal en las elecciones, como el sur andino.

Quizás el único momento adverso en la campaña electoral aprista ocurrió en *Pulso*, un programa de corte político de Panamericana Televisión, en el que los invitados debían someterse a las interrogantes de un panel bastante plural. Allí, un joven periodista llamado Jaime Bayly¹⁷ le preguntó a García si, tras la muerte de Haya de la Torre, se había sometido a una cura de sueño y si alguna vez siguió un tratamiento antidepresivo. García lo negó con una sonrisa, pero no pudo disimular su incomodidad. Según Bayly, esa pregunta le supuso un veto durante varios años en Panamericana. Aquello no sorprendía, pues uno de los principales accionistas y directivos del canal, Héctor Delgado Parker, era amigo personal de García y simpatizante aprista, además de asesor del futuro presidente.

En la derecha, la candidatura presidencial de Javier Alva Orlandini nunca prendió y este, básicamente, buscó ser una «locomotora» para que Acción Popular mantuviera una presencia parlamentaria, lo que consiguió a duras penas. Pese a que su postulación inicialmente atrajo cámaras, la candidatura del exdictador Francisco Morales Bermúdez no llegó a cuajar en la intención de voto.

Luis Bedoya Reyes, quien por mucho tiempo marchó segundo en las encuestas, paulatinamente fue descendiendo en las mismas, aunque su partido sí llegó a obtener, en el papel, una bancada importante: sus candidatos a vicepresidentes —Andrés Townsend y Esteban Rocca— fueron elegidos senadores, al igual que los empresarios José Navarro Grau y Ernesto Lanatta Piaggio. A ellos se sumaron figuras propias, como Felipe Osterling, Ernesto Alayza o Enrique Elías. También sería elegido diputado el exsecretario de la Fiscalía de la Nación Fernando Olivera Vega.

El único endoso de peso que Bedoya había logrado fue el de Mario Vargas Llosa. El escritor anunció su voto, curiosamente, luego de haber conocido en persona a García, en casa del coleccionista de arte Manuel Checa Solari¹⁸. Según el escritor, Alan le pareció un hombre inteligente, pero con una «ambición sin frenos». Lo creía capaz de cualquier cosa para llegar al poder¹⁹. Vargas Llosa brindó entrevistas a César Hildebrandt y Jaime Bayly para hacer pública su decisión de votar por el PPC.

Quien, por el contrario, creció poco a poco en las encuestas fue Alfonso Barrantes, de Izquierda Unida. Como ya hemos visto, jugaban a favor del alcalde de Lima su carisma y ambigüedad ideológica. Sin embargo, no las tenía todas consigo: el APRA les había robado el discurso económico y contaba con una maquinaria mucho más afiatada. Por otro lado, el frente electoral presentaba conflictos internos. De hecho, la figura más importante del Partido Unificado Mariateguista, Javier Diez Canseco, estuvo a punto de salir de IU, pero finalmente se terminó quedando y obtuvo la más alta votación preferencial del frente para el Senado. El propio Diez Canseco indicaría luego que la derrota se debió a que Izquierda Unida nunca generó mecanismos de integración con los movimientos sociales ni se logró consolidar como una alternativa real de gobierno.

Como hemos visto hasta ahora, en esta contienda electoral la discusión programática fue secundaria. Alan García encargó a Luis Alva Castro la Comisión de Plan de Gobierno en el APRA, pero por razones estratégicas el documento final del «Plan del Perú» nunca sería presentado. En Izquierda Unida, si bien Rolando Ames armó un plan de gobierno, no faltaron las tensiones por asuntos relacionados con el manejo de la economía o la inclusión de temas vinculados al género o la diversidad sexual.²⁰

Finalmente, en las elecciones del 14 de abril, García obtuvo el 53.11 % de los votos válidos y Barrantes el 24.68 %, con lo que el líder

aprista tendría que haber sido proclamado presidente. Sin embargo, de acuerdo con una ley que había sido impulsada por la alianza AP – PPC, la mayoría absoluta debía calificarse sobre los votos emitidos, no los válidos. Por ello, el APRA aún no obtenía los votos necesarios para ganar en primera vuelta.

En principio, García y Barrantes debían disputar la segunda vuelta. Sin embargo, dada la amplitud del margen entre ambos, resultaba evidente que el primero ganaría tras sumar los votos de la derecha. Por todo ello, se planteó la posibilidad de que Barrantes renunciara a disputar la Presidencia de la República. Inicialmente, este se negó, pero la violencia terrorista precipitaría un cambio de opinión. El 24 de abril, una célula de Sendero Luminoso atacó con armas de fuego al presidente del Jurado Nacional de Elecciones, el magistrado Domingo García Rada, a pocos metros de su domicilio. Aunque el abogado logró sobrevivir, algunas de sus facultades quedarían restringidas por los dos balazos que recibió en la cabeza. Apenas 48 horas después del atentado, que conmovió a la opinión pública, Barrantes presentó formalmente su renuncia. El JNE recién se la aceptaría el 2 de junio. Tras ello, proclamó a Alan García como presidente.²¹

Hemos visto en capítulos anteriores cómo las mujeres cumplieron distintos roles en el conflicto armado interno. Miles de ellas estuvieron entre las víctimas de las matanzas perpetradas tanto por Sendero Luminoso como por miembros de las fuerzas del orden. Y sufrieron innumerables agresiones sexuales. No obstante, también supieron organizarse para enfrentar la violencia y reclamar por la defensa de los derechos humanos, como ocurrió con la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP).

Por otro lado, las mujeres también formaron parte de la estructura de Sendero Luminoso y, por tanto, se transformaron en victimarias. Conviene profundizar en este punto, tomando en consideración, además, que dos de las principales dirigentes senderistas fueron mujeres.

Es cierto que Sendero Luminoso tuvo un 40 % de militancia femenina y que el 50 % del comité central estuvo integrado por mujeres. Muchas de ellas, de hecho, tenían un mayor nivel educativo que sus pares varones. Como refiere la Comisión de la Verdad y Reconciliación, la frustración

frente a magros ingresos y dificultades para insertarse en el mercado laboral se convirtieron en la principal motivación para ingresar a la agrupación senderista, en la que supuestamente podrían tener un camino más directo a posiciones de liderazgo. Sin embargo, como apunta la politóloga Laura Balbuena, las oportunidades al interior de SL eran diferenciadas: acceder a puestos medios y directivos en la organización subversiva estaba reservado a las mujeres provenientes de sectores urbanos y que habían tenido acceso a estudios universitarios.

Pese a todo, no se podría hablar de una «mirada de género» en Sendero Luminoso. La sumisión y la sujeción eran notorias: pertenecer a la organización implicaba una renuncia a la vida familiar y personal. Los casos de Augusta La Torre y Elena Iparraguirre resultan paradigmáticos. Para la primera, la imposibilidad física de tener hijos le facilitó abandonar toda ambición de ser madre y tener una familia, mientras que Iparraguirre no tuvo reparos en dejar a su esposo e hijos para unirse a la subversión.²² El misterio en el que se encuentra sumido el final de La Torre —quien murió el 13 de noviembre de 1988 en circunstancias nunca esclarecidas— y el inicio de la relación sentimental entre Guzmán e Iparraguirre son otros indicios de la estructura patriarcal de Sendero Luminoso. Las mujeres en la cúpula senderista —quizás con la única excepción de La Torre— siempre fueron absolutamente sumisas y contribuyeron al culto a la personalidad en torno a la figura de Guzmán. Esto no solo se puede apreciar en la famosa opereta desarrollada en la cárcel de Canto Grande en 1990, sino también en las imágenes que se divulgaron de las reuniones del Congreso Nacional de 1988, en las que las mujeres bailan alrededor del líder senderista en total estado de ebriedad. Para Óscar Ramírez Durand, Feliciano, líder senderista, esto incluso representaba una desviación del maoísmo:

Mao critica que se forme un clan, que en una misma estructura partidaria estén varios miembros de una familia. Guzmán a sus dos parejas las junta allí y no hay ninguna crítica.

La situación también se daba en la vida cotidiana: al interior de Sendero Luminoso, las tareas domésticas y de cuidado seguían en manos de las mujeres. Al final, no hubo ningún grado de emancipación para ellas. Abimael Guzmán siempre conservaba la última palabra.²³

Como ya hemos señalado, el diagnóstico inicial del gobierno de Alan García sobre la subversión fue muy parecido al de militares como el general Adrián Huamán Centeno, pero con algunas particularidades. Por un lado, se contempló la necesidad de priorizar las actividades de desarrollo. Para ello, se presentó un proyecto para mejorar las actividades agrícolas en la zona denominada «trapezio andino», que comprende las regiones de Ayacucho, Apurímac y Huancavelica. Al mismo tiempo, para tratar de ganarse a los ciudadanos, el Ejército empezó a involucrarse en la construcción de obras civiles. El objetivo era restarle «base social» a la subversión. Sin embargo, en materia de estrategia de lucha contrasubversiva, Alan no presentó propuestas verdaderamente novedosas. Por un lado, era consciente de la desconfianza que ciertos sectores castrenses podrían mantener contra el partido aprista.²⁴ Por otro, su equipo tampoco contaba con verdaderos expertos en materia de seguridad.

García realizaría un anuncio sumamente audaz en su primer mensaje al país:

No aceptamos que en el sistema democrático se use la muerte como instrumento. La prueba de que en la propia democracia puede alcanzarse la justicia social es nuestra presencia aquí y nuestro compromiso para luchar por el pueblo y la ley será aplicada con severidad también para quienes violan o hayan violado los derechos humanos mediante la muerte, las ejecuciones extrajudiciales, la tortura y el abuso de función, pues para luchar contra la barbarie no es preciso caer en la barbarie.

En esa misma línea, en aquella alocución García también adelantó que crearía una comisión de paz para examinar los casos de inocentes acusados indebidamente de terrorismo y tender puentes con los miembros de organizaciones subversivas que quisieran rendirse. El grupo de trabajo, formado por personalidades de distintas tendencias, estaría destinado, básicamente, a la propuesta y mediación, además de asesorar al propio García en esta materia²⁵. Sin embargo, como sus funciones nunca quedaron del todo claras, el grupo de trabajo presentó su renuncia en diciembre de 1985. Un mes después, en enero de 1986, el APRA reconstituiría la comisión, pero sin la presencia de miembros de la Iglesia Católica.

Una primera real prueba de fuego para el gobierno de García se produciría apenas semanas después de que asumiera el poder. Se trató de dos casos de graves violaciones a los derechos humanos cometidas por agentes del Ejército que, a diferencia de ocasiones pasadas, sí motivaron una respuesta política enérgica de parte del gobierno. El 7 de agosto de 1985, oficiales del Ejército destacados en la base contrasubversiva de Castropampa ejecutaron extrajudicialmente a siete personas que habían sido detenidas en los días previos, bajo el pretexto de sus supuestos vínculos con Sendero Luminoso o con la intención de evitar la formación de comités de defensa civil. La patrulla, que estaba al mando del teniente EP Enrique De la Cruz Salcedo, llevó a los detenidos a Pucayacu, un paraje ubicado en la provincia de Huanta, donde se cavó una fosa y, posteriormente, se dio muerte a los retenidos con disparos en la cabeza. Como solía ocurrir entonces, el fuero militar presentó una contienda de competencia sobre el caso, que terminaría siendo resuelta a su favor. Desde el inicio de las indagaciones, resultaba muy claro que la justicia castrense no estaba dispuesta a investigar a fondo los asesinatos y restó importancia a los indicios del crimen.

La opinión pública resultaría aún más conmovida por lo ocurrido en Accomarca apenas una semana después, el 14 de agosto, cuando los integrantes de la patrulla Lince, a cargo del subteniente Telmo Hurtado, asesinaron a 62 comuneros —entre ellos mujeres, ancianos y niños— en la mencionada localidad de la provincia de Vilcashuamán, Ayacucho.

Antes de la masacre, la situación de la comunidad frente a Sendero Luminoso ya era muy compleja. Aunque siempre existieron resistencias a los actos coercitivos de los senderistas, una incursión del Ejército realizada en setiembre de 1983 culminó con once ejecuciones extrajudiciales, lo que de inmediato generó una profunda desconfianza de los comuneros contra los agentes del Estado. Ello hizo que en Ayacucho se multiplicaran las sospechas en torno a dicha comunidad. A inicios de agosto se dio inicio al «plan de operaciones Huancayoc», que culminó con la sangrienta intervención en Accomarca. Los militares ingresaron a la localidad, perpetraron los asesinatos y luego mandaron a quemar los cadáveres.²⁶

Tiempo después, Hurtado intentó justificar la matanza ante el Congreso de la República asegurando que esta había sido una «acción de guerra». Dijo también que los niños fueron asesinados porque habían

sido adoctrinados desde temprana edad. En 1993, el militar sería condenado a seis años de prisión en el fuero militar, pero se acogió a las leyes de amnistía de 1995 y siguió ascendiendo en el Ejército hasta 1998. Posteriormente, huyó a Estados Unidos, donde finalmente fue capturado. Años después, en 2016, recibió una condena a veintitrés años de prisión. El otro jefe de la patrulla, Juan Rivera Rondón, fue sentenciado a veinticuatro años de cárcel. Por su parte, los coroneles EP Nelson Gonzales Feria y Carlos Delgado Medina recibieron penas de veinticinco años por haber participado en la elaboración del «plan de operaciones Huanca yoc». Wilfredo Mori Orzo, jefe del comando político militar de Ayacucho, también sería condenado a un cuarto de siglo tras las rejas, pero se encuentra en calidad de prófugo. Los restos de los miembros asesinados de la comunidad recién serían entregados a sus familiares en 2022.²⁷

¿Cómo se posicionaron Sendero Luminoso y el MRTA frente a las primeras acciones de García? La agrupación liderada por Abimael Guzmán continuó asesinando autoridades locales en Ayacucho, pero también extendió el conflicto a regiones con presencia del narcotráfico, como los valles del Huallaga y el Montón. Las acciones armadas también afectaron a la comunidad asháninka en la selva amazónica y al departamento de Puno. Por su parte, los liderados por Víctor Polay Campos decidieron conceder al mandatario una tregua de un año para que cumpliera sus promesas electorales.²⁸

En los capítulos anteriores vimos que el gobierno de Fernando Belaúnde Terry optó por liberalizar algunos sectores económicos, hacer algunos ajustes en el gasto público para reducir el déficit fiscal y, al mismo tiempo, mantener una vigorosa política de realización de obras públicas, sobre todo, en infraestructura. La política económica que planteó originalmente la administración aprista difería por completo de la de su predecesor, tanto en el diagnóstico como en la estrategia. De acuerdo con el sociólogo Javier Barreda, existieron dos equipos técnicos que se encargaron de desarrollarla. Por un lado, estaba la Comisión Nacional de Plan de Gobierno (CONAPLAN), liderada por Luis Alva Castro e integrada por César Vásquez Bazán, Javier Tantaleán Arbulú, Enrique Cornejo Ramírez y Gustavo Saberbein, entre otros. Por otro, se encontraban los académicos

y consultores agrupados en el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEDEP). Este segundo equipo estaba encabezado por Carlos Franco, psicólogo social y exfuncionario estatal durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado.²⁹ En el núcleo del CEDEP destacaba la presencia del economista argentino Daniel Carbonetto.

Alva se convirtió en la cabeza económica del nuevo gobierno y varios de sus colaboradores y compañeros terminarían como ministros o funcionarios. En cuanto al CEDEP, Franco y Carbonetto se desempeñaban como asesores directos del presidente.

Ambos grupos coincidían en el diagnóstico de mediano y largo plazo para enfrentar la coyuntura. En su opinión, era necesario romper con un modelo al que denominaban «imperialista» —con predominio del capital extranjero— para lograr una mayor democratización, ya no solo política, sino también económica y social. Según esta visión, el orden económico internacional estaba formado por los países desarrollados, que exportaban bienes manufacturados; y los países en desarrollo —como el Perú— dedicados a la producción de materias primas. Esta situación generaba un intercambio desigual. En el Perú, coexistían entonces dos sectores económicos: uno más integrado al mundo y productivo y otro que no se podía adaptar al sistema internacional. Siguiendo esa línea, el gobierno aprista debía realizar grandes transformaciones —en forma gradual y democrática— con miras a priorizar un modelo económico que, sin dejar de ser plural en lo que respecta a la propiedad, pusiera un mayor énfasis en las cooperativas y los mecanismos autogestionarios. Por otro lado, para enfrentar la crisis coyuntural, que combinaba inflación y recesión, era necesario acentuar un estímulo a la demanda.

¿Cuál era la lógica de este plan? Al aumentar por decreto los salarios reales y, al mismo tiempo, congelar los precios de determinados servicios, el gobierno estimularía el consumo de los ciudadanos, lo que llevaría a que las empresas pudieran mejorar sus ventas y obtener mayores ganancias. Todo ello, de acuerdo con la lógica aprista, generaría un lucro importante para los empresarios, quienes podrían reinvertir, pagar más impuestos y dinamizar la economía.

Al mismo tiempo, el gobierno tomó otras medidas importantes, como rescindir los contratos que mantenía con empresas petroleras estadounidenses —Belco entre ellas— y derogar la «Ley Kuczynski» para

el estímulo a la inversión en el sector hidrocarburos, cuya controvertida historia ya repasamos en el capítulo dedicado a 1982. Además, se redujo la tasa de interés para los préstamos a los agricultores y se lanzó el Programa de Apoyo al Ingreso Temporal (PAIT), que promovía la participación de los ciudadanos en pequeñas obras de infraestructura.

Inicialmente, el plan dio buenos resultados económicos y políticos. Durante el segundo semestre de 1985, la inflación se redujo y la popularidad de Alan García alcanzó niveles que oscilaban entre el 80 % y el 90 %. Esto hizo que se persistiera en un programa que algunos economistas más heterodoxos consideraban que debía ser solo temporal. Asimismo, todos los gremios empresariales se mostraron bastante complacientes con las medidas adoptadas por García, en particular la Asociación de Exportadores, la Sociedad Nacional de Industrias e, incluso, la CONFIEP, todavía bajo el mando de Julio Piccini.

Si reparamos en los resultados de la primera vuelta electoral, poco más del 70 % del país votó por las alternativas de izquierda, en medio del descrédito del gobierno de Acción Popular, que también involucró al Partido Popular Cristiano. Dado que, en el papel, la oposición al gobierno provendría básicamente de Izquierda Unida, también existía un estímulo político para que el APRA planteara medidas económicas como las reseñadas líneas arriba. Y, como veremos más adelante, esto se complementaría con una decisión todavía aún más audaz, en la que se mezcló lo económico con la política internacional.³⁰

La historia comenzó con una explosión en la mañana del 24 de julio de 1985, apenas cuatro días antes de que Alan García asumiera el poder. Ocurrió en un inmueble de la cuadra tres de la calle Gerona, en Surco, un lugar normalmente apacible ubicado al este de la ciudad de Lima. Tras el estallido, llegaron al lugar miembros de la Guardia Civil, quienes rápidamente hicieron varios descubrimientos: la casa estaba conectada con otras en la misma manzana y era bastante evidente que, antes que una residencia, esta albergaba un laboratorio de procesamiento de clorhidrato de cocaína.

Como se comprobaría en los años siguientes con las intervenciones a las viviendas en las que residió Abimael Guzmán, entonces no era extraño

que casas situadas en zonas acomodadas de la capital fueran utilizadas como fachadas para actividades ilegales. Sin embargo, lo que en adelante se conocería como el caso «Villa Coca» tendría implicancias mayores que el simple hallazgo de un lugar en el que se elaboraba cocaína.

El dueño del inmueble era un sujeto llamado Reynaldo Rodríguez López, a quien la central de la agencia antidrogas de Estados Unidos en Lima —DEA, por sus siglas en inglés— ya tenía en la mira, al menos, desde 1982; y que era conocido como «El Padrino», en inequívoca alusión a la película de Francis Ford Coppola. Su aparente negocio «legal» era una agencia de viajes llamada Servicios Turísticos Internacionales, que dirigía junto con sus hermanos.³¹ Sin embargo, lo más valioso para Rodríguez López y sus reales intereses económicos eran sus contactos. Gracias a una serie de reportajes publicados por Gustavo Gorriti en *Caretas*, la ciudadanía pudo conocer que «El Padrino» mantenía vínculos estrechos con el alto mando de la Policía de Investigaciones del Perú. Esto no solo suponía, como cabe inferir, la protección para sus actividades ilícitas, sino también la provisión de material que había sido incautado en distintos operativos policiales. En realidad, la corrupción había penetrado de tal manera a la PIP que las comisarías en las que se realizaban los mayores decomisos de droga comenzaron a tener «una tarifa» para los oficiales que pretendían acceder a las mismas. Rodríguez López, además, solía participar en las reuniones sociales de los miembros de la institución, como lo confirmaría su propia agenda personal y las fotografías que fueron apareciendo en los medios de comunicación.

Según la DEA, la organización delictiva de Rodríguez López tenía ramificaciones en Bolivia y el destino de su producto de exportación no tradicional era Estados Unidos. La agencia antidrogas también manejaba información sobre sus vínculos con los altos mandos de la PIP. La investigación fiscal, que en los primeros meses avanzó bastante rápido, dio cuenta de favores y otros nexos que probaban la relación entre la policía y el narcotraficante.

Es aquí donde nuevamente entra en escena un viejo conocido: el abogado Vladimiro Montesinos Torres, quien se encargó de la defensa legal de muchos de los involucrados en los procesos penales que siguieron a la captura del narcotraficante. Uno de sus principales argumentos fue denunciar por «insulto al superior» a los policías que investigaban a sus

excompañeros de armas, lo que contribuyó a retrasar considerablemente los procesos contra los jefes de la PIP.

El caso «Villa Coca» traería otras consecuencias. Entre ellas, aceleró el proceso de unificación policial que Alan García ya tenía previsto desde antes de llegar al poder y liquidó, en la práctica, la carrera policial de los oficiales involucrados. Rodríguez López sería sentenciado a veinticinco años de prisión. Algunos de los altos mandos de la PIP cumplieron penas menores, pero otros, en particular los que fueron defendidos por Montesinos, jamás pisaron un establecimiento penal.³²

Como ya tratamos en un capítulo anterior, la crisis de la deuda externa latinoamericana de 1982 produjo un severo impacto en la economía de toda la región. Tres años después, la situación seguía siendo muy complicada. De hecho, el gobierno de Belaúnde tuvo problemas para pagar sus compromisos internacionales y, durante su último tramo, ni siquiera estuvo en condiciones de cumplir con los mismos. El atraso en el pago de la deuda externa pasó de 20 millones de dólares en 1983 a 2581 millones en 1985.

Por ello, en América Latina se comenzó a plantear que, en lugar de aplicar los programas de ajuste del Fondo Monetario Internacional por los efectos recesivos que podían generar, resultaba mucho mejor realizar un compromiso de pagos que fuera proporcional con la capacidad económica de cada país. El problema es que nadie se atrevía a dar el paso.

Para Alan García, la región había ingresado en una suerte de «carrusel»: se obtenían préstamos para pagar la deuda anterior y los nuevos intereses que se iban generando, lo que ocasionaba que los países estuvieran sometidos a un ciclo eterno que les impedía mejorar su capacidad productiva. Tras sostener una serie de reuniones con los embajadores de distintos países, el mandatario decidió incluir en su primer mensaje un anuncio impactante:

Anuncio que dialogaremos con nuestros acreedores sin usar de intermedio al Fondo Monetario Internacional, pero que en los próximos doce meses y mientras las situaciones no cambien, solo destinaremos al servicio de la deuda externa no más del 10 % del valor total de nuestras exportaciones y no el 60 %, como se nos ha exigido.

Fue una bomba. La noche anterior, en la cena que compartió con sus futuros colegas, García había pulseado a los mandatarios invitados, pero todos consideraron que una propuesta de ese tipo era inviable. Como no había consenso, ninguno se atrevía a plantearla abiertamente.

En coincidencia con su pensamiento en aquella época, el presidente tiñó el anuncio de una retórica antimperialista. Muchos, incluso, pensaron que ya no se pagaría más la deuda. Pese a que la medida fue polémica, García la siguió defendiendo en sus *Metamemorias* póstumas, en las que incluso fustiga a Raúl Alfonsín y José Sarney, expresidentes de Argentina y Brasil, por no haber seguido su ejemplo para adoptarla en sus respectivos países. Hay que decir que, si bien el diagnóstico inicial del expresidente pudo haber sido el correcto, la medida no produjo los efectos esperados y causó un grave efecto en la imagen del país.

El hecho de sacar de la ecuación al Fondo Monetario Internacional para la negociación de la deuda ocasionó una ruptura en las relaciones con el organismo multilateral, lo que se convertiría en un verdadero obstáculo durante todo el quinquenio aprista.

No sería la única medida controvertida del flamante gobierno aprista en el campo económico. Imitando a otros países de la región, García dispuso la creación de una nueva moneda, el inti, que sustituiría al sol de oro que había circulado hasta el segundo gobierno de Belaúnde. No fue, como en el caso de Argentina, una decisión conversada con el FMI. García buscaba seguir un camino alternativo que evitara cualquier contacto con dicho organismo. El plan surtiría efecto, pero solo por un tiempo. Para quienes hoy tienen más de cuarenta años, el inti es solo un recuerdo infausto.³³

1986

Si nos atenemos a sus cifras de aprobación en las encuestas, 1986 sería un año de apogeo para Alan García. Su mes más bajo fue noviembre, cuando «solo» recibió el respaldo de un 63 % de los ciudadanos. Se trataba de estadísticas ciertamente inusuales para cualquier mandatario peruano. Sin embargo, aquel momento de esplendor no estaría exento de sombras.

Buena parte de la popularidad de García se debía a sus condiciones de líder joven y vigoroso. Alejado de los discursos palaciegos que caracterizaban a Fernando Belaúnde, por momentos cansinos, a García lo seducía el verbo en la plaza pública, ya fuera desde el balcón de Palacio de Gobierno o de cualquier otro estrado. Al interior de su partido, la gerontocracia dirigencial mantenía diferencias con sus posiciones, pero nadie estaba en condiciones de rivalizar con él. Las bases lo seguían por su impecable manejo oratorio y porque lo que escuchaban en sus alocuciones se parecía mucho a las viejas banderas con las que el APRA había nacido a la luz política y que, por años, lo habían vuelto un partido temido entre los sectores más encumbrados de la sociedad. Al mismo tiempo, se agolpaban los viejos resortes populares que se inclinaban por un liderazgo fuerte, que pudiera vencer las resistencias burocráticas cotidianas y que, aunque fuera con gestos simbólicos, demostrara que el gobierno aprista era democrático, nacionalista y popular.

También contribuyó a sus altos índices de aprobación que, durante su primer año y medio de gobierno, García no tuviera rivales políticos de peso. Recién a mediados de 1986, Belaúnde se pronunciaría con tímidas críticas a su sucesor en el cargo. Dicha timidez no solo se explicaba por las proverbiales buenas maneras de Belaúnde o el hecho de que Alan procurara siempre no ser tan duro con su antecesor, sino

también por el descalabro en el que se hallaba Acción Popular luego de sus cinco años de gobierno. Por tanto, los llamados a formar las filas de la oposición eran los líderes de Izquierda Unida y del Partido Popular Cristiano. Por diversas razones, ninguno llegaría a cumplir plenamente ese rol.

En el caso de Alfonso Barrantes, estuvo de por medio no solo su antigua militancia aprista, sino también la amistad pública y notoria que lo unía con García, que también le trajo complicaciones dentro de su propio frente. Como abordaremos más adelante, su amigo, como en el vals criollo, le terminaría «pagando mal».

Bedoya sí tuvo un discurso crítico frente a las medidas estatistas de García. Sin embargo, en su lógica base de apoyo, los grandes empresarios y sus gremios, los coqueteos con Alan García eran notorios.

En realidad, el vínculo entre el presidente y los grupos empresariales industriales más encumbrados fue un clásico matrimonio por conveniencia. Como ya vimos, el mandatario requería que los capitales nacionales —dado que, en aquel tiempo, los extranjeros no sentían mucho interés en el Perú— invirtieran buena parte de sus ganancias para dinamizar la demanda. Solo así su plan económico podría triunfar a mediano plazo. Por otro lado, en un modelo económico que dependía mucho de los favores políticos y los vaivenes presidenciales, mantener un contacto directo con el poder resultaba indispensable para los intereses de los conglomerados más importantes del país. Además, García contaba entre sus amistades más cercanas a empresarios de renombre, como los hermanos Piccini o Héctor Delgado Parker, pero también mantuvo relaciones cordiales con Dionisio Romero, jefe del grupo que lleva su apellido, o con Francisco Pardo Mesones, copropietario del Banco Mercantil. Con ligeros matices, los principales voceros del empresariado, como los dos primeros presidentes de la CONFIEP —Julio Piccini y Miguel Vega Alvear, quien provenía del Grupo Romero y había sido regidor por Acción Popular en Lima Metropolitana—, aprobaron las heterodoxas medidas planteadas por el mandatario aprista. Los únicos gremios empresariales que presentaron quejas fueron la Sociedad Nacional de Minería y Petróleo y la Cámara de Comercio de Lima, por los cambios en el régimen tributario para el sector y lo que denominaban «sesgo antiexportador» del plan económico de García, respectivamente.

El gobierno buscó tejer espacios de concertación con empresarios de muchos sectores. Sin embargo, dado el personalismo de García, el presidente privilegió las tratativas con las cabezas de doce grupos económicos industriales nacionales: Romero¹, Brescia², Bentín³, Delgado Parker⁴, Wiese⁵, Benavides de la Quintana⁶, Picasso⁷, Raffo⁸, Nicolini⁹, Ferreyros¹⁰ y Lanata Piaggio¹¹. Su idea era que estos contactos personales —concretados en una reunión en casa de Piccini— facilitaran la inversión privada que tanto requería el gobierno. De hecho, el líder aprista insistió en ello en el mensaje presidencial por Fiestas Patrias, dejando de lado otra alternativa que había barajado por esos días: estatizar el sistema financiero, una idea sobre la que discutió con sus asesores entre mayo y julio de 1986. A los empresarios convocados por García y Piccini se les empezaría a llamar los «Doce Apóstoles».

Sin embargo, la ansiada inversión nunca arribó, pese a los continuos contactos entre García y los grupos empresariales, que incluyeron la llegada del presidente a la CADE realizada en Huaraz en noviembre en un avión que fue piloteado por el propio Dionisio Romero. En realidad, los empresarios no tardaron en detectar los primeros signos de deterioro en la economía, como la subida del precio del dólar en el mercado informal y el hecho de que las importaciones fueran mayores que las exportaciones. No obstante, supieron sacar provecho de los subsidios o del Mercado Único de Cambios, que ofrecía el dólar a un precio diferenciado.

Durante el primer semestre de 1986, García puso un énfasis especial en el estímulo a la agricultura con la idea de cortar la dependencia en las importaciones. El mandatario presentó un plan integral para Puno y, además, fomentó una serie de encuentros en la sierra llamados Rimanakuy, en los que escuchó las demandas campesinas junto con sus ministros. Pese a todo, la congelación de precios de los alimentos hizo que el descontento en el campo se incrementara rápidamente. En respuesta, el presidente decidió hacer un relevo en el Ministerio de Agricultura y colocó en dicha cartera a Remigio Morales Bermúdez, militante aprista e hijo del exdictador. A contramano del discurso inicial del gobierno, este ordenó que se importaran más alimentos. Conforme la escasez y la especulación en torno a los precios fue aumentando, el flamante ministro se convirtió en uno de los blancos favoritos de los programas cómicos

de la televisión. Dada la importancia de su sector, Morales Bermúdez creó un consejo consultivo para temas agrarios que tenía entre sus integrantes a un ingeniero agrónomo nikkei que desde 1984 ejercía el cargo de rector en la Universidad Nacional Agraria La Molina y había tenido cierto grado de colaboración con el plan de gobierno aprista. Su nombre era Alberto Fujimori.

A fines de 1986, los indicadores económicos eran bastante buenos en el Perú: el producto bruto interno, principal signo de crecimiento económico, había subido un 9.4 % con respecto al año anterior. Al mismo tiempo, la inflación se encontraba en el 77.9 %, cifra que no llegaba a los alarmantes tres dígitos de 1985. En medio de ese clima de supuesta bonanza y creciente popularidad, un diputado independiente elegido originalmente por la Convergencia Democrática llamado Héctor Marisca presentó un proyecto de ley para que se reformara la Constitución y se permitiera la reelección inmediata del presidente. En las semanas finales de 1986, ese fue el principal tema de debate político, hasta que García, finalmente, dio por zanjada la polémica en un mensaje a la nación:

No aspiro ahora ni aspiraré más adelante a la reelección o a permanecer en el cargo de presidente. Como lo dije ante el pueblo de Ica hace siete meses, no seré candidato en 1990 ni me mantendré en el cargo que hoy tengo.

García terminaría ese año con un 67 % de aprobación en las encuestas.¹²

Ya hemos visto, en el capítulo dedicado a 1982, que el penal San Juan Bautista, establecido en la isla El Frontón, frente a las costas del puerto del Callao, se había convertido, a pocos meses de su reapertura, en un espacio aprovechado por Sendero Luminoso para la consolidación de sus militantes. Lo que ellos llamaban una «luminosa trinchera de combate».

Tradicionalmente, las cárceles peruanas han sido espacios muy descuidados por el Estado y la sociedad. Desde la carta magna de 1979, la burocracia debe lidiar con presos de las más diversas procedencias, pero en condiciones realmente inhumanas en buena parte de los casos, para tratar de cumplir, a duras penas, con el mandato constitucional de que

la pena sea siempre un mecanismo de resocialización. Para los ciudadanos que no tienen familiares encarcelados, una prisión no es más que un lugar a donde van a parar personas que son vistas como indeseables y que, para muchos, no deberían volver a pisar la calle, independientemente del delito cometido.

No obstante, en el siglo XX las cárceles peruanas también se convirtieron en espacios políticos. La persecución a apristas y comunistas —sobre todo, entre 1931 y 1956— ocasionó que muchos, militantes o no¹³, acabaran tras las rejas. Como anota el historiador José Luis Rénique, la persecución, la constante huida y la estadía en la prisión fueron signos que ayudaron a que el APRA se convirtiera en una organización con una militancia férrea y crearon a su alrededor una suerte de «martirologio». En la otra orilla del paisaje político, buena parte de la fama democrática de Belaúnde se debió a su paso por El Frontón, una cárcel que, paradójicamente, él reabrirla parcialmente durante su segundo mandato.

Abimael Guzmán se percataría de la debilidad del Estado al interior de las prisiones y, por ello, decidió transformarlas en espacios que contribuyeran a mantener a su militancia con una conciencia fanática. Los reos de Sendero Luminoso presumían del orden y la limpieza dentro de los pabellones que ocupaban en los penales, que además fueron conquistados para la realización de iconografía y piezas teatrales propagandísticas. En su versión más extrema, como ya hemos visto, Guzmán exigía a sus huestes sacrificios concretos, incluso de la propia vida, en pos de alcanzar el sueño revolucionario. Fue la mitificación del encierro.

Sendero se encargó de construir en las cárceles plataformas para la captación de nuevos miembros y el mantenimiento en la fe marxista-leninista-maoísta. De esta manera, surgieron «escuelas populares» para el adoctrinamiento de las huestes subversivas. Además, en los pabellones controlados por los terroristas se representaban escenas de crímenes contra policías o derribo de torres de alta tensión. Por tanto, el sistema carcelario se volvió un espacio integral de pedagogía senderista. Los reos de Sendero, de hecho, presionaban a los internos de otros partidos de izquierda para que se pasaran a su bando.

Todo esto explica por qué, desde 1985, Sendero Luminoso empezó a perpetrar acciones al interior de las cárceles que estaban destinadas a provocar una respuesta estatal desmedida. El 3 de abril de ese año, por

ejemplo, los internos por terrorismo tomaron como rehenes a ocho funcionarios en El Frontón, pero luego de dialogar con una misión del Instituto Nacional Penitenciario (INPE) decidieron deponer la medida de fuerza. En las postrimerías del gobierno de Belaúnde, el 13 de julio, se iniciaron motines simultáneos en Lurigancho, El Frontón y la cárcel de mujeres de Santa Bárbara, ubicada en el Callao, en los que hubo toma de rehenes y captura de armamento. Todos, afortunadamente, pudieron ser develados luego de otra negociación con las autoridades. El 4 de octubre, ya con García en el poder, se produjo un nuevo motín en Lurigancho, en esta ocasión con el objetivo de evitar una requisita de armas. La Guardia Republicana sofocó la medida de fuerza con gran violencia: fallecieron treinta personas. A los pocos días, el jefe de dicha cárcel, Miguel Castro Castro, fue emboscado y asesinado por senderistas en los exteriores del establecimiento penal. Tiempo después, cuando el Estado levantó a pocos kilómetros otro penal de máxima seguridad, al que proyectó trasladar a muchos reos senderistas, lo bautizó con su nombre. Mientras tanto, Antonio Díaz Martínez, reo y dirigente senderista, acusaba al Estado de haber creado un «plan genocida». Sin embargo, lo peor aún estaba por llegar.¹⁴

El 6 abril de 1986, como en otras ocasiones, se instaló un estrado junto con algunos parlantes en el patio de honor de Palacio de Gobierno. Sin embargo, no se trataba de los preparativos para un nuevo «balconazo» del presidente o la recepción de algún dignatario extranjero que se encontraba de paso por Lima. En realidad, el invitado central de aquella ceremonia fue el renombrado escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, flamante embajador del Perú ante la UNESCO, la oficina de la Organización de las Naciones Unidas sobre educación, ciencia y cultura, quien entonces residía en París. Asimismo, entre los asistentes también estaban los artistas que habían llegado al país para un evento importante: la Semana de Integración Cultural Latinoamericana (SICLA). Algunos de ellos, precisamente, cantaron frente a Alan García, quien condecoró con la Orden del Sol al autor de *La palabra del mudo*. Meses antes le había ofrecido el cargo de ministro de Cultura, pero él no aceptó.¹⁵ El otorgamiento de la distinción a Ribeyro fue sorpresivo. Según Jorge Coaguila, biógrafo

del escritor, en un momento este quiso retirarse del evento, pero fue atajado oportunamente por la seguridad de Palacio de Gobierno. En el acto, García dijo lo siguiente:

*Acepta Julio Ramón, el homenaje humilde de tu pueblo y en ti el testimonio a la cultura y a los que hacen espíritu en nombre del Perú.*¹⁶

En la primera línea de los invitados se encontraban los dos principales exponentes de la Nueva Trova cubana, Pablo Milanés y Silvio Rodríguez¹⁷. García aplaudió conmovido luego de escuchar al primero cantar *Yo pisaré las calles nuevamente*.¹⁸ La delegación isleña se completaba con artistas plásticos y otros intérpretes y conjuntos, entre los que destacaba la legendaria orquesta salsera Irakere, que luego se presentaría en el Teatro Municipal. Aunque se trató de un evento pobremente organizado, SICLA también contó con la presencia de artistas argentinos de creciente prestigio, como Mercedes Sosa, Alberto Cortez y un entonces bisoño Fito Páez. La delegación peruana estuvo liderada por Susana Baca, Luis Abanto Morales y Los Shapis, los principales difusores del género que entonces estaba de moda entre los sectores populares: la chicha. En paralelo, se organizó una muestra en el Museo de Arte para la que llegó el legendario pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín, quien le terminó haciendo un retrato a García. Por otro lado, para encabezar un recital en la PUCP, arribó el poeta y sacerdote nicaragüense Ernesto Cardenal, quien entonces también se desempeñaba como ministro de Cultura de su país.

Hay que recordar que el presidente atravesaba entonces su etapa antimperialista, tiempos en los que el discurso aprista era de izquierda y revolucionario. Debido a su política exterior, el gobierno peruano era visto con recelo por el régimen de Ronald Reagan —de hecho, Alan García no pisaría Washington durante todo su mandato— y por el sistema financiero internacional.

Meses antes, en Nueva York, en plena Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, el mandatario peruano había pronunciado un encendido discurso, en el que repitió su tesis de que el Perú, como mero productor de materias primas, se encontraba relegado en el sistema internacional, además de sufrir la paulatina destrucción de su industria nacional y el ahogo de su economía por el pago de la deuda

externa. De hecho, en aquella alocución reiteró su anuncio de julio de 1985 y fustigó duramente al Fondo Monetario Internacional, al que acusó de ser nada más que un espejo de los intereses de Estados Unidos:

Anuncio, como presidente del Perú, que en la próxima reunión del Fondo Monetario en Seúl exigiremos decisiones sobre la reforma del sistema monetario y el reparto de la liquidez mundial en forma más justa. De lo contrario, no nos interesa ni conviene pertenecer a un organismo que sirva al beneficio de un solo país.

Aunque nunca retiró al Perú del FMI, las relaciones entre el gobierno de García y el mencionado organismo multilateral quedarían seriamente dañadas. En agosto de 1986, la entidad declaró que el Perú era «inelegible» para nuevos créditos internacionales. Alva Castro intentó minimizar el hecho y aseguró que aún podíamos recibir créditos de otras fuentes. Casi como una premonición, García llegó a decir esto en uno de sus «balconazos»:

Yo no me quemo solo, me quemo con todos ustedes.

En la mencionada cita de las Naciones Unidas, tras enumerar sus supuestos logros en la lucha contra el narcotráfico, el mandatario peruano no tuvo reparos en formular la siguiente pregunta:

Cabría preguntar aquí a la administración norteamericana: si eso hemos hecho nosotros en cincuenta días, ¿qué hace ella por los derechos humanos de los seres que se demueban en Grand Central Station y otros tantos lugares?

En el tramo final de su discurso en la sede de la organización internacional, García reafirmó la pertenencia del Perú al Movimiento No Alineado, un grupo de países agrupados en 1964 alrededor de la idea de no formar parte de ninguno de los bloques en pugna durante la Guerra Fría.¹⁹ El foro era, además, una plataforma de pronunciamientos a favor del desarrollo y contra el colonialismo. A inicios de setiembre de 1986, García decidió asistir a la cumbre del Movimiento No Alineado realizada en Harare, capital de Zimbabue, en el sur de África. Sería un viaje inolvidable por distintas razones. En la cita, el presidente peruano comparó

el sistema financiero internacional con el *apartheid*, la política de segregación racial institucionalizada que mantenía Sudáfrica desde 1960. García acabaría ocupando una de las vicepresidencias de la cumbre, en la que compartió el siguiente mensaje:

El gobierno tiene que escoger entre los compromisos externos, los bancos y el pueblo, entre los ricos y los pobres; y solo hay un camino que tomar.

También en Zimbabue, García sostuvo una extensa charla con Fidel Castro, quien lo había fustigado por su reducción en el pago de la deuda externa. En la cita, que duró unas siete horas —vieja costumbre del dictador cubano—, Castro se sinceró sobre la necesidad de contar con subsidios soviéticos para mantener la economía de su país, aunque ya estaba planeando qué hacer si aquel régimen caía. De acuerdo con Hugo Otero, eterno publicista de García, en un momento de la charla el líder cubano empezó a darle instrucciones, lo que mereció esta respuesta de Alan:

A mí no me gusta que me lleven de la nariz.

Lo más problemático del viaje a África llegaría en una escala posterior. Entre el 6 y el 7 de setiembre, el avión presidencial peruano aterrizó en la mítica ciudad egipcia de Luxor. Allí, el mandatario fue recibido por Abdul Rahman El Assir, un conocido empresario que entonces radicaba en Madrid²⁰ y estaba dedicado a la venta de armas. Este hecho cobraría relevancia años más tarde, cuando se conoció que El Assir había sido contactado por Héctor Delgado Parker, ya convertido en asesor de García, para conversar acerca de la compra de aviones de guerra Mirage a unas empresas francesas durante el mandato de Belaúnde y que el gobierno aprista, por razones económicas, planeaba limitar. El Assir, incluso, había estado entre los invitados a la ceremonia de cambio de mando y se reunió con García en Nueva York, en la ya célebre reunión de la ONU. Años más tarde, García sería acusado por presunto beneficio personal en la renegociación de ese contrato. En 1991, el expresidente reconoció que El Assir era su amigo y que lo había recibido en Luxor, pero que nunca trataron directamente el tema de los Mirage ni sabía que era un hombre dedicado a la venta de armas. La cita en Harare, en realidad, fue el canto

del cisne de la imagen internacional de García, que ya estaba un tanto maltrecha por los hechos ocurridos en paralelo a otra cumbre, esta vez celebrada en Lima, a la que volveremos más adelante.²¹

La estrategia de Abimael Guzmán frente al gobierno aprista era una sola: para ellos, a diferencia del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, no había posibilidad de tregua. Para Sendero Luminoso, la llegada al poder de un presidente populista, supuestamente ubicado en el espacio de la centroizquierda, suponía una oportunidad para «quitarle la careta represiva». De hecho, de acuerdo con la evaluación senderista, aquel era el momento ideal para crear bases subversivas en la costa norte, histórico bastión del aprismo. El único opositor fue Osmán Morote, hijo del exrector de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga que en su momento había contratado a Guzmán como docente. Con cierto sentido de la realidad, Morote —quien dirigía a los senderistas en esa parte del país— tenía claro que el aprovechamiento de los conflictos rurales resultaba muy difícil, debido a la influencia del APRA en la región. Guzmán contradijo a su subordinado, pero este, a la larga, terminaría teniendo la razón.

Para entonces, la capacidad militar de Sendero se había reducido considerablemente en Ayacucho, pero la organización subversiva mantenía una fuerte presencia en la región. En ese momento, se concentró en propagar la violencia a otras zonas del país, como la sierra central, la región nororiental, Puno y Lima Metropolitana.

Precisamente en la capital, tras una serie de atentados y asesinatos de miembros de las fuerzas del orden perpetrados por Sendero Luminoso en los primeros meses de 1986, el gobierno decidió declarar el estado de emergencia, con sus consecuentes restricciones a la libertad personal y de tránsito. Como respuesta, Sendero intensificó su accionar subversivo. El 24 de marzo, integrantes de la organización terrorista ultimaron al prefecto de Ica, el militante aprista Manuel Santana Chiri. Dos meses después, el 26 de mayo, el secretario nacional de organización del APRA, Alberto Kitazono, se salvó de morir en un ataque en el que perdieron la vida varios militantes de su partido. Por otro lado, en la ciudad nunca cesaron los cortes de luz como consecuencia de la voladura de torres de

alta tensión. En aquellos días, se hizo muy popular en Radio Programas del Perú un espacio conducido por el periodista chileno afincado en Lima Miguel Humberto Aguirre quien, con voz afable, atendía a los oyentes que llamaban a la emisora para indicar que en su zona no había energía eléctrica o trataban de ponerse en contacto con algún familiar. Fue un bálsamo de tranquilidad en aquellos años de terror.

En 1986, las víctimas de los crímenes más violentos de Sendero Luminoso en la capital fueron miembros de la Marina de Guerra del Perú. El 5 de mayo, dos parejas de senderistas que se hacían pasar como enamorados se ubicaron cerca de la casa del contralmirante Carlos Ponce Canessa, quien en ese momento era coordinador del Estado Mayor de su institución y, como tal, uno de los encargados de su estrategia contrasubversiva. Ponce salió de su domicilio a las 8:10 a.m. y, luego de avanzar unos metros en su vehículo, fue interceptado por una de las parejas, que le preguntó la hora. Cuando el oficial se disponía a responder, fue asesinado con una ráfaga de metralleta. La otra pareja, en tanto, lanzó explosivos hacia el automóvil. La investigación posterior solo logró identificar a una de las integrantes de la cédula senderista, Aída Mendoza Mateo, quien recibió una condena a veinticinco años de prisión.

Meses más tarde, el 16 de octubre, el almirante Gerónimo Cafferata Marazzi, exministro de Vivienda y Construcción durante el régimen de Francisco Morales Bermúdez y comandante general de la Marina desde fines de 1985, fue víctima de una emboscada senderista muy similar a la de Ponce Canessa, cuando se trasladaba desde su casa hacia el Banco Industrial, entidad financiera de la que era presidente del directorio. Inicialmente, Cafferata logró sobrevivir al atentado. Luego, por recomendación de médicos estadounidenses, fue trasladado a la ciudad de Baltimore, pero fallecería diez días después, el 26 de octubre. Fue enterrado con honores, en una ceremonia que contó con la presencia del presidente García.²²

A mediados de junio, buena parte del mundo, el Perú incluido, estaba pendiente de la Copa Mundial de Fútbol que se disputaba en México, que ya ingresaba a sus fases finales.²³ Por esos días, sin embargo, el ambiente político nacional estaba concentrado en una actividad sin

precedentes que se realizaría en Lima: el XVII Congreso de la Internacional Socialista, una especie de transnacional de partidos socialdemócratas y socialistas, que por primera vez había decidido organizar su cita cumbre en el Perú. Para Alan García, se trataba de una oportunidad de oro para abrirse paso como líder internacional, en un evento que, además, sería presidido por Willy Brandt, legendario líder de la socialdemocracia alemana. También se había previsto el arribo de otros dignatarios internacionales, muchos de ellos nombres de la primera fila del sector, como el primer ministro italiano Bettino Craxi, el presidente del gobierno español Felipe González y el mandatario francés François Mitterrand. Sin embargo, por problemas en sus agendas o las potenciales amenazas a su seguridad, ninguno de ellos llegaría a Lima. Pese a todo, el encuentro convocó a importantes políticos foráneos y, sobre todo, mucha prensa internacional. Justamente, para aprovechar la atención global que el Perú tendría en esos días, la dirigencia de Sendero Luminoso preparó una serie de motines simultáneos en tres establecimientos penales de Lima, que además coincidía con una paralización de los trabajadores penitenciarios del país. Las cárceles en las que se produjeron los levantamientos fueron las de Santa Bárbara (Callao), San Pedro (conocido también como Lurigancho) y San Juan Bautista (en la isla El Frontón). La situación fue especialmente preocupante en los dos últimos, donde los senderistas controlaban pabellones enteros (los denominados Industrial y Azul, respectivamente). El plan, según el propio Abimael Guzmán, era «inducir al genocidio» al gobierno, es decir, provocar una respuesta brutal por parte de las fuerzas del orden.

A las seis de la mañana del 18 de junio, en los tres establecimientos penales se tomaron como rehenes a miembros de las fuerzas del orden, así como a trabajadores del Instituto Nacional Penitenciario (INPE). Rápidamente, los senderistas difundieron su pliego de reclamos: mejoras en la situación carcelaria, que se cancelara su traslado a un nuevo establecimiento penal de máxima seguridad en Canto Grande²⁴ y su reivindicación como supuestos «presos políticos».

Algunas horas después, a las 10 a.m., Alan García convocó a una sesión extraordinaria del Consejo de Ministros en Palacio de Gobierno, a la que también fueron citados los integrantes del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Allí se tomó la decisión de enviar a la Guardia

Republicana a develar el motín de Luriganchu. La Fuerza Aérea y la Marina de Guerra harían lo propio en Santa Bárbara y El Frontón, respectivamente, previa intervención de una Comisión de Paz. Hacia la una de la tarde, el ministro del Interior, Abel Salinas, aprovechando el intermedio del partido mundialista entre Inglaterra y Paraguay, informó al país sobre los motines e indicó que se estaban tomando acciones para recuperar el orden al interior de los penales.

La Comisión de Paz se apersonó a Santa Bárbara y El Frontón, pero sus intentos por una salida pacífica fueron infructuosos, sobre todo porque los alcances de su misión nunca quedaron del todo claros. Ni siquiera pudieron llegar a Luriganchu. Luego de estos esfuerzos estériles y lo que ocurriría después, el grupo de trabajo terminaría disolviéndose.

Los agentes de las fuerzas del orden tenían la instrucción de devolver el orden, pero sin grandes planes operativos, que fueron prácticamente improvisados por los comandos en cada lugar de acción. Desde Palacio, existía una fuerte presión para que el develamiento de los motines fuera rápido y enérgico. Todo ello, de hecho, explica lo que pasaría después en Luriganchu y El Frontón.²⁵

En Luriganchu, el operativo se produjo de noche. Se abrieron boquetes en el Pabellón Industrial, donde hubo enfrentamientos entre la medianoche y las tres de la madrugada del 19 de junio. Hasta ese momento, el saldo solo era de nueve fallecidos. Sin embargo, luego de rendirse, 126 reos serían ejecutados extrajudicialmente en la explanada cercana al lugar del amotinamiento por miembros de la Guardia Republicana, dirigidos por el coronel Rolando Cabezas Alarcón. Durante la mañana, Alan García fue informado de que todos los presos habían muerto. Entre ellos estaba Antonio Díaz Martínez, que había sobrevivido al motín de El Sexto en 1984. En 2003, el periodista Ricardo Uceda reveló que un simpatizante senderista, Efrén Ticona, consiguió sobrevivir haciéndose pasar por muerto y luego ser refugiado por otros reos hasta su fuga, algunos meses después. Es importante mencionar que no todos los internos acribillados tenían conexiones probadas con la subversión.

La situación en El Frontón sería distinta. En el Pabellón Azul, los senderistas sí disponían de cierta cantidad de armamento, por lo que el enfrentamiento fue más prolongado, al punto que dos miembros de la Marina acabarían siendo asesinados por los reclusos de Sendero Luminoso.

En la mañana del 19 de junio, García transmitió la orden de evitar a toda costa los horrores cometidos en Lurigancho. Sin embargo, eso no ocurrió. De acuerdo con las investigaciones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, a las dos de la tarde de ese día, se rindieron los presos del Pabellón Azul, pero el almirante Juan Vega Llona, quien dirigía el operativo, ordenó que fueran ejecutados.²⁶

Una vez que se conoció la magnitud de los hechos, hubo una gran conmoción en la opinión pública. La cumbre de la Internacional Socialista, de hecho, tuvo que terminar antes de tiempo. García llegó a Lurigancho junto con varios de sus ministros. Allí, prometió una investigación a fondo e incluso lanzó una frase muy fuerte:

O se van ellos, o me voy yo.

Sin embargo, las investigaciones fueron restringidas al fuero militar. Cabezas sería condenado, pero luego fue beneficiado con la Ley de Amnistía dictada por el gobierno de Alberto Fujimori²⁷. En diciembre de 1988, Vega Llona fue asesinado en Bolivia por miembros de Sendero Luminoso. Actualmente, sigue en curso un juicio contra varios exintegrantes de la Marina por el caso El Frontón.

Más adelante, una comisión parlamentaria presidida por el senador Rolando Ames encontró responsabilidad política en García y su gabinete, pero el proceso penal por este caso sería archivado en 1991. De hecho, ningún ministro renunció en ese momento.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación ratificó que García no fue diligente políticamente, pero no encontró mayor evidencia sobre una posible responsabilidad penal, aunque los grupos de defensa de los derechos humanos siguieron argumentando, hasta su fallecimiento, que sin duda la tuvo.²⁸ Tras este caso, un importante sector de la izquierda decidió distanciarse aún más del mandatario, aunque Barrantes mantuvo su ambigüedad en torno a la política contrasubversiva del gobierno de García: inicialmente respaldó el ingreso de las fuerzas del orden a los penales, pero luego criticó que la intervención se hiciera al margen de la ley. Desde la sociedad civil, el pronunciamiento más duro fue el de Mario Vargas Llosa, quien escribió una columna titulada «Una montaña de cadáveres». En la misma línea, su colega Alfredo Bryce Echenique

cuestionó la actuación del Estado y se preguntó si había sido pertinente albergar una reunión de la Internacional Socialista en las circunstancias en las que se encontraba entonces el país²⁹.

El caso también sacó a la luz presiones al interior de los medios de comunicación. El programa dominical *Uno Más Uno*, dirigido por el escritor y periodista Fernando Ampuero, presentó extraños problemas técnicos en su emisión del 22 de junio, en la que se propalaría un durísimo reportaje sobre las matanzas en los penales, que incluía imágenes del traslado de los cuerpos de los ejecutados extrajudicialmente y reveladores testimonios provenientes de las tres cárceles. Aquellas no fueron las primeras dificultades de Ampuero en Andina de Televisión, el canal que emitía el espacio: en 1984, otro programa suyo, *Documento*, fue sacado del aire luego de que presentara una denuncia sobre irregularidades en la compra de los buques Pachitea y Mantaro por la Compañía Peruana de Vapores, la empresa estatal de marina mercante en el Perú. El incidente con *Uno Más Uno* liquidó la relación entre Ampuero y el canal³⁰. En contraste, *Caretas*, cuyo director —Enrique Zileri— era amigo personal de García, publicó un completo reportaje sobre lo ocurrido junto con un editorial que reprochaba la masacre.

Lo cierto es que la matanza de los penales cerró, en la práctica, cualquier posibilidad de García como líder continental. También representó el final de la política inicial del gobierno, que combinaba acción social con la defensa de los derechos humanos. El caso será siempre recordado como uno de los principales estigmas de la primera administración aprista.³¹

En noviembre de 1986, salió a la venta un libro que se convertiría no solo en un *long seller*³², sino también en uno de los textos más influyentes en el país durante las siguientes décadas. *El otro sendero*, escrito por el economista Hernando de Soto en colaboración con el abogado Enrique Ghersi y el analista político Mario Ghibellini³³, planteaba una renovación de las ideas liberales a partir de premisas ligadas a un problema que no había sido abordado suficientemente por las ciencias sociales peruanas: la creciente informalidad.

La publicación contó con dos importantes padrinzgos dentro del espectro liberal peruano: la portada era un extracto de un cuadro de

Fernando de Szyszlo, renombrado artista plástico nacional, mientras que el autor del prólogo fue nada menos que Mario Vargas Llosa, quien en ese entonces aún mantenía buenas relaciones con De Soto.³⁴ Aquí una muestra del elogioso texto del futuro Premio Nobel de Literatura:

El otro sendero defiende un proyecto social que supone una transformación de la sociedad no menos profunda que la que quisieran los sectores ideológicos más radicales. Porque significa cortar de raíz con una antiquísima tradición que, por inercia, egoísmo o ceguera de las élites políticas, ha ido consustanciándose con las instituciones, usos y costumbres del país oficial. Pero la revolución que este estudio analiza no tiene nada de utópico. Está en marcha, hecha realidad por un ejército de víctimas del sistema imperante que, al rebelarse contra este en nombre del derecho al trabajo y a la vida, descubrieron los beneficios de la libertad.

De Soto era un empresario ligado al negocio de los minerales cuando, en 1979, comenzó a adoptar su nuevo rol como intelectual y difusor de las ideas liberales en materia económica. En aquel año organizó en Lima un seminario denominado «Democracia y Economía de Mercado» que tuvo como principal atractivo la presencia de Friedrich von Hayek, considerado el padre de la escuela económica austríaca y el principal teórico de lo que en política se conocería como «neoliberalismo», es decir, la priorización de las libertades económicas por encima de todo lo demás. En 1983, De Soto trajo al país a la otra figura emblemática de esa corriente, Milton Friedman. Entre ambas conferencias, creó el Instituto Libertad y Democracia (ILD), un *think tank* que, desde sus inicios, contó con el respaldo de la Fundación Atlas, una de las principales financistas de organizaciones liberales y conservadoras en el mundo.

Como parte de su trabajo en el ILD, De Soto inició una investigación sobre el fenómeno de la informalidad en las principales ciudades del país —en particular, Lima—, que implicaba la constitución de empresas e, incluso, el desarrollo de actividades económicas enteras al margen de las regulaciones estatales y, en muchos casos, la ley³⁵. Los estudios del economista y su equipo buscaban, sobre todo, encontrar una conexión entre la informalidad y la posibilidad de que se gestara una especie de capitalismo popular. En su primera parte, *El otro sendero* mostraba los casos de una

serie de emprendedores que no podían crear empresas de manera regular por culpa de un Estado que los llenaba de trámites. En la segunda, se presentaba al Estado como una entidad mercantilista que, en lugar de alimentar la creatividad y libertad empresarial, las asfixiaba con sus requerimientos inútiles. El estudio proponía dos tipos de salidas: la necesidad de una reducción en los trámites estatales para los empresarios —lo que inspiraría un neologismo en los años siguientes: «destrabar»— y la creación de un sistema de títulos de propiedad que, además de asegurar la vivienda de los creadores de los nuevos núcleos urbanos, funcionaran como garantía para futuros créditos en el sistema financiero. Salvo lo último, las propuestas del libro han venido siendo aplicadas con relativo éxito desde el primer gobierno de Alan García.

Más allá de la discusión académica en torno *El otro sendero* —hoy existe cierto consenso sobre la validez de sus aportes, pero también sobre las múltiples limitaciones que presenta su diagnóstico— su mayor relevancia es de corte político. Eduardo Dargent y Carlos Alberto Adrianzén coinciden en que De Soto y su equipo plantearon un conjunto de ideas que resultaban atractivas como programa político para una derecha que hasta ese momento no había sabido renovar sus propuestas. Además de darle cierto «sabor y color local», al tratarse de un tema al que la izquierda no le había prestado la atención debida, permitió que se articulara un discurso empresarial «a la peruana» que cobraría cada vez más sentido en los años siguientes.

Lo que vendría después ya es historia: De Soto y el ILD adquirieron fama a nivel global y diversos gobiernos del mundo —algunas celeberrimas satrapías entre ellos— contrataron sus servicios como asesor. El economista, por su parte, pretendió apropiarse de los méritos de la derrota de Sendero Luminoso. Finalmente, lo que en su momento había sido una idea novedosa terminó convirtiéndose en un *one hit wonder* que, hasta hoy, le permite al ya octogenario De Soto seguir tentando una carrera política en su país.³⁶

Desde 1984, uno de los principales objetivos del Ejército en la lucha contrasubversiva en Ayacucho era la captura del senderista Claudio Bellido Huaytalla, conocido como «Caszely».³⁷ De acuerdo con una investigación del periodista Ricardo Uceda, se trataba del principal jefe militar del

comité central de Ayacucho y era sindicado como autor de diversos actos de terrorismo. La oportunidad de capturarlo se presentaría en octubre de 1986. El subversivo Severino Quispe Martínez, que había sido detenido en otro operativo militar, reveló que en Parcco Alto (provincia de Vilcashuamán, Ayacucho) se llevaría a cabo una reunión de la «Cuarta Escuela Popular», que estaba a cargo de Bellido; y que, previamente, el senderista pasaría por la localidad cercana de Pomatambo.

De esta manera, el 22 de octubre, el teniente coronel de infantería EP Carlos Bardales Angulo, jefe del Puesto de Comando de Cangallo, dispuso que las patrullas «Bayer» y «Búfalo», provenientes de las bases contrasubversivas de Vilcashuamán y Colca, respectivamente, se encargarían del operativo para capturar a «Caszely» y otros integrantes de Sendero Luminoso. Aquella noche, a las 8 p.m., los militares acribillaron a Bellido Huaytalla en la Plaza de Armas de Pomatambo. Además, fueron detenidos los ciudadanos Jacinto Gutiérrez Gómez, Timoteo Bautista Bellido, Antonio Najarro Soto, José Fernández Bellido, Manuel Ramón Zeam, Eusebio Najarro Alarcón y Luis Castillo García, por su presunta participación en la reunión senderista. Lo cierto es que todas estas personas se habían reunido para organizar un campeonato de fútbol con el que se pretendía recaudar fondos para la construcción de un nuevo local municipal. Todos, junto con el cadáver de Bellido, fueron trasladados a Parcco Alto en la madrugada del 23 de octubre. Allí, los militares capturaron a Reynaldo Ramírez Buitrón, Donato Ramírez Rivera, Hilda Buitrón Gutiérrez (los dos últimos con más de ochenta años de edad) y los menores Eugenia Ramírez Castillo y Mario Ramírez Castillo, quienes serían ejecutados a balazos. Posteriormente, hicieron lo propio con los retenidos en Pomatambo. Tras la matanza, un helicóptero recogió en un paraje cercano a los efectivos militares, quienes se llevaron el cadáver de Bellido e incineraron los demás.

Inicialmente, el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas informó que se había producido un enfrentamiento contra los senderistas que dio como resultado la muerte de trece personas, entre ellas Bellido Huaytalla. Sin embargo, todo cambiaría un mes después, cuando los periodistas Gustavo Gorriti, Nicholas Asheshov, Hugo Ned Alarcón y Óscar Medrano viajaron por su cuenta a Pomatambo y Parcco Alto, donde obtuvieron los testimonios directos de los familiares de las víctimas

de la masacre. Los periodistas serían detenidos durante unas horas cuando volvían a Huamanga, pero finalmente los hechos pudieron ser expuestos en la revista *Caretas*. Tras la publicación del informe periodístico, los militares tuvieron que cambiar de versión y aceptar, en un nuevo comunicado difundido el 4 de diciembre, que se habían producido «actos contrarios al normal desenvolvimiento de las fuerzas del orden». Sin embargo, el caso fue sobreesido por el fuero militar, como solía ocurrir en aquella época. Más adelante, gracias al trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, este volvería a ser llevado a juicio hasta en dos oportunidades. Si bien el Poder Judicial concluyó que sí se habían producido ejecuciones extrajudiciales, no encontró responsabilidad en los militares procesados por el hecho, decisión que luego sería confirmada por la Corte Suprema de Justicia. Hasta ahora, la única reparación que han podido obtener los familiares de las víctimas de la matanza de Pomatambo y Parcco Alto ha sido la devolución de sus restos. No hubo justicia para ellos.³⁸

Tres grupos políticos llegaron con grandes expectativas a las elecciones municipales de 1986. Para empezar, el APRA tenía la oportunidad de consolidar una mayoría nacional que ratificara al partido como el más importante del país y tradujera en autoridades elegidas el respaldo popular que entonces conservaba Alan García. La izquierda, por su parte, pretendía demostrar que era la principal carta de recambio para la campaña presidencial de 1990, además de conseguir un nuevo periodo como alcalde de Lima para Alfonso Barrantes Lingán. Finalmente, el Partido Popular Cristiano, en palabras de Luis Bedoya Reyes, buscaba probar que existían alternativas distintas a las posiciones de izquierda dentro del espectro político. La crisis en Acción Popular era tan grande que sus dirigentes decidieron no presentarse a estos comicios.

Como es costumbre, la elección en Lima fue la que cobró mayor interés. Barrantes, el candidato natural de Izquierda Unida, mantenía disputas internas con los sectores más radicales³⁹, pero nadie discutía que fuera la mejor carta de la coalición. A ello se sumaba que la aprobación a la gestión de IU en la capital había crecido de forma paulatina desde que el alcalde volvió a ejercer sus funciones tras la elección presidencial

de 1985. Sin embargo, el burgomaestre realizó pocos actos de campaña: buscaba que sus obras fueran las que hablaran por él. Además, presentó un plan de gobierno bastante articulado. En general, partía como favorito a la reelección.

Para Bedoya, por su parte, la situación parecía ser clara: esta sería, probablemente, su última chance de obtener un cargo político de importancia. Por cuestiones cronológicas —nació en 1919—, el recambio generacional en su partido no tardaría en alcanzarlo, sobre todo después de una eventual tercera derrota consecutiva. Aun así, confiaba en que tendría un importante bolsón de votos entre los electores que no respaldaban al APRA ni a la izquierda. Lo cierto es que, durante un importante trecho de la campaña —que recién se haría atractiva para el electorado en su etapa final—, Bedoya tuvo opciones reales de ganar. Sin embargo, finalmente ocuparía el tercer lugar, con el 26.91 %. Como se esperaba, los mejores resultados del PPC estuvieron en los distritos más acomodados de Lima.

El candidato aprista en Lima fue Jorge del Castillo, un abogado de profesión quien, para ese entonces, aún no contaba con demasiada experiencia política. En 1983 fue elegido alcalde de Barranco —tradicional distrito en el que Alan García vivió durante su infancia y adolescencia— y durante un breve periodo ocupó el cargo de prefecto de Lima, además de ejercer como personero legal del APRA en las elecciones generales de 1985. Inicialmente, era visto como una suerte de «apéndice» del presidente, un segundo en la sombra, lo que motivaría que fuera víctima de innumerables chistes y caricaturas que lo dejaban como un personaje, en apariencia, tonto⁴⁰. Sin embargo, su carrera política posterior seguiría un trayecto opuesto, en el que la astucia fue uno de sus principales rasgos.⁴¹

Según el politólogo y periodista Pedro Planas, García le había prometido a Barrantes que no se presentaría ningún candidato por el oficialismo, pero una «movilización espontánea» de militantes apristas hacia Palacio de Gobierno lo hizo cambiar de opinión.⁴² De hecho, analistas de diversas tiendas han coincidido en señalar que el auténtico rival que tuvo Barrantes en aquella competencia por la alcaldía de Lima no fue Del Castillo, sino su amigo, el presidente de la República. De hecho, el lema del candidato aprista fue, simplemente, «Juntos», en evidente alusión al apoyo que recibiría del mandatario si vencía en la contienda electoral. Por su parte, García sacó de la manga una oferta que pondría contra las

cuerdas a Barrantes: la construcción de un tren eléctrico elevado que uniría el centro de Lima con la zona sur de la ciudad. De hecho, el propio presidente asistió a la ceremonia de colocación de la primera piedra de la obra, junto con Barrantes, en su calidad de alcalde de la ciudad, pero Del Castillo también estuvo presente. En simultáneo, en plena campaña electoral, los medios divulgaron una enorme cantidad de publicidad estatal sobre la obra, que incluso fue propalada el mismo día de la elección.

Los mítines de cierre de campaña de Barrantes y Del Castillo se realizaron el mismo día. El líder de la izquierda presidió una manifestación multitudinaria que, sin embargo, no fue transmitida por ningún canal de televisión. El acto final de Del Castillo, en tanto, sería difundido en vivo por el canal de televisión del Estado. Tras el mitin aprista, el candidato encabezó una movilización hacia Palacio de Gobierno. Allí, García protagonizó un sorpresivo «balconazo» en el que conminó a los electores a «votar por el Perú», es decir, por Del Castillo.

El día de la elección, el 9 de noviembre, se produjeron algunos hechos que generaron múltiples suspicacias. A las 11:40 a.m., cinco horas antes de que acabara la votación, América Televisión lanzó de manera inesperada una encuesta a boca de urna que ya daba como ganador a Del Castillo. Dicho sondeo sería repetido por el canal estatal durante buena parte de la jornada. Al final, era cierto que Del Castillo había triunfado, pero por un margen muy corto: 37.56 % frente al 34.76 % obtenido por Barrantes.

Días más tarde, el 14 de noviembre, el líder de Izquierda Unida encabezó un nuevo mitin en el que sería muy ambiguo en sus alusiones a García. Dijo, por ejemplo, que era «amigo de Platón, pero más amigo de la verdad». Esto provocó que la concurrencia reaccionara con una estruendosa silbatina. Para calmar a sus huestes, pidió un recuento de votos en Lima Metropolitana, lo cual resultaba imposible porque las cédulas de sufragio fueron destruidas luego del conteo. Mientras esto ocurría, la atención de la prensa estaba puesta en la llegada al Perú de la popular banda de rock argentino Soda Stereo⁴⁵, lo que generó que la política pasara a segundo plano. Tiempo después, Barrantes volvería a reunirse con García, con quien finalmente selló una reconciliación en un restaurante con motivo de la visita al país del socialista español Felipe González. Al final, estas ambivalencias le costarían muy caro al líder de la izquierda.

IU presentó varias impugnaciones, pero todo fue en vano: Del Castillo sería proclamado como ganador el último día de 1986. El APRA no solo venció en Lima, sino que también obtuvo un resonante triunfo a nivel nacional, con el 47.55 % de los votos, logró 161 de las 174 alcaldías provinciales en disputa. Izquierda Unida terminó en segundo lugar, con el 30.79 %. Para dicha agrupación ya se hacía cada vez más evidente un desgaste por la mala gestión de sus alcaldes, el caudillismo y algunos casos de corrupción. Años más tarde, ya en los meses finales de su vida, García se mostró arrepentido por su actuación en aquellos comicios electorales:

Diré de paso que uno de mis grandes errores fue interponerme en su reelección (la de Barrantes, nota del autor), que debió producirse en 1986 (...) Cuando a exigencia del aprismo puse mi fuerza presidencial, entonces sin contrapeso —en 1986— y desde el balcón del Palacio pedí al pueblo votar por el candidato del partido, terminé con un aliado fundamental.

Alan García Pérez luego se lamentaría de muchas otras cosas. Pero esa ya es otra historia.⁴⁴

COLOFÓN

*No se puede arreglar del pobre la situación
si el político ladrón nos entretiene
con cuentos y estadísticas, diciendo:
“La culpa es de la inflación”.*

Manuel Ulloa Elías fue elegido senador de la República para el periodo 1985–1990 por Acción Popular y continuó siendo propietario del diario *Expreso*. Sin embargo, se fue alejando paulatinamente de la primera línea de la política nacional. Tras divorciarse de Isabel Zorraquín, en 1987 contrajo un cuarto matrimonio con la princesa Isabel de Yugoslavia. En 1992, mientras era tratado de un cáncer al pulmón en Madrid, sufrió una crisis terminal. Una de las últimas visitas que recibió en la clínica fue la de Isabel Sartorius, su hijastra, con quien finalmente logró hacer las paces. Murió el 9 de agosto de 1992.

Quien lo reemplazó, **Carlos Rodríguez Pastor Mendoza**, volvió a Estados Unidos luego de su paso por el Ministerio de Economía y Finanzas. En 1990, fue uno de los especialistas consultados por Alberto Fujimori para el cambio de su equipo económico antes de que asumiera el poder. En 1994, con la privatización de las acciones estatales de Interbank, se hizo del control de dicha entidad bancaria. Al año siguiente, murió de un súbito infarto en Estados Unidos. Su hijo, que lleva su mismo nombre, sumó nuevos sectores económicos al grupo Intercorp y es hoy una de las personas más ricas del Perú.

José Benavides Muñoz, exministro de Educación, Energía y Minas y Economía durante el régimen de Fernando Belaúnde, falleció en 2016, a los 87 años. **Guillermo Garrido Lecca**, su sucesor en la última cartera, tiene 81 años y está retirado de la vida pública.

*Cada cuatro años se aparecen, cargando niños por el barrio;
prometiando; saludando.*

El voto buscando (¡y robando!).

El voto buscando (¡y engañando!).

El voto buscando (¡y robando!).

El voto buscando (¡y engañando!).

Andrés Townsend Ezcurra se separó de Convergencia Democrática en 1987. Muchas veces, durante los años más difíciles del gobierno de Alan García, sus votos a favor del APRA en el Congreso resultaron cruciales. Sin embargo, nunca volvería al partido del que alguna vez fue dirigente. El Movimiento de Bases Hayistas lo presentó al Senado como cabeza de lista en 1990, pero no fue elegido. Falleció en 1994 a los 79 años. Tiempo después, sus hijas Josefina y Anel iniciaron destacadas carreras en el periodismo y la política, respectivamente.

El penúltimo dictador, **Francisco Morales Bermúdez**, falleció en 2022, a los cien años. Nunca cumplió la condena a cadena perpetua que recibió en Italia por crímenes de lesa humanidad ligados al Plan Cóndor.

Ricardo Amiel fue electo como regidor metropolitano del PPC durante el mandato de Jorge del Castillo. Posteriormente, dejó la política activa y se desempeñó como consultor empresarial. Murió de cáncer en 2011, a los 66 años.

Justo Debarbieri fue senador aprista en el periodo 1985–1990. Murió en 2008 a los 92 años. Alan García y Del Castillo encabezaron su cortejo fúnebre.

Hugo Blanco se integró a Izquierda Unida en 1990 y fue senador hasta 1992. Luego postuló al parlamento andino en 2006 por el Partido Socialista. Hace tiempo que dejó de ser una figura de movilización popular para protagonizar documentales y convertirse en objeto de interés académico. Cumplirá noventa años en 2024. En la actualidad es defensor de causas ecologistas.

Y acaban las elecciones y al mirar las selecciones

siempre ves la misma gente, ¡sorpresa!

Y el que votó esperanzado, sigue del gancho colgado.

Y el que votó indiferente, (¡Jesús!) cree que milagrosamente

*se arreglará lo dañado, ¡jamén!), y entretanto, ¡caballeros!
El pobre sigue esperando...*

Roberto Abusada fue asesor del Ministerio de Economía y Finanzas en 1983, cuando era presidido por Carlos Rodríguez Pastor Mendoza. Retomaría dicho puesto diez años después, durante la gestión de Jorge Camet, y permaneció allí hasta 1999. Además, fundó el Instituto Peruano de Economía, un *think tank* de expansión de las ideas de mercado en el país, que él mismo defendería en forma cuasi religiosa hasta su muerte en 2021.

Javier Alva Orlandini fue presidente del Senado en 1982. Tiempo después, en el año 2000, volvería a la primera línea del escenario político al ser elegido congresista, pero solo se mantuvo durante un año en el cargo por el recorte de mandato generado por el descalabro del gobierno de Alberto Fujimori. Entre 2002 y 2007 fue magistrado del Tribunal Constitucional, entidad de la que llegaría a ser presidente. Entre 2009 y 2014 se desempeñó como presidente de Acción Popular. Falleció en 2020. Su sobrina, María del Carmen Alva, también acciopopulista, fue presidenta del Congreso entre 2021 y 2022. Su gestión fue una de las más criticadas y polémicas de los últimos años.

Richard Webb se ha dedicado por varios años a labores de consultoría económica. En 2001, durante el gobierno de Alejandro Toledo, volvió a ser presidente del Banco Central de Reserva, hasta que presentó su renuncia dos años después por diferencias con algunos de los miembros del directorio de la entidad. Actualmente escribe columnas para el diario *El Comercio*.

José María de la Jara y Ureta fue nombrado embajador del Perú en Italia tras su renuncia al Ministerio del Interior. Falleció en 1986, víctima de un infarto. Su hijo Ernesto fue fundador del Instituto de Defensa Legal, entidad en la que permaneció formalmente hasta 2016, aunque sigue siendo uno de sus colaboradores.

Héctor López Martínez fue director de la Biblioteca Nacional del Perú entre 1983 y 1984 y luego se desempeñó como asesor de la Presidencia del Consejo de Ministros hasta el final del mandato de Belaúnde. Más adelante retornaría al diario *El Comercio*, donde sigue colaborando con artículos periodísticos. De hecho, se ha convertido en el «historiador oficial» del decano de la prensa nacional.

¿Y el político qué? (eso digo yo) ¿y el político qué?

El voto buscando (¡y robando!).

El voto buscando (¡y engañando!).

El voto buscando (¡y robando!).

El voto buscando (¡y engañando!).

Alfonso Grados Bertorini fue embajador en Argentina durante el primer gobierno de Alan García, aunque solo por un año. Volvió a la política activa en 1995, cuando fue elegido congresista por Unión Por el Perú, partido fundado por Javier Pérez de Cuéllar. En 2008 fue condecorado con la Orden del Trabajo. Falleció en 2010. Su hijo, Alfonso Grados Carraro, fue ministro de Trabajo entre 2016 y 2018, durante el gobierno de Pedro Pablo Kuczynski.

Alfredo Barnechea continuó ejerciendo como periodista y político. Su trayectoria pública puede ser seguida en mis libros *El último dictador* y *Los herederos de Fujimori*.

El controvertido empresario **Luis León Rupp** volvió al Perú en 2000, varios años después de que prescribieran todas las acusaciones en su contra. Brindó el capital inicial para la formación de *Agenciaperu.com*, medio digital que producía programas para televisión y, años más tarde, se transformó en el canal *Willax*. León Rupp también fue cercano a la campaña de Alejandro Toledo en 2000. Falleció en 2020. Su viuda, Patricia Chirinos, es congresista de la República.

Fernando Schwalb dejó la vida pública tras ocupar diversos cargos durante el segundo gobierno de Belaúnde. Murió en 2002, a los 85 años. Su sucesor en la PCM, **Sandro Mariátegui**, fue senador entre 1985 y 1992 y luego se retiró para dedicarse a su negocio familiar, la librería Minerva, hasta su fallecimiento en 2013. **Luis Pércovich Roca**, el último presidente de Consejo de Ministros de Belaúnde, radicó en Estados Unidos durante varios años para luego retornar al Perú, donde dejaría de existir en 2017.

Y el nuevo presidente, y el nuevo Gabinete hacen mil declaraciones.

La prensa da mil versiones que enredan más a la gente.

¡Y de repente!, comienzan las bolas, los bochinches, los rumores.

“¡Fulanito va pa’ fuera!; ¡cambio en las gobernaciones!”.

*¡Y de pronto!, estalla la burbuja rosa y queda el Gobierno
espantado por la noticia que marcha en la calle
"Vamos a arregla' esta cosa"; orden de golpe de Estado
decretan los generales.*

Con su habitual estilo bronco, **Luis Cisneros Vizquerra** sería un severo crítico de Alan García y Alberto Fujimori. Fue partidario de la aplicación de medidas extremas contra los grupos subversivos, como la pena de muerte. En 1995 postuló sin éxito al Congreso por Unión Por el Perú. Murió ese mismo año, víctima de cáncer. Su hijo Renato es un destacado escritor y periodista.

Clemente Noel Moral falleció en 2005. Siempre insistió en que era inocente de todas las acusaciones en su contra. No obstante, ya ha quedado demostrado judicialmente que el cuartel «Los Cabitos» y la llamada «Casa Rosada» funcionaron como centros de detención, tortura, desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales.

Al igual que Noel, su sucesor en el cargo, **Adrián Huamán Centeno**, negaría cualquier imputación penal e incluso llegó a señalar que las acusaciones en su contra fueron generadas por un deseo de venganza de los miembros de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Falleció sin recibir sentencia alguna.

Wilfredo Mori Orzo se encuentra prófugo de la justicia. Lo espera una condena de veinticinco años de prisión. El Estado ofrece una recompensa de veinte mil soles por información que contribuya a su ubicación y captura.

*"¡Viva yo!" (Viva yo); "¡Viva yo!" (Viva yo);
(Tú no, viva yo, y yo, y yo).
"¡Viva yo!" (Viva yo); "¡Viva yo!" (Viva yo);
(Tú no, viva yo, y yo, y yo).
(y yo, y yo, y yo, y yo, y yo, y yo, y yo).¹*

Con algo de realismo, al final de su mensaje por Fiestas Patrias de 1986, Alan García dijo lo siguiente al país:

*Requerimos peruanos conscientes del complejo problema del Perú, que
comprendan que todo proceso tiene marchas y contramarchas. Necesitamos*

entender que el tiempo histórico del Perú es mucho más que lo inmediato de nuestros entusiasmos y desilusiones.

¿Por qué lo terminó ganando el mesianismo? ¿Por qué un proyecto político y económico inicialmente exitoso, como el suyo, devino en una de las peores gestiones gubernamentales de la historia peruana?

Para responder a esas interrogantes, hace falta otro libro.

Un comercial y regreso.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y tesis

- Adrianzén, A. (Ed.). (2011). *Apogeo y crisis de la izquierda peruana*. Lima: IDEA Internacional – Universidad Antonio Ruiz de Montoya.
- Alarcón, D. et al. (2020). *El código García*. Lima: Debate.
- Alcorta, L. (1992). *El nuevo capital financiero: grupos financieros y ganancias sistemáticas en el Perú*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Amorós, M. (2019). *Pinochet. Biografía militar y política*. Santiago de Chile: Ediciones B.
- Asencios, D. (2016). *La ciudad acorralada. Jóvenes y Sendero Luminoso en Lima de los 80 y 90*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Bákula, J.M. (2002). *Perú: entre la realidad y la utopía. 180 años de política exterior*. Lima: Fondo de Cultura Económica – Fundación Academia Diplomática del Perú.
- Barreda, J. (2012). *1987. Los límites de la voluntad política*. Lima: Mitin Editores.
- Barrig, M. (Ed.). (2007). *Fronteras interiores: identidad, diferencia y protagonismo de las mujeres*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Bowen, S. y Holligan, J. (2003). *El espía imperfecto. La telaraña secreta de Vladimiro Montesinos*. Lima: PEISA.
- Bruce St. John, R. (1999). *La política exterior del Perú*. Lima: Asociación de Funcionarios del Servicio Diplomático del Perú.
- Cateriano, P. (2017). *El caso García*. Lima: Planeta.
- Chirinos Soto, E. (1987). *Conversaciones con Belaúnde*. Lima: Librería Editorial Minerva.
- Cisneros, R. (2015). *La distancia que nos separa*. Lima: Planeta.

- Coaguila, J. (2021). *Ribeyro, una vida*. Lima: Revuelta Editores.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003). *Informe Final*. Lima: CVR.
- Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (2010). *En honor a la verdad: versión del Ejército sobre su participación en la defensa del sistema democrático contra las organizaciones terroristas*. Lima: Gráfica Cánepa.
- Contreras, C. (2021). *Historia económica del Perú. Desde la conquista española al presente*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Cosamalón, J. (2018). *El apocalipsis a la vuelta de la esquina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Coya, H. (2015). *Genaro: los secretos, escándalos, triunfos y fracasos del gran mago de la televisión peruana*. Lima: Planeta.
- Crabtree, J. (2005). *Alan García en el poder (1985–1990)*. Lima: PEISA.
- Daeschner, J. (1993). *La guerra del fin de la democracia*. Lima: Peru Report.
- Dargent, E. (2015). *Technocracy and Democracy in Latin America. The Experts Running Government*. Cambridge: Cambridge University Press.
- De Belaúnde, A. (2017). *Más allá del arcoíris*. Lima: Planeta.
- De Soto, H. en colaboración con Ghibellini, M. y Gherzi, E. (1986). *El otro sendero*. Lima: El Barranco Editores.
- Degregori, C. I. (2011). *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999* (Obras Escogidas I). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Del Pino, P. (2017). *En nombre del Gobierno. El Perú y Uchuraccay: un siglo de política campesina*. Lima: La Siniestra Ensayos.
- Dietz, H. (2022). *Crecimiento demográfico, segregación social y comportamiento del votante en Lima 1940–2016*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Dinges, J. (2021). *Los años del Cóndor*. Santiago de Chile: Debate.
- Durand, F. (2003). *Riqueza económica y pobreza política*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Durand, F. (2013). *Los Romero: fe, fama y fortuna*. Lima: El Virrey.
- Fernández Bitar, M. (2017). *Soda Stereo. La biografía total*. Lima: Grijalbo.
- Forsyth, H. (2016). *La palabra del Tucán. Conversaciones con Luis Bedoya Reyes*. Lima: Planeta.
- García, A. (2019). *Metamemorias*. Lima: Planeta.
- García Belaúnde, V.A. (1988). *Los ministros de Belaúnde 1963-68, 1980-85*. Lima: Librería Editorial Minerva.

- García Belaúnde, V.A. (2022). *La intervención del Perú en la controversia de las Islas Malvinas*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Gargurevich, J. (2021). *Velasco y la prensa 1968–1975*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Garzón Real, B. (Ed.). (2015). *Operación Cóndor: 40 años después*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Infojus.
- Gorriti, G. (2012). *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*. Lima: Planeta.
- Gorriti, G. (2018). *La calavera en negro*. Lima: Planeta.
- Gorriti, G. (2022). *El vuelo de los asháninka. Crónicas de sangre y resistencia*. Lima: Planeta.
- Grados Bertorini, A. (1981). *Concertación social: ¿alternativa o imperativo?* Lima: Universidad del Pacífico.
- Granés, C. (2022). *Delirio americano. Una historia cultural y política de América Latina*. Lima: Taurus.
- Hildebrandt, C. (2018). *Cambio de palabras*. Lima: Debate.
- Hildebrandt, C. (2021). *Confesiones de un inquisidor. Memorias en diálogo con Rebeca Diz Rey*. Lima: Debate.
- Jochamowitz, L. (2019). *Vladimiro: vida y tiempo de un corruptor*. Lima: Planeta – El Comercio.
- Klaiber, J. (1988). *La Iglesia en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Klaiber, J. (2016). *Historia contemporánea de la Iglesia Católica en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Kristal, E. (2018). *Tentación de la palabra. Arte literario y convicción política en las novelas de Mario Vargas Llosa*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- Kruijt, K. (2008). *La revolución por decreto. El Perú durante el gobierno militar*. Lima: Instituto de Defensa Legal.
- Kuczynski, P.P. (1981). *Democracia bajo presión económica*. Lima: Mosca Azul Editores.
- La Serna, M. (2020). *With Masses and Arms. Peru's Tupac Amaru Revolutionary Movement*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- León, R. (2020). *Alias Jorge: la vida ajena y prohibida de un terrorista desertor*. Lima: Planeta.
- Lessa, F. (2022). *Los juicios del cóndor. La coordinación represiva y los crímenes de lesa humanidad en América del Sur*. Montevideo: Taurus.
- Lowell, J. (2021). *Maoísmo. Una historia global*. Barcelona: Debate.

- Mainwaring, S. y Scully, T. (Eds.). (2010). *La democracia cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Masterson, D. (2001). *Fuerza Armada y sociedad en el Perú contemporáneo*. Lima: Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos.
- Matos Mar, J. (2012). *Perú: Estado desbordado y sociedad nacional emergente*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Mayer, E. (2022). *Cuentos feos de la reforma agraria* (3ra edición). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Mendoza Michilot, M. (2013). *100 años de periodismo en el Perú: 1949-2000*. Lima: Universidad de Lima.
- Morales Bermúdez, F. en colaboración con Prieto Celi, F. (2018). *Mi última palabra. Testamento político del general Francisco Morales Bermúdez*. Lima: Ediciones B.
- Murakami, Y. (2018). *Perú en la era del Chino: la política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador* (3ra edición). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Noles Cotito, M. (Ed.). (2022). *Reflexiones sobre el Perú: más allá del Bicentenario*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de Estado a la restauración de la democracia*. Buenos Aires: Paidós.
- Ortiz, F. (2005). *Ambassador Ortiz, Lessons from a Life of Service*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Paredes, C. (2017). *La hora final. La verdad sobre la captura de Abimael Guzmán*. Lima: Planeta.
- Pareja, P. (2006). *Alan Presidente: hacia la democracia económica, 1984-1987*. Lima: edición de la autora.
- Parodi, C. (2012). *Peru, 1960-2000: políticas económicas y sociales en entornos cambiantes*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Parodi, C. (2019). *Los laberintos de América Latina. Economía y política, 1980-2016*. Lima: Universidad del Pacífico.
- Pásara, L. (2022). *La «nueva izquierda» peruana en su década perdida. De la ilusión a la agonía*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Pease, H. (1981). *Un perfil del proceso político peruano: a un año del segundo belaudismo*. Lima: DESCO.

- Peirano, L. y Sánchez León, A. (1984). *Risa y cultura en la televisión peruana*. Lima: DESCO.
- Pérez de Cuellar, J. (2012). *Memorias: recuerdos personales y políticos*. Lima: Aguilar.
- Pérez de Cuellar, J. (2021). *Peregrinaje por la paz: memorias de un secretario general*. Lima: Aguilar.
- Planas, P. (2000). *La democracia volátil: movimientos, partidos, líderes políticos y conductas electorales en el Perú contemporáneo*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Portocarrero, G., Ubilluz, J. y Vich, V. (Eds.). (2010). *Cultura política en el Perú: tradición autoritaria y democratización anómica*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Quiroz, A.W. (2019). *Historia de la corrupción en el Perú* (3ra edición). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Renique, J.L. (2003). *La voluntad encarcelada: las "luminosas trincheras de combate" de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Reyna, C. (2000). *La anunciación de Fujimori. Alan García 1985-1990*. Lima: DESCO.
- Rojas, R. (2021). *Los años de Velasco (1968-1975)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Roncagliolo, S. (2017). *La cuarta espada. La historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso*. Lima: Debate.
- Salinas, P. (2002). *Mateo Diez*. Lima: Jaime Campodónico Editor.
- Salinas, P. (2022). *Sin noticias de Dios*. Lima: edición del autor.
- Sanborn, C. (1991). *The Democratic Left and the Persistence of Populism in Peru, 1975-1990*, tesis para obtener el grado de doctora en Ciencia Política en la Universidad de Harvard.
- Silva Santisteban, R. (2008). *El factor asco. Basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú contemporáneo*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Sartorius, I. (2013). *Por ti lo haría mil veces*. Barcelona: Booket.
- Sifuentes, M. (2019). *K.O. P.P.K.* Lima: Planeta.
- Sifuentes, M. (2022). *Perú Bizarro*. Lima: Planeta.
- Sifuentes, M. y Riepl, M. (2014). *El último cartucho. Cómo ganamos 50.000 km² de mar en la corte de La Haya*. Lima: Planeta.
- Silva Ruete, J. (1980). *Yo asumí el activo y el pasivo de la Revolución*. Lima: Centro de Documentación e Información Andina.

- Starn, O., Kirk, R. y Degregori C.I. (1995). *The Peru Reader: History, Culture, Politics*. Durham: Duke University Press.
- Starn, O., La Serna, M. (2021). *Ríos de sangre. Auge y caída de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Stern, S. (Ed.). (1999). *Los senderos insólitos del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Tanaka, M. (1998). *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Thatcher, M. (2012). *Los años de Downing Street*. Barcelona: Aguilar.
- Torres, A. (2020). *Elecciones y decepciones*. Lima: Planeta.
- Tuesta, F. (1985). *El nuevo rostro electoral: las municipales del 83*. Lima: DESCO.
- Uceda, R. (2019). *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano*. Lima: Planeta.
- Van Dyck, B. (2021). *Democracy Against Parties: The Divergent Fates of Latin America's New Left Contenders*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Vargas Llosa, M. (1990). *Contra viento y marea 3*. Lima: PEISA.
- Vargas Llosa, M. (2005). *El pez en el agua*. Lima: Alfaguara.
- Vargas Llosa, M. (2022). *El fuego de la imaginación. Libros, escenarios, pantallas y museos. Obra periodística 1*. Lima: Alfaguara.
- Vergara, A. y Dargent, E. (2000). *La batalla de los días primeros: Sendero y sus consecuencias en dos ensayos jóvenes*. Lima: El Virrey.
- Vergara A. y Drinot, P. (Eds.). (2022). *La condena de la libertad. De Túpac Amaru II al bicentenario peruano en seis ensayos y un colofón*. Lima: Crítica – Universidad del Pacífico.
- Vivas, F. (2008). *En vivo y en directo. Una historia de la televisión peruana* (2da edición). Lima: Universidad de Lima.
- Westad, O.A. (2018). *La Guerra Fría. Una historia mundial*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Youngers, C. (2003). *Violencia política y sociedad civil en el Perú. Historia de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Yrigoyen, J.C. (2022). *Con todo, contra todos. Una historia de la selección peruana (1968–2022)*. Lima: Debate.
- Zapata, A. (2016). *Pensando a la derecha*. Lima: Planeta.
- Zapata, A. (2017). *La guerra senderista. Hablan los enemigos*. Lima: Taurus.

- Zapata, A. (2018). *La caída de Velasco*. Lima: Taurus.
- Zapata, A. (2021). *Lucha política y crisis social en el Perú republicano (1821–2021)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Zapata, A. y Aljovín de Lozada, C. (2021). *Oligarquía en guerra. Élite en pugna durante la II Guerra Mundial*. Lima: Taurus.
- Zapata, A. y Sueiro, J.C. (1999). *Naturaleza y política: el gobierno y el Fenómeno del Niño en el Perú 1997–1998*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Material periodístico

Caretas
 Congreso de la República del Perú
 Convoca
 El Comercio
 El País
 IDL - Reporteros
 La Encerrona
 La República
 Lee por Gusto
 Poder
 Quehacer
 Utero.pe

AGRADECIMIENTOS

A todo el equipo de Penguin Random House Perú por seguir apostando por la historia política. Gracias a Jerónimo Pimentel y Johann Page por continuar confiando en mi trabajo, a Raúl Cachay por el siempre eficiente y dedicado trabajo de edición y a Arthur Zeballos por la coordinación de este proyecto editorial.

A mis colegas Alberto Vergara y Eduardo Dargent por los diálogos que motivaron este libro, a Marco Sifuentes por proporcionar algunos datos clave para este texto y a los Pedros, Salinas y Ortiz Bisso, por animarme a explorar esta época de la historia del Perú. También agradezco a Rosa María Palacios, Raúl Tola y Glatzer Tuesta pues, durante las entrevistas que sostuve con ellos en el último año, empecé a desarrollar muchos de los argumentos que aparecen en el cuerpo del texto y la introducción.

A los eficientes y serviciales bibliotecarios de la Pontificia Universidad Católica del Perú y de la Universidad del Pacífico, por el apoyo para realizar este trabajo.

Y, por supuesto, a Romy Guardamino, por el amor, la compañía, la paciencia y el estímulo para seguir escribiendo. Y a Simone y Feng, por la compañía y alegría que brindan con su cariño incondicional.

NOTAS

Presentación

1. Quizás el texto más imparcial sobre los años aurales del expresidente sea el del historiador Antonio Zapata: *El joven Belaúnde: historia de la revista El Arquitecto Peruano, 1937-1963*.

2. Bajo el pretexto de supuestos problemas de seguridad. Sin embargo, queda claro que ni el alcalde de Miraflores, distrito limeño donde se encuentran el espacio cultural, ni el partido Renovación Popular, al que pertenece la autoridad local, sienten aprecio alguno por un museo que muestra, con mesura y asepsia, todo lo ocurrido en los años del terror. El museo fue reabierto a fines de abril de 2023.

3. La palabra alude al senador estadounidense Joseph McCarthy, un político conservador muy popular en la década de 1950 por sus acusaciones contra políticos, funcionarios y personajes culturales por supuestas cercanías con el comunismo en plena Guerra Fría. McCarthy cayó en desgracia cuando la prensa puso al descubierto sus métodos de interrogación, que vulneraban claramente el debido proceso.

4. Como la pandemia de COVID-19, como reflexiona el politólogo Eduardo Dargent en un texto reciente: <https://epicentro.tv/no-te-olvides-de-recordar1/>.

5. Esta idea está presente en el texto de Alberto Vergara “Compra y calla: representar y gobernar en el Perú contemporáneo (1992–2021)” contenido en el libro *La condena de la libertad* (2022: 404–408).

1980

1. En 1974, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas había expropiado los diarios —en ese entonces, el medio con mayor llegada al público—, con el supuesto objetivo de trasladar su propiedad a organizaciones y/o

sectores de la sociedad civil. Sin embargo, quedó rápidamente claro que, en realidad, lo que se buscó fue parametrar a los medios. Incluso, antes de su derrocamiento, Velasco llegó a deportar a periodistas de izquierda que, inicialmente, se habían mostrado a favor de la medida. Para reponer a los antiguos propietarios, Belaúnde debió utilizar las normas del gobierno de facto para nombrar a sus nuevos directores. Recién en noviembre de 1980 se expediría una norma que repuso las acciones. El proceso es relatado con detalle por Gargurevich (2021: 95–216). Raúl Vargas y Mirko Lauer, quienes participaron inicialmente en él, luego estuvieron entre sus principales críticos (Salinas 2007: 61–62, 144–145).

2. Ramírez continuó su compromiso con la democracia cuando rompió con el sandinismo por su creciente perfil autoritario en la década de 1990. Publicó una obra de no ficción, *Adiós muchachos*, en la que da cuenta de su desencanto por el liderazgo de Daniel Ortega, quien actualmente gobierna en Nicaragua de forma autocrática.

3. Los pasajes citados corresponden al discurso inaugural de Fernando Belaúnde Terry, que fue leído la tarde del 28 de julio de 1980 y puede verse en: <https://fernandobelaundeterry.com.pe/libros/2-segundo-gobierno/2-mensaje-presidencial-impres/MENSAJEALCONGRESODELPRESIDENTEDELAREPUBLICAFERNANDOBELAUNDETERRY1980.pdf>. Más detalles sobre la asunción al mando de Belaúnde aparecen en “Vuelve la democracia: presidente Belaúnde asumió mando ayer en imponente ceremonia”, publicado en *El Comercio* (<https://elcomercio.pe/bicentenario/1980-l-vuelve-la-democracia-presidente-belaunde-asumio-mando-ayer-en-imponente-ceremonia-l-bicentenario-noticia/>). También se pueden apreciar diversas imágenes de lo ocurrido durante aquella jornada en: https://youtu.be/c_KTAbEJeYE.

4. Entre 1963 y 1965, jóvenes radicales y disidentes del APRA formaron el Ejército de Liberación Nacional y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, que emprendieron acciones armadas en la línea de las guerrillas que permitieron el acceso al poder de Fidel Castro en 1959. Sin embargo, su pobre entrenamiento militar y su escasa ligazón con las dinámicas rurales peruanas los condujeron rápidamente a la derrota militar y política.

5. Dos factores unían a la izquierda más radical con el diario *El Comercio* para manifestarse a favor de esta medida. Por un lado, la consideración de que el contrato de concesión de este yacimiento tenía cláusulas demasiado favorables para la IPC, sobre todo en materia tributaria. Por otro, aquellos eran tiempos en los que primaba una mirada que priorizaba el carácter de «recurso estratégico» del petróleo, por lo que se prefería que este quedara en manos nacionales. De hecho, el golpe contra Belaúnde tuvo como pretexto la suscripción del Acta de Talara, que comprendía el acuerdo entre el Estado y la

IPC para la devolución de los yacimientos en cuestión, por sus supuestas condiciones leoninas para los peruanos.

6. Recientes trabajos han profundizado en la compleja relación entre cultura, sociedad y régimen durante la época de Velasco. Queda claro que, en su mirada, se buscaba generar una imagen de «segunda Independencia». Eso explica la reivindicación de personajes como Túpac Amaru. Sin embargo, los militares del GRFA eran, ante todo, varones y criollos, por lo que elementos como la multiculturalidad y el enfoque de género fueron poco relevantes, más allá de los símbolos.

7. La leyenda extendida por algunos exministros de Velasco fue que Morales Bermúdez dio el golpe de Estado del 29 de agosto de 1975 por influencia ética, luego de celebrar en Tacna un aniversario más de su reincorporación al Perú (Sifuentes 2022: 98-101).

8. El libro más completo para entender a Velasco como actor político es *La revolución por decreto*, del sociólogo Dirk Kruijt, del que se han tomado varios datos para esta sección (2008: 37-49, 85-131). Un balance más contemporáneo de dicho periodo aparece en *Los años de Velasco (1968-1975)*, de Rolando Rojas (2021: 59-86, 271-278). Sobre las transformaciones en el campo peruano, el libro más completo es *Cuentos feos de la reforma agraria*, de Enrique Mayer (2022: 57-106). Sobre el declive de Velasco también se puede revisar el texto de Antonio Zapata y Gabriela Rodríguez *La caída de Velasco* (2018). Un buen resumen del régimen de Morales Bermúdez figura en otro texto de Zapata: *Lucha política y crisis social en el Perú republicano (1821-2021)* (2021: 317-319). La cita de Adrianzen fue tomada del documental *La revolución y la tierra*, de Gonzalo Benavente Secco.

9. La mala relación entre el APRA y el Ejército surgió en 1932, luego de la denominada «Revolución de Trujillo», en la que apristas alzados en armas ultimaron a militares y, a su vez, miembros del cuerpo castrense fusilaron a partidarios del mencionado partido en Chan Chan. En 1962, las Fuerzas Armadas hicieron saber que no reconocerían a Haya de la Torre como presidente de la República si, como ordenaban las reglas electorales de entonces, el Congreso lo escogía como tal luego de que ganara los comicios de aquel año, pero sin los votos suficientes —34 %— para obviar la ratificación parlamentaria.

10. La «plancha» presidencial aprista fue completada por el sindicalista Luis Negreiros Criado.

11. La tesis doctoral de la politóloga Cynthia Sanborn, *The Democratic Left and the Persistence of Populism in Peru, 1975-1990*, es una fuente invaluable para entender las elecciones de 1980 para el APRA y la izquierda (1991: 160-176, 218-226). Datos complementarios aparecen en *Sendero*, de Gustavo Gorriti

(2012: 34–45), 1987: *los límites de la voluntad política*, de Javier Barreda (2012: 27–32) y *Un perfil del proceso político peruano: a un año del segundo belandismo*, de Henry Pease (1981: 15, 32–33). La evaluación de García aparece en sus *Metamemorias* (2019: 159–164). La declaración de LAS a Hildebrandt aparece en *Cambio de palabras* (2018: 227). Otra evaluación sobre lo ocurrido aparece en el texto de Osmar Gonzales “La izquierda peruana: una estructura ausente”, contenido en el libro *Apogeo y crisis de la izquierda peruana* (2011: 31–35). En el mismo libro aparece la declaración citada de García Naranjo (2011: 334).

12. El dato de la ubicación de la Escuela Militar de Sendero Luminoso lo indica Carlos Paredes en *La hora final* (2017: 15). Datos sobre la misma y sobre los pasos previos de Guzmán y su séquito se brindan en *Sendero*, de Gustavo Gorriti (2012: 23–30, 57–76); y *Ríos de sangre*, de Orin Starn y Miguel La Serna (2021: 79–100).

13. A ello se sumaba que, en cuestiones valorativas —por ejemplo, liberalización del aborto o derechos de ciudadanos con diversa orientación sexual—, el Partido Popular Cristiano tendía a ser bastante conservador.

14. El libro de Harold Forsyth *La palabra del Tucán*, una larga entrevista a Luis Bedoya Reyes, tiene la palabra directa del protagonista de los hechos (2016: 265–266, 275). El propio Bedoya da más detalles sobre el acuerdo con Belaúnde en una entrevista con César Hildebrandt contenida en *Cambio de palabras* (2018: 291–294). Con relación al perfil del PPC entre fines de la década de 1970 e inicios de la de 1980, consultamos el texto de Gregory D. Schmidt “La gran minoría: la democracia cristiana en el Perú”, contenido en el libro *La democracia cristiana en América Latina. Conflictos y competencia electoral*, editado por Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (2010: 457–458). Las limitaciones del voto de derecha son expuestas por Alfredo Torres en *Elecciones y decepciones* (2020: 123–124, 127–128). Los datos sobre el voto limeño para el PPC aparecen en el texto de Henry Dietz *Crecimiento demográfico, segregación social y comportamiento del votante en Lima 1940–2016* (2022: 156–160).

15. Sobre Chuschi, los libros de Gorriti (2012: 49–53) y Paredes (2017: 12–14) relatan la versión más extendida sobre el inicio del conflicto armado interno. El periodista Ricardo León realizó dos reportajes en 2010 y 2015 para *El Comercio* en los que da cuenta del nuevo relato de Florencio Conde Núñez y su familia (<https://erreleon.com/2015/05/17/ayacucho-el-origen-de-un-dolor/>). Sobre los sucesos en Chuschi en 1991, consultamos el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo VII: 504–510). Respecto del militar Collantes, su pedido de disculpas fue reseñado por el diario *La República* (<https://larepublica.pe/politica/705941-ex-militar-pide-perdon-a-familiares-de-desaparecidos/>).

16. El origen de la Operación Cóndor es relatado por Mario Amorós en *Pinochet. Biografía militar y política* (2019: 394–399) y por John Dinges en *Los años del Cóndor* (2021: 31–47). Este último texto (489–491) y el de Baltazar Garzón *Operación Cóndor: 40 años después* (2016: 128–133, 225–230) aportan múltiples datos sobre el caso peruano. Sobre el secuestro de los Montoneros en 1980, la fuente más completa es *Muerte en el Pentagonito*, de Ricardo Uceda (2019: 350–377). Los descargos de Morales Bermúdez aparecen en *Mi última palabra*, texto escrito a modo de entrevista junto con Federico Prieto Celi (2018: 189–208). El texto de Francesca Lessa, *Los juicios del cóndor*, deja en claro los nexos Perú–Argentina sobre los casos que involucran a la dictadura de Morales Bermúdez en los tres casos mencionados (2022: 165–166).

17. Puede verse en: <https://www.youtube.com/watch?v=e0vcPO7gigs>.

18. García lo relata así en sus *Metamemorias* (2019: 167–168).

19. Solo dos ejemplos de la elegante destemplanza de Belaúnde: José Carlos Yrigoyen cuenta en su completa historia de la selección peruana *Con todo, contra todos* que el presidente dejó enojado la sala de Palacio de Gobierno en la que se exhibía el partido Perú–Polonia en el mundial de España 1982 luego de que la selección europea anotara el cuarto de los cinco goles con los que nos eliminaría de dicha cita (2022: 201). Y Marco Sifuentes relata en *K.O. PPK*, el disgusto del exmandatario frente a la propuesta de su ministro de Energía y Minas, Pedro Pablo Kuczynski, para reunirse con directivos de la Standard Oil Corporation, la casa matriz de la International Petroleum Company, la antigua concesionaria de los yacimientos de La Brea y Pariñas, cuyo acuerdo de devolución le había costado el puesto en su primera gestión (2019: 120).

20. Ver Forsyth 2016: 275.

21. Nacido en 1936, el cómico, imitador y locutor radial dejó de existir en febrero de 2020.

22. Registrada en su libro *Lucha política y crisis social en el Perú Republicano 1821–2021* (2021: 326).

23. FBT ejerció la docencia en la Universidad Nacional de Ingeniería, así como en universidades en Estados Unidos.

24. Konrad Adenauer, líder histórico de la democracia cristiana y primer ministro de la República Federal Alemana entre 1949 y 1963.

25. Contenidas en el libro dialogado con su esposa Rebeca Diz *Confesiones de un inquisidor* (2021: 106).

26. Como en esta imagen del semanario satírico *Monos y Monadas*: <https://twitter.com/nicolasyerovi/status/1606831468952666112>.

27. Como lo retrata el caricaturista “Heduardo” en una imagen reciente: <https://twitter.com/heduardo50/status/1304756440092086272>.

28. La Teología de la Liberación es una corriente católica de gran importancia en América Latina y África. Postula que, junto con la salvación divina, es necesario realizar un conjunto de cambios sociales importantes para instaurar el «reino de Dios» en la Tierra, con una opción preferencial y radical por los pobres. Su formación teológica más importante fue definida por el sacerdote católico Gustavo Gutiérrez. Durante la década de 1980, hubo una fuerte tensión entre Gutiérrez y la curia romana, que se resolvió conforme ambas partes fueron acercando sus posiciones en las décadas siguientes. Hoy, la Teología de la Liberación es reconocida como parte de la doctrina oficial católica. Entre 1970 y 1990, inspiró por igual a personajes que recurrieron a las armas — como el exsacerdote Camilo Torres— y a políticos que optaron por la vía electoral, como Henry Pease y Rolando Ames.

29. Tomó el nombre de una calle tradicional de Lima.

30. Paulatinamente, Polvos Azules crecería más allá de su ubicación original y se convertiría en un centro de ventas de mercadería de contrabando, hasta su desaparición en 1993 por un incendio. Posteriormente, los comerciantes que ocupaban esa zona se mudaron a un nuevo local en La Victoria, donde se comercializa ropa de imitación, artículos importados y, sobre todo, es el lugar perfecto para comprar a precio módico películas provenientes de todo el mundo, originales y «piratas».

31. Sobre las elecciones municipales de 1980, una buena referencia es la ya mencionada tesis de Sanborn (1991: 247–276). Datos complementarios sobre el APRA aparecen en las *Metamemorias* de Alan García (2019: 175–176) y en el ya mencionado libro de Barreda (2012: 32–34). En torno a la izquierda, otra fuente de interés es *La “nueva izquierda” peruana en su década perdida*, de Luis Pásara (2022: 217–228). Sobre Orrego, consultamos *El pez en el agua*, de Vargas Llosa (2005: 138–140); y *El apocalipsis a la vuelta de la esquina*, de Cosmalón (2018: 107–120).

32. López Martínez fue el último de los directores designados por los militares en el diario de la familia Miró Quesada, expropiado en 1974. Gorriti refiere que su nombramiento fue de común acuerdo con los propietarios de *El Comercio*, de cara a la devolución de los diarios a sus legítimos dueños, cuestión que fue resuelta por Belaúnde en los primeros meses de su gobierno. López Martínez se convirtió en el «historiador oficial» del diario más importante del país. A partir del 28 de julio de 1980, se desempeñó como viceministro del Interior. Su jefe directo era el abogado José María de la Jara, militante de Acción Popular.

33. Para esta sección, consultamos el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo II: 41–44, tomo II: 27–29) y el libro de Gorriti sobre Sendero (2012: 111–140). La declaración de Morales Bermúdez aparece en *Mi última palabra* (2018: 145).

1981

1. Como refiere Hugo Coya en su libro sobre Genaro Delgado Parker, Ulloa no solo invirtió en Empresa Editora Nacional —que publicaba *Expreso* y *Extra*—, sino también adquirió un paquete de acciones en Panamericana Televisión, que luego vendería poco antes del golpe de Velasco (2015: 56–64).

2. Politóloga, experta en relaciones internacionales, conductora de televisión y, en la década de 1990, pareja de quien luego se convertiría en el rey Felipe VI.

3. La página web del MoMA nos permitió reconstruir algunas de las actividades de Manuel Ulloa Elías como parte de su comité internacional (https://www.moma.org/docs/press_archives/3961/releases/MOMA_1967_July-December_0043_109.pdf, https://www.moma.org/docs/press_archives/4024/releases/MOMA_1968_Jan-June_0041.pdf). Sobre el paso de Ulloa por Deltec y el primer gobierno de Belaúnde, una fuente de primera mano es el libro del expresidente Pedro Pablo Kuczynski *Democracia bajo presión económica* (1981: 240–242). Las relaciones entre Ulloa y PPK son descritas en la biografía de este último, escrita por Marco Sifuentes (2019: 63, 124). El libro de Sartorius, *Por ti lo haría mil veces*, describe bien la complicada y dolorosa relación entre Ulloa y su madre (2013: 25–30, 39–68).

4. Las negociaciones concluyeron en medio de un clima en el que la mayor parte de América Latina estaba dispuesta a respaldar a Estados Unidos, que recién había ingresado a la Segunda Guerra Mundial.

5. Un buen resumen de los antecedentes sobre el conflicto Perú-Ecuador aparece en *Oligarquía en guerra*, de los historiadores Antonio Zapata y Cristóbal Aljovín (2021: 95–111). Sobre la guerra de 1981, dos fuentes importantes son el libro de Ronald Bruce St. John *La política exterior del Perú* (1999: 200) y *Perú: entre la realidad y la utopía. 180 años de política exterior*, de Juan Miguel Bákula (2002: 1269–1278). Complementariamente, consultamos el libro de Daniel Masterson *Fuerza Armada y sociedad en el Perú contemporáneo* (2001: 377–378). La declaración de Belaúnde aparece en el tomo 6 de “La palabra de Belaúnde”, un compilatorio de declaraciones presidenciales que ha sido digitalizado por la Universidad San Ignacio de Loyola (1981: 44).

6. En alusión al Dínamo de Kiev, equipo de fútbol de la Unión Soviética muy popular en esos años. La analogía deportiva fue en oposición al equipo económico de las postrimerías del gobierno militar, al que se denominó Cosmos, como el último club en el que jugó Pelé.

7. Según refirió el propio Abusada y otros técnicos que laboraron en el Ministerio de Economía y Finanzas en esa época al politólogo Eduardo

Dargent, el economista pasó a ser la persona que controlaba el día a día en el MEF, dado que Ulloa tenía ya bastante trabajo en la PCM.

8. Se puede ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=6CbNA7ngKko>.

9. La declaración de Roberto Abusada fue recogida por Gorriti (2012: 33), quien también da cuenta del poder de Alva Orlandini (82-83). Un buen relato sobre las disputas entre Ulloa y Alva Orlandini fue redactado por Eduardo Dargent para su libro *Technocracy and Democracy in Latin America* (2015: 91-96). Carlos Contreras también analiza los primeros años del gobierno de Belaúnde en *Historia económica del Perú* (2021: 416-417).

10. Las citas correspondientes a Sotomayor, Diez Canseco y Belaúnde son recogidas por Gorriti (2012: 147-148, 197). Buena parte del relato sobre los eventos de 1981 aparece en su libro (149-240), así como en el Tomo II del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003: 45-49). En el tercer tomo del mismo documento aparece la declaración de Alva Orlandini (2003: 28). El caso de Giorgina Gamboa fue abordado por Rocío Silva Santisteban en su libro *El factor asco. Basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú contemporáneo* (2008: 77-91). La cita final de Gustavo Espinoza es una declaración ofrecida al periodista y escritor Santiago Roncagliolo para el libro *La cuarta espada* (2017: 54).

11. Como hijo de su tiempo, Da Cunha no dejó de recurrir a cierta mirada racista en boga en América y Europa a inicios del siglo XX. Por el contrario, Vargas Llosa se concentró en *La guerra del fin del mundo*, sobre todo, en el fanatismo como principal motivador de sus personajes: desde «El Consejero» y sus lecturas fundamentalistas de los religiosos de su infancia hasta el anarquista solitario Galileo Gall y el republicano «conspiranoico» Moreira César.

12. Genaro Delgado Parker fue uno de los personajes ficcionalizados en *La tía Julia y el escribidor*, la novela que cuenta la historia del enamoramiento y matrimonio de Vargas Llosa con Julia Urquidí, su tía política, con quien estuvo casado durante ocho años. En esa misma época, trabajó como director periodístico en Radio Panamericana, de propiedad de la familia Delgado Parker.

13. En 2020, el diario *El País* publicó un completo texto de Mario Vargas Llosa en el que cuenta la historia de la escritura de *La guerra del fin del mundo* (https://elpais.com/babelia/2020-11-17/asi-escribi-la-guerra-del-fin-del-mundo-autobiografia-literaria-de-vargas-llosa.html?event_log=oklogin). Recogí también un artículo del propio Vargas Llosa sobre Euclides da Cunha publicado originalmente en 1980 y que aparece en la recopilación *El fuego de la imaginación* (2022: 163-166). Datos complementarios fueron extraídos del texto crítico *Tentación de la palabra*, de Efraín Kristal (2018: 279-306) y *Delirio americano*, de Carlos Granés (2022: 34). Las declaraciones finales de Vargas Llosa fueron recogidas por el ya

referido diario español en febrero de 1983 (https://elpais.com/diario/1983/02/08/internacional/413506804_850215.html). Sobre la presentación del libro en Lima, los datos aparecen en la crónica de Luis Rodríguez Pastor “De cuando Fujimori firmó un manifiesto de apoyo a Vargas Llosa y otras curiosidades más”, que fue publicada por el portal *Lee por Gusto* (<https://leeporgusto.com/2019/07/21/diez-y-mas-cosas-que-no-sabias-acerca-de-mario-vargas-llosa/>). Finalmente, sobre *La Torre de Babel*, nos basamos en el completo libro de Fernando Vivas *En vivo y en directo. Una historia de la televisión peruana* (2008: 354).

14. Grados solo era superado por Belaúnde, Ulloa y Alva Orlandini. La Encuesta del Poder se realiza hasta el día de hoy y siempre es liderada por el presidente.

15. El cómico Guillermo Rossini se encargaba de dicha imitación en *Risas y salsa*, el espacio humorístico sabatino de Panamericana Televisión que era imbatible como el programa más visto de la televisión nacional en la década de 1980.

16. De hecho, el autor de estas líneas nació en plena huelga médica de 1981.

17. Sobre las facciones en Acción Popular, consultamos el libro de Parodi (2012: 171). Sobre las huelgas, revisamos la Cronología del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y el libro de Pease sobre el primer año de Belaúnde (1981: 84–89). En torno a la salida de De la Jara y la presencia de Gagliardi, vale la pena revisar el libro de Gorriti sobre Sendero (2012: 265–267, 273–276). La visión de Grados Bertorini quedaría plasmada en el documento *Concertación social: ¿alternativa o imperativo?*, editado por la Universidad del Pacífico (1981: 30). La declaración de Luis Cisneros Vizquerra aparece en la novela de no ficción de su hijo, Renato Cisneros, *La distancia que nos separa* (2015: 194).

18. Esta sección se basa en lo referido por Orin Starn y Miguel La Serna (2021: 53–55, 67–69), en el libro de Antonio Zapata *La guerra senderista. Hablan los enemigos* (2017: 29–53), además del texto de Julia Lowell *Maoísmo* (2021: 169–197, 402–407) y el trabajo de Odd Arne Westad *La Guerra Fría. Una historia mundial* (2018: 255–278).

19. Según Pérez de Cuéllar, Waldheim fue vetado por China y Salim, por Estados Unidos.

20. Las principales fuentes para esta sección fueron los dos libros escritos por el propio Pérez de Cuéllar: *Memorias: recuerdos personales y políticos* (2012: 78–81) y *Peregrinaje por la paz: memorias de un secretario general* (2021: 41–52). El dato brindado por Fernando Vivas aparece en su crónica “Javier Pérez de Cuéllar: el viaje a la semilla”, escrita para *El Comercio* a propósito del centenario del diplomático peruano (<https://elcomercio.pe/politica/actualidad/javier-perez-de-cuellar-el-viaje-a-la-semilla-noticia/?ref=ecr>).

1982

1. De acuerdo con el relato de su hijo Renato, la historia familiar y personal de Cisneros Vizquerra fue muy complicada. Luis Fernán Cisneros había tenido una doble vida por años, tanto en Lima como en Buenos Aires. Su hijo militar dejó a una novia argentina por una regla vigente en el Ejército peruano en la década de 1940 que le impedía casarse tras ingresar a la institución. Interrumpió su primer matrimonio cuando se enamoró de la madre del futuro escritor. Y, en el camino, mantuvo una serie de aventuras con otras mujeres. Como cualquier militar de su tiempo, era machista, homofóbico y contrario al aborto y las drogas. Sin embargo, nunca discriminó a dos de sus hermanos bisexuales y convirtió al cigarro en una suerte de apéndice de su mano.

2. Sin duda, la principal fuente para hablar sobre Luis Cisneros Vizquerra es *La distancia que nos separa*, la novela de no ficción escrita por su hijo Renato Cisneros (2015: 33-95, 160-179, 280-290).

3. Para la década de 1980, *Caretas* era sinónimo de buen reporteo político, atención en escándalos policiales de alto vuelo y notas sociales y culturales dirigidas a lo que aún se denominaba como «clase media alta».

4. De hecho, Monteverde fue el fundador de *La Escalera del Triunfo*, programa televisivo de la década de 1960 en el que se inspiró el narrador hípico Augusto Ferrando para crear, en 1967, *Tiampolín a la Fama*.

5. Lo que incluyó incluso la construcción de una piscina en la casa de campo del exfuncionario por parte de la inmobiliaria que funcionaba como fachada de los negocios ilícitos de Langberg.

6. Según cuenta Alan García, en 2002 tuvo que reunirse con Langberg, ya en libertad, para firmar las escrituras que le permitieron al Partido Aprista Peruano recuperar la casa de su fundador. De acuerdo con la versión del líder aprista en sus *Metamemorias*, el expresidente acudió con una pistola al encuentro (2019: 179).

7. La principal fuente para abordar el caso Langberg es el libro *La calavera en negro*, de Gustavo Gorriti (2018: 41-105, 118-125, 147-149, 175-178). Los datos biográficos del periodista aparecen en el texto de Starn y La Serna (2021: 21-25). En torno a las repercusiones políticas del caso y el congreso partidario que encumbró a Alan García, revisamos la tesis de Sanborn (1991: 283-287). Para obtener información sobre *PM* también consultamos el enciclopédico volumen de María Mendoza Michilot *100 años de periodismo en el Perú: 1949-2000* (2013: 206-207).

8. Carlos Alcántara, Russell Wensjoe y Amílcar Urbay.

9. Luego de una primera reunión de evaluación, en la que se indicó que el plan falló porque el encargado de conducirlo desconfiaba de su viabilidad, se procedió con un nuevo intento de toma de la cárcel.

10. Sobre la campaña de «batir el campo», un buen resumen se encuentra en el texto de Antonio Zapata *La guerra senderista* (2017: 89–94). En torno a la toma del penal de Huamanga y lo ocurrido en Vilcashuamán, la mejor fuente es *Sendero*, de Gustavo Gorriti (2012: 286–293, 369–383). Detalles complementarios sobre la toma de la cárcel ayacuchana son recopilados por Ricardo Uceda en *Muerte en el Pentagonito* (2019: 35–40). En el texto de Starn y La Serna se expone lo ocurrido en la Segunda Conferencia Nacional de Sendero Luminoso (2021: 117–123).

11. Estados Unidos también se abstuvo en una resolución del órgano consultivo del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca que pedía el cese de las hostilidades por parte del Reino Unido. En la práctica, el TIAR, que era visto en forma sobrevalorada por varios estados latinoamericanos como una puerta para el apoyo militar estadounidense, quedó inutilizado desde ese entonces.

12. El día anterior, la selección argentina, favorita para ganar el título, perdió su primer partido ante Bélgica. Fue eliminada en segunda fase. Perú también participó en el torneo. Lejos de las expectativas iniciales, que auguraban una buena performance, la selección nacional decepcionó y terminó su participación goleada por Polonia. Campeón Italia, que empató con nuestro equipo en la primera ronda y derrotó a Argentina en la segunda.

13. Estados Unidos invadió la isla por considerar que su seguridad estaba amenazada por un gobierno de facto comunista, el mismo que había tomado el poder en diciembre de 1983. Paradójicamente, el Reino Unido se opuso a la operación.

14. En 1979, el Frente Sandinista de Liberación Nacional logró el derrocamiento del dictador Anastasio Somoza Debayle e inició un gobierno de izquierda que duró once años. Su principal líder fue Daniel Ortega, uno de los personajes más polémicos de las últimas décadas en América Latina. En su primera administración, el gobierno sandinista logró algunas conquistas sociales importantes, pero también fue criticado por sus restricciones a la libertad de expresión. Nicaragua estuvo involucrada en los últimos movimientos de la Guerra Fría en América Latina. En 2006, Ortega volvió al poder. Su gobierno es claramente autoritario, tanto que muchos de los antiguos seguidores y colaboradores de Ortega han roto con él. Algunos han tenido que exiliarse e incluso han perdido la nacionalidad nicaragüense por decisión del gobierno.

15. Una buena versión argentina sobre la guerra de las Malvinas se encuentra en el trabajo de Marcos Novaro y Vicente Palermo *La dictadura militar (1976–1983)* (2003: 411–459). La versión británica la cuenta la propia Thatcher en *Los años de Downing Street* (2012: 172–235). El texto más completo

sobre la participación peruana lo escribió Víctor Andrés García Belaúnde: *La intervención del Perú en la controversia de las Islas Malvinas* (2022: 35–63). El relato sobre el rol del «El Gaucho» Cisneros aparece en *La distancia que nos separa* (2015: 197–200), de Renato Cisneros. Sobre la postura de la cancillería peruana en temas internacionales y los choques con el gobierno de Reagan, consultamos el texto de Ronald Bruce St. John *La política exterior del Perú* (1999: 201). La visión del embajador estadounidense Frank Ortiz ha sido tomada de sus memorias *Ambassador Ortiz, Lessons from a Life of Service* (2005: 150–152).

16. Belaúnde alude a los yacimientos de gas de Camisea, ubicados en la selva del Cusco. Entre 1984 y 1987, la empresa holandesa Shell, en dos lotes originalmente concesionados para petróleo, encontró grandes reservas de gas natural. El proyecto —ya sin los holandeses— recién se materializaría durante el gobierno de Alejandro Toledo.

17. Tanto Hildebrandt (2021: 76–77) como Fernando Vivas (2008: 326) han indicado que el despido —el primero que sufrió en la televisión— se debió a presiones de la comunidad judía en el Perú por una entrevista del periodista a Yasser Arafat, entonces líder de la Organización para la Liberación de Palestina.

18. Según Hildebrandt (2021: 105–106), Belaúnde nunca más le concedió una entrevista luego de un diálogo entre ambos publicado en *Caretas* durante la campaña electoral de 1980. En todos sus espacios periodísticos fue un severo crítico del gobierno de Acción Popular.

19. Curiosamente, la Ley Kuczynski no generó este efecto. En 1985, cuando llegó al poder, Alan García impulsó la derogatoria de la norma y expropió los intereses de Belco en el Perú.

20. Buena parte de los datos de este capítulo están en el libro *K.O. PPK*, de Marco Sifuentes (2019: 120–132, 157–158). La polémica con Silva Ruete la cuenta este último en su libro *Yo asumí el activo y el pasivo de la Revolución* (1980: 174–177). Otros datos aparecen en *Los ministros de Belaúnde*, texto de Víctor Andrés García Belaúnde (1988: 210–215). La frase del entonces presidente es recogida en *Conversaciones con Belaúnde*, una larga entrevista realizada por el político y periodista Enrique Chirinos Soto (1987: 114).

21. Entre otros rubros, León Rupp tenía negocios vinculados a la industria hotelera y a los medios de comunicación. Fue propietario del diario *El Observador*, cuyo director era Luis Jaime Cisneros, conocido lingüista, maestro emblemático de la Pontificia Universidad Católica del Perú y hermano del entonces ministro de Guerra. Con los problemas del grupo Vulcano, *El Observador* pasó a ser manejado por una cooperativa, pero luego se vio afectado por las disputas internas en su redacción. No fue el único diario en

problemas en aquellos años. En 1984, quebró la empresa que editaba *La Prensa*, un diario que en sus mejores tiempos fue la competencia más fuerte de *El Comercio*, periódico de referencia en el Perú. Con los añadidos de la ficción, el escritor y periodista Jaime Bayly ha contado en la novela *Los últimos días de La Prensa* cómo una combinación de malos manejos económicos, excesiva ideologización y desconexión con la realidad llevaron a que dicho proyecto periodístico concluyera con pena y sin gloria. Por cierto, León Rupp se fue a España y no pudo ser extraditado para ser investigado por el caso del BIC.

22. Sobre la crisis de la deuda externa, una buena explicación aparece en el libro de Carlos Parodi *Los laberintos de América Latina. Economía y política 1980–2016* (2019: 63–91), así como en su texto *Perú 1960–2000: políticas económicas y sociales en entornos cambiantes* (2012: 164–166). Sobre el tema de los bancos, extrajimos datos del clásico *Historia de la corrupción en el Perú*, de Alfonso Quiroz (2019: 291), del libro *El nuevo capital financiero: grupos financieros y ganancias sistémicas en el Perú*, de Ludovico Alcorta (1992: 197–200), y del portal *Memorias de la corrupción* (<https://memoriasdelacorrupcion.convoca.pe/interactivo/40-anhos-de-corrupcion-en-el-peru/salvataje-financiero.html>).

23. Entre ellos, José Luis Bustamante y Rivero (presidente de la República), Mario Vargas Llosa (Premio Nobel de Literatura), Vladimiro Montesinos (asesor y socio criminal de Alberto Fujimori) y Víctor Andrés Belaúnde (padre del socialcristianismo peruano).

24. La tesis de Guzmán para graduarse como filósofo se tituló “Acerca de una teoría kantiana del espacio”.

25. Manuel A. Odría había liderado desde Arequipa su golpe de Estado contra Bustamante y Rivero en 1948. En 1950 y 1955, la sociedad civil arequipeña encabezó protestas contra Odría, la última de las cuales terminó con la caída del ministro de Gobierno (hoy Interior) Alejandro Esparza Zañartu, el hombre fuerte de la represión durante la dictadura.

26. Desde su reapertura, la UNSCH mantuvo buenas relaciones con La Cantuta. Hubo un constante flujo de docentes entre ambas casas de estudio, lo que fue uno de los factores clave para la expansión de ideas radicales entre el profesorado de ambas y, posteriormente, para la captación de militantes de Sendero Luminoso en la UNE.

27. Encabezado por Enver Hoxha, quien convirtió a Albania en un país abiertamente ateo. Además, buscaba cierto grado de autarquía económica y revindicaba a Stalin como el epítome del comunismo. Estas divisiones basadas en el grado de supuesta «pureza ideológica» eran comunes en la izquierda de la época (y también en la actual).

28. De hecho, buena parte de la izquierda peruana compartía en la década de 1970 dicha caracterización. Recién a partir de la década de 1980 se empezaron a reivindicar las reformas velasquistas desde ese sector.

29. Es el momento en que, como señalan coincidentemente Gorriti y Santiago Roncagliolo, a los senderistas se les comenzó a llamar, con sorna, «Los Chupamaros», por su afición a hablar de la revolución en cantinas ayacuchanas.

30. Tradicionalmente, se había pensado que era la psoriasis, una enfermedad dermatológica crónica, la que generó que Guzmán no pudiera permanecer en la altura. Sin embargo, no es así.

31. Quizás el mejor ejemplo sea el Sodalicio de Vida Cristiana, organización católica fundamentalista peruana fundada por Luis Fernando Figari en 1971 y que tenía muchas características parecidas a las de Sendero Luminoso: vocación por la autocrítica como mecanismo de depuración ideológica, sujeción y culto a la personalidad del líder, órdenes absurdas y claros maltratos psicológicos. La diferencia, además del catolicismo conservador, era que en su seno también se alimentó una cadena de abusos físicos y sexuales, cuestión que no se aprecia en los militantes de Sendero Luminoso (aunque sí había, en algunos casos, la ejecución de quienes se consideraban «soplones»). Queda pendiente una investigación que explique por qué en las esferas más altas de la sociedad limeña y las clases medias bajas ayacuchanas surgieron en forma simultánea movimientos fundamentalistas que lograron captar a tantos jóvenes.

32. La familia política de Guzmán ha mantenido pocos contactos con los periodistas peruanos. Sus exsuegros y otros familiares continuaron defendiendo al líder senderista, con las limitaciones de su estatus legal en Suecia. El único caso excepcional fue el de Josefin Ekermann, sobrina nieta de Augusta La Torre, quien viajó al Perú para conocer más sobre Sendero Luminoso y se distanció de las acciones de la organización terrorista. El proceso de descubrimiento de Ekermann sobre su familia está plasmado en el documental *Tempestad en los Andes*, del cineasta sueco Mikael Winstrom. La joven falleció en 2019 en un accidente aéreo, cuando viajaba a realizar trabajos de defensa de los derechos humanos en Kenia.

33. Una fuente importante para entender los años de infancia y juventud de Guzmán es *La cuarta espada*, de Santiago Roncagliolo (2017: 19-69). El escritor y periodista peruano no solo se basa en entrevistas, sino también en una novela escrita por una hermana paterna de Guzmán que describe con datos de primera mano lo ocurrido con el líder terrorista. También ha sido útil la entrevista hecha por Marco Sifuentes a Gustavo Gorriti para *La Encerrona* el 12 de setiembre de 2021 (<https://youtu.be/vHyAijDrUgA>), que se basa en un artículo de este último, «La muerte de Gonzalo», para *IDL-Reporteros* (<https://www.idl-reporteros.pe/la-muerte-de-gonzalo/>). En el texto de Gorriti sobre Sendero se alude a lo

ocurrido con el incidente de salud de Guzmán y se brinda mayor información sobre sus males crónicos (2012: 323–334). Complementariamente, consultamos el libro de Starn y La Serna (2021: 38–53, 63–67), el texto *Qué difícil es ser Dios*, de Carlos Iván Degregori (2011: 132–140) y el estudio hecho sobre la Universidad San Cristóbal de Huamanga por la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo V: 567–578). Sobre la ubicación de Sendero Luminoso frente al resto de la izquierda, resultó muy útil el artículo «Sobre parientes pobres y nuevos ricos: las relaciones entre Sendero Luminoso y la izquierda radical peruana», del historiador Iván Hinojosa, contenido en el libro *Los senderos insólitos del Perú*, editado por Steve Stern para el Instituto de Estudios Peruanos (1999: 73–92).

34. Además de una revisión de *El futuro diferente*, nos basamos en lo señalado por Antonio Zapata en *Pensando a la derecha* (2017: 46–49) y en el libro de Barreda (2012: 40–62).

35. Ericsson fue exonerado de toda responsabilidad. Años más tarde, durante el gobierno de Toledo, ocuparía el puesto de presidente de Devida, la agencia peruana antidrogas.

36. Sobre los problemas económicos de Ulloa, reseñamos lo señalado por John Crabtree en *Alan García en el poder (1985–1990)* (2005: 50–51) y por Antonio Zapata en *Pensando a la derecha* (2016: 165–166). En el libro de Barreda se cuenta cómo García se convirtió en interlocutor económico (2012: 37–39). Las *Metamemorias* del expresidente son profusas en detalles sobre la caída de Ulloa (2019: 180–185). El intercambio entre Ulloa y García aparece en: <https://youtu.be/NBQ9X9zebVQ>. Sobre los casos Guvarte y Vollmer, consultamos el libro de Quiroz (2019: 291).

37. Casi cuarenta años después de su muerte, la figura de Edith Lagos seguiría trayendo consecuencias para los personajes políticos. En abril de 2021, se supo que el congresista electo Guido Bellido había hecho una publicación en Facebook en la que rendía homenaje a Lagos, lo que le valió una investigación por supuesta apología al terrorismo. Tres meses después, Bellido fue nombrado presidente del Consejo de Ministros por el gobierno de Pedro Castillo. En agosto del mismo año, el programa digital *La Encerrona* presentó otras publicaciones en Facebook en las que Bellido se expresaba en tono ambiguo sobre Sendero Luminoso. En alguna, incluso, citaba a Guzmán (<https://youtu.be/aDdVl5dOfp8>). El efímero ministro deslindó de la agrupación terrorista y culpó por el homenaje a Lagos a «trolls de Internet». Más complicado fue el caso de Iber Maraví, quien fue ministro de Trabajo durante tres meses, también en el gobierno de Castillo. Una investigación del periodista Ángel Páez en el diario *La República* reveló la existencia de partes policiales y declaraciones de testigos que sindicaban a Maraví como presunto miembro de Sendero Luminoso entre

1980 y 1981. Según el expediente, Maraví habría sido cercano a Lagos. Si bien los casos contra el exministro nunca concluyeron en una sentencia y ya prescribieron, este nunca pudo explicar con claridad cuál fue su actividad en Ayacucho durante los años iniciales de la violencia.

38. Una buena fuente para estos eventos es el texto de Gorriti sobre Sendero (2012: 402–431) y el más reciente *El vuelo de los asháninka*, que recoge algunos de sus reportajes para *Caretas* sobre la violencia (2022: 15–34). Datos complementarios sobre Edith Lagos fueron recogidos de una nota de Yasmín Rosas para *El Comercio* (<https://elcomercio.pe/lima/sucesos/quien-fue-edith-lagos-la-subversiva-a-la-que-guido-bellido-homenajeo-peru-libre-sendero-luminoso-terrorismo-pedro-castillo-noticia/?ref=ecr>). La entrevista a Cisneros puede revisarse en la versión digital de *Quehacer* (https://cedoc.sisbib.unmsm.edu.pe/public/pdf/revistas/quehacer/QUEHACER%2020_watermark.pdf). Datos complementarios aparecen en el libro de Renato Cisneros (2015: 202–208).

1983

1. Noel intentó negar estas declaraciones ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

2. La participación de la Fuerza Aérea del Perú en el conflicto armado interno fue mínima.

3. En aquel año, dos grupos armados, el Ejército de Liberación Nacional —integrado por jóvenes universitarios que habían sido entrenados en Cuba— y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria —formado a partir de una escisión del APRA— se alzaron en armas contra el primer gobierno de Fernando Belaúnde Terry, buscando emular el éxito de la Revolución Cubana, que había llevado al poder a los Castro en 1959. El Ejército logró, con un alto costo de vidas, sofocar a las guerrillas. En aquel momento, Abimael Guzmán realizaba su primer viaje como cuadro comunista a la República Popular China.

4. En las primeras semanas del verano de 1983, de hecho, los agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército se hicieron pasar por vendedores ambulantes, sin ningún éxito tanto en la venta de su mercadería como en la obtención de información clave.

5. Para la elaboración de esta sección nos basamos en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo II: 251–263, tomo III: 34–35) y en el documento *En honor a la verdad*, que es una especie de respuesta

del Ejército a lo expresado por la CVR (2010: 16–81). Las declaraciones de Brush y Noel son extraídas de dichos textos. En forma complementaria, revisamos el libro de Antonio Zapata *La guerra senderista. Hablan los enemigos* (2017: 115–118) y *Muerte en el Pentagonito*, de Ricardo Uceda (2019: 15–32).

6. Diario que circuló entre 1980 y 1984. Su redacción estuvo formada por integrantes de partidos de izquierda y periodistas cercanos a esa línea política.

7. Este medio tenía una línea editorial de centroderecha.

8. Meses más tarde, miembros de Sendero Luminoso revelaron a la esposa de Argumedo dónde se encontraban sus restos para que pudiera darles sepultura, como indicó en su momento el periodista Ricardo Uceda.

9. Consultamos el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo V: 123–143), el ya mencionado libro de Uceda (2019: 61–64, 69–71, 74–75) y el artículo “Hace 40 años: la historia de la masacre de ocho periodistas, un guía y un comunero en Uchuraccay”, de Carlos Batalla para *El Comercio* (<https://elcomercio.pe/archivo-elcomercio/uchuraccay-la-historia-de-la-masacre-de-ocho-periodistas-un-guia-y-un-comunero-hace-40-anos-fuerzas-armadas-y-policiales-sendero-luminoso-nnsp-noticia/>).

10. Entre los profesionales más destacados, estaban el abogado Fernando de Trazegnies, los antropólogos Juan Ossio y Fernando Fuenzalida, el psicoanalista Max Hernández y el lingüista Rodolfo Cerrón Palomino.

11. Ponciano del Pino formó parte del equipo de trabajo de la CVR e investigó el caso Uchuraccay. Años más tarde, fue miembro del equipo curatorial del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social, el museo oficial del Estado peruano sobre el periodo de violencia.

12. Sobre el trabajo de la comisión presidida por Mario Vargas Llosa, nos basamos en el propio informe, contenido en la compilación *Contra viento y marea 3* (1990: 79–114), además del libro de Ponciano del Pino *En nombre del Gobierno. El Perú y Uchuraccay: un siglo de política campesina* (2017: 47–61), el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo V: 147–152, 155–173) y el texto de Starn y La Serna (2021: 147–166).

13. El Fenómeno El Niño no necesariamente viene acompañado de sequía en la sierra sur. En El Niño 1997–1998, por ejemplo, no hubo reducción en las precipitaciones en el altiplano peruano.

14. Este mismo efecto se produjo en El Niño 1972 y, junto con la sobreexplotación de la anchoveta, trajo consigo el fin del *boom* de la industria de harina de pescado que experimentó el país durante la década de 1960, con el empresario Luis Banchemo Rossi como principal impulsor y beneficiario.

15. Los datos históricos sobre el Fenómeno El Niño fueron extraídos del texto de Lizardo Seiner «El Fenómeno El Niño en el Perú: reflexiones desde la

historia» (<https://www.divulgameteo.es/fotos/meteoroteca/Ni%C3%B1o-reflexiones-historia.pdf>). Sobre las secuelas humanas del evento de 1983, extrajimos información elaborada por PREDES previa a El Niño de 2017 (<https://www.predes.org.pe/wp-content/uploads/2017/12/fenomeno-el-nino.pdf>). Las consecuencias económicas de El Niño 1982–1983 aparecen en *Perú 1960–2000: políticas económicas y sociales en entornos cambiantes* del economista Carlos Parodi (2012: 169–170). El juicio sobre la actuación política de Belaúnde proviene del libro de Antonio Zapata y Juan Carlos Sueiro *Naturaleza y política: el gobierno y el Fenómeno del Niño en el Perú 1997–1998* (1999: 13).

16. El lugar es una comunidad ganadera ubicada en la falda de un cerro donde se crían vacas y ovejas.

17. La participación de Pérez Huarancca en este evento ha sido refutada por el académico estadounidense Mark R. Cox, quien sostiene que la CVR se basó en fuentes endebles para acusarlo. Sin embargo, la Comisión ofrece más de un testimonio que lo corrobora. Pérez Huarancca nunca fue procesado por el caso, pues habría muerto en 1984. La versión más sólida sobre su destino final la tiene el informe del Ejército *En honor a la verdad*, que sostiene que falleció en un enfrentamiento con efectivos militares.

18. El periodista Ricardo León, quien más ha investigado a los hermanos Quispe Palomino, confirma en el libro *Alias Jorge* la participación del denominado «camarada José» en los eventos de Lucanamarca (2020: 14–15).

19. Fue concedida a *El Diario*, sucesor del antiguo *El Diario de Marka*, que ya había sido tomado directamente por Sendero Luminoso desde mediados de la década de 1980.

20. Camana, para evitar represalias, le dio un nombre falso a Medrano: Celestino Ccente. En 2008 se reveló su identidad real en *Caretas*.

21. Este atentado fue liderado por Laura Zambrano, principal responsable del comité metropolitano senderista, quien luego pasaría a ser miembro del Comité Central. Fue capturada junto con Abimael Guzmán el 12 de setiembre de 1992. Cumple cadena perpetua. Zambrano sería la responsable, por años, de varios de los apagones que azotaron a la ciudad de Lima.

22. Sobre las decisiones tomadas por Sendero Luminoso en 1983, nos basamos en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo II: 52–60), el libro de Starn y La Serna (2021: 173–188) y el texto de Zapata sobre Sendero Luminoso (2017: 125–129, 135–140). En torno al caso Lucanamarca, consultamos el trabajo de la CVR (2003, tomo VII: 46–55) y el libro de Gustavo Gorriti *El vuelo de los asháninka* (2022: 39–56). Sobre las acciones de SL en Lima en 1983, la Comisión de la Verdad y Reconciliación brinda las pautas más importantes (2003, tomo IV: 452–486).

23. Como en su primer gobierno, los principales logros de Belaúnde fueron los proyectos de vivienda para la clase media. Los más emblemáticos de su segundo mandato, precisamente, fueron inaugurados en 1983: las Torres de Limatambo y de San Borja; y la residencial Marbella en Magdalena del Mar.

24. Grupo de gobiernos extranjeros acreedores del Perú.

25. Sobre el gobierno de Belaúnde en 1983, nos basamos en el libro de Fernando Tuesta *El nuevo rostro electoral: las municipales del 83* (http://blog.pucp.edu.pe/blog/fernandotuesta/wp-content/uploads/sites/945/2016/05/L%201985%20DESCO.%20El%20nuevo%20rostro%20electoral%20Las%20municipales%20del%2083_0.pdf), así como en el texto de Carlos Parodi *Perú 1960–2000: políticas económicas y sociales en entornos cambiantes* (2012: 166–171). La frase inicial pertenece al mensaje presidencial por Fiestas Patrias (<https://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje-nacion-congreso-28-07-1983>).

26. Debo esta idea a la columna de Marco Sifuentes “(E)lecciones Inútiles” publicada el 18 de diciembre de 2022 (<https://www.patreon.com/posts/e-lecciones-76068260>).

27. Ayarza fue héroe de la guerra del Pacífico, el conflicto por la posesión del salitre —fertilizante muy requerido en las postrimerías del siglo XIX— que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia entre 1879 y 1883. Los Cabitos era como se conocía a los niños y adolescentes que combatieron en las batallas de defensa de la ciudad de Lima en enero de 1881.

28. El sucesor de Mori, Antonio Gil, hizo un trabajo más discreto y las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos en su periodo se redujeron sustancialmente.

29. Según refiere Sosa, los restos fueron incinerados en un horno crematorio en 1985. Esta acción ocurrió después de que Mori fuera destituido por la masacre de Accomarca, en agosto de 1985, ante la creencia de que el gobierno de Alan García sería mucho más drástico en las sanciones por violaciones a los derechos humanos cometidas por agentes estatales. Se buscaba eliminar la evidencia.

30. Como sumergir a las personas en agua, colgarlas del techo, electrocutarlas y demás atrocidades.

31. Aunque, según Ricardo Uceda, durante la época de mando del general Mori, se buscó disminuir el número de ejecuciones extrajudiciales y los interrogatorios se centraron menos en las torturas y más en obtener información.

32. En 2018, se estrenó póstumamente la película *La casa rosada*, la producción más ambiciosa del cineasta ayacuchano Palito Ortega Matute, que narra la historia de un docente viudo que es detenido arbitrariamente por militares en el tristemente célebre centro de torturas. Aunque

sobrevive y logra ser liberado, los agentes del orden lo mantienen en la mira como sospechoso, mientras los senderistas lo presionan para que se una a sus filas.

33. Consultamos para esta sección el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo VII, 32-39, 43-46, 66-86) y *Muerte en el Pentagonito*, de Ricardo Uceda (2019: 32-34, 67-69, 75-122, 127-149).

34. Vargas Llosa no solo se refería al caso Uchuraccay, sino también a otros de desapariciones forzadas que fueron desmentidos por la revista *Caretas*.

35. La declaración de Belaúnde es recogida por el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo III: 40). La columna de Vargas Llosa sobre el documento de Amnistía Internacional se llamó «Amnistía y el Perú» y aparece en *Contra viento y marea 3* (1990: 181-186). Sobre la incomodidad castrense, revisamos los libros de Antonio Zapata *La guerra senderista* (2017: 129-133) y *El arte del engaño*, de Fernando Rospigliosi (2000: 72-74). En torno al surgimiento de los organismos locales no gubernamentales de defensa de derechos humanos, consultamos *Violencia política y sociedad civil en el Perú*, de Coletta Youngers (2003: 90-115). Cabe señalar que miembros de la sección peruana de Amnistía Internacional terminaron integrándose a varias de las ONG creadas en la década de 1980.

36. Protagonizada por Michael Douglas y Karl Malden, fue transmitida por América Televisión en la década de 1980.

37. Mercado Jarrín le dio un giro inesperado a la política exterior peruana. Aunque no rompió vínculos con Estados Unidos, la lejanía con ese país fue notoria. Por otro lado, durante su etapa en la Cancillería el Perú inició relaciones diplomáticas con los países de la órbita socialista, como la Unión Soviética, Cuba y la República Popular China.

38. Tradicionalmente, en América Latina esta especialidad siempre estuvo en manos de militares. Por ello, no sorprende que Mercado Jarrín y el dictador chileno Augusto Pinochet fueran expertos en la materia.

39. En esos mismos años, Montesinos también intentó tejer nexos con la KGB, la agencia de inteligencia soviética. Curiosamente, nunca hizo un curso sobre espionaje en su paso por el Ejército. En el mismo año en que comenzó a trabajar con el número dos del régimen, Montesinos se casó con la maestra Trinidad Becerra. El matrimonio tendría dos hijas.

40. Un puesto que en el Ejército peruano es visto tradicionalmente como un «exilio dorado» para militares incómodos que no pueden ser maltratados.

41. A los pocos años, Montesinos terminó quedándose con el estudio de Cardenal y la esposa de su primo, la estadounidense Grace Riggs, fue una de sus principales colaboradoras, además de mantener una relación extramatrimonial.

42. La declaración de Carlos Saavedra apareció en la entrevista hecha por Paola Ugaz para *IDL-Reporteros* en 2010, publicada bajo el título “El Ninja de la Fotografía” (<https://www.idl-reporteros.pe/el-ninja-de-la-fotografia/>). Los datos biográficos sobre Montesinos y el caso de 1983 aparecen en los libros *El espía imperfecto*, de Sally Bowen y Jane Holligan (2003: 19-97); y *Vladimiro*, de Luis Jochamowitz (2019: 43-58, 85-91, 129-144, 173-183, 227-244). Saavedra murió en marzo de 2023, a los 83 años. Revisamos también el reportaje de Gorriti aparecido en *Caretas* en setiembre de 1983. Este, en efecto, presenta la biografía castrense y abogadil de Montesinos con los datos arriba reseñados.

43. Como bien muestra Salinas (2022: 167-177), los miembros del Sodalicio de Vida Cristiana debían sujetarse a un formato de comunicación para solicitar su admisión y, posteriormente, su pase a la vida consagrada dentro de la organización. De acuerdo con lo señalado por el periodista, quien fue miembro de la organización entre 1980 y 1986, eran sus superiores y guías espirituales quienes daban las pautas generales para escribir estas comunicaciones. Salinas refiere que incluso su carta de salida de la institución fue dictada por un superior de la comunidad.

44. Como refiere Yuzuke Murakami, estas nociones de cuasi divinización de los líderes políticos también eran compartidas por otros fundadores partidarios, como Víctor Raúl Haya de la Torre en el caso del APRA o Fernando Belaúnde en Acción Popular (2018: 149-151). De hecho, el himno aprista —basado en la melodía de *La Marsellesa* francesa— señala en una de sus frases: “Peruanos, abraza la nueva religión, la Alianza Popular conquistará la ansiada redención”.

45. El dato es compartido por el periodista Marco Sifuentes en la columna “Los ateos peruanos”, publicada por el diario *El Comercio* el 19 de enero de 2018 (<https://elcomercio.pe/opinion/rincon-del-autor/papa-francisco-ateos-peruanos-marco-sifuentes-noticia-490245-noticia/>).

46. El extracto del documento senderista fue recogido en *The Peru Reader*, una antología de textos sobre el país editado en inglés por los antropólogos Orin Starn, Carlos Iván Degregori y Robin Kirk (2005: 351). Sobre la visión fundamentalista de Sendero Luminoso, consultamos el ya citado libro de Lowell (2021: 404-405, 421-423); *Qué difícil es Ser Dios*, de Degregori (2011: 173-175, 235-248); *La ciudad acorralada*, de Dynnik Asencios (2016: 169-173); y el ensayo de Alberto Vergara “Balas al alba. Reflexiones en torno a la violencia senderista”, contenido en el libro *La batalla de los días primeros: Sendero y sus consecuencias en dos ensayos jóvenes* (2000: 80-82).

47. La encuesta fue realizada por DATUM. En una medición anterior, correspondiente a diciembre de 1982, Belaúnde era aprobado por el 29 % de ciudadanos. En aquel tiempo, se hacía este tipo de encuestas cada seis meses y

no mensualmente, como se acostumbra desde la década de 1990. Las cifras se extraen de *Los espejismos de la democracia*, de Martín Tanaka (1998: 108).

48. En 1981, Belmont, padre de una persona con discapacidad motora, organizó la primera edición de la Teletón, un evento para recaudar fondos a favor del Hogar Clínica San Juan de Dios, una iniciativa religiosa católica de atención a personas con discapacidad física. Belmont trajo la idea que había plasmado en Chile el conductor Mario Kreutzberger, «Don Francisco», desde 1978. El evento fue muy popular durante la década de 1980.

49. Según refiere Pedro Planas en su libro *La democracia volátil* —basándose en el texto hagiográfico de Guillermo Thorndike sobre Belmont llamado *El Hermanón*— fue Genaro Delgado Parker, hombre fuerte de Panamericana Televisión, quien le transmitió la idea al conductor de televisión sobre la posibilidad de postular a la alcaldía, pero este declinó para que RBC Televisión, canal que había pertenecido a su padre en la década de 1960, pudiera volver a operar (2000: 259–261).

50. Entre ellos, como bien anota Pedro Planas, estarían futuros dirigentes del Movimiento Libertad, como Miguel Vega Alvear, Luis Bustamante Belaúnde y Frederick Cooper Llosa. También aparecía como miembro de Acción Popular Luis Castañeda Lossio, quien había sido funcionario de la gestión de Orrego y fue uno de los pocos regidores metropolitanos de AP en la gestión de Barrantes (200: 245).

51. En 1985, fue elegido diputado por el APRA. En 1988 protagonizó un escándalo cuando fue detenido por presuntos vínculos con una organización que enviaba droga a Alemania.

52. Era la productora de los programas de América y Panamericana Televisión, los principales canales del país, que habían sido expropiados por los militares en 1974.

53. Según el escritor José Carlos Yrigoyen, estos rasgos ya se notaban en 1982 cuando, comisionado por América Televisión para realizar un reportaje sobre el fútbol en Camerún, próximo rival de la selección en la Copa Mundial que se disputaría en España, se concentró más en exhibir su conocimiento del idioma francés que en la práctica deportiva (2022: 194).

54. Aunque algunas diferencias se mantuvieron en torno a cómo se conformarían las candidaturas distritales, el aparato zurdo fue bastante efectivo en términos partidarios

55. Guillermo Rossini era el encargado de la parodia de Barrantes en *Risas y salsa*, el programa más sintonizado de la televisión en la década de 1980. Curiosamente, en ese mismo decenio sería invitado por el PPC para ser regidor en el mesocrático distrito de Jesús María.

56. Sobre los comicios subnacionales, la principal fuente es el libro de Fernando Tuesta *El nuevo rostro electoral: las municipales del 83* (http://blog.pucp.edu.pe/blog/fernandotuesta/wp-content/uploads/sites/945/2016/05/L%201985%20DESCO.%20El%20nuevo%20rostro%20electoral%20Las%20municipales%20del%2083_0.pdf). Complementariamente, consultamos la tesis de Sanborn (1991: 294–303). En torno al atractivo electoral de Barrantes, resultó clave el capítulo “The Fatal Schism of Peru’s United Left”, incluido en el libro *Democracy Against Parties: The Divergent Fates of Latin America’s New Left Contenders*, de Brandon Van Dyck (2021: 87–91). Datos complementarios sobre los resultados aparecen en el ya citado libro de Dietz (2022: 161–163). Sobre la gestión de Barrantes, nos basamos en los textos de Cosamalón (2018: 156–157) y Pásara (2022: 230–231); y en el libro de José Matos Mar *Perú: Estado desbordado y sociedad nacional emergente* (2012: 206–210, 236–238).

1984

1. Las CORDE fueron organismos que operaron desde el gobierno central para buscar una mayor conexión con las demandas regionales. Pese a que la Constitución de 1979 así lo ordenaba, el gobierno de Belaúnde no dio pasos claros para enrumbar el proceso de descentralización administrativa del país.

2. Sobre la breve estadía de Adrián Huamán Centeno como jefe del comando político militar de Ayacucho, consultamos el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo I: 82, tomo II: 269–271, tomo III: 36–38, 46–47) y el libro de Uceda (2019: 101–111).

3. Arguedas se suicidó en 1969. Sufrió de depresión. Anteriormente, tuvo otros dos intentos frustrados de quitarse la vida.

4. Estuvo ligada a Socorro Popular, un organismo de apoyo logístico creado por Sendero Luminoso. Permaneció quince años en prisión. Desde 2002, reside en Chile y sigue manifestando cercanías con el pensamiento de Abimael Guzmán.

5. Ingeniero agrónomo y mando senderista desde los inicios del conflicto armado. Fue detenido en 1983 en Huaraz por un grupo de la Policía.

6. En 1993, el cineasta Danny Gavidia se basó en estos hechos y su tratamiento periodístico para su película *Reportaje a la muerte*, protagonizada por Marisol Palacios y Diego Bertie.

7. Sobre el motín en El Sexto, revisamos las ediciones de *El Comercio* y *Caretas* de la época, así como el informe de Carlos Batalla para ese diario (<https://elcomercio.pe/archivo-elcomercio/>

sexto-35-años-peor-motin-carcelario-peru-noticia-619403-noticia/?ref=ecr). Los datos sobre «Mosca Loca» aparecen en *Historia de la corrupción en el Perú*, de Alfonso Quiroz (2019: 290).

8. De hecho, dejó formalmente la agrupación en 1985, luego de postular sin éxito para ser diputado.

9. Aquel año, Ronald Reagan obtuvo fácilmente la reelección frente a Walter Mondale del Partido Demócrata. Reagan ganó en casi todos los estados, con excepción de Minnesota y el Distrito de Columbia.

10. En 1979 y 1981, Friedrich von Hayek y Milton Friedman, los dos tótems intelectuales del liberalismo económico contemporáneo, fueron traídos por De Soto a Lima para dictar conferencias. Ambos se convirtieron por aquellos años en dos de los referentes económicos para Vargas Llosa, quien los incluye en su estudio crítico sobre pensadores liberales *La llamada de la tribu*.

11. Ocupada hasta abril de 1984 por Ernesto Alayza Grundy, abogado y veterano militante de esa agrupación política. Ya en 1982 habían dejado el Ministerio de Industria.

12. En aquellos momentos, un economista egresado de la Universidad de Stanford llamado Alejandro Toledo, quien desde 1983 asesoraba al gobierno como enlace entre el Ministerio de Trabajo, el MEF y el Banco Central de Reserva, presentó un plan de reactivación económica que sería muy discutido en los medios, pero que nunca fue aplicado por el gobierno.

13. Para su reconocimiento, el SUTEP tuvo que dejar el original nombre de «Sindicato Único» para ser «Sindicato Unitario».

14. Que también formaba parte de Izquierda Unida.

15. La versión de Miguel Cruchaga aparece en *La guerra del fin de la democracia*, texto de Jeff Daeschner sobre la campaña electoral de 1990 (1993: 43-45). La de Vargas Llosa también es recogida en ese libro y en una nota del diario *El País* de España (https://elpais.com/diario/1984/04/15/internacional/450828012_850215.html). Revisamos el archivo de *Caretas* de marzo y abril de 1984 para confirmar datos para esta sección. Sobre el fracaso del proyecto de Rodríguez Pastor, consultamos el texto de Dargent (2015: 93), así como el reportaje “La filosofía Rodríguez Pastor”, de Christian Navarro, publicado por la revista *Poder* en junio 2010. Sobre Paniagua y la Derrama Magisterial, nos basamos en un informe de Ricardo Uceda para la misma revista, publicado en octubre de 2010 (https://web.archive.org/web/20101020225003/http://www.poder360.com/article_detail.php?id_article=4813&pag=2).

16. Como el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador, la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca, el M-19 en Colombia o Alfaro Vive Carajo en Ecuador.

17. Túpac Amaru era el seudónimo con el que se hizo conocido José Gabriel Condorcanqui Noguera, cacique de Tungasuca (Cusco), mercader y arriero que se rebeló contra las autoridades españolas entre 1780 y 1781. Desde el gobierno de Juan Velasco Alvarado, la historiografía oficial lo ha incorporado como el primer gran prócer de la Independencia peruana. El estudio más completo sobre su gesta le pertenece al historiador Charles Walker (2015). Hay que mencionar que el MRTA no fue el único grupo armado que tomó el nombre del líder indígena. En Uruguay, existió la guerrilla de los Tupamaros, a la que perteneció José Mujica, quien años más tarde sería presidente de ese país hasta en dos ocasiones.

18. Cerpa había sido obrero en la fábrica Cromotex, donde se convirtió en dirigente sindical. En 1978, fue uno de los líderes de la toma del local de la empresa, que se había declarado en quiebra. Años después, se integró al MRTA.

19. 90 Segundos era un noticiero que, desde sus inicios, se especializó en noticias de alto impacto urbano, casos policiales y la cobertura de atentados terroristas. Peláez era, para ese entonces, la reportera estrella del espacio y, además, era cercana a las posiciones de izquierda. Migró a Estados Unidos y en 2009 se vio envuelta en un caso de espionaje para Rusia.

20. Para conocer la historia previa de Víctor Polay Campos, una buena fuente es el texto de Santiago Roncagliolo “Enemigos íntimos: la relación entre Alan García y Víctor Polay”, contenido en el libro colectivo *El código García* (2020: 49–60). Sobre dicha época y, en general, sobre la historia del MRTA, una buena fuente es *With Masses and Arms*, libro de Miguel La Serna (2020: 15–38). Complementariamente, revisamos el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo II: 377–388).

21. Nos basamos en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo VIII: 46–49) y en el texto de Starn y La Serna (2021: 183–185).

22. En 2015, el cineasta uruguayo-peruano Alejandro Legaspi estrenó *La última noticia*, una película de ficción sobre un periodista radial que permanece entre dos fuegos: terroristas que irrumpen en su espacio para dar proclamas y miembros de las Fuerzas Armadas descontentos por las denuncias que se hacen contra ellos. Durante la promoción de la película, Legaspi indicó que, si bien su protagonista es un personaje de ficción, estuvo inspirado en la historia de Jaime Ayala.

23. El patrocinador de Artaza en sus procesos fue Sergio Tapia, un letrado que en los años siguientes se especializaría en la defensa —como agente del Estado peruano y, luego, como abogado particular— de militares procesados por violaciones a los derechos humanos. A inicios de la década de 1970, Tapia

fue fundador y dirigente del Sodalicio de Vida Cristiana, una entidad católica conservadora que creció mucho en la década de 1980 y que, como ya hemos visto en otras notas, ha sido acusada de severos abusos. El abogado también fue candidato frustrado al Congreso por el fujimorismo en 2011.

24. Esta sección toma en cuenta lo señalado por el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo II: 263–264, 269–272, tomo VII: 86–122), así como por el libro de Antonio Zapata *La guerra senderista* (2017: 183–185). Complementariamente, revisamos el reportaje “El desaparecido sin tumba”, preparado por Marco Zileri para *IDL–Reporteros* (<https://www.idl-reporteros.pe/el-desaparecidosin-tumba/>).

25. El caso recién sería conocido décadas más tarde e incluso no fue tan profundizado por el propio Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

26. Perú perdió el partido por la medalla de bronce ante la selección de Japón. La República Popular China, potencia mundial de aquel tiempo, obtuvo la presea dorada tras derrotar a Estados Unidos.

27. El relato del caso Soras está basado en los datos obtenidos por Ricardo León para el libro *Alias Jorge* (2020: 13–16) y en la nota informativa del caso desarrollada por COMISEDH, organización no gubernamental de defensa de los derechos humanos que ampara a sesenta familias afectadas por la masacre (<https://comisedh.org.pe/blog/2020/07/16/soras-la-violencia-del-pcp-sl-en-comunidades-campesinas-de-ayacucho/>). Al cierre de este libro, estaba pendiente un juicio oral por este caso y se habían restituido los restos de 39 víctimas. La última noticia sobre Víctor Quispe Palomino se conoció en agosto de 2022: fue herido de gravedad en una incursión de las fuerzas militares y policiales en los campamentos senderistas. Se desconoce su paradero actual. El libro de León tiene como eje central la historia de su hijo, obligado desde temprana edad a participar en acciones violentas y quien luego se convertiría en el principal delator de la organización que hoy lidera su padre.

28. En junio de 1984, Pércovich tuvo un fuerte incidente con la prensa. Según refiere César Hildebrandt en su libro de memorias, el ministro llamó al gerente general de América Televisión, Mauricio Arbulú, para que no se propalara en *Visión*, su programa, un informe de Sonia Goldenberg sobre corrupción en la carceleta de la Policía de Investigaciones del Perú. El informe sería emitido, pero luego se prolongó la tanda de comerciales y *Visión* fue directamente reemplazado por *Los Detectilocos*, un programa cómico muy popular (2021: 104–105).

29. Fundado en 1981 por Mohme, desde su aparición fue un diario que brindó vocería a movimientos sociales y asumió la causa de los derechos

humanos. Fue el único periódico aparecido en la década de 1980 que sobrevive hasta el día de hoy.

30. Ames y Del Prado postularon al Senado y obtuvieron sus respectivas curules.

31. Desde cierto sector de la prensa, se vio la fórmula final como un intento de suavizar las posiciones de la izquierda con rostros más amables.

32. La línea argumental principal de esta sección se basa en la revisión de ediciones de la revista *Caretas* publicadas entre octubre y diciembre de 1984. El diálogo entre Belaúnde y Vargas Llosa es descrito por este último en el libro de memorias *El pez en el agua* (2005: 100-101). Sobre la elección interna en el APRA, me baso en el libro de Carlos Reyna *La anunciación de Fujimori* (2000: 21-22). Datos complementarios aparecen en la tesis de Sanborn (1991: 349-350). Los datos sobre la visión heterodoxa de los asistentes a la CADE 1984 y el financiamiento de Dionisio Romero a la campaña de Alan García aparecen en los libros de Francisco Durand *Riqueza económica y pobreza política* (2003: 229) y *Los Romero: fe, fama y fortuna* (2013: 298-299), respectivamente.

33. Los siete gremios fundadores fueron la Asociación de Exportadores, la Cámara de Comercio de Lima, la Cámara Peruana de la Construcción, la Confederación Nacional de Comerciales, la Sociedad Nacional de Industrias, la Sociedad Nacional de Minería y Petróleo y la Sociedad Nacional de Pesquería. Hoy, ADEX, la CCL y la SNI ya no integran CONFIEP y desde 2021 forman la Unión de Gremios del Perú. La Cámara Peruana de la Construcción también dejó CONFIEP y ya no pertenece a un gremio paraguas.

34. Otra integrante del clan empresarial fue quien le brindó el dato del lugar donde estaría la vivienda en la que habitó por décadas. Sin embargo, García también aludiría, en 1991, a las distancias políticas que Piccini mantuvo con su gobierno.

35. Sobre la creación de CONFIEP, una muy buena fuente es *Riqueza económica y pobreza política*, un ambicioso trabajo del sociólogo y politólogo Francisco Durand sobre las relaciones políticas de la gran empresa peruana (2003: 185-192). En otro texto, *Los Romero: fe, fama y fortuna*, Durand cuenta bien las historias de Onrubia y el atentado contra Palmas del Espino (2013: 271-277). En torno a los vínculos de la familia Piccini con Alan García, Pedro Cateriano ilustra bien las declaraciones del expresidente en *El caso García* (2017: 67-68).

36. En 2020, la cineasta y periodista Patricia Wiese presentó el documental *Mujer de soldado*. En él, algunas de las víctimas del caso Manta y Vilca dieron, por primera vez, sus testimonios a cara descubierta frente a una cámara.

37. En setiembre de 2022, Luis Grados Bailetti, uno de los procesados por el caso Putis, fue designado como jefe de Prevención y Seguridad del

Congreso de la República. En ese momento, el presidente del Poder Legislativo era José Williams Zapata, otro miembro del Ejército en situación de retiro. Grados renunció un mes después, ante las críticas periodísticas y de los organismos de defensa de derechos humanos.

38. Revisamos el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003: tomo VII: 134–145, tomo VIII: 105–118). Complementariamente, hicimos lo propio con dos publicaciones del blog *Utero.pe* (<http://utero.pe/2008/06/10/putis/> y <http://utero.pe/2009/08/20/putis-todo-lo-que-falta/>).

1985

1. Tras la trágica muerte del general Omar Torrijos en un accidente de aviación ocurrido en 1981, el militar Manuel Antonio Noriega inició un gobierno de facto en Panamá, hasta su caída en medio de una controvertida invasión estadounidense en 1989.

2. Ambos llegarían al país en visitas de Estado en 1986 y 1987, respectivamente.

3. A diferencia del promedio de talla nacional para los varones (165 centímetros), García medía 1.93 metros.

4. En 1979, cuando era consejero de la embajada de Perú en Chile, Wagner sobrevivió a un robo con arma de fuego, que le afectó el pulmón, el bazo y el estómago. Sobrevivió de milagro. Así lo refieren Sifuentes y Riepl (2014: 106–107).

5. Imágenes de lo ocurrido el 28 de julio de 1985 pueden verse en: <https://www.youtube.com/watch?v=ovUiHCxFBGI>. El mensaje presidencial se puede leer en: <https://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje-nacion-congreso-28-07-1985>. También consultamos la edición de *Caretas* posterior al cambio de mando, una nota del diario *El País* sobre el cambio de mando (https://elpais.com/diario/1985/07/29/internacional/491436007_850215.html?event_log=oklogin) y las *Metamemorias* de García (2019: 196, 205–208).

6. Puede leerse en: <https://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje-nacion-congreso-28-07-1985-fbt>.

7. Dato extraído de: <http://lamasmaslahistoria.blogspot.com/2008/06/la-ms-ms-de-1985.html>.

8. El debate se cerró en 2006, cuando Ratzinger ya era el papa Benedicto XVI. Desde allí, la Teología de la Liberación en la versión de Gutiérrez es

reconocida como parte de la doctrina católica y, desde el papado de Jorge Bergoglio, Francisco, ya pertenece al canon oficial.

9. Según Klaiber (1988: 433), un periodista católico ligado al Sodalicio diseminó el rumor nunca comprobado de que Gutiérrez estaría en la fórmula presidencial de Izquierda Unida en 1986. Cabe mencionar que los sacerdotes no pueden participar en política, a menos que dejen su cargo. En su novela *Mateo Diez*, Salinas (2002) hace alusión a esta versión falsa.

10. En Arequipa, el pontífice nombró beata a Sor Ana de los Ángeles Monteagudo.

11. Así ocurrió con el autor —que tenía tres años al momento de la primera visita papal— y su familia, en el atrio del templo de Santo Toribio de Mogrovejo, ubicado a un costado de la sede central de la Universidad Nacional Federico Villarreal.

12. Sobre el estado de las disputas políticas al interior de la Iglesia Católica peruana en la década de 1980, me baso en mi propio trabajo “Religión y política en el Perú: liberales, conservadores y progresistas detrás de la fe (o ausencia de ella)”, incluido en el libro *Reflexiones sobre el Perú: más allá del Bicentenario* (2022: 50-52). Otra fuente fue el libro de Jeffrey Klaiber *Historia contemporánea de la Iglesia Católica en el Perú* (2016: 170-177). Sobre la visita de Juan Pablo II al Perú, consultamos las ediciones de *Caretas* de enero y febrero de 1985, así como los discursos papales que pueden encontrarse en la web del Vaticano (<https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1985/february.index.html>).

13. Puede verse en: https://youtu.be/bN_M4K3Ex9A.

14. En la década de 1980, se hicieron conocidas sus canciones para la campaña clasificatoria para la Copa Mundial de Fútbol España 1982 (<https://youtu.be/9KKTgruH5j0>) y el Campeonato Mundial de Vóley Femenino que se desarrolló en el Perú (https://youtu.be/_qZijAm3E7c).

15. Se puede escuchar en: <https://youtu.be/qAzGMUTQJDM>.

16. Puede verse en: <https://youtu.be/rylgL4IqBb4>.

17. Había hecho su debut como periodista en el diario *La Prensa* y, posteriormente, se convirtió en conductor del programa *Conexiones* y panelista de *Pulso*. Tenía apenas veinte años cuando participó en el programa con Alan García.

18. Checa Solari era amigo personal de García y Vargas Llosa. En 1986, el mandatario lo nombró embajador en Portugal, pero el coleccionista de arte murió antes de viajar a Lisboa para asumir el puesto.

19. Información extraída de las memorias de Vargas Llosa (2005: 40).

20. Los testimonios de Rosa Mavila y Susana Villarán en el libro *Apogeo y crisis de la izquierda peruana* resaltan la poca participación femenina y el escaso

lugar que se le daba a la agenda de género en Izquierda Unida, pese a que buena parte del movimiento feminista se acercaba a ideas de izquierda (2011: 403, 407, 502). En la misma línea, Óscar Ugarteche, en un libro sobre políticos LGTBI escrito por Alberto de Belaúnde, señaló que tanto él como Roberto Miró Quesada, activistas que ayudaron a la formación del Movimiento Homosexual de Lima —el primer colectivo de este tipo en el país—, quisieron incluir la no discriminación por orientación sexual en el plan de gobierno de IU, pero ello no fue posible, lo que implicó su alejamiento del frente (2017: 47).

21. Un buen resumen de la campaña electoral, centrada sobre todo en García, se encuentra en el libro *Alan Presidente*, de Piedad Pareja (2006: 38–49, 70–81). En torno al incidente de Bayly, tomamos como fuentes *Genaro*, de Hugo Coxa (2015: 109, 120–121); y *En vivo y en directo: Una historia de la televisión peruana*, de Fernando Vivas (2008: 454). Sobre la campaña de Izquierda Unida, consultamos los textos de Osmar Gonzales y Javier Diez Canseco contenidos en el libro *Apogeo y crisis de la izquierda peruana* (2011: 38, 126–127). Acerca del atentado contra Domingo García Rada, se puede revisar el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. El magistrado murió en 1994.

22. Según Santiago Roncagliolo, los familiares de Iparraguirre viven fuera del país y en escasas ocasiones han visitado a la lideresa senderista en prisión (2017: 143, 190).

23. Sobre el rol de las mujeres en Sendero Luminoso, puede revisarse el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo VIII: 71–75), el libro de Julia Lowell *Maoísmo* (2021: 420–421) y el artículo de Laura Balbuena “Violencia y agenda femenina: ¿puede el terror empoderar a la mujer?”, contenido en el libro *Fronteras interiores: identidad, diferencia y protagonismo de las mujeres* (2007: 325–340). La cita de Feliciano aparece en *La cuarta espada*, de Santiago Roncagliolo (2017: 99).

24. Las relaciones entre el APRA y las Fuerzas Armadas fueron muy complejas desde 1932. En julio de ese año, los apristas encabezaron una sublevación en Trujillo que implicó la toma del cuartel O’Donovan, la misma que terminó con la muerte de varios oficiales y suboficiales del Ejército. Como respuesta, Trujillo fue bombardeada y muchos militantes apristas terminaron siendo fusilados en la ciudadela de Chan Chan. Hasta 1948, el APRA encabezó varias rebeliones respaldadas por algunos sectores en el Ejército y la Marina de Guerra. A ello se sumaba el hecho de que un militante aprista, Armando Mendoza Leiva, asesinó al presidente (y militar) Luis M. Sánchez Cerro en 1933, en circunstancias que nunca fueron aclaradas, incluso nueve décadas después.

25. Fue integrada inicialmente por Mario Suárez Castañeda (abogado que la presidió), Fernando Cabieses (médico), Augusto Beuzeville (obispo de la

Iglesia Católica), Diego García Sayán (abogado y director de la Comisión Andina de Juristas), César Rodríguez Rabanal (psicoanalista) y Alberto Giesecke (científico).

26. Fue la primera y única vez que dos jefes militares, Sinesio Jarama (jefe de la Segunda Región Militar) y Wilfredo Mori Orzo (jefe del comando político militar de Ayacucho), fueron destituidos de sus cargos por su responsabilidad política en vulneraciones a los derechos humanos.

27. El caso Accomarca trajo una consecuencia adicional: Mori Orzo, ante una posible visita de García a «Los Cabitos», ordenó el desentierro de los restos de los ejecutados extrajudicialmente en dicho cuartel y su posterior incineración. Según el suboficial Jesús Sosa, que participó en la operación, para la cremación de los huesos se utilizó un horno destinado a elaborar ladrillos.

28. Sobre la política contrasubversiva inicial de García, consultamos *Alan García en el poder*, de John Crabtree (2005: 172–173), *La anunciación de Fujimori: Alan García (1985–1990)*, de Carlos Reyna (2000: 47–51), el mensaje de 1985 (<https://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje-nacion-congreso-28-07-1985>) y el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo III: 47–52). De este último documento se extrajo información sobre los casos Accomarca y Pucayacu (tomo VII: 145–160, 188–199), así como de las acciones senderistas en los primeros meses del gobierno aprista (tomo I: 125–126). En torno a la decisión de la tregua del MRTA, consultamos el texto de Roncagliolo sobre la relación entre Polay y García (2020: 61).

29. Fallecido en 2011, hoy es reconocido como un académico notable, con una visión concentrada, sobre todo, en el rol de las estructuras económicas y sociales en el devenir político. Su libro *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina* —reeditado recientemente por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos— es, consensualmente, uno de los textos más relevantes de la ciencia política peruana.

30. Sobre los equipos económicos de García y los planes que tenían, consultamos el texto de Javier Barreda 1987. *Los límites de la voluntad política* (2012: 68–87, 119–124), así como *La anunciación de Fujimori*, de Carlos Reyna (2000: 34–40) y *Perú 1960–2000: políticas económicas y sociales en entornos cambiantes*, de Carlos Parodi (2012: 194–195). Complementariamente, sobre la lógica política, revisamos *Los espejismos de la democracia*, de Martín Tanaka (1998: 144).

31. Un evento que no pasó desapercibido para los programas cómicos. Adolfo Chuiman y Elmer Alfaro protagonizaban en *Risas y salsa* un sketch sobre *El Padrino*, en el que el capo era imitado por el primero y el segundo repetía una frase atribuida a uno de los familiares del narco: “Yo soy su hermano,

pero no sé nada". El propio Rodríguez López, en prisión, aseguró que le había gustado el primer programa en el que fue imitado, pero que luego la secuencia "se trivializó". Puede verse un extracto aquí: <https://youtu.be/OjwQ396gyBY>.

32. Revisamos ediciones de la revista *Caretas* de agosto y setiembre de 1985, en particular los reportajes elaborados por Gustavo Gorriti sobre este caso. Complementariamente, consultamos la columna del mencionado periodista "El viejo coronel", publicada en *IDL-Reporteros* en 2014 (<https://www.idl-reporteros.pe/columna-de-reporteros-163/>). Sobre la intervención de Montesinos, revisamos el libro de Bowen y Holligan (2003: 98–99). Otros datos figuran en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo V: 734–735).

33. Sobre el tema de la deuda externa y el inti, consultamos los ya citados libros de Reyna (2000: 35–36), Barrera (2012: 116), Parodi (2012: 208) y Crabtree (2005: 58), así como las *Metamemorias* de García (2019: 202–203, 208–210). El discurso de 1985 puede leerse en: <https://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje-nacion-congreso-28-07-1985>.

1986

1. Grupo surgido en Piura, cuyo primer jefe fue de origen español. En 1986, tenía en sus manos la principal entidad bancaria del país, el Banco de Crédito del Perú, así como intereses en diversas industrias. Sigue siendo un grupo importante en la actualidad.

2. Grupo formado por descendientes de italianos, quienes hicieron fortuna, inicialmente, gracias a las ventas inmobiliarias. Luego se expandirían a otros campos. Es un grupo empresarial de gran importancia hasta el día de hoy.

3. Su origen fue la compra de la cervecera Backus y Johnston, la mayor del país, hoy en manos de la transnacional AB InBev, así como la creación de la compañía de seguros Pacífico. También fundó el club Sporting Cristal, uno de los más populares del fútbol peruano.

4. Ligado al negocio de la radio y televisión. En la década de 1980, estaba encabezado por los hermanos Héctor, Genaro y Manuel Delgado Parker. De ellos, Genaro fue el más innovador, pues no solo creó programas de televisión importantes, sino que también trajo al país la televisión por cable y la telefonía celular. Hoy, los hijos de Manuel manejan el Grupo RPP, el conglomerado radial más importante del Perú.

5. Concentrados inicialmente en agroexportación y banca, hoy mantienen intereses menores en *retail*, negocios inmobiliarios y gastronómicos.

6. Uno de los grupos mineros nacionales más importantes. Hasta 2022 tuvieron intereses en Yanacocha, la mayor mina de oro de Sudamérica.

7. En la década de 1980 tenía fuertes intereses en el negocio bancario. Hoy se concentra, sobre todo, en el rubro de los medicamentos.

8. Dedicados al negocio inmobiliario y socios de los Romero en algunas empresas.

9. Fue, por años, el principal fabricante de fideos del país. Sus intereses fueron absorbidos por el grupo Romero.

10. Sigue siendo un conglomerado importante hasta nuestros días. Se dedica a la importación de maquinaria para industria, minería, agricultura de alta escala y construcción.

11. Dueños para ese entonces de la Compañía Nacional de Cerveza, productora de Pilsen Callao, que vendieron a Backus en la década de 1990.

12. Buena parte del balance de García en el poder durante 1986 se basa en *La anunciación de Fujimori*. Alan García (1985–1990), de Carlos Reyna (2000: 30–33, 41–43, 58–60, 68–78, 83–84). Su relación con los empresarios es desarrollada en dos libros de Francisco Durand: *Riqueza económica y pobreza política* (2003: 237–284) y *Los Romero: fe, fama y fortuna* (2013: 284–287). Los datos sobre Fujimori y Remigio Morales Bermúdez y el proyecto Marisca provienen de *La democracia volátil*, de Pedro Planas (2000: 287–288, 295–296). Sobre la discusión en torno a la posibilidad de estatizar la banca en 1986, nos basamos en 1987. *Los límites de la voluntad política*, de Javier Barreda (2012: 151–153). La declaración de García sobre la reelección aparece en *Alan Presidente*, de Piedad Pareja (2006: 277).

13. Por ejemplo, el padre del expresidente Pedro Pablo Kuczynski, un reconocido médico e investigador, estuvo en la cárcel por sus cercanías con el APRA, pero no fue militante.

14. Para esta sección nos basamos en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo V: 680–683, 699–702, tomo VII: 236) y en el libro del historiador José Luis Rénique *La voluntad encarcelada* (2003: 13–19, 58–67).

15. Sin embargo, García no llegó a crear el Ministerio de Cultura durante su primer gobierno. Los temas culturales se manejaron en el Instituto Nacional de Cultura. Recién lo haría en su segundo mandato.

16. Coaguila relata este pasaje en su completo libro *Ribeyro, una vida* (2021: 154–157). En ese mismo texto, Mario Vargas Llosa confiesa que fue invitado al SICLA, pero que no acudió porque sospechaba que “algo iba a pasar” (2021: 248).

17. Los dos tuvieron otras presentaciones en varios lugares de la ciudad, para alegría y satisfacción de los amantes de su música, que mezclaba folklore

latinoamericano, ciertos toques de pop y letras que oscilaban entre el amor y las odas al régimen de Fidel Castro.

18. Rodríguez era entonces mucho más cercano a la línea ortodoxa del Partido Comunista Cubano e incluso fue diputado de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Milanés, en los últimos años de su vida —murió en 2022—, decidió residir en España y fue muy crítico con el régimen de su país.

19. Perú formaba parte del MNA desde 1973, durante el gobierno del general Juan Velasco Alvarado.

20. El Assir debió salir de España en 2019, en medio de acusaciones de defraudación tributaria. En años recientes, ha sido visto como acompañante del rey emérito de España Juan Carlos I en su exilio dorado en la península arábiga.

21. Sobre el SICLA, revisamos ediciones del mes de agosto de la revista *Caretas*. El video donde se puede ver a Alan García escuchando a Pablo Milanés está en: <https://youtu.be/8lwzmiGa-Zg>. El discurso de setiembre de 1985 de García ante la ONU puede leerse en: <https://repositorio.comillas.edu/rest/bitstreams/507112/retrieve>. Una reseña del Movimiento No Alineado aparece en *Los años de Velasco (1968–1975)*, de Rolando Rojas (2021: 178–179). Sobre la inelegibilidad del Perú por el FMI y la cita de Harare, consultamos el ya citado libro de Reyna (2000: 71–72). En torno a la reunión con Fidel Castro en Zimbabue, nos ceñimos a las *Metamemorias* de García (2019: 212–213) y a la crónica de Elizabeth Caverro “Alan García Pérez. No una sino dos veces” (<https://blogs.ubc.ca/peru/2006/03/19/biography-alan-garcia/>). Sobre la polémica escala en Luxor, tomamos como fuente *El caso García*, de Pedro Cateriano (2017: 197–199, 257–258). Datos complementarios aparecen en el libro de Piedad Pareja *Alan Presidente* (2006: 255).

22. Esta sección está basada, fundamentalmente, en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003: tomo II: 72–78, tomo VII: 217–227) y en un artículo de Carlos Batalla para *El Comercio* (<https://elcomercio.pe/lima/14-octubre-paso-dia-hoy-267173-noticia/>).

23. Con ese torneo, el Perú comenzó una larga ausencia de los campeonatos del mundo del deporte rey. En aquella oportunidad resultó eliminado luego de perder un repechaje con Chile, que, a su vez, cayó con Paraguay, que obtuvo el último cupo para Sudamérica en el torneo. La mala racha recién se rompería en Rusia 2018. El torneo de 1986 fue ganado por Argentina, selección liderada por Diego Armando Maradona, quien jugó un campeonato de ensueño. Meses antes, en la fase clasificatoria sudamericana, Perú había conseguido anular al astro rioplatense con una estricta marca del jugador Luis Reyna. Paradójicamente, quien anotó el gol que permitió la clasificación

argentina fue Ricardo Gareca, quien años después sería el entrenador que devolvió al país a una Copa Mundial de Fútbol.

24. Que, como ya vimos, llevaba el nombre de Miguel Castro Castro, director del INPE asesinado por senderistas.

25. En Santa Bárbara, fuerzas combinadas de la Guardia Republicana y la Fuerza Aérea develaron rápidamente el motín.

26. La versión de la CVR ha sido confirmada por Ricardo Vega Llona, conocido empresario y hermano del marino.

27. Rolando Cabezas Alarcón falleció en marzo de 2023.

28. En particular, se consideraba que la presencia de Agustín Mantilla — viceministro del Interior, hombre de confianza de García y supuesta cabeza de un comando paramilitar cuya existencia sería ratificada en los tribunales en 2023— en El Frontón y las versiones de algunos hombres de armas sobre presuntas órdenes presidenciales eran indicios suficientes para procesarlo. En 2019, *IDL-Reporteros* difundió la versión de un colaborador eficaz sobre el pago de sobornos por parte de García a un fiscal para exculparlo, cuestión que sería negada por la defensa legal del expresidente.

29. https://elpais.com/diario/1986/07/29/internacional/522972008_850215.html.

30. No fue el único periodista en problemas por sus reportajes sobre casos de violaciones a los derechos humanos cometidas por agentes del Estado. En marzo de 1986, *Encuentro*, el programa que tenía César Hildebrandt en Frecuencia Latina, fue sacado del aire luego de anunciar un informe sobre el extraño secuestro de Álvaro Artaza, un marino conocido como «Comandante Camión» que era sindicado de diversos crímenes. Hubo presiones para evitar que Hildebrandt propalara el informe y, cuando el periodista se negó a la censura, el espacio fue cancelado.

31. Nos basamos en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo VII, 234-263), así como en el libro de Gustavo Gorriti *El vuelo de los asháninka* (2022: 61-112) y *Muerte en el Pentagonito*, de Ricardo Uceda (2019: 150-179). Sobre el caso de Ampuero, nos basamos en el texto de Fernando Vivas *En vivo y en directo* (2008: 337-338).

32. Así se denomina a los libros que mantienen un alto índice de ventas durante un periodo largo de tiempo.

33. En la década de 2000, De Soto sostuvo un enfrentamiento con Ghibellini y Gheresi por el reconocimiento de su participación en la escritura del libro. El economista había publicado una nueva edición de *El otro sendero* que dejaba de lado a sus dos coautores. Ghibellini y Gheresi ganaron un proceso ante Indecopi por ello.

34. Luego de su público distanciamiento, De Soto eliminaría el prólogo de Vargas Llosa de las ediciones posteriores de la obra.

35. Se trataba, sobre todo, de actividades de comercio de sobrevivencia, así como de la dotación de servicios básicos en lugares en los que el Estado no llegaba o lo hacía en forma clientelar.

36. Esta sección se basa en mi propia lectura del clásico de De Soto, Ghersi y Ghibellini, así como en los textos “El héroe nada discreto”, de Eduardo Dargent (<https://revistapoder.lamula.pe/2014/07/03/el-heroe-nada-discreto/poder/>); y “El mesías de las élites” (<https://revistapoder.lamula.pe/2014/07/31/el-mesias-de-las-elites/poder/>) y “De Soto y la (im)posible apuesta por un neoliberalismo popular”, de Carlos Alberto Adrianzén. El segundo de ellos está contenido en el libro *Cultura política en el Perú: tradición autoritaria y democratización anómica* (2010: 95-107). La cita de Vargas Llosa aparece en la primera edición de *El otro sendero* (1986: XXIX).

37. Bellido fue apodado así por su parecido con el futbolista chileno Carlos Caszely, uno de los máximos ídolos de la selección chilena y del club Colo Colo, un jugador que nunca ocultó sus simpatías por la izquierda democrática —a la que Abimael Guzmán despreciaba—, cuya madre fue víctima de torturas durante la dictadura de Augusto Pinochet.

38. El relato sobre la matanza de Pomatambo y Parcco Alto está basado en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003, tomo VII, 227-234), en la crónica que elaboré para el IDEHPUCP sobre este caso y el proceso judicial que seguí de primera mano (https://idehpucp.pucp.edu.pe/images/documentos/justicia_ddhh/cronica_pomatambo_y_parcco_alto.pdf), además del libro de Gustavo Gorriti *El vuelo de los asháninka* (2022: 115-157). Datos complementarios sobre Bellido Huaytalla fueron extraídos de *Muerte en el Pentagonito*, de Ricardo Uceda (2019: 114).

39. De hecho, su postulación no tuvo formalmente el respaldo del Partido Unificado Mariateguista ni de UNIR —el frente liderado por Patria Roja— o el FOCEP. Pese a ello, toda la Izquierda Unida apoyó la campaña de Barrantes.

40. Lo que continuó durante todo su periodo como alcalde de Lima. De hecho, el humorista Carlos Tovar «Carlín» publicó un libro que combinaba chistes y caricaturas llamado *¿Sabes la última de Del Castillo?*. El cómico Jorge Benavides, en su programa sabatino, instaló como tradición «La última de Jorgito», un sketch en el que imitaba al ya entonces congresista.

41. Puede verse, por ejemplo, mi libro *Los herederos de Fujimori*, donde Del Castillo es uno de los personajes principales.

42. Tan fuerte era la presencia alanista que dos personajes cercanos al presidente terminaron siendo elegidos regidores. El teniente alcalde de Del

Castillo fue Antonio Biondi, empresario que, según García, le prestó 20 000 dólares para adquirir una casa en San Borja en 1980, que vendió al año siguiente (Cateriano 2017: 48). Francisco Pardo Mesones, el conocido banquero, también formó parte del cuerpo de regidores apristas como invitado.

43. El legendario grupo integrado por Gustavo Cerati, Charly Alberti y Zeta Bossio llegó al Perú el 11 de noviembre, dos días después de las elecciones. Tuvo una presentación en Arequipa y luego tres en el Coliseo Amauta de Lima, con llenos totales. Según cuenta Marcelo Fernández Bitar en su libro sobre la banda argentina, en el segundo concierto en Lima, los jóvenes asistentes comenzaron a gritar “¡Abajo Alan García, Gustavo presidente!” (2017: 89-90). Soda volvería al país en 1987, 1995 y 2007, con gran éxito en todas sus presentaciones.

44. Sobre la campaña electoral de 1986, fuentes esenciales son los libros *La anunciación de Fujimori* de Carlos Reyna (2000: 61-68) y *La democracia volátil* de Pedro Planas (2000: 278-281, 290-295). Datos complementarios aparecen en los ya citados textos de Tanaka (1998: 133-134), Dietz (2022: 164-165), Pásara (2022: 231-232) y las *Metamemorias* de García (2019: 189).

Colofón

1. Las secciones en cursiva corresponden a la canción *Déjenme Reír (Para no llorar)*, escrita y cantada por Rubén Blades para *Maestra Vida*, legendario álbum doble que produjo en 1980 junto con Willie Colón para el sello Fania.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres
gráficos de Quad Graphics Perú S.R.L.
Av. Los frutales 344, Ate, Lima, Perú,
en el mes de junio del 2023.

OTROS LIBROS DE DEBATE



**DESDE EL CORAZÓN DE
LA EDUCACIÓN RURAL**
DANIELA ROTALDE



LA REFORMA POLÍTICA
FERNANDO TUESTA SOLDEVILLA



ESTAMOS TARDE
JAIME SAAVEDRA

Peligro: orden de disparar ofrece un repaso minucioso y apasionante de los hechos que marcaron la primera mitad de la década de 1980 en el Perú: el regreso de la democracia tras los doce largos años de dictadura militar, el surgimiento de la barbarie terrorista o el progresivo cambio de nuestro modelo económico. Por sus páginas, además, desfilan algunos personajes claves de nuestra historia contemporánea, cuya influencia aún es perceptible en el espectro político actual, como Fernando Belaúnde, Luis «El Gaucho» Cisneros, Manuel Ulloa Elías, Alfonso Barrantes, Luis Bedoya Reyes y un Alan García radicalmente distinto al de su segundo Gobierno.

Mediante un exhaustivo trabajo de investigación, José Alejandro Godoy reflexiona sobre todo lo que nos tocó vivir hace cuatro décadas, cuando el cambio y la esperanza convivieron con la muerte y la destrucción. Una época que, en más de un sentido, se parece mucho al Perú de hoy.

ISBN 978-612-5068-20-0



9 786125 068200

Síguenos en
www.penguinlibros.com

Penguin Perú @penguinlibrospe